
DESTINADA AL
INMORTAL
EL LEGADO DRÁCULA
EVA FERREIRA

DESTINADA AL INMORTAL

EL LEGADO DRÁCULA

EVA FERREIRA

Todos los derechos reservados. © Eva Ferreira, 2025.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

NOTA DE LA AUTORA
SINOPSIS
VLAD
CAPÍTULO 1
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 2
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 3
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 4
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 5
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 6
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 7
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 8
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 9
VIKTÓRIA
VLAD

CAPÍTULO 10
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 11
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 12
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 13
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 14
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 15
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 16
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 17
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 18
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 19
VIKTÓRIA
VLAD

CAPÍTULO 20
VIKTÓRIA
PETRU
CAPÍTULO 21
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 22
VIKTÓRIA
LANA
CAPÍTULO 23
VIKTÓRIA
PETRU
CAPÍTULO 24
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 25
PETRU
VIKTÓRIA
CAPÍTULO 26
VLAD
VIKTÓRIA
CAPÍTULO 27
VLAD
VIKTÓRIA
CAPÍTULO 28
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 29
LANA
PETRU

CAPÍTULO 30
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 31
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 32
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 33
PETRU
LANA
CAPÍTULO 34
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 35
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 36
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 37
VIKTÓRIA
PETRU
CAPÍTULO 38
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 39
VIKTÓRIA
VLAD

CAPÍTULO 40
VIKTÓRIA
VLAD
CAPÍTULO 41
PETRU
VLAD
CAPÍTULO 42
LANA
PETRU
EPÍLOGO
UN SIGLO DESPUÉS…
DESCUBRE MÁS HISTORIAS DE ESTA AUTORA



NOTA DE LA AUTORA

Esta es una novela de ficción sobrenatural que hace uso de la licencia poética, mezclando leyendas y hechos históricos de la cultura rumana como referencia, pero sin seguir un orden cronológico real ni la veracidad de los acontecimientos, siendo una obra fruto de la imaginación de la autora.

Los personajes son ficticios y todo el misticismo que envuelve la trama ha sido creado por la autora.

El lenguaje del texto es sencillo, sin artificios, de forma intencionada, para que la experiencia de lectura sea ágil y nada pesada.

Te deseo un momento especial mientras disfrutas de cada página de esta historia.



SINOPSIS

AGE GAP – AMOR PROHIBIDO – ALMAS GEMELAS – REDENCIÓN – FANTASÍA URBANA – HOT & SOBRENATURAL – EL VAMPIRO SE ENAMORA PRIMERO

Cuando un apuesto y encantador abogado llamó a la puerta de Viktória —la huérfana rechazada por todos— jamás imaginó que sería para revelarle que era la única heredera de una fortuna multimillonaria.

Decidida a desentrañar su misterioso pasado, la joven viaja hasta una ciudadela medieval en Rumanía.

Mientras recorre los pasillos de la mansión que ha heredado de su bisabuela, Viktória se siente atraída por el retrato de un hombre que aparece en varias pinturas. Pero cuando ese mismo hombre empieza a invadir sus sueños, dándole vida a sus fantasías más eróticas, el deseo que siente por aquel desconocido la deja desconcertada.

Hasta que él, a quien creía una figura del pasado, aparece en el presente. Y es aún más irresistible que en los cuadros colgados en la pared. Y la quiere para él.

Seductor, arrogante, posesivo y ocultando el secreto de su inmortalidad, Vlad Drakulya —la leyenda viva— por fin ha encontrado a la mujer de su vida. Pero conquistarla será su mayor desafío.

Secretos enterrados y pasiones devastadoras. ¿Don o maldición? Erotismo y elementos sobrenaturales se funden en una trama adictiva.

¿Qué destino ha sido trazado al unir a un vampiro solitario con una huérfana que nunca creyó en el amor?

Drácula ha regresado... esta vez, en pleno siglo XXI.



VLAD

Transilvania, Rumanía

—Por fin la he encontrado —escuché decir a Petru, cinco minutos después de haber sentido su presencia acercándose al invernadero donde solía pasar mis noches solitarias entre rosas rojas, una botella de vino y mi piano.

—Buen trabajo —solté un suspiro largo y resignado, aliviado en lo más profundo, aunque jamás mostraría el mínimo indicio de la expectación que se encendía en mi interior—. Ahora vete, y tráemela.

Con pasos largos y decididos, Petru parecía empeñado en llamar mi atención, pero yo seguía concentrado en el piano, aunque hubiera dejado de tocarlo hacía ya décadas.

—¿Qué piensas hacer con ella, Vlad? —su tono preocupado casi me hizo soltar una carcajada sarcástica.

—¿Qué crees que pretendo hacer? —llené de nuevo mi copa y bebí un sorbo del vino, cuyo alcohol no causaba el menor efecto en mi sistema.

—Es la última Mészáros.

—No hace falta que me recuerdes lo obvio.

—¿Vas a matarla?

—¿Y por qué demonios te pediría que me la trajeras si lo que quiero es verla muerta? —Por fin consiguió que lo mirara.

—¿Para matarla con tus propias manos? —me desafió.

¡Maldito mocoso insolente!

—¡Ni lo sueñes! —sonreí con desdén—. Sabes mejor que nadie que la necesito viva.

—No si lo que deseas es morir.

—No quiero morir. Todavía tengo una bodega llena de vinos raros.

—Está bien, iré preparando el viaje —me dio la espalda—. Revisa tu aplicación de mensajes, te he enviado el menú de la semana.

No pude evitar soltar una carcajada ante su sarcasmo.

Petru tenía contactos en la policía local, de donde obtenía los antecedentes penales de hombres cuya desaparición sería un regalo para la humanidad. Todo lo que yo tenía que hacer era cazarlos y alimentarme.

—Buen viaje, amigo —saqué el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y revisé la app de mensajes—. Hora de preparar la cena.

Tú, en algún momento de tu vida, has oído hablar de mí. Eso no significa que las historias sean ciertas, pero al menos mi nombre no ha caído en el olvido. Alguien como yo no merece ser olvidado, porque mi vida es demasiado larga como para desaparecer de la historia.

Para muchos fui un monstruo, para otros, un villano incomprendido. Tal vez el hijo del demonio, pero nunca un simple hombre.

Luché batallas, viví guerras, presencié muertes… y fui responsable del final de muchas vidas. No soy un santo, ni un mártir, ni un héroe.

Recibí un don hace mucho tiempo. Soy inmortal, pero necesito vida para mantenerme en pie. La vida se simboliza con la sangre, y es de ella de donde obtengo mi fuente de juventud y eternidad.

Pero todo tiene un final, y yo no quiero vivir para siempre. Algún día quiero envejecer y morir. Pero ese día no será hoy.

Me llamo Vlad, y soy un vampiro. Tal vez no me conozcas por ese nombre, pero estoy seguro de que has oído hablar de mí.

Mucho gusto. Soy Drácula.



CAPÍTULO 1

VIKTÓRIA

Isla del Sol, Brasil

—Vik, hay un chico aquí que quiere hablar contigo —madre Margarida apareció en la puerta, y de reojo noté que me observaba con los brazos cruzados.

—¿Qué chico? —estaba en la cocina, preparando una olla de brigadeiro.

Seguramente sospechaba que yo andaba tonteando con algún muchacho del pueblo.

—Es un doctor, habla raro. Creo que no es brasileño.

Seguí concentrada en la masa burbujeante del brigadeiro en la olla de hierro; estaba a punto de despegarse del fondo y, si me distraía, se endurecería demasiado.

No había conocido a ningún hombre recientemente, y mucho menos a alguien que pudiera ser extranjero. Últimamente, había evitado todas las invitaciones a salir. No estaba abierta a relaciones.

Había tenido algunos líos con turistas que pasaban temporadas cortas en Isla del Sol. Los chicos de aquí ya estaban acostumbrados a mis rechazos; pocos se atrevían a coquetear conmigo, sabían que no dejaba margen para flirteos. Los romances con turistas tenían fecha de caducidad, lo que significaba un corazón a salvo de desengaños.

—¿Un médico extranjero? —fruncí el ceño mientras apagaba el fuego. El brigadeiro estaba en su punto.

—Dijo que es abogado y que tiene algo muy importante que hablar contigo —su mirada inquisitiva me atravesó. Era como si intentara descifrarme.

Siempre habíamos sido francas entre nosotras. Jamás le oculté nada, así que era normal que me mirara con cierta suspicacia.

Vertí la masa caliente en una fuente de vidrio engrasada con margarina, dejé la olla en el fregadero y, solo entonces, me giré hacia madre Margarida.

—No conozco a ningún abogado, y tampoco he hecho nada como para que alguien quiera demandarme —me justifiqué, antes de que su imaginación volara demasiado—. ¿Dónde está el susodicho?

—En la terraza. Yo no iba a dejar que un desconocido entrara en nuestra casita.

—Hiciste bien. Iré a ver qué quiere ese señor.

—No es exactamente un "señor, señor". Es un joven muy apuesto, diría yo —madre Margarida sonrió como cuando aparece un hombre guapo en la frutería.

Me limpié las manos con el paño de cocina y me quité la cofia de tela.

—Arréglate ese moño, tienes el pelo todo alborotado. ¡La primera impresión es la que cuenta!

—Está bien, señora —pasé las manos por el cabello, intentando domarlo un poco—. ¿Así está mejor?

—Más o menos.

Sin insistir en mejorar mi aspecto, salí de la cocina hacia la terraza de nuestra casa. Al cruzar la puerta, vi a un hombre esbelto, de cabello rubio, ojos azules y una sonrisa amable. Me observaba fijamente, pero no como suelen hacerlo los hombres.

Parecía, sencillamente, feliz de verme.

Intrigada, sentí que ese tipo me conocía… ¿pero de qué?

—Bună ziua, domnișoara Mészáros, este o mare plăcere să te cunosc, în sfârșit.

Me puse en alerta en cuanto oí sus palabras.

Aquel hombre, con traje perfectamente entallado y zapatos relucientes, acababa de saludarme en rumano: "Buenas tardes, señorita Mészáros, es un gran placer conocerla, por fin".

¿Qué significaba eso?

—Por favor, hable mi idioma —le pedí con cortesía.

Era fluida en rumano, aunque no lo practicara a menudo. A veces me sorprendía a mí misma pensando, soñando o cantando antiguas canciones en el idioma que mi madrina me enseñó de niña.

Pero no conocía al hombre frente a mí, y no entendía por qué se dirigía a mí en una lengua extranjera. A no ser que supiera más sobre mí de lo que yo misma sabía.

—Lo hice. Me entendiste perfectamente, ¿verdad? —respondió el abogado en un portugués con acento marcado.

—¿Quién es usted? —parpadeé, con el cuerpo en alerta.

La sonrisa amable no abandonó su rostro. Con las manos en los bolsillos del pantalón, adoptó una postura relajada.

—Petru Moldoveanu, abogado —me tendió la mano derecha, saludándome con formalidad.

—¿Qué lo trae por aquí, señor Petru? —le estreché la mano, aún desconfiada.

Esa sonrisa suya me ponía nerviosa.

—Usted, señorita Mészáros. He venido por usted.

—Sin rodeos, ¿podría ir al grano? —señalé una de las mecedoras en la esquina de la terraza—. Siéntese, por favor. ¿Le apetece algo de beber?

—Un vaso de agua, por favor —asintió, y se acomodó en una de las sillas.

—Mamá, ¿puedes traer un vaso de agua para el señor Petru? —pedí, sabiendo que madre Margarida estaba escuchando desde la sala. Me senté frente al abogado.

—Sí, hija, ahora mismo.

—Puede empezar a hablar mientras ella trae el agua —le indiqué.

—Iré directo al punto, luego le mostraré los documentos —su tono se volvió serio, aunque seguía sereno—. Soy el representante legal de la familia Mészáros en Rumanía. Usted es la única descendiente viva, por lo tanto, la legítima heredera.

¿Cómo dice?



VLAD

Bucarest, Rumanía

—¿Quién eres tú? —el despojo humano me miraba con ojos desesperados, y podía oler el miedo en su voz.

Hacía ya mucho que dejó de ser divertido cazar y alimentarme de la sangre de los injustos. Personas sin escrúpulos ni moral, que encontraban placer en quitar la vida a sus semejantes.

A lo largo de mis siglos de existencia, he sido testigo de todo tipo de atrocidades. Ya fuera en medio de sangrientas batallas o en la diversión sádica de aquellos que actuaban movidos únicamente por su propia maldad.

Se volvió monótono. Y yo, cada vez más aburrido.

Pero la inmortalidad tiene sus propias reglas. Y si no quería acabar en una agonía miserable por la falta del único alimento que me mantenía joven y fuerte, debía abastecer mi refrigerador con la sangre de hombres como el que ahora agonizaba sobre una camilla improvisada, mientras yo recogía su patética vida en una bolsa de transfusión.

Nunca fue mi método preferido, pero me volví un poco más civilizado a medida que la especie humana evolucionaba.

Encogiéndome de hombros, ignoré el impulso de desgarrarle el cuello con los dientes. No valía la pena.

—Soy tu muerte.



CAPÍTULO 2

VIKTÓRIA

Isla del Sol, Brasil

—Esto es una broma, ¿verdad? —solté una risa nerviosa mientras me removía en la silla, mirando alrededor como si en cualquier momento fuera a aparecer una cámara oculta.

—¿Perdón? —parecía confundido, probablemente sin entender el contexto de la palabra "broma".

Nunca supe quién era realmente, pero sí sabía quién quería llegar a ser: una mujer independiente, que no necesitara de la caridad de nadie para sobrevivir. Alguien que luchara por lo que quisiera, que superara los obstáculos y perseverara en sus ideales.

No importaba cuánto tardara, no pensaba rendirme.

Me llamo Viktória Mészáros y tengo veintitrés años. Me crié en un orfanato desde que era un bebé. Nunca fui adoptada; era como si algo en mí repeliera a cualquier pareja que buscara formar una familia. Así que crecí sola, viendo cómo otras niñas encontraban un hogar y se marchaban sin despedirse.

Aprendí que no debía encariñarme demasiado con nadie, que no podía depender de la compañía de otra persona para no sentir el dolor del abandono. Excepto con una única persona: la señora Constanta, cuidadora del orfanato que se autoproclamó mi madrina. Ella fue quien me crió, así que no tuve más opción que amarla… y ser amada por ella.

Constanta siempre estuvo a mi lado. Cuidaba de mí, me ayudaba con los deberes del colegio e incluso me enseñó a hablar rumano, su idioma natal. Ya en la adolescencia, siendo ya fluida, le

pregunté por qué insistía tanto en que aprendiera esa lengua. Pero siempre fue una mujer reservada. Me decía que ser bilingüe me ayudaría a salir adelante sola en el futuro.

Bueno… no me sirvió de mucho.

Cuando cumplí dieciocho años, tuve que dejar el hogar adoptivo. Recibí una pequeña ayuda económica de mi madrina y logré alquilar un estudio barato donde viví por un tiempo, hasta que encontré trabajo. No fue nada fácil. Solo por milagro no pasé hambre.

Fueron tiempos duros. Perdí a mi madrina dos años después. A los veinte, sin empleo y sin techo, me mantenía con trabajos temporales que se pagaban por horas. Al final del día, apenas me alcanzaba para una noche en un motelucho y una hamburguesa con patatas en algún local barato.

¿Quién iba a contratar a alguien sin referencias, sin dirección fija y sin experiencia laboral?

Hasta que un día llegué a la terminal de autobuses de un balneario llamado Isla del Sol… y, por fin, mi vida cambió.

Conocí a Margarida Flores —sí, el nombre suena gracioso, pero ella era una señora entrañable, con un corazón más puro que cualquier otro ser humano.

Yo, que aún conservaba esa mentalidad de no apegarme a nadie, me dejé acoger por aquella mujer de sonrisa cálida y sincera. La frutera querida por todos los vecinos de Isla del Sol me adoptó como hija… y aprendí, ya de adulta, a confiar y a desear la compañía constante de alguien.

Pero solo ella logró conquistarme de ese modo, porque nunca fui de hacer amistades con facilidad.

Gracias a las enseñanzas de madre Margarida, me convertí en una pastelera de primera. Aprendí a preparar tartas, coberturas, rellenos y salsas deliciosas. Mermeladas, postres sencillos para reuniones y dulces más refinados para eventos elegantes.

Durante los últimos tres años he vendido mis delicias en la tienda de madre Margarida, ayudándola a llevar el negocio. Además, hacía encargos por encargo que me generaban buenos ingresos y estaba ahorrando para montar mi propio emprendimiento, con el objetivo de brindarle a mi madre adoptiva una jubilación tranquila.

Era lo mínimo que podía hacer por ella, después de todo lo que me dio.

Resumiendo: toda mi vida fui la luchadora, nunca la heredera.

Entonces, ¿escuché bien lo que acaba de decirme el abogado guapetón?

—Escuche, señor —me levanté, con las manos en la cintura y la poca paciencia que me quedaba agotándose—. Váyase a estafar a otra incauta, porque de mí no va a sacar ni un euro, ni un bizum de diez.

—Su bisabuela paterna, Mirela, falleció recientemente a los ciento dos años de edad —continuó, manteniendo su postura imponente—. Me encargaron localizar a Constanta Mészáros, hija de Mirela, que había huido de su país de origen hacía más de veinte años.

—Constanta... —escucharle pronunciar el nombre de mi madrina me despertó la atención, aunque seguía desconfiada de todo.

—¿Puedo continuar?

Asentí y volví a sentarme en la silla.

—Imagínese mi sorpresa al descubrir que Constanta había fallecido. Entonces supe que tenía un hermano gemelo, Ciprian, que a su vez tuvo un hijo: Valeriu Mészáros, su padre.

—Valeriu… —murmuré, sintiendo una extraña desconexión.

—Aparentemente, su familia tenía la costumbre de desaparecer del mapa —comentó con cierta ironía—. Me llevó seis meses localizarlo. Tras mucha investigación, encontré al señor Mészáros en un pueblecito de Italia. Como único heredero vivo, regresó a su país

para cumplir con los trámites legales exigidos en el testamento. Pero enfermó, y en su lecho de muerte me confesó que había tenido una hija y la dejó al cuidado de su tía Constanta cuando era solo un bebé. Nunca volvió a verla, pero me reveló su nombre: Viktória.

El ruido del cristal rompiéndose contra el suelo nos hizo dar un salto tanto a mí como a Petru.

El vaso de agua se le había resbalado a madre Margarida en cuanto llegó a la terraza y escuchó que yo tenía una familia extranjera… y que ahora era la única descendiente viva.

—Perdonadme, enseguida traigo otro vaso —se agachó para recoger los trozos de vidrio con manos temblorosas.

Su voz quebrada me alarmó.

—¡Mamá, por favor, no toques eso con las manos! Vas a cortarte —me levanté y la tomé de los brazos, ayudándola a incorporarse—. No pasa nada. ¿Podrías dejarnos unos minutos a solas al señor Petru y a mí? Yo misma recogeré los cristales y luego te cuento todo.

Ella me miró con ternura, y entendí su angustia. Yo también estaba aturdida por tantas revelaciones. El abogado acababa de soltar una bomba tras otra, y mi mente intentaba procesarlo todo, sin entender aún el alcance de lo que estaba oyendo.

—Está bien, cariño. Me voy a la tienda. Ya es hora de abrir —se acercó y me besó la frente—. ¿Me buscas luego?

—Sí, iré enseguida.

Madre Margarida se marchó, caminando hacia su tienda cerca del paseo marítimo en el centro de Isla del Sol.

Recogí los trozos de vidrio, tragué saliva e intenté mantener la calma, aunque los nervios me tenían a flor de piel.

—Permítame decirle que, si Mirela estuviera viva, quedaría impactada al ver a su bisnieta —comentó de repente, mirándome con cierto asombro—. Sería como contemplar un espejo que reflejara su juventud. Es realmente impresionante.

—¿Así que por eso no ha dejado de mirarme con esa cara rara desde que me vio? —solté a la defensiva, cruzándome de brazos—. ¡Deje de devorarme con los ojos o llamo a la policía!

Los ojos del abogado se abrieron de par en par.

—¡Por favor, no haga eso!



VLAD

Transilvania, Rumanía

De regreso a la mansión solitaria, faltaba menos de una hora para el amanecer cuando aparqué el coche de lujo en el garaje subterráneo de la propiedad.

Cargando una nevera portátil llena de bolsas de sangre, entré en el ascensor que daba acceso al desván, donde solía pasar la mayor parte de mi tiempo en Zsigmond.

—Fueron solo dos días, pero parece que ha pasado una eternidad —murmuré para mí mismo mientras el ascensor ascendía.

No me gustaba salir de la mansión. Solo lo hacía cuando no me quedaba otra alternativa, y tratándose de sangre de los injustos, no podía delegar la tarea. Petru ya hacía bastante al entregarme una lista de candidatos preseleccionados.

Las puertas del ascensor se abrieron y avancé a grandes pasos hacia el minibar, con la intención de guardar las bolsas de transfusión repletas de mi alimento indispensable.

—¿Dónde demonios dejé el móvil? —lo busqué sobre la cama, pero lo encontré tirado en el sofá.

La tecnología nunca me fascinó, por más comodidades que ofreciera. Aprendí a conducir, a usar el teléfono y a navegar por internet, pero el encanto de lo analógico siempre me resultó más emocionante.

Sin embargo, en el instante en que abrí la aplicación de mensajes —donde Petru me había enviado unas fotografías de Viktória Mészáros— agradecí en silencio y sinceramente a los

tiempos modernos por la rapidez con la que la información viajaba, sin importar la distancia.

Deslicé los dedos por la pantalla del móvil, como si pudiera sentir la textura de su piel delicada y aparentemente suave, pero fue inútil. Al cerrar los ojos, me transporté a un tiempo lejano, cuando el remordimiento y la culpa aún no habían afligido mi corazón inmortal.

—Mirela… Mi querida y amada Mirela.



CAPÍTULO 3

VIKTÓRIA

Isla del Sol, Brasil

No tenía intención de llamar a la policía… pero él no necesitaba saberlo.

—Señor Petru, la historia que me acaba de contar no tiene ningún sentido para mí. Me crié en un orfanato, doña Constanta era la cuidadora, y yo una huérfana como todas las demás niñas de la institución.

—Perdón, señorita, pero lo que le digo es cierto. Pensé que sabía de su parentesco con Constanta Mészáros. Ella era su tía abuela.

—No lo sabía —negué con la cabeza, sin pensarlo—. Crecí sin saber nada de mi familia. Constanta me adoptó como su ahijada, fue ella quien me enseñó rumano y me dio su apellido. Cuando falleció, me lo comunicaron desde la administración del orfanato, que también organizó el velorio y el entierro. Ella dedicó su vida al cuidado de las niñas. Lo poco que ganaba me lo daba para ayudarme.

Así que… por eso me cuidó tanto… pensé, dejando que algunas lágrimas escaparan.

No sabría decir por qué, pero de pronto me sentí tan vulnerable. Rompí a llorar, olvidándome por completo de la presencia del abogado, recordando todas las dificultades que había pasado en la vida y el dolor de perder a doña Constanta.

Resultó que no había estado completamente sola en el mundo, después de todo.

¿Pero por qué el secreto? ¿Por qué nunca me dijo que éramos familia?

—Perdóneme, señor Petru —me sequé las lágrimas con las manos, en un gesto brusco, intentando recomponerme.

—No se preocupe, señorita Mészáros. Es perfectamente comprensible, dadas las circunstancias.

—Quisiera continuar —solté un largo suspiro, dispuesta a escuchar el resto de aquella historia, fuera cual fuera—. Valeriu… mi padre. Dijo que enfermó.

—Sí, sufrió una neumonía grave. Por desgracia, no sobrevivió.

—¿Y mi madre? ¿Dijo algo sobre ella?

Petru Moldoveanu dudó unos segundos.

—Su madre falleció durante el parto. Por eso él la dejó al cuidado de Constanta. Dijo que ella la protegería… de la maldición.

—¿Maldición? ¿En serio? —fruncí el ceño, aunque no pude evitar soltar una risa sarcástica—. No quiso hacerse cargo de mí y se inventó esa tontería de maldición… Como si fuera a creer semejante disparate.

—Estaba con fiebre muy alta cuando me lo confesó, así que no tomé esa parte en serio —añadió el abogado—. Como ya tenía la ubicación de Constanta Mészáros en Brasil, reanudé la investigación, esta vez en busca de una tal Viktória. Los detectives que contraté tuvieron algo de trabajo, pero lograron encontrarla.

—¿Y por qué es tan importante dar conmigo? No queda nadie más, soy la última Mészáros, al parecer. ¿Está aquí para cobrar sus honorarios? ¿Quiere que pague por toda esa gente que nunca se interesó por mí pero que le dejó deudas antes de morir?

Petru empezó a reír, lo cual me irritó aún más.

—No, por supuesto que no —consiguió decir después de calmarse—. Estoy aquí por su herencia. Usted es la única heredera de Mirela Mészáros, ahora que su padre ha fallecido.

—¿Y qué heredé exactamente? —entrecerré los ojos, imaginando que venía el "golpe" disfrazado de bendición.

—Además de la Mansión Zsigmond y otras propiedades menores, hay una cuenta bancaria con aproximadamente cinco millones de dólares y más de cincuenta millones invertidos en fondos.

—¿Qué clase de maldita broma es esta? —me levanté de golpe, sintiendo el corazón dispararse—. ¿De verdad cree que voy a caer en eso? Ni siquiera le conozco. ¿Cómo puede venir a mi casa y tomarme el pelo así? Ya veo cómo va: ¿cuánto tengo que pagar para recibir esa herencia maravillosa?

El abogado también se levantó e intentó acercarse, pero di unos pasos atrás, y él pareció entender que estaba algo asustada.

—Por favor, señorita… tranquilícese —dijo, tropezando con las palabras—. Hablo cinco idiomas, pero no entendí algunas de las expresiones que usó. También está hablando muy rápido… ¡No soy un estafador!

—Pues verá, esta historia es demasiado rara para mi gusto. Aquí en Brasil decimos que "cuando la limosna es mucha, hasta el santo desconfía".

—Si me da unos minutos, iré hasta el coche a buscar los documentos que prueban que digo la verdad. Me tomé la libertad de preparar una copia en portugués, por si desea que un abogado brasileño los revise y confirme su autenticidad.

¿Y si dice la verdad? ¿Y si yo, Viktória… soy heredera de una fortuna?

—Vaya a buscar los papeles, señor Petru. Yo… llamaré a mi abogada —¡No tengo ninguna abogada!

El hombre asintió con un gesto de cabeza y caminó hacia el portón de la propiedad.

—¡Espere! —se detuvo de inmediato y se giró hacia mí—. ¿De qué parte de Rumanía es mi familia?

—Transilvania.

No pude evitar reír. Seguía sin poder creer nada de lo que estaba ocurriendo.

Perfecto. Solo falta que me diga que soy prima del conde Drácula.



VLAD

Transilvania, Rumanía

—¿Vendrá contigo? —pregunté en cuanto respondí la llamada de Petru.

—Estaremos ahí lo antes posible —resumió toda la conversación que había tenido con Viktória, y tuve que contener la risa en más de una ocasión al escuchar las sospechas de la chica respecto a mi amigo y toda la situación.

—Parece bastante lista.

—Lo es. Muy aguda.

—¿Ya has empezado a acercarte a ella?

—No creo que sea el momento —escuché un largo suspiro al otro lado de la línea—. Quiero decir… acaba de descubrir sus orígenes y...

—¿No te ha gustado? —lo interrumpí ante su vacilación—. ¿La semejanza con Mirela te incomoda?

—De hecho, ese es uno de los puntos clave. Pero… —no terminó la frase.

—¿Pero?

—Parecía una buena idea cuando hablamos de ello antes de que viniera a Brasil, pero ahora que la he conocido… no creo ser ese tipo de hombre, Vlad.

—Pensé que eras mi amigo.

—Lo soy. Pero estamos hablando de crear una vida… eso es un vínculo irrompible y...

—Hablaremos de eso cuando regreses. Por ahora, lo único que necesitas hacer es traerla cuanto antes.

—Considéralo hecho.



CAPÍTULO 4

VIKTÓRIA

Isla del Sol, Brasil

¡Realmente era la única heredera de Mirela Mészáros!

Tras confirmar la autenticidad de todos los documentos presentados por Petru Moldoveanu, fue mi turno de demostrar quién era yo realmente.

Una prueba de ADN confirmó mi parentesco con la familia Mészáros, lo que fue un gran alivio… y también una enorme sorpresa.

Descubrir, después de veintitrés años, cuál era mi verdadero origen me quitó un peso de encima, pero también trajo consigo angustias con las que aún no sabía cómo lidiar.

¿Por qué mi padre me dejó al cuidado de mi tía?

¿Por qué ella nunca me dijo que éramos familia?

¿Por qué abandonar Rumanía y exiliarse en Brasil?

¿De qué o de quién huía Constanta?

¿Y qué significaba eso que dijo mi padre sobre una maldición?

Preguntas sin respuesta. Todos mis familiares estaban muertos. ¡Cuánta tragedia en una sola familia!

Mirela, mi bisabuela, fue la que más tiempo resistió. ¿Ciento dos años? Era un regalo tener una vida tan larga.

Según Petru, mi bisabuela vivió cómodamente en una residencia de ancianos en Braşov hasta su muerte. Tuvo dos hijos

gemelos: Ciprian y Constanta. Ambos vivieron en la mansión Zsigmond durante décadas.

Constanta nunca se casó ni tuvo descendencia.

Ciprian, mi abuelo, tuvo un único hijo, pero tampoco llegó a casarse. Mi abuela murió al dar a luz a mi padre, y Ciprian falleció a los cincuenta y cinco años, cuando Valeriu tenía veinte.

Tras la muerte de su hermano, Constanta también abandonó la mansión, aunque permaneció en Braşov para estar cerca de su madre, que decidió internarse en un geriátrico. Meses después, Constanta desapareció misteriosamente y Mirela no volvió a saber nada ni de su hija ni de su nieto.

Nadie pudo decir con certeza cuándo fue la última vez que se vio a los últimos Mészáros.

—Tras el fallecimiento de Mirela, inicié la búsqueda de Constanta y Valeriu —me reveló Petru, durante nuestra segunda conversación—. Estuve con él unos días, lo acompañé en su visita a la mansión Zsigmond. Era un hombre muy solitario, tu padre.

—Tal vez por elección propia. Después de todo, tuvo una hija… y la abandonó —no podía ocultar el resentimiento.

—Solo me habló de ti cuando supo que le quedaba poco tiempo de vida. Me pidió que te encontrara y te protegiera.

—No lo entiendo...

—Quizá quería que recibieras la herencia que te correspondía por derecho. Que alguien te orientara para cuidar tu patrimonio. No estamos hablando de poco, Viktória.

—Lo sé.

—Valeriu era un hombre muy reservado. No tenía amigos, ni nadie con quien quisiera compartir sus últimos días. Mi familia apreciaba mucho a tu bisabuela. Mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre fueron grandes amigos de los Mészáros. Yo soy la cuarta generación de los Moldoveanu en ejercer la abogacía. Cuando mi padre se jubiló, el legado pasó a mí, junto con la responsabilidad de gestionar

los bienes de tu bisabuela. Si no encontraba ningún heredero, la mansión Zsigmond se convertiría en museo y el dinero se donaría. Le prometí a Valeriu que te encontraría.

Después de aquella revelación, mi nivel de confianza en Petru empezó a crecer.

Al principio desconfiaba de aquel abogado de sonrisa fácil y simpatía espontánea, pero poco a poco se fue ganando el beneficio de la duda.

Petru era amable y servicial. Se ofreció a esperar para que viajáramos juntos a Rumanía, para que yo conociera la mansión que fue el hogar de mi familia… y que ahora era mío.

No tenía por qué haberse esforzado tanto en buscar a una bisnieta perdida. Podría haber declarado a la familia como extinguida y gestionado la donación de toda la fortuna, o incluso ideado alguna forma de quedarse con parte de ella. Pero allí estaba él, después de meses de investigación, trayéndome un pedazo de una historia que jamás imaginé recuperar.

Había algo misterioso detrás de la familia Mészáros y, aunque no sabía por qué, creía instintivamente en lo que él me decía. Petru Moldoveanu era el único que podía guiarme en ese viaje.

—¿Cómo se llamaba mi madre?

—Se llamaba Ekatherina.

—¿Y esa "maldición"? ¿No puedo tener hijos? ¿Voy a morir en el parto también? ¿Ciprian no se casó con mi abuela, pero Valeriu sí se casó con Ekatherina?

—No estaban casados.

—Si tu familia era tan amiga de la mía, sabían que Ciprian tuvo un hijo. No fue un detective quien descubrió eso para ti, ¿verdad?

—Perdón, Viktória. No mencioné a tu madre antes porque sabía que preguntarías por su familia. Hay tanta muerte en tu árbol genealógico… Lo siento, realmente no queda nadie. Sobre tu padre, muy pocos sabían que Ciprian tuvo un hijo. Él nunca reveló su

vínculo con los Mészáros. Es probable que tu madre ni siquiera supiera su apellido.

—Tantos secretos, tantas omisiones… —murmuré, pensativa—. Debe de haber algo muy oscuro detrás de todo esto, ¿no?

Él no supo qué responderme. Y parte de la confianza que comenzaba a construir… se desmoronó.

Aun así, quería descubrir todo lo posible sobre mi misteriosa familia.

Y Petru sería mi guía.

*****

Tardé poco más de un mes en estar finalmente lista para viajar a Rumanía.

Como jamás se me había pasado por la cabeza hacer un viaje internacional, no tenía pasaporte. Petru me ayudó con todo lo necesario, incluso con los gastos, aunque según él, era yo quien los estaba pagando, ya que ahora la fortuna de la familia Mészáros me pertenecía.

Lo más difícil fue convencer a madre Margarida.

Sabía que temía por mi bienestar: ya fuera una tragedia en el vuelo o incluso trata de mujeres. Todo tipo de teorías pasaron por su cabeza, y no escatimó en imaginación.

Madre Margarida veía muy raro eso de que me convirtiera en millonaria de la noche a la mañana.

—A mí también me parece todo esto muy raro, mamá. Por eso necesito ir… porque solo viendo con mis propios ojos esta historia loca empezará a tener sentido. No me voy para siempre.

—No necesitas todo ese dinero, hija. Sé que has pasado por momentos difíciles, pero ahora me tienes a mí. Nuestra frutería nos da lo suficiente para vivir bien, mi amor.

—¡No es por el dinero! —la tomé por los hombros para mirarla a los ojos—. Mentiría si dijera que no me interesa, porque sí… va a

cambiar nuestras vidas. Por fin tendré mi pastelería, y podremos comprar una casa más grande para nosotras…

—¡Es una cantidad de dinero descomunal! Me da miedo lo que eso pueda costarte.

—No es la herencia lo que me empuja a ir tan lejos, mamá. Quiero saber más sobre esa familia que debería haber sido la mía. No sé explicarlo… es como una llamada interior que me atrae hacia allá.

—Eso es cosa mala, mi niña —mamá me abrazó y, al separarse, se persignó—. No confío en ese abogado, sonríe demasiado.

—Petru es buena persona, señora… está con celos —bromeé, intentando aliviar el ambiente, pero su expresión seguía inquebrantable.

—No son celos, es el sexto sentido de madre. Nunca falla, ya verás.

—¿Confía en mí?

—¡Claro que sí! —se sintió ofendida—. En quien no confío es en ese Ken con acento raro.

—Está siendo muy dura con él.

—Tengo el corazón encogido, hija —su voz temblorosa delataba el llanto contenido.

—¡Una semana! —le aseguré con convicción—. Ese será el máximo tiempo que estaré fuera. Llamaré todos los días, no me importa lo que cueste. Soy millonaria ahora, ¿no? Si no doy señales de vida, puede llamar a la policía, montar un escándalo, lo que haga falta hasta encontrarme.

—¡Ya sabes que lo haré!

—Lo sé, mamá.

—Está bien… Ve con Dios, mi niña.



VLAD

Transilvania, Rumanía

—¿Por qué la demora, Petru? —presioné durante una llamada telefónica.

Desde que el abogado me enviara las fotos de Viktória, la ansiedad por conocerla se había convertido en una especie de tortura para mí.

Los recuerdos del pasado afloraban cada noche, atormentándome y carcomiéndome la conciencia al reconocer cuán negligente había sido con la promesa original.

No merecía la inmortalidad con la que había sido bendecido. Y aun así, consciente de todos mis pecados, la idea de morir seguía sin resultarme atractiva.

—Burocracia —volvió a justificar, como ya lo había hecho otras veces cuando, con impaciencia, lo cuestioné—. ¿Qué son unos días más ante toda una eternidad, Vlad?

—Sabes que no hay ninguna garantía respecto a esa eternidad. De hecho, dependo tanto de ti como de Viktória. ¿Algún avance?

No respondió durante unos segundos. Y fue suficiente para que entendiera que Petru estaba reconsiderando el plan inicial.

—Viktória no es ingenua, Vlad. Si intento cualquier cosa ahora, es muy capaz de renunciar a la herencia por completo.

—¿De verdad? —sonreí abiertamente, sin saber muy bien por qué—. Ahora tengo aún más ganas de conocerla.



CAPÍTULO 5

VIKTÓRIA

Fueron casi once horas de vuelo hasta Barcelona, en España. Desde allí, otras tres horas más hasta Bucarest, capital de Rumanía.

Aunque Petru mencionó que podía fletar un jet privado, insistí en que viajáramos en vuelos comerciales. Dadas las circunstancias, si en algún momento cambiaba de opinión o percibía algún peligro, al menos tendría la opción de pedir ayuda.

Todo era completamente nuevo para mí, y estaba tan nerviosa por volar por primera vez...

Sin embargo, me preocupaba más cometer alguna torpeza durante el vuelo que sufrir una catástrofe aérea.

Aun así, saqué algunas fotos y grabé un vídeo del despegue que envié a madre Margarida, para que pudiera seguir mi viaje paso a paso.

Para pasar el tiempo, llevé conmigo mi Kindle. Soy adicta a las novelas sobrenaturales, y ya estaba en el octavo libro de la saga La Hermandad de la Daga Negra, de J.R. Ward: Amante liberado.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Petru al despertarse y notar que yo seguía absorta en la lectura.

—Vampiros.

—Qué irónico.

—¿Y eso por qué? —parpadeé, intrigada.

—Estamos yendo a Transilvania.

—¡Ah, sí! —reí, algo incómoda—. Pero estos vampiros son de Idaho. La historia transcurre en Caldwell.

Tan pronto aterrizó el avión, no quise detenerme a descansar en ningún hotel. Preferí seguir el viaje de inmediato.

Había dormido bastante durante el segundo vuelo, y ansiaba llegar cuanto antes a la mansión Zsigmond.

Una parte de mí aún temía que todo aquello fuera un montaje y, en cualquier momento, una banda de mafiosos me secuestrase.

—Eres bastante terca, Viktória —observó Petru durante el trayecto hacia Bran—. Podríamos habernos quedado en un hotel y continuar mañana.

Sabía que tenía razón, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Nos esperaba un coche en el aeropuerto, pero el caos del tráfico en Bucarest convirtió el trayecto hasta la estación de tren en una pequeña tortura. La temperatura rondaba los veintisiete grados, pero yo ya estaba más que acostumbrada al calor.

Al llegar a Braşov, otro coche nos aguardaba.

Agotada tras el viaje, no veía la hora de llegar al destino final.

—Lo prefiero así. Podré dormir en cuanto me acomode. Me cuesta adaptarme a ambientes nuevos, así que cuanto más cansada esté, mejor.

Era uno de los traumas que arrastraba desde que salí del orfanato.

Había pasado la noche en tantos lugares diferentes, que me costaba conciliar el sueño sin sentirme invadida por el miedo.

Los sueños perturbadores me dominaron durante tanto tiempo que necesité terapia para librarme de los recuerdos que me robaban el descanso.

Pero esta vez era distinto: me dirigía a una mansión en una ciudadela medieval de Transilvania.

Mentiría si dijera que no estaba algo inquieta.

He leído suficientes novelas sobrenaturales como para alimentar mi imaginación hasta el punto de recrear escenas desagradables en mi subconsciente.

—Es tu primer viaje internacional, y no pareces en absoluto interesada en hacer turismo.

—Segundo viaje —repliqué con descaro—. Me trajeron desde aquí hasta Brasil cuando era solo un bebé. Pero esto está muy lejos de ser un viaje turístico, Petru. He venido en busca de respuestas… y espero encontrarlas cuanto antes.

A esas alturas, ya había enviado a madre Margarida una buena cantidad de fotos y vídeos. La actualizaba constantemente para tranquilizarla… y para dejar un "rastro", en caso de que perdiera contacto conmigo.

Temía que, al distraerme con la emoción de turista, bajara la guardia respecto a Petru.

Aunque parte de mí confiaba en sus palabras, no podía simplemente entregarme a la idea de ser una heredera única.

¡Un poco de precaución nunca está de más!

—Ya casi llegamos, mira —cambió de tema, señalando la cima de una colina mientras el coche avanzaba por una estrecha carretera.

—¡Guau! —El cielo gris apocalíptico y las nubes bajas, junto con la tenue luz del atardecer, transformaban el paisaje en algo tan pintoresco como inquietante—. Hermosa y lúgubre a partes iguales.

No podía creer que todo eso… me perteneciera.



VLAD

—¡Ha llegado! —abrí los ojos en cuanto sentí su presencia.

Su esencia… tan cercana, tan viva…

—¡Una auténtica Mészáros! —me puse de pie, eufórico, aunque no podía salir a su encuentro en ese momento.

Podía sentir la sangre fluyendo por sus venas y los latidos de su corazón resonando en mis oídos como ecos de un tambor.

Me senté en el despacho, frente al portátil, y accedí al sistema de seguridad de la propiedad para observarla a través de las cámaras de vigilancia del jardín.

Viktória aún no había bajado del coche, y mi cuerpo reaccionó a su presencia como nunca antes. Ni siquiera cuando fui despertado por Alexandra Mészáros y me convertí en inmortal.

—¿Qué tienes de especial para provocarme esto? —murmuré, inquieto, disgustado con mi falta de autocontrol.

La puerta del coche se abrió, y mis ojos permanecieron fijos en la pantalla del ordenador, atentos a cada uno de sus movimientos.

Tragué saliva, sintiendo mi sangre hervir de forma tan repentina que llegó a doler.

—¡Mía! —sentencié, apretando los puños para soportar la agonía y la impaciencia.

Era la última de su linaje… una joya preciosa y única.

Yo era el único de mi especie.

La necesito si quiero seguir existiendo, pero… ¿me necesitará ella a mí?



CAPÍTULO 6

VIKTÓRIA

—¿A esto le llamas mansión? —bajé del coche y miré a mi alrededor, boquiabierta—. ¡Joder, Petru! ¡Esto es un castillo!

El jardín era inmenso, lleno de esculturas repartidas por el terreno, fuentes impecables y un bosque de pinos que enmarcaba la propiedad como una postal encantada.

Petru había sido modesto al decir que yo había heredado una mansión.

Zsigmond bien podría haber sido el hogar de un rey.

—No es un castillo —replicó Petru, siguiéndome el paso—. Tiene electricidad, calefacción y hasta Wi-Fi. Fue construido a finales del siglo XIX, pero fue reformado para incorporar algunas comodidades modernas.

—No tiene pinta de medieval.

—En efecto. La arquitectura es de estilo renacentista germánico. Vamos, entremos.

Solo me di cuenta de que todo el tiempo había estado hablándole en rumano cuando Petru le dio instrucciones al chófer para llevar nuestras maletas al interior de la mansión.

—¿Este lugar no está siempre rodeado de turistas? —pregunté, aún tratando de asimilar la majestuosidad de la mansión Zsigmond —. Quiero decir, ¿cuánto tiempo lleva deshabitada?

Petru me miró y sonrió. Al llegar a la imponente puerta de entrada, presionó un discreto botón dorado que reveló un panel digital.

—El sistema de alarma es de última generación y hay cámaras de vigilancia por toda la propiedad —me explicó mientras introducía una secuencia numérica—. Los lugareños saben que esta es una propiedad privada, y el hecho de que los Mészáros desaparecieran genera rumores entre los vecinos. Circulan leyendas urbanas en torno a la mansión Zsigmond, lo que disuade a los curiosos. Pero sí, hay una empresa de seguridad encargada de proteger el patrimonio de tu familia. Yo mismo me aseguré de contratar a la mejor del sector.

Aún procesaba todo lo que decía cuando la puerta se abrió y él entró.

¿Leyendas urbanas? Cada vez esto se ponía más raro...

Avancé con pasos lentos y la boca se me abrió más y más a medida que mis ojos recorrían el derroche de lujo del lugar.

—¡Madre mía! Esto es... demasiado elegante —murmuré en portugués, con los ojos bien abiertos.

Aunque lo intentara, no habría forma de describir tanta belleza. La decoración alternaba entre lo clásico y lo contemporáneo, una mezcla de pasado, presente y futuro concentrada en un solo espacio. Estaba claro que se había invertido una pequeña fortuna en transformar aquella "casa" en algo simplemente… irreal.

—Me siento como Alicia en el País de las Maravillas...

—Y eso que solo has visto el vestíbulo, Viktória —Petru dijo, claramente divertido con mi asombro—. Son más de sesenta habitaciones en total, todas decoradas con estilos distintos: florentino, turco, austríaco… Tus antepasados se esmeraron en convertir la mansión Zsigmond en lo que es hoy. Una lástima que haya estado cerrada tanto tiempo. Le falta vida a esta propiedad. Tal vez tú puedas devolvérsela.

—Me compadezco de la persona que tenga que limpiarla... ¡debe ser un trabajo titánico! —di una vuelta sobre mis talones, admirando el lugar—. ¿Estás seguro de que todo esto es mío?

—Completamente.

Negué con la cabeza, incrédula.

—No tengo la menor intención de vivir en una casa tan enorme.

Petru abrió mucho los ojos, sorprendido por mi declaración.

—¿Puedo venderla? —pregunté, con la esperanza de recibir una respuesta afirmativa.

Su risa retumbó por todo el espacio como un trueno.

—¿Tienes idea de cuánto vale esta propiedad? No es como poner un cartel de "se vende" en la verja y esperar que lluevan compradores.

—¿Y por qué no? —me encogí de hombros—. Es preciosa, maravillosa, ¡una joya! Seguro que se vendería rápido.

—La mansión Zsigmond está valorada en cuatrocientos millones de dólares, Viktória.

—¿Qué? —casi me atraganté—. ¡Eso es una barbaridad! ¿Cómo voy a mantenerla? Lo único que sé hacer en la vida son tartas y cupcakes.

—Aún te queda mucho por aprender, señorita Mészáros —sonrió con un aire paternalista, como si yo fuera una niña pidiendo atención—. Pero pronto sabrás todo lo que necesitas acerca de la mansión Zsigmond. Dale tiempo al tiempo.

El chófer apareció de repente, dejando las maletas en la entrada.

—Gracias, Claudiu. Puedes irte. Nos vemos mañana por la mañana.

—Por supuesto, señor Moldoveanu. Hasta mañana. Con permiso, señorita Mészáros.

—Hasta mañana, Claudiu.

Cerró la puerta tras de sí.

—Déjame mostrarte tu habitación. Debes de estar agotada, Viktória.

—Espera… No voy a dormir sola en este castillo… ¿o sí? —dejé que se notara el pavor que me provocaba esa idea.

Petru se acercó y, para mi sorpresa, me sujetó suavemente por los hombros.

—No te preocupes, permaneceré en la casa durante toda tu estancia aquí. Y mañana conocerás a Ioana, la ama de llaves. Es una señora encantadora.

—Está bien —asentí, demasiado cansada como para hacer más preguntas.

Me dolía la cabeza, tenía el cuerpo entumecido y lo único que deseaba era una ducha caliente y dejarme caer en una cama suave.

Aunque, siendo sincera, con el agotamiento que sentía… hasta una de esas alfombras lujosas me habría servido.

Mañana bombardearé a este hombre con preguntas, ¡puedes apostar que sí!



VLAD

Inspiré con fuerza, dejando que el aroma de su perfume, mezclado con su esencia natural, invadiera mis sentidos.

Tuve que recurrir a todo el autocontrol que me quedaba para no ir tras ella en ese mismo instante.

—¿Qué demonios me está pasando? —solté, golpeándome el pecho con violencia, intentando calmar el corazón, que ardía con una agonía inexplicable.

Un poderoso sentimiento de posesión se apoderaba de mí, y el ansia visceral de probar la sangre de aquella mujer me inundó con tal intensidad, que me mordí el labio inferior con tanta fuerza que desgarré la carne.

Escupí la sangre amarga de los injustos de los que solía alimentarme, y bastaron apenas unos segundos para que la herida se cerrara por sí sola.

Ni siquiera he estado en su presencia… y ya me siento fuera de control.

En más de cinco siglos de existencia, desde que fui transformado, era la primera vez que sentía sed de sangre por una mujer.



CAPÍTULO 7

VIKTÓRIA

Seguí a Petru hasta otra sala, atenta a cada detalle que pudiera captar. Sería muy difícil fingir familiaridad ante tanto lujo, cuando lo más parecido que había visto a eso era en películas.

¡Mañana grabo todo esto y se lo mando a mamá Margarida, porque de verdad, hay que verlo para creerlo!

Atravesamos un salón enorme, con sillones aterciopelados repartidos sobre una alfombra kilométrica en tonos verdes y rojos. Todo desprendía sofisticación y riqueza.

El papel pintado, en negro y carmesí, aportaba un aire gótico a la decoración, acentuado por la escasa iluminación… lo cual, supuse, se debía a que nadie habitaba la propiedad.

Pero lo que me detuvo en seco fue el enorme cuadro sobre la chimenea: la imagen de un hombre que, literalmente, me hipnotizó.

No era un hombre cualquiera. Era, sin duda, el más guapo y atractivo que había visto en toda mi vida.

¿Quién es él?

—¿Tienes hambre? —la voz de Petru me sobresaltó, y aparté la mirada del cuadro, frunciendo el ceño.

—Ioana llenó la despensa y la nevera. Puedo prepararte...

—No, gracias —lo interrumpí, inquieta, deseando estar a solas en algún lugar donde me sintiera segura—. Solo necesito una buena ducha y dormir.

—Está bien, ven.

Se giró para continuar guiándome por la mansión, pero antes de seguirlo, volví a mirar al hombre del retrato.

—¿Ocurre algo, Viktória?

Petru se detuvo frente a la gran escalera que llevaba al segundo piso, pero yo no pude moverme.

Una energía densa me envolvía, impidiéndome alejarme… incluso cuando lo intentaba.

—¿Quién es él, Petru? —pregunté, hipnotizada por la mirada penetrante de la figura masculina en aquella pintura al óleo.

Era como si realmente me estuviera observando...

El hombre, de piel pálida y cabellos oscuros, tenía una mirada intensa, escrutadora.

Una sombra de sonrisa curvaba sus labios, como si guardara un secreto perverso que solo él pudiera conocer.

Era claramente una pintura, aunque el estilo recordaba mucho a una fotografía antigua.

Yo estaba paralizada. Ni siquiera podía acercarme a la chimenea.

—Fue el gran amor de tu bisabuela, Mirela —respondió, en un tono condescendiente—. Verás más cuadros repartidos por las estancias de Zsigmond. Ella era una artista excepcional. Todas las pinturas que ves en la mansión son suyas.

—¿Entonces… ese es mi bisabuelo? —la realidad me golpeó, y por fin logré apartarme, avanzando con pasos largos hacia la escalera.

La extraña presión sobre mis hombros también desapareció.

—No —dijo, comenzando a subir los peldaños—. Nunca llegaron a casarse.

No sé por qué sentí cierto alivio al escucharlo.

Tal vez porque ya era bastante raro haberme sentido atraída por un cuadro… ¡y peor si se trataba de un pariente!

—¿Y qué pensaba mi bisabuelo de tener el retrato de otro hombre decorando el salón? —le pregunté mientras subíamos.

—Tu bisabuelo no vivió en esta casa. Murió muy joven. Mirela estaba embarazada cuando falleció.

—¡Qué horror! —un escalofrío me recorrió la espalda—. ¿Todo el mundo muere en esta familia?

—Hay muchas historias que contar, Viktória. No sé por dónde empezar… o si debería contártelas. Quizá ni siquiera soy la persona adecuada para revelarte tantos misterios.

—Ah, no, cariño, ahí te equivocas. Mañana vas a abrir esa boca bonita y me vas a contar todo lo que quiero saber. Porque, si no eres tú, ¿quién queda para contar la historia?

Había sido bastante paciente desde que Petru apareció en mi vida poniéndola patas arriba. Pero no iba a aceptar todo sin más, sin saber lo que realmente me importaba.

Y todo lo relacionado con la familia Mészáros me importaba.

—Yo...

—Estoy cansada, Petru —lo interrumpí—. Muéstrame mi habitación, por favor. Mañana hablamos.

—Por supuesto, señorita. Sígame.

El trayecto transcurrió en silencio. Subimos la escalera y pronto nos encontramos en un largo pasillo con tantas puertas que estuve a punto de pensar en dejar un rastro de migas de pan para no perderme.

—Aquí. Esta es tu habitación —Petru señaló una puerta—. La elegí porque es una de las más bonitas de la casa y no está muy lejos de la escalera.

Aunque no quería parecer una pobre deslumbrada cada vez que entraba en una habitación de la mansión Zsigmond, en cuanto abrió la puerta y me invitó a pasar, la decoración en blanco y dorado me dejó con la boca abierta.

—Confieso que esperaba algo mucho más antiguo… —murmuré, atónita.

—Como te dije, la mansión fue renovada. Siéntete como en casa, Viktória. Pedí a Ioana que lo dejara todo listo para tu llegada. Ahora te dejo para que descanses.

—Gracias. Hasta mañana.

Petru me miró en silencio, lo cual me hizo sentir algo incómoda…

Era como si no quisiera dejarme sola.

¡Ni se te ocurra, rubito!

—Está bien. Buenas noches —se despidió cuando le señalé la puerta. Salió enseguida.

Solté un suspiro largo y agotado en cuanto me quedé sola.

Después de tantas horas de viaje, no deseaba nada más que agua caliente sobre mi cuerpo, y sonreí de oreja a oreja cuando vi la bañera… igualita a las que envidiaba en las películas románticas.

Por un momento olvidé todo lo que implicaba estar allí.

Abrí el grifo, ajusté la temperatura, me desnudé, recogí el pelo en un moño y me sumergí en el agua.

Mi cuerpo extenuado se rindió de inmediato.

Apoyé la cabeza en el borde de la bañera y cerré los ojos, tratando de relajarme un poco.

—Solo me faltan una copa de vino y unas velas aromáticas…



VLAD

Me esforcé al máximo por resistir la tentación de ir hacia ella, pero todo en Viktória me atraía de forma incontrolable y, aunque no soy un adolescente voluble, algo dentro de mí se rindió.

Sabía que si Petru se enteraba, tendría que aguantar el sermón del siglo, pero aun así no conseguí reprimir el deseo de conocerla cuanto antes.

Bastó con que el sol se despidiera, dejando paso a la oscuridad de la noche, para que ningún otro obstáculo pudiera impedirme llegar hasta Viktória.

Aunque toda la sangre en mi cuerpo hirviera, estaba más que dispuesto a enfrentar el tormento y la agonía que me consumían por dentro, con tal de estar cara a cara con la última Mészáros viva sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué tiene ella de tan especial, que ninguna otra fue capaz de despertar en mí?



CAPÍTULO 8

VIKTÓRIA

— Bienvenida a casa, Viktória.

La voz masculina era desconocida para mis oídos, pero tenía la sensación de haberla estado esperando desde siempre. Y por más increíble que pareciera, sabía a quién pertenecía.

Abrí los ojos y me encontré con el hombre que no había logrado quitarme de la cabeza desde que lo vi retratado en aquel impresionante cuadro al óleo.

— Gracias — respondí con la voz temblorosa, mientras lo analizaba con detenimiento, comparando cada rasgo con la imagen pintada.

Quizá por estar tumbada en la bañera, parecía aún más alto de lo que había imaginado. Su cuerpo delgado vestía unos vaqueros oscuros, botas militares y una camisa negra de seda que combinaba con su cabello del mismo tono, contrastando con su piel pálida y esos penetrantes ojos azul grisáceo que parecían dispuestos a desentrañar todos mis pensamientos más íntimos.

Demasiado moderno para alguien que podría haber sido mi bisabuelo, pensé, ignorando la lógica y dejándome llevar por la fantasía del momento.

— Te he estado esperando... con ansias — dijo en un susurro ronco, despertando mi libido de inmediato.

Menos mal que la espuma ocultaba mis pechos, o la tensión en mis pezones habría delatado cuánto me afectaba su presencia, pese a mi esfuerzo por aparentar serenidad.

— ¿Eres real? — murmuré, con la voz embriagada.

Una sonrisa oscura se dibujó en sus labios, y la intensidad con la que me miraba era tan palpable como si me estuviera acariciando.

Contuve un gemido, desviando la mirada un instante. Fue entonces cuando noté las velas encendidas en el suelo, junto a la bañera. Velas rojas con aroma a rosas, y pétalos del mismo tono esparcidos por todo el baño.

— Tan real como tú — respondió, cuando volví a mirarle. — ¿Por qué lo preguntas?

— Porque te vi en un cuadro.

Entonces me fijé en que sostenía una copa de vino tinto.

Sonrió y se acercó, sentándose en el borde de la bañera, justo donde reposaban mis pies.

— Hay muchos cuadros con mi imagen en esta casa. ¿Te asusta?

Negué con la cabeza.

— En realidad, me intriga.

— Lo sé — dijo, y sin previo aviso, tomó uno de mis pies y lo llevó a sus labios, depositando un beso suave. — Eres tan hermosa, Viktória...

Un cosquilleo me recorrió desde los dedos hasta concentrarse entre mis piernas, aumentando aún más la excitación que me envolvía.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Aún no puedo decírtelo — respondió, sin apartar la mirada.

— ¿Por qué?

— No es el momento... pero pronto lo sabrás. — Dejó mi pie sobre el borde de la bañera y se puso de pie, sin dejar de mirarme.

— Quiero saberlo todo, ahora — exigí, incorporándome.

Bebió un sorbo de vino, sus ojos recorrieron mi cuerpo, y su sonrisa de deseo confirmó que le gustaba lo que veía.

Y por extraño que parezca, no sentía vergüenza alguna. No sabía explicar por qué, pero me encantaba que me mirara así... con tanta fascinación.

— Lo único que necesitas saber ahora, dulce Viktória, es que eres mía. — Dio un paso más, alargando la mano para ofrecerme la copa, que acepté sin dudar.

Parece una locura, pero no sentía miedo.

— ¿Tuya? — Bebí un trago, arrugando el rostro por el sabor fuerte y amaderado.

Rió... y ¡Dios mío! Su voz ronca casi me hizo soltar la copa.

— Mía — repitió, dando otro paso hacia mí, arrebatándome la copa con rapidez y dejándola sobre el aparador junto a la bañera.

Sus manos tocaron mi cintura desnuda y me atrajo hacia él. Si antes la espuma me había protegido, ahora mi cuerpo húmedo y casi seco lo delataba todo.

— No hay ninguna duda sobre esta verdad, Viktória.

Contuve el aliento, pero no aparté la mirada.

— No entiendo — susurré, apoyando mis manos en sus hombros.

— Solo siente — dijo, inclinándose para besarme.

El momento se acercaba y creo que nunca deseé tanto algo así... hasta que todo se volvió negro.

Abrí los ojos, sobresaltada, y me encontré nuevamente en la bañera.

— ¿Dormirse en medio del baño, Viktória? — me reprendí a mí misma, empezando a sentir frío. — Menos mal que no te ahogaste...

El sueño había sido tan vívido que aún sentía su tacto sobre mi piel. Pero al levantarme, algo me dejó paralizada: las velas seguían encendidas, y los pétalos seguían ahí, esparcidos por el suelo.

— ¿Qué...?

Tragué saliva, girando hacia el aparador. La copa de vino también estaba allí.

— ¿Cómo...?

Salí de la bañera a toda prisa, envolviéndome en una toalla. Mi maleta había quedado en el vestíbulo...

— ¿Qué está pasando?

El corazón me latía con fuerza desbocada, pero no podía quedarme quieta.

Tenía que haber sido un sueño, no podía ser otra cosa. ¿Cómo iba a aparecer, de la nada, un hombre que vivió en la juventud de mi bisabuela?

Asustada, corrí al dormitorio y, de nuevo, algo me dejó sin aliento: mi maleta estaba sobre la cama.

Con el pulso acelerado, me acerqué a la puerta y giré la llave, encerrándome por dentro. Había olvidado hacerlo antes...

¿Habrá sido Petru quien entró mientras dormía?



VLAD

— ¿Eres idiota? — vociferó Petru, enfrentándome sin un atisbo de temor en cuanto crucé el jardín de invierno. — ¿Vas a arruinarlo todo el primer día?

Estuve a punto de besar a Viktória cuando lo oí llamarme, y aunque en el fondo le agradecí haberme detenido a tiempo, su actitud tempestuosa no me hacía la menor gracia.

— Cuida tus palabras, Moldoveanu — le advertí, acercándome con mi hipervelocidad. — Podría hacerte tragar la lengua.

— Me necesitas — replicó, alzando las cejas con desafío.

— La necesito a ella — murmuré, sujetándolo del cuello con una sola mano, presionando lo justo para que no escapara, pero sin hacerle daño. — Tú eres prescindible.

— ¿Vas a ponerla en manos de cualquiera? — soltó una carcajada sarcástica. — Soy tu único amigo, Vlad. El hombre que puede garantizarte la eternidad.

Fui yo quien rió esta vez.

Siempre admiré el coraje de Petru. Su capacidad para enfrentarse a mí sin miedo, sabiendo lo que podría hacerle si no lo apreciara tanto.

— Como si fuera un gran sacrificio lo que debes hacer para colaborar — solté su cuello y me alejé, sentándome frente al viejo piano, dándole la espalda. — Viktória es la perfección hecha mujer.

Aún trataba de asimilar la intensidad de emociones y sensaciones que había experimentado en su presencia. Hablar con

ella tan cerca, observar cómo su cuerpo ardiente se rendía al deseo del misterio.

Todo fue demasiado rápido, y al mismo tiempo, tuve la impresión de haberla conocido desde siempre.

— Sí, lo es — dijo Petru, acercándose hasta el rosal. — Y es idéntica a Mirela Mészáros cuando era joven.

Hablar de Mirela me evocaba dulces recuerdos.

Ver a Viktória tumbada en esa bañera fue como viajar en el tiempo. Me trasladó a una época en la que no necesitaba esconderme del mundo, porque había alguien con quien deseaba compartirlo.

— Solo en apariencia. No en esencia — dije con melancolía. — Mirela era un ángel en la Tierra. Viktória... Viktória es un demonio tentador, lista para arrastrar a cualquier hombre a la perdición. Tan parecidas, y al mismo tiempo, completamente distintas.

Intenté resistirme al impulso de verla. Pero no pude.

Así que, contrariando toda lógica, entré en su habitación en silencio y dejé su maleta sobre la cama. Por unos segundos, solo deseaba contemplarla en secreto.

Pero cuando la oí murmurar sobre vino y velas, no pude resistirme. Sin pensar en las consecuencias, le preparé el baño que tanto deseaba.

Con las habilidades sobrehumanas que me otorgó la inmortalidad, no fue difícil. Lo hice mientras ella dormía un rato.

Y al observarla en la bañera, me limité a memorizar cada detalle de esa mujer que me fascinaba sin saber siquiera que yo existía. Perdí la noción del tiempo. Olvidé que aún no era momento de revelarme.

Lo más extraño fue que, aunque la atracción era devastadora, el tormento que sentía por no estar a su lado se disipó en cuanto la vi. Como si su sola presencia fuera un bálsamo. Un remedio que jamás supe que necesitaba.

Cuando la recibí con aquel "bienvenida a casa", supe que creería estar soñando. Mi influencia sobrenatural era suficiente para inducir esa ilusión. Pero cuando se levantó, completamente desnuda ante mí, el tiempo se detuvo. Nada más importaba.

En más de cinco siglos de existencia, jamás una mujer había despertado tal poder sobre mí, empujándome a actuar por puro instinto.

El magnetismo fue tan fuerte que no pude contenerme. Y, para mi sorpresa, Viktória no mostró miedo ni rechazo.

Le dije que era mía. Y estuve a punto de reclamarla, de no ser por la intromisión de Petru, que me devolvió a la razón.

Pero Viktória no puede ser mía, o estaría sellando mi destino... traicionando la promesa que le hice a Alexandra Mészáros.

— No puedes irrumpir en su habitación, Vlad.

— Ella pensará que fue un sueño — respondí, fingiendo indiferencia.

Conocía a Petru desde que era un niño. Ahora, como adulto responsable, me molestaba verlo actuar como un hermano mayor, reprendiéndome. Pero era el único que toleraba mi arrogancia, y por eso lo respetaba.

— ¿Y la maleta? ¿También apareció allí como por arte de magia?

— Fuiste tú quien la llevó, Petru — me levanté, nervioso, acercándome al rosal. — Ahora dime, ¿cómo vas a ayudarme si insistes en comportarte como un caballero del siglo pasado?

— Ella acaba de llegar. Si me acerco demasiado pronto, podría sospechar y marcharse. Aún tiene muchas dudas... y empezará a hacer preguntas, especialmente sobre el hombre del cuadro.

Sin razón aparente, presioné mi dedo contra una espina de la rosa, solo para ver mi sangre oscura brotar y manchar el tallo, mientras la herida cicatrizaba de inmediato.

Y fue en ese ínfimo instante de dolor que comprendí cuánto tiempo llevaba sin sentir dolor alguno. Pero la necesidad de estar junto a Viktória... esa sí que dolía.

¿Qué será de mí si decide marcharse?

— Muy bien, Petru. Dile que llamaste a la puerta y que, como no respondió, decidiste dejar la maleta. Improvísalo.

— ¿Y sobre sus preguntas? ¿Hasta dónde puedo decir la verdad?

— Solo lo que acordamos. Y, por favor, no dudes en seducirla. — El nudo en mi pecho al decir esas palabras me encendió una alarma interna.

Si Viktória se involucra con Petru, tal y como planeamos, ¿cómo reaccionará mi cuerpo? ¿Cuánto dolor podré soportar?

— ¿Estás seguro, Vlad? — Hubo un silencio denso. — ¿Qué sentiste cuando la tuviste frente a ti?

— No es Mirela — esquivé, mirándolo con seriedad. — No tenemos ningún vínculo. Somos dos desconocidos. Hace ochenta años tomé una decisión, Petru. Dejé libre a Mirela para que pudiera continuar el linaje, cumpliendo mi promesa a Alexandra. Y esta vez no será diferente. Mantendremos el plan.

— No puedo prometer que se interesará en mí... pero haré lo que esté en mi mano. — Petru asintió, aunque sabía que mis palabras eran más una advertencia para mí mismo que para él.

No podía dejarme llevar por esa atracción devastadora. Tenía que actuar con sensatez o arruinaría todo... otra vez. Y el precio sería la extinción definitiva del linaje Mészáros.

— Muy bien, amigo. Confío en que harás lo necesario.

— Aléjate de ella, Vlad. No lo estropees.

— Puedes irte ya, Petru. Que pases buena noche.

Me dio una palmada en la espalda antes de alejarse.

— ¿Saldrás esta noche? Pensé que irías a Bucarest a cazar.

Debería. Pero solo imaginarme lejos de la mansión... lejos de Viktória, me hacía hervir la sangre de nuevo.

— No tengo tanta sed. Puedo resistir unos días más.

— No es sensato quedarte con hambre...

— ¡Cállate, Petru! — lo interrumpí, percibiendo la preocupación en su voz. — Más que nadie, sé lo que implica no alimentarme. Tú céntrate en lo que hemos acordado. Del resto me encargo yo.

— Está bien. Perdóname. Buenas noches, Vlad.



CAPÍTULO 9

VIKTÓRIA

Normalmente duermo sin ropa, pero tras lo ocurrido en el baño —y el hecho de que mi maleta apareciera sobre la cama— preferí ponerme una camiseta y ropa interior.

Para no aumentar la preocupación de madre Margarida, le envié un mensaje de buenas noches y prometí llamarla por la mañana para contarle las novedades.

Aunque me sentía insegura, revisé dos veces que la puerta estuviera bien cerrada. Luego me tumbé, dejando el móvil bajo la almohada, al otro lado de la cama. Decidí que aguardaría hasta el amanecer para decidir qué hacer respecto a la violación de mi privacidad: estaba demasiado cansada para discutir… o para huir.

El agotamiento prevaleció sobre el miedo, aunque seguía creyendo que todo saldría bien. El contacto del satén con mis piernas era como una caricia suave, y no tardé en dormirme tras apagar la lámpara de la mesilla.

Pero la imagen de aquel hombre no me abandonó. Su mirada hambrienta recorriendo mi cuerpo, sus manos acariciando mi piel mojada en la bañera, provocaron que sudara frío y ardiera al mismo tiempo.

—Maldito… —gemí, colocando la almohada sobre mi cara, hundiéndome en la oscuridad del dormitorio.

Era un muerto. ¿Cuánto más extraño podía ser aquello? Yo, que nunca me involucraba con nadie, me estaba dejando seducir por un fantasma. Peor aún: por el gran amor de mi bisabuela Mirela.

¿Qué clase de fetiche es este?

Presioné los párpados con fuerza e intenté contar ovejitas, con la esperanza de dormirme, pero fue inútil. El calor interior me consumía.

¿Me habrán drogado?

Aún con los ojos cerrados, pasé la mano por mi abdomen y me acaricié lentamente. Me conozco lo suficiente para saber que era el deseo lo que aflora mis sentidos. Y que necesitaba liberarme de esta tortura erótica que me dominaba sin clemencia.

—Sé que estás pensando en mí… —escuché un susurro que me paralizó. "Shhh… Sigue con los ojos cerrados y déjate llevar por tu imaginación, dulce Viktória."

¡Sí! Era su voz. La misma que había escuchado en mi sueño del baño.

De pronto, la certeza se apoderó de mí: estaba soñando de nuevo...

Y entonces todo miedo desapareció.

Me subí la camiseta, separé ligeramente las piernas y deslicé una mano sobre mi pelvis, por encima de la ropa interior de encaje que ya estaba húmeda de excitación. Con la otra, apreté uno de mis pechos, sin prisa, sintiendo el placer crecer con cada caricia.

—Tócate, Viktória. Libera el deseo que te consume… déjate llevar. —Los susurros en mi mente aumentaban mi deseo.

Corrí la ropa interior hacia un lado, abrí aún más las piernas y metí dos dedos en mi entrada húmeda, provocando una oleada intensa de placer.

—Oh, sí… —murmuré, conteniendo un gemido.

Continué con fricciones rítmicas hacia mi clítoris, la mente evocando imágenes vívidas en las que él, el hombre del cuadro, estaba sobre mí, mirándome con sus ojos hipnóticos, explorándome por completo.

Me dejé embargar por esa fantasía, profundicé el acto, aceleré el ritmo... hasta alcanzar el orgasmo que tanto necesitaba.

Con los labios apretados para no gemir, sentí mi cuerpo temblar y las piernas ceder. Poco a poco, mi respiración retomó su ritmo normal, y el cansancio del viaje volvió a sentirse presente.

—Ahora duerme, dulce Viktória. Mañana es un nuevo día. —Su voz volvió a resonar en mi mente, dejándome finalmente dormir… profundamente.

*****

El sonido del despertador en mi móvil fue lo que me despertó a la mañana siguiente y, a pesar de toda la tensión de la noche anterior, me sentía renovada.

¡Solo una "s" separa tensión de deseo, Viktória! —pensé mientras abría los ojos para empezar un nuevo día.

Desactivé la alarma y dejé el móvil a un lado, ya que mi vejiga empezaba a dar señales de vida y, francamente, había prioridades fisiológicas que no podían esperar.

Al levantarme de la cama y entrar al baño, abrí la puerta con desgana, todavía medio dormida... pero en cuanto vi lo que había dentro, mis ojos se abrieron de par en par y el sopor se evaporó por completo.

—¿Qué…? —Me froté la cara, incrédula.

El suelo del baño estaba impecable. Ni rastro de velas aromáticas ni pétalos de rosa por ningún lado.

—¡No puede ser! —Me giré hacia el aparador junto a la bañera... y la copa de vino también había desaparecido.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Aterrada, corrí hacia la puerta del dormitorio y comprobé que seguía cerrada con llave.

—¿Acaso…? —Me tapé la boca con las manos, intentando negar lo evidente.

¿De verdad todo aquello había sido solo un sueño?



VLAD

Debería haberme mantenido alejado de Viktória después de la conversación que tuve con Petru en el invernadero, y sin embargo, allí estaba de nuevo, dejándome llevar por el impulso.

Usando la copa de vino y las velas como excusa, regresé a su dormitorio para eliminar cualquier rastro de mi presencia, y de paso, evitar que mi amigo se viera en una situación incómoda si ella decidía interrogarlo al día siguiente.

Pero todo indicaba que ella también estaba siendo arrastrada por esa misma necesidad imperiosa de estar cerca de mí. Aunque no pudiera leer sus pensamientos, sentía la extraña conexión que nos unía... y sabía que soñaba conmigo, mientras su cuerpo reflejaba la misma agonía que me consumía por dentro.

¿Qué será de nosotros si cedo a este deseo incontenible, dulce Viktória?

Tu muerte podría significar el final de mi existencia en este mundo... pero ¿estoy realmente preparado para renunciar a la inmortalidad?



CAPÍTULO 10

VIKTÓRIA

— ¡Buenos días, señorita Mészáros! Soy Ioana, el ama de llaves de la propiedad —me saludó una señora de cabello canoso, vestida con un traje elegante, inclinándose respetuosamente en cuanto me vio bajar las escaleras—. Es un placer conocerla al fin.

Después de haber constatado por mí misma que los episodios de la noche anterior no passaban de fruto del cansancio, no quedaba mucho por hacer salvo arreglarme y salir de la habitación para enfrentar un nuevo día y seguir con los motivos que me habían traído a Rumanía.

— Buenos días, Ioana —respondí con una sonrisa, deteniéndome frente a ella y sujetándola con delicadeza por los brazos—. Por favor, no hace falta tanta formalidad, ¿vale? Llámame Viktória.

Tras una breve conversación de presentación, seguí a la gobernanta hasta el enorme comedor, donde el desayuno estaba dispuesto sobre una mesa interminable. Me sorprendió el nivel de sofisticación y la variedad de comida. Al ver que había dos puestos preparados, supuse que Petru no tardaría en acompañarme.

— ¿Dónde está el señor Moldoveanu? —pregunté mientras ella me servía el café.

— El chico está fuera, hablando con el piloto del helicóptero.

— ¿Hace cuánto tiempo lo conoce, Ioana? —le pregunté, percibiendo el cariño en su voz al referirse a Petru.

— Desde que usaba pañales. Llevo muchos años trabajando para la familia Moldoveanu. Petru ya ha cumplido los treinta, y aún lo veo como al bebé que tuve en brazos.

— Por favor, siéntese conmigo —le propuse, sintiéndome incómoda por estar siendo servida—. ¿Entonces no trabaja aquí a tiempo completo?

Para mi sorpresa, Ioana aceptó y se sentó a mi lado.

— Vengo una vez por semana a revisar las estancias y coordinar al equipo de limpieza. Petru cuida esta propiedad como si fuera suya. ¿Tiene pensado quedarse aquí de forma permanente?

— Regresaré a Brasil la próxima semana —respondí tras tomar un sorbo de café, sintiéndome revitalizada—. Hoy firmaremos los papeles de la herencia y luego me gustaría conocer un poco de Transilvania. Nunca he viajado fuera de mi país y hay algunos lugares que he investigado en internet que me encantaría visitar si hay tiempo.

— Estará en muy buenas manos. —Ioana se levantó—. Petru será un excelente guía.

— ¿Están hablando de mí? —Petru apareció entonces, acercándose a Ioana y depositando un beso casto en su frente.

— Un poco, hijo. Viktória quiere explorar Transilvania.

Petru me miró y sonrió con un gesto de saludo antes de sentarse frente a mí.

Estaba distinto... tal vez más relajado.

— Buenos días, Viktória. —Se acomodó en su asiento—. Perdona el retraso, estaba revisando nuestro itinerario para hoy. ¿Alguna vez has viajado en helicóptero?

Ioana le sirvió el café como a él le gustaba, y luego pidió permiso para retirarse.

— Mi primera experiencia aérea fue precisamente este viaje. ¿Por qué?

— He planeado una excursión por los Cárpatos orientales. ¿Te parece bien? Te aseguro que será una experiencia inolvidable.

— ¿Y por qué no? ¡Vamos a disfrutar! —respondí en portugués, lo que le hizo reír brevemente, antes de volver a ponerse serio.

— Quiero disculparme por lo de ayer.

— ¿Perdón? —fruncí el ceño, tensándome de inmediato.

— Llamé a la puerta para dejarte la maleta, pero como no contestaste, me tomé la libertad de entrar y dejarla sobre la cama. Como Ioana no estaba, no tenía a quién recurrir...

— No pasa nada, gracias. —Tragué saliva. No tenía sentido alargar el asunto.

Terminamos el desayuno en silencio y, aunque moría de curiosidad, decidí no presionarlo aún. Aprovecharía el paseo para hacerle preguntas... y así no podría escaparse.

— Pasaremos el día fuera —anunció Petru, levantándose—. Esta mañana firmaremos los papeles, almorzaremos en un restaurante en Sighișoara y por la tarde haremos una visita turística. ¿Te parece?

Asentí y también me puse de pie.

— Solo necesito coger el bolso, que está en mi habitación.

— Te espero fuera. —Hizo un gesto de cabeza y se marchó.

Miré a mi alrededor y no vi rastro de Ioana.

La mansión Zsigmond era realmente enorme, pero por suerte, de día resultaba menos intimidante. No es que su aspecto fuera tenebroso, pues el lujo y la decoración exquisita no dejaban espacio para lo siniestro. Aun así, saber que había estado deshabitada durante tanto tiempo me generaba cierto recelo.

Yo no era del tipo que creía en fantasmas, pero todo lo que sabía sobre los Mészáros giraba en torno a la muerte... y ese retrato de un antiguo amor que mi bisabuela había decidido destacar en el salón.

Y esos sueños que tuve... con él.

Al recorrer el pasillo del segundo piso, tuve la sensación de que alguien me observaba, lo que me hizo apresurar el paso. Solo me sentí tranquila al cerrar la puerta de mi cuarto tras de mí.

— No seas paranoica, Viktória.

¿No fue justo aquí donde soñé con el hombre del cuadro?

¿Cuán seguro puede ser este cuarto, en realidad?

Cogí el bolso, mandé un mensaje a mi madre diciéndole que todo iba bien, e intenté ignorar los pensamientos traicioneros que querían perturbarme. La mansión Zsigmond pronto sería mía, y cuanto antes me acostumbrara a eso, mejor.

Bajé las escaleras de la entrada y, a plena luz del día, el lugar no parecía en absoluto embrujado. Vi a Petru junto a una fuente, hablando por teléfono. Para no interrumpir, me alejé un poco por el jardín, disfrutando del cielo limpio, cubierto de nubes, y del clima templado, perfecto para una excursión.

— Todo está en tu cabeza, ¿ves?

Mientras paseaba por un sendero de piedras blancas, distinguí al fondo de la propiedad lo que parecía un invernadero de cristal. Como había varios pinos frente a él, no pude ver mucho, pero me sentí muy intrigada.

— ¡Viktória! —La voz de Petru me llamó la atención y me giré para verlo acercarse—. ¿Vamos?

Fue entonces cuando noté lo guapo que estaba: pantalón cargo, camisa azul remangada hasta los codos, un suéter de punto sobre los hombros y unas gafas estilo aviador que le daban ese aire de "niño rico mimado", típico de las películas americanas.

Petru podría haber sido perfectamente la versión humana de Ken, como había dicho mi madre en su momento, y ese recuerdo casi me hizo reír, aunque me contuve.

Parecía un chico bien, y eso me tranquilizaba.

— ¿Qué hay ahí? —pregunté, señalando el invernadero.

— Es un jardín de invierno —se encogió de hombros—. Puedes ir a verlo en otro momento. Oportunidades no te faltarán. Por ahora, tenemos que llegar al helipuerto. Tenemos hora.

— Vale. —Le sonreí, intentando parecer valiente—. ¡Vamos allá!

¡Solo se vive una vez, Viktória! Así que... ¡aprovéchalo!



VLAD

Observar a Viktória interactuar con Petru a través de las cámaras de vigilancia me irritaba profundamente. No podía hacer nada al respecto.

Aunque en las últimas décadas había absorbido suficiente cultura pop para reconhecer la creatividad que existía tras las leyendas sobre vampiros, todavía no había conocido a ninguna bruja que encantase un objeto mágico capaz de permitirme caminar bajo la luz del sol sin terminar hecho cenizas.

¿Por qué Alexandra Mészáros no tuvo la brillante idea de hacerme brillar a la luz solar en vez de arder?

Jamás me había molestado tanto tener que cambiar el día por la noche como ahora, y sabía perfectamente quién era la culpable de mi humor de perros: la huérfana recién llegada.

— Un segundo le dices a Petru que tiene que seducir a Viktória, y al siguiente te consume los celos porque puede llevarla de excursión mientras tú estás encerrado en el desván... ¿Qué demonios te pasa, Vlad Drakulya?

Tenía una ligera sospecha de cuál era la respuesta, pero no estaba preparado para decirla en voz alta.



CAPÍTULO 11

VIKTÓRIA

No le temo a las alturas, así que disfruté del paseo en helicóptero al máximo, maravillándome con las magníficas cumbres de los Cárpatos y escuchando la breve clase de geografía que me dio Petru.

Tras los Alpes escandinavos, los Cárpatos son la segunda cordillera más extensa de Europa, con más de 1 500 km que se extienden entre la República Checa, Eslovaquia, Polonia, Rumanía y Ucrania.

El vuelo duró poco más de una hora. Saqué montones de fotos y vídeos con mi móvil. Me sentía fascinada por la belleza del país donde nací, y por momentos soñaba con cómo habría sido crecer allí.

Los trámites legales para recibir mi herencia quedaban bien en manos de Petru —yo ya había firmado lo mío—.

Durante el almuerzo en Sighișoara lo interrumpí con una frase que me salió sin pensarlo:

— No creas que me he olvidado de las preguntas —y le sorprendí al alzar la voz antes de probar el vino.

El restaurante, de aire clásico con un toque francés, tenía vidrieras de colores en el techo y un gran candelabro de cristal. La luz era tenue e intencional. Sofisticado pero acogedor, con una presentación impecable de platos deliciosos.

Hasta entonces, me había permitido vivir el viaje como una turista feliz. Todo era deslumbrante, y Petru resultaba una compañía excelente. Pero no debía olvidar mis motivos para estar allí.

— Puedes empezar cuando quieras —dijo él, finalizando su sorbo con amabilidad.

El camarero retiró los platos, dejando solo las copas y la botella de vino. Una vez fuera de su vista, busqué la manera adecuada de iniciar mi interrogatorio sin parecer entrometida.

— Ahora que todo está arreglado con mi herencia, ¿qué aconsejas hacer con la mansión Zsigmond? Ya sabes que no tengo intención de vivir aquí; mi vida está en Brasil, con mi madre.

— Puedo seguir gestionando tus bienes, como llevo haciendo desde que Mirela me lo encomendó —respondió Petru—. Aunque sería una pena que no quisieras pasar más tiempo en Rumanía... es tu país natal.

— Me sacaron de bebé, Petru —le interrumpí con tristeza—. No tengo ningún vínculo con este lugar. Y esa mansión da miedo... vivo sola, no, gracias.

— ¿Miedo? —preguntó, claramente preocupado—. ¿Pasó algo raro?

¿Qué podía decir? "Oh, sí, tengo sueños eróticos con el hombre del cuadro de mi bisabuela".

— Es demasiado grande. Demasiado lujosa. Y no puedo dejar a mi madre sola en Brasil.

— ¿Por qué no la traes a vivir contigo aquí? —propuso él.

Suspiré, visualizando las mil excusas de madre Margarida para no dejar Brasil.

— No tiene sentido —fui honesta—. No considero a los Mészáros mi familia. Y, aunque heredé esta fortuna, ningún familiar mostró ni un mínimo arrepentimiento por abandonarme.

— Lo siento, Viktória —dijo con sinceridad—. Aunque conocí a tu padre y fui amigo de Mirela, ninguno me explicó por qué Constanta se fue a Brasil ni por qué te colocó en un orfanato y lo mantuvo en secreto.

Asentí. Le concedí un voto de confianza.

— Hablaré con mi madre para extender mi estancia aquí —decidí—. Tal vez un mes. Así puedo explorar la mansión y descubrir más sobre los Mészáros.

— Será un placer tenerte aquí unas semanas más —sonrió contento—.

— ¿Volvemos ya? —pregunté, fingiendo lucidez, aunque en realidad estaba abrumada—. Estoy cansada.

— Pediré la cuenta —respondió.

Durante el camino de regreso a Zsigmond lancé más preguntas a Petru: sobre fotos familiares, objetos personales, y el lugar de enterramiento de mis parientes. Poco a poco iba cerrando las lagunas de mi origen. Una semana no sería suficiente.

— ¿Por qué ese cuadro del hombre sigue en la mansión si no fue mi bisabuelo? —llegué al tema que más me intrigaba desde el día que lo vi.

Petru frunció el ceño; no parecía cómodo.

— Te lo dije. Fue el gran amor de tu bisabuela. Ella pintó todos los retratos de esta mansión. Mirela era una artista talentosa y vivió reclusa en Zsigmond durante años. Se hicieron amigos cuando ella estaba embarazada, pero nunca reveló quién era el padre de sus hijos. Aún así, esperaba sus hijos con ilusión.

Cualquiera que haya visto ese cuadro sentiría lo mismo que yo —pensé mientras lo volvía a observar—.

— ¿Cómo se llamaba? —le pregunté al quedarme de nuevo frente al retrato.

— Vlad —respondió, y el nombre resonó en mi cabeza mientras lo observaba.

"Vlad… encaja contigo".

— ¿Por qué no continuaron juntos? —arqueé las cejas, aún más intrigada.

Petru tragó saliva antes de responder:

— Él no la amaba tanto como ella le amaba a él.

— ¿Por qué tengo la sensación de que sabes más de lo que dices? —pregunté, notando su reticencia.

— Fui confidente de Mirela —admitió, sonriendo con cierta condescendencia—. Sé muchas cosas. Pero no puedo revelarlas. No son secretos míos, y no puedo traicionar la confianza que se me otorgó. Tu bisabuela amó a Vlad hasta su último suspiro; hizo lo que debía hacer.

— ¿Qué era eso? —pregunté con rabia contenida.

— Dejarle vivir.

Negué con la cabeza, confusa e irritada. Entendía y respetaba su lealtad a Mirela, pero mis instintos me decían que había mucho más detrás de esa historia. Y yo no estaba dispuesta a detenerme.

— No me estás ayudando —gruñí, dándole la espalda al retrato de Vlad—. Mirela sufrió tanto por un amor no correspondido, y aún así mantuvo el retrato de un hombre que no pudo tener. Perdón por mi falta de tacto, pero creo que mi bisabuela... perdió la cabeza.

— El corazón tiene razones que la razón no entiende —respondió el abogado con un tono trillado.

— ¡Déjate de frases hechas! —repliqué, sin ocultar mi fastidio —. ¿Qué pasó con Vlad? ¿Dónde estaba cuando Mirela estaba aquí, embarazada de gemelos?

Petru suspiró y negó con la cabeza.

— Ya basta de preguntas, señorita Mészáros —dijo su voz formal—. Ioana ya ha encargado la cena. Seremos atendidos a las ocho. Nos veremos en tres horas. Aprovecha para descansar...

— Estás huyendo —lanacé, con frustración.

— Sí, lo hago —contestó y subió las escaleras.

— ¡Maldito sea! —murmuré, apretando los puños.

Me senté en un sillón, mirando detenidamente el maldito retrato. Había demasiados huecos en la historia de mis antepasados.

Pero no me rendiría.

Si el abogado no quería hablar, yo misma buscaría pistas explorando la mansión Zsigmond. Después de todo, ahora esto... es mío, ¿no crees?



VLAD

— ¿No la amaba tanto como ella me amaba? ¿Qué te pasó para decirle eso a Viktória? —Le agarré de la camisa, empujándolo con fuerza contra la pared.

— ¿He dicho alguna mentira?

Pasé el día ansioso, irritado por no saber cómo Petru estaba gestionando a Viktória durante la excursión. No le pregunté nada porque no quería parecer celoso... aunque lo estaba. El sentimiento de posesión crece dentro de mí, y no quería renunciar al plan original.

El linaje Mészáros casi se extingue, y yo soy el responsable.

Solté a mi amigo y caminé hasta la ventana del ático. Observé los árboles que rodean Zsigmond. El crepúsculo y la luz de las farolas hacían que todo pareciera aún más fascinante.

— Te conozco desde que eras un niño, ¿recuerdas? —no me di la vuelta, pero sentí su presencia detrás—. Tenías cinco años la primera vez que entraste aquí. Yo fui tu amigo imaginario hasta que creciste y aprendiste a ocultar mi existencia. Pero, además de mi amigo, también fuiste amigo de Mirela. Siempre supe que te sentía especial por ella.

— Sería demasiado egoísta, Vlad, pedir que no fuera amigo de Mirela. Al fin y al cabo, ella perdió a sus hijos por amor a ti y vivió sola sus últimos años. Mi lealtad era lo único real que le quedaba.

Tragué saliva. Sus palabras me golpearon, pero oculté mi culpa.

— No te culpo por eso, Petru. Pero no me parece prudente que le cuentes a Viktória tus conjeturas sobre mi historia con Mirela. No

todo lo que tú crees es cierto.

— ¿Estás diciendo que Mirela mintió? —preguntó indignado.

Me giré hacia él, sacudiendo la cabeza.

— Fue sincera respecto a lo que sentía por mí y tuvo motivos para dejarme aquí solo. Pero en cuanto a mis sentimientos… Mirela no podía determinar eso. Ni tú, Petru.

— ¿Entonces por qué no me lo cuentas?

— El pasado está muerto y enterrado. Mis errores no pueden borrarse. Aunque pudiera volver en el tiempo, tomaría las mismas decisiones —aclaré con indiferencia mientras caminaba al frigorífico a servirme una bebida—. Pero vayamos al grano: no noté ninguna mejoría en la interacción entre tú y Viktória. La joven no pareció especialmente cautivada por tus ojos de zafiro.

Mi sangre volvió a hervir. Para ocultar mi agitación, bebí toda la copa de whisky de un trago. Era la batalla interna: dejarla con Petru o ignorarlo todo y rendirme al deseo.

— Ella está más interesada en el hombre del cuadro y no para de preguntarme por la familia. Siento que intenta acorralarme en busca de la verdad. En algún momento ya no tendré dónde esconderme—explicó Petru—. Eso no es buen comienzo para una historia romántica, ¿no crees?

— ¿Piensas contarle todo? —pregunté.

— No será por mi boca que Viktória descubrirá la importancia que tiene para un hombre de más de quinientos años encerrado en una mansión. Ella es lista y no se conformará con migajas de información. Ahora que es dueña, solo es cuestión de tiempo.

— No hay nada que ella pueda descubrir aquí —respondí encogiéndome de hombros, aunque sabía que tenía razón—. Cuando empiece a buscar respuestas, descubrirá el misticismo de los Mészáros e incluso mi existencia.

Aunque deseaba que eso ocurriera después de que ella y Petru hubieran avanzado, en asuntos del corazón sabía que no podía

forzar sus sentimientos.

— No me atrae… —Petru puso la mano en el frigorífico y me quitó la botella antes de beber—. Viktória es inteligente, graciosa y hermosa... pero no la veo como algo más que una hermana. Simplemente, no puedo. Lo siento.

— Está bien. No te presionaré —respondí, retomando la botella para beber lo que quedaba de whisky.

— ¿Por qué no intentas algo distinto, Vlad? Desnúdate ante ella. Cuéntale la verdad sobre tus destinos unidos.

— ¿Y decir qué exactamente? —No pude evitar una carcajada sarcástica—: "Hola, Viktória, seguro que conoces al Conde Drácula, ¿verdad? Pues soy el vampiro de las leyendas turísticas. Ven, siéntate y cuéntame cómo planeas mantenerme vivo: nada complicado, solo tener una hija que tenga una hija... y así sucesivamente."

— ¡Estás siendo ridículo! —Petru me soltó un puñetazo en el hombro.

— Escucha, Petru —le respondí—: o ella piensa que soy un loco... o se vuelve loca. Es una idea pésima.

— No tiene que ser así —replicó él—. Sería mucho más honesto que tú te reveles en lugar de seducirla para que te conciba una niña inmortal.

— Sonaste bien al principio y aceptaste —objeté—. Pero no te atrevas a influenciarla con tus dones...

— Ni se te ocurra manipular a Viktória para que se interese por mí —interrumpió, furioso.

Se hizo un silencio.

— Tienes razón —susurré—. Si abuso de mis habilidades y limito su libre albedrío, las consecuencias serán terribles.

Mi inmortalidad fue un don de los ancestros místicos. Y todo don tiene límites. No puedo abusar sin pagar precio. Ya lo he hecho y lo pagué caro.



CAPÍTULO 12

VIKTÓRIA

Me tumbé en la cama, con los ojos pesados tras una ducha relajante. Había sido un día agotador y mi cuerpo exigía descanso. Con solo el sujetador y las bragas puestas, me cubrí con la sábana y, antes de dormirme, programé el despertador con una hora y media para levantarme antes de la cena.

De repente, sentí la respiración de alguien en mi cuello, aunque no había oído a nadie entrar en la habitación.

Quise abrir los ojos y sentarme, pero no pude.

— Shhh… —ese susurro junto al oído me hizo estremecer.

No sabía si tenía miedo… En realidad, no había lógica alguna en lo que estaba sucediendo.

Un beso suave en mi clavícula me provocó un estremecimiento, pero seguía con los ojos cerrados. Sentí una senda de besos descender por mi hombro desnudo, mientras la sábana se deslizó con suavidad y quedé expuesta.

¿Por qué me era imposible abrir los ojos o pedir que lo detuviera?

En lugar de sentir pánico o enfado por haber perdido el control de mi propio cuerpo, la excitación por lo desconocido me hizo desear aprovechar cada segundo de esa fantasía.

— Debo estar volviéndome loca…

Respiré hondo y mordí mi labio inferior para sofocar un gemido involuntario.

Sus manos, grandes y suaves, me acariciaban con una delicadeza inigualable. Sentí su cuerpo moverse sobre la cama hasta cambiar de posición. Volví a intentar abrir los ojos, pero era inútil. Era como si mis párpados estuvieran pegados, y mi voz se hubiera esfumado.

Entrecerré los labios y encajé el abdomen, entregándome por completo. Mi sexto sentido me decía que era otro sueño, y sabía que ese hombre era el del cuadro que atormentaba mi mente.

Un beso se estrelló contra la parte superior de mi muslo, avivando aún más la humedad entre mis piernas. Una mordedura leve, los pulgares acariciando provocadores, y mi cuerpo ardía en llamas de deseo.

Sentí su lengua deslizarse por mi pelvis, sobre las bragas. Si hubiera tenido voz, habría suplicado más.

— Quiero más… mucho más.

¿Cómo era posible desear a un desconocido con una pasión tan salvaje?

Alguien que vivió siglos atrás… ¿Muerto?

¿Cómo hacer que esta mente detenga las proyecciones de un sueño vívido?

— ¡Es demencial…

Permití que se quitara la braga mientras mi cuerpo se lo pedía, con las piernas abiertas. Quería oír su voz... pero nada. Sus manos volvían a acariciar mis piernas, fuertes, subiendo despacio hasta mi pelvis.

Sus besos me herían con dulzura, ligeros mordiscos y ligeras lamidas.

Una tortura deliciosa.

Su pulgar acarició mi entrada, rozando mis labios, explorando mi punto G. Abrí la boca, a punto de gritar. Mis manos aplastaron la sábana y mi pelvis se arqueó, entregándose a la penetración de su dedo. El placer empezó a conquistar cada fibra de mi ser.

Cuando clamaba por el orgasmo, todo se detuvo.

Deseé gritar un "¿¡por qué paraste, cabrón!?".

— No tengas prisa, Viktória. Gozarás en mi boca.

¡¿Qué…?!

Su lengua volvió a explorar mi intimidad, y yo zozobré entre el placer y el éxtasis. Cada embestida me transportaba a un limbo. Cuando finalmente llegó, mi cuerpo se sacudió por completo y por fin pude gemir alto y claro.

— ¿Qué ha sido esto?

Temblé, intentando calmar mi respiración. Él me sujetó del cuello y tiró de mí hasta plantarse encima, besándome con desesperación. Su lengua, cálida y consumada, se fundió con la mía.

Sentí su piel fría, mi cuerpo arder en un fuego animal. Estaba sin camiseta y, cuando se apoyó sobre mí, noté su erección rozando mi pierna. Me atrevía a tocarlo, a corresponder… a volver a encontrar ese éxtasis compartido.

— Me encantaría hacerte mía, aquí y ahora, dulce Viktória… —susurró contra mi oído, mordisqueándome el lóbulo—… pero sería un error...

Esas palabras me devolvieron a la realidad.

Abrí los ojos entre brumas y, justo antes de desvanecerse del todo mi sueño, vi su rostro fijarse en mí por un instante.

— ¡No! —grité, sentándome de golpe. El sudor empapó mi frente y cuello.

Observé rápidamente la habitación, sin saber si alguien estaba junto a mí, pero aliviada al ver que estaba sola. Mi lencería intacta, la sábana revuelta, sin señales de compañía real. Solo la luz tenue del móvil en la mesita y el despertador que empezó a sonar.

— ¿Pero qué…?

Me pasé las manos por la cara, aún en estado de shock.

No puedo creer que haya tenido un sueño erótico con… Petru Moldoveanu.



VLAD

— ¡Joder! — Salté de la cama, sintiendo un dolor atroz recorrer todo mi cuerpo en el mismo instante en que mi consciencia abandonó el subconsciente de Viktória, justo cuando alteré mi apariencia para hacerle creer que soñaba con Petru. — ¡Aaaaaargh...!

Caí de rodillas, apoyando con fuerza las palmas contra el suelo de madera pulida, mientras escupía sangre negra como el alquitrán en un espasmo incontrolable de vómito.

El dolor era insoportable, y el pecho me ardía como si cien agujas se clavasen directamente en mi corazón. El sudor frío me empapaba la frente, deslizándose por el rostro mientras luchaba por no gritar.

Lo peor de todo era saber que aquel suplicio no hacía más que empezar.



CAPÍTULO 13

VIKTÓRIA

— ¿Estás bien? — El tono de Petru fue despreocupado, pero para mí fue como si pudiera leerme la mente.

Me sonrojé al recordar el sueño que había tenido y no entendía por qué mi subconsciente había asociado a Petru con alguien que me atraía, cuando desde el principio supe que era Vlad... el antiguo y misterioso amor de mi bisabuela, Mirela.

Fue en él en quien pensé mientras me dejaba llevar por las olas de lujuria que recorrían mi cuerpo con cada caricia.

Tardé un poco en recuperar el autocontrol tras despertar. Aproveché para llamar a mamá Margarida y poco a poco fui volviendo a la normalidad.

No fue más que un sueño, me dije, nada de qué preocuparse.

Pero al bajar al comedor y sentarme a menos de dos metros de Petru, no pude disimular el desconcierto.

— Sí — mentí. — Solo estoy cansada.

Ioana apareció enseguida sirviendo la cena, lo que me vino perfecto para mantenerme en silencio. Disfruté del cordero asado y la ensalada César sin molestarme en preguntar por el resto del menú.

— ¿Sigues enfadada conmigo? — preguntó Petru tras la cena.

— Un poco. Pero ya entendí que no debo presionarte. — Me levanté lentamente, dirigiéndome hacia la puerta. — ¿Podemos hablar en el otro salón?

— Claro.

Caminamos en silencio hasta la sala donde el retrato de Vlad dominaba la estancia con su presencia imponente. Hice un gran esfuerzo por ignorarlo y me senté en una butaca que me permitía darle la espalda.

— Háblame de ti, Petru. ¿Tu familia vive en Bran? — Quería saber más de él, tal vez porque el sueño despertó cierta curiosidad.

— En Braşov, pero está cerca. — Se sentó frente a mí. — A media hora de Bran.

— ¿Vives con tus padres?

— ¿A qué viene tanto interés de repente? — frunció el ceño, mirándome con suspicacia.

— Creo que ya me has contado todo lo que puedo saber sobre mi familia, ¿no? — Crucé los brazos, a la defensiva. — Así que, ya que estamos aquí, háblame un poco de ti.

Sonrió y se encogió de hombros antes de contestar.

— Tengo un piso en la ciudadela. Desde que Mirela me nombró su representante legal, preferí vivir más cerca de la mansión Zsigmond.

Mordí mi labio inferior, dudando si debía o no hacer la siguiente pregunta.

Desde que nos conocimos, todo giraba en torno al testamento y mi historia familiar.

Probablemente estaba siendo indiscreta, pero me arriesgué:

— ¿Tienes novia?

No pudo ocultar la sorpresa y tardó un momento en responder.

— No tengo a nadie. He estado demasiado centrado en el trabajo estos últimos años. Tener una relación no era una prioridad, así que me acostumbré a estar solo.

Dejé escapar una sonrisa comprensiva.

— Te entiendo perfectamente. Desde que fui a vivir con mamá Margarida, me dediqué a aprender todo sobre tartas y dulces. Entre

ayudarla con la pastelería y preparar encargos, fui bastante descuidada con mi vida personal. Tuve algunas citas, pero nunca permití que nadie se acercara demasiado, ¿sabes? Para algo serio.

¿Por qué le estoy contando esto?

De repente, me eché a reír.

Dios, ¡qué vergüenza! ¿Qué estoy haciendo?

— ¿De qué te ríes?

— De nada, solo me ha hecho gracia lo fácil que me estoy abriendo contigo.

— Es normal que tengas barreras con la mayoría, pero eres una mujer adulta, capaz de cuidar de ti misma.

— Gracias, Petru.

— No te conozco tanto, Viktória, pero así es como te veo: fuerte y decidida. La historia trágica de tu familia biológica no puede condicionar quién quieres ser. Tú decides tu destino.

— Yo… — No pude seguir. La emoción me embargó.

— Perdona por antes, por haberme ido así — continuó, al ver mi silencio. — Solo quiero protegerte. Remover el pasado de tu bisabuela puede sacar a la luz secretos que llevan mucho enterrados.

— No te entiendo, Petru... — Me levanté, inquieta.

— Es difícil de explicar, incluso yo desconozco parte de la verdad.

Su mirada se desvió hacia el retrato de Vlad, lo que me hizo girar la cabeza para observarlo también.

Quizá debía dejar de insistir. Todo era demasiado extraño desde que llegué a esta mansión.

— Prometo no presionarte tanto — dije con sinceridad, sin apartar la vista del cuadro. — Parte de mí sabe que lo mejor sería volver a casa y dejar todo esto atrás. Pero la otra parte...

El timbre sonó de repente, sobresaltándome. A Petru también le pilló por sorpresa.

— ¿Quién puede ser?

— Ni idea. Ioana ya se ha retirado y Claudiu no duerme aquí. Tal vez sea uno de los guardias. Iré a ver.

Sin esperar, salió con paso decidido hacia el vestíbulo, y yo lo seguí, observando cómo abría la puerta sin mirar antes por la mirilla.

— ¿Qué demonios…?

— Buenas noches — interrumpió una voz masculina que me resultaba demasiado familiar, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera entre el miedo y la expectación.

El hombre miró por encima del hombro de Petru y fijó la mirada en mí.

Me quedé paralizada, a unos pasos de distancia, demasiado afectada por su presencia, tratando de entender si estaba soñando otra vez o si aquello era real.

No puede ser...

— ¡Tú!



VLAD

Sin saber qué decir ni cómo reaccionar, Petru se quedó en la puerta, mirándome con la confusión reflejada en sus ojos. Pero yo lo ignoré por completo, centrando toda mi atención en Viktória, que estaba justo detrás de él.

— Buenas noches, señorita — sonreí, como si fuera la primera vez que nos veíamos —. Usted debe de ser Viktória Mészáros.

Sin esperar una invitación, toqué suavemente el hombro de Petru y lo aparté de la entrada para poder pasar, deteniéndome frente a ella, que parecía sorprendida y asustada, como si tuviera delante a un fantasma.

— Claro que eres tú — extendí la mano para saludarla —. Es un placer enorme conocerte, Viktória. Mi nombre es Vladimir Grigore.

Sabía que era una jugada arriesgada exponerme de esa forma, sobre todo dadas las circunstancias tras haber manipulado el sueño de Viktória. Sin embargo, la sola idea de verla envuelta sentimentalmente con Petru resultaba tan dolorosa como las consecuencias de haber violado su libre albedrío.

Supe que mi plan había fracasado por completo en el momento en que la hice creer que el hombre que le había dado placer en sueños era su abogado, y no yo. Me dolía el alma —esa que ya ni siquiera me pertenecía— haberle entregado, aunque solo fuera en una ilusión inducida, el cuerpo de la mujer que deseaba con tanta intensidad a otro hombre.

En un arrebato de valentía insensata, aun sin comprender del todo lo que pasaba dentro de mí, tomé la decisión que podía echarlo

todo por tierra. Pero pese a los riesgos, ahí estaba… por fin, frente a la mujer que hacía hervir mi sangre.



CAPÍTULO 14

VIKTÓRIA

Lo observé con atención, comparándolo inevitablemente con el hombre del retrato que tanto me trastornaba. A pesar de la ropa actual y un corte de pelo moderno, seguía siendo impactante lo mucho que se parecían.

Vladimir Grigore llevaba unos vaqueros oscuros ajustados, camiseta negra lisa y chaqueta de cuero del mismo color. En los pies, unas botas militares, y en el cuello, un colgante de rosa en oro envejecido captó mi atención.

Era bastante alto, exactamente como el hombre que apareció en mi sueño la noche anterior. Incluso la ropa era parecida, y el estilo de peinado, idéntico.

¿Y si ese sueño fue una visión del futuro?, me pregunté, aunque sabía que era una locura.

— Soy Viktória, pero... ¿por qué estás tan seguro? — Al darme cuenta de su mano extendida, salí de mi ensimismamiento y me acerqué para estrechársela.

Sin embargo, en cuanto nuestras manos se tocaron, sentí algo extraño, como si dos almas se reencontraran tras mucho tiempo separadas. Cerré los ojos con fuerza al notar un destello cegador, que me hizo tambalearme.

Imágenes difusas invadieron mi mente... nuestros cuerpos desnudos entrelazados, besos apasionados, sangre, desesperación y lágrimas.

Mi dulce Viktória... oí susurrar con voz ronca y suave en mi oído.

Abrí los ojos de golpe y vi que ni él ni Petru parecían haberse percatado de nada. Como si todo hubiese ocurrido en otra dimensión.

No sabía explicarlo ni entenderlo. Aun así, me aparté de Vladimir Grigore, intentando aparentar serenidad para no mostrar mi vulnerabilidad ante ese desconocido, que claramente tenía sus motivos para estar ahí a esas horas.

— Porque eres idéntica a tu bisabuela, Mirela. — Su sonrisa mezclaba misterio, curiosidad y picardía.

Escuchar ese nombre en sus labios fue como un jarro de agua fría. Di un paso atrás, molesta.

¿Hasta cuándo mi parecido con ella será lo único que llama la atención?

De todos modos, Vladimir también era idéntico al hombre del cuadro.

¿Quién eres en realidad y qué haces aquí?, quise preguntarle, pero no me atreví. Tal vez por miedo a la respuesta.

— Perdone la interrupción, señor Grigore — intervino Petru, sacándome de mis pensamientos al colocarse a mi lado tras cerrar la puerta —. No fuimos informados de su visita. ¿Cómo sabía que la propiedad tenía huéspedes?

— Tú debes de ser Petru Moldoveanu. — La sonrisa de Vladimir se tornó en una mueca hosca al mirarlo.

— Ya veo que estás bien informado — respondió Petru con tono cortante —. Pero no has contestado a mi pregunta.

Observé a ambos en silencio. Estaba claro que la presencia del visitante no le hacía ninguna gracia a Petru, pero tampoco era como si Vladimir intentara caerle bien.

Y era imposible que Petru no hubiese notado el parecido entre Vladimir y el hombre del cuadro.

¿Por qué no parecía tan impactado como yo?

— Perdón por la omisión, señor Moldoveanu. Llegué a Bran esta tarde y vine por aquí. Hablé con Ioana, la gobernanta. Aunque no me conocía, al verme se sorprendió tanto que me permitió entrar. Fue ella quien me habló de Viktória y me pidió que regresara por la noche, ya que les avisaría de mi visita. Por eso el guardia me dejó entrar otra vez.

— ¿Estuviste dentro de la casa esta tarde? — quise confirmar.

Su sonrisa era realmente tentadora y tuve que esforzarme por no mostrar lo mucho que su presencia me afectaba.

Vladimir Grigore desprendía una confianza arrogante que, curiosamente, le quedaba bien. Aun así, noté que estaba pálido, como si no estuviese tan sano como pretendía.

— Sí. La señora Ioana insistió en mostrarme el cuadro del salón principal. — Soltó una risita —. Aunque ya sabía, por fotos antiguas, que mi bisabuelo y yo nos parecíamos bastante, fue impactante ver esa pintura en persona.

¿Bisabuelo?

— ¿Parecidos? — parpadeé, aún asombrada —. ¡No seas modesto, sois idénticos!

— Yo soy más guapo — me guiñó un ojo con una sonrisa ladeada.

¿Está coqueteando conmigo?

¡Deja de imaginar cosas, Viktória!

— ¿Cómo sabías de la mansión Zsigmond y de la relación de tu bisabuelo con Mirela? — Petru volvió a intervenir, sin el más mínimo rastro de cortesía.

— ¿Podemos sentarnos? — Vladimir alzó las cejas, mirando solo hacia mí, ignorando a Petru —. Ha sido un viaje agotador.

Y parecía realmente débil.

— Claro, vamos al salón — me ofrecí a guiarlo, pero Petru me detuvo tomándome del brazo.

— Es tarde — dijo con gesto tenso —. ¿Por qué no le pides que vuelva por la mañana?

Entendía su preocupación, pero la curiosidad me devoraba. Si lo postergaba, no dormiría pensando en lo que podría descubrir.

Me solté con firmeza, dejando claro que no iba a ceder.

— Petru, este hombre es idéntico a Vlad, el del retrato, y dice ser su bisnieto. ¿De verdad crees que voy a dejar pasar esta oportunidad?

Estaba harta de evasivas.

— ¡Maldita sea, Viktória! Es un desconocido...

— ¿No te pica la curiosidad? — le interrumpí. Él negó con la cabeza —. Claro que no... tú ya sabes mucho y no quieres contarme. Así que hazme el favor de apartarte.

Vladimir nos observaba en silencio, divertido por el nerviosismo de Petru. Su media sonrisa lo delataba.

— Si quieres hablar con un extraño, adelante — suspiró Petru, resignado —. Pero no estarás a solas con él.

— No era mi intención — señalé hacia delante —. Adelante, por favor.

Caminamos por el pasillo en silencio, con Vladimir a unos pasos detrás.

— ¿Sois pareja? — soltó de pronto, haciendo que Petru y yo nos giráramos con incredulidad.

— ¡Ni en sueños! — respondí ofendida.

— ¡No es asunto tuyo! — gruñó Petru, visiblemente molesto.

— Era solo una pregunta inocente, lo siento — dijo Vladimir encogiéndose de hombros.

¿Y por qué tengo la sensación de que no había nada de inocente en esa pregunta?



VLAD

Sentado en el sillón junto a la chimenea, no podía apartar la vista de Viktória.

Por fin estaba frente a ella sin tener que usar mis habilidades sobrenaturales para que creyera que estaba soñando y, aunque tuve que mentir para hacerlo posible, no me importaba.

Cuando nuestras manos se tocaron en el saludo, sentí que algo extraordinario había ocurrido en ella, aunque no supe identificar qué. Aun así, actué con naturalidad para que no sospechara.

Con Petru, en cambio, fue divertido ver cómo se irritaba con mi presencia inesperada. Mi lado más inestable y vengativo se regodeaba internamente, disfrutando de la incomodidad que mi repentina aparición le causaba.

—Puedes contarme tu historia, señor Grigore —dijo Viktória, sentándose frente a mí.

En realidad, no se parecía en nada a Mirela, salvo por los rasgos físicos. Su voz segura demostraba lo dueña de sí misma que era, algo que ya había notado desde aquel encuentro en su baño la noche anterior. Me miraba directo a los ojos, sin rastros de sumisión y desprendía una sensualidad natural, sin esfuerzo.

Era quien era. No había artificio alguno, ni fingida fragilidad o delicadeza. No trataba de impresionarme, ni de seducirme, pero aun así, me sentía completamente fascinado por ella. Su mera presencia me deslumbraba, y ansiaba descubrir todas las facetas de su personalidad.

—Puedes llamarme Vlad, si lo prefieres —dije, notando a Petru sentarse junto a mí—. Así me llaman mis amigos.

—Pero nosotros no somos amigos, señor Grigore —replicó con frialdad, arrancándome una carcajada.

—Solo era una sugerencia para dejar la formalidad de lado.

—Parece que evita responder preguntas —intervino Petru con una tos forzada. Cerré los puños, conteniendo el impulso de estrellarlo contra la pared.

Viktória parecía darle la razón, lo que me incomodó ligeramente.

Bien. Hora del espectáculo.

—Como mencioné antes, soy bisnieto de Vlad Drakulya —señalé el retrato detrás de mí—. De hecho, el único descendiente vivo.

—¿Drakulya? ¿De Drácula? —Viktória frunció el ceño.

—Exactamente, señorita Mészáros.

Abrió la boca, perpleja, buscando confirmación en Petru, pero él permaneció impertérrito.

—¿Drácula, el vampiro?

Podía sentir su miedo, aunque no lo demostraba.

—Transilvania es famosa por el Conde Drácula, el vampiro del clásico gótico —comenté con despreocupación—. Atrae turistas y beneficia la economía local.

—Eso ya lo sabía. Pero ¿es cierto?

Dudé antes de responder, dejando que el silencio llenara la sala.

¿Me creerías si te contara toda la verdad?, quise preguntarle, pero sabía que aún no era el momento.

Tal vez nunca lo fuera.

—Son solo especulaciones —respondí al fin—. Fue bueno para el turismo. Dicen que Stoker se inspiró en Vlad el Empalador, figura histórica de hace más de quinientos años. Pero jamás se ha comprobado. Las leyendas necesitan un origen, y con el tiempo

surgen nuevas versiones, teorías y ficciones. El mito se adaptó tantas veces que ya es imposible distinguir verdad de invención. Pero hay algo que todos sabemos: los vampiros no existen. ¿Verdad?

—Claro que no existen —respondí, aunque no sonaba tan segura.

Petru se levantó, fue al minibar y se sirvió una copa de brandy que bebí de un trago.

—Perdón por la indiscreción, ¿podría servirme una copa también, señor Moldoveanu? —pedí, ignorando su fastidio.

Sabía que su paciencia estaba al límite y que luego me reprocharía mi atrevimiento. Pero por ahora, solo podía mantener las apariencias.

—¿Y cuál es la relación entre su bisabuelo y lo que me ha contado sobre el Conde Drácula? —Viktória retomó la conversación tras recibir su respuesta.

Ahora comprendo lo que siente Petru cuando ella insiste con sus preguntas. Viktória no pierde ocasión para sonsacar información.

Aunque disfrutaba de nuestra charla, no podía perderme en el papel. Tampoco quería mentir más de la cuenta. Engañarla no tenía ninguna gracia.

Decidí contarle una parte de la verdad:

—El hecho de llamarse Vlad y llevar el apellido Drakulya provocó habladurías entre los vecinos en su época. Aunque el libro de Stoker salió en 1897, empezaron a decir que mi bisabuelo nunca envejecía, y que solo se le veía por las calles de noche. Lo que empezó como chisme acabó creciendo y por eso decidió marcharse. También cambió el apellido a Grigore.

—¿Y por eso no estuvo con mi bisabuela Mirela? ¿Por los rumores sobre Drácula?

Hablar de aquella época se me hizo más difícil de lo que esperaba. Las memorias volvían con fuerza, y me sentía cada vez más débil.

—¿Cómo podría saberlo? —un pinchazo en el pecho me hizo disimular la mueca—. Pero la mansión Zsigmond era originalmente suya. Fue él quien la dejó en herencia a Mirela Mészáros. Y también toda la fortuna que ahora es tuya.

Antes de que Viktória pudiera responder, Petru se levantó de golpe.

—¡Ya basta! Puedes marcharte.

—Tienes razón, es tarde —me incorporé, agradecido por la excusa para marcharme—. Debo volver al hotel.

No podía permitirme desmayarme frente a ellos.

—¿Qué te parece si vuelves mañana para continuar esta conversación? —propuso ella, esperanzada.

—Será un placer tenerlo aquí para almorzar, señor Grigore —dijo Petru con fingida amabilidad—. Dan buen tiempo y la vista desde el jardín es espectacular. Ioana podría servirnos allí.

—¡Me parece genial! —dijo Viktória, mirándome con ilusión—. ¿Qué opinas, Vladimir?

—¿Somos amigos ahora? —sonreí, al oírla usar mi nombre de pila.

—Dejemos la formalidad de lado —encogió los hombros—. ¿Entonces?

—No sé si podré venir tan temprano. Ioana me dio el número de teléfono para contactar. Llamaré mañana para confirmarlo. Si no puedo a mediodía, ¿quizá una cena?

—Te encanta aparecer de noche —ironizó Petru.

—Estaré pendiente de tu llamada —intervino Viktória—. Te acompaño a la puerta.

Me lanzó una mirada de reproche a Petru y caminó en silencio junto a mí hasta el vestíbulo.

—Perdona el comportamiento de Petru —dijo al abrir la puerta —. Y espero no haberte agobiado con mis preguntas. Es que todo

esto es tan nuevo para mí, y...

—Ha sido un verdadero placer estar contigo, Viktória —la interrumpí, tocando su hombro en señal de apoyo. Al instante, sentí cuán profundo era ese contacto para ambos.

Otro pinchazo me atravesó el pecho y no pude evitar soltar un leve quejido.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupada—. Pareces algo débil.

Asentí, apartándome rápido y cruzando el umbral.

—Espero que podamos conocernos mejor. Hasta pronto.



CAPÍTULO 15

VIKTÓRIA

— ¿Crees que es un farsante? — pregunté a Petru en cuanto regresé al salón y lo encontré sirviéndose otra copa de alguna bebida. — Aunque... es idéntico al hombre del retrato.

— De todos modos, la mansión y la fortuna de Vlad fueron donadas legalmente a Mirela Mészáros. Así que, aunque sea su bisnieto, no tiene ningún derecho sobre lo que ahora te pertenece, Viktória.

— ¿Entonces es verdad? — me acerqué al minibar, notando que Petru parecía dispuesto a vaciar la botella entera de coñac de marca cara.

— Sí. — Hizo una pausa, bebiéndose el resto de la copa. — Toda la fortuna de Mirela provino de Vlad. Aunque nunca se casaron, él le dejó todo antes de abandonarla.

Tragué saliva, sintiendo un nudo incómodo en el estómago ante lo que acababa de contarme.

— ¿Qué motivo tenía Vlad para abandonarla? ¿Mirela nunca te habló de eso?

Petru negó con la cabeza de inmediato.

— Ya oíste la versión del bisnieto, sobre los rumores de que Vlad era un vampiro — dijo con tono abiertamente sarcástico.

— ¡No seas ridículo, Petru! — Al verlo dispuesto a servirse otra copa, le quité la botella. — ¿No crees que ya bebiste suficiente por hoy?

— Necesito valor. El alcohol ayuda.

— ¿A qué te refieres? — No lo detuve una segunda vez, observando cómo bebía unos tragos directamente de la botella antes de dejarla en el minibar y acercarse al retrato sobre la chimenea.

— Querías saber la verdad sobre tu familia, pero... ¿estás segura de que podrías soportarla?

— Inténtalo — lo desafié, sirviéndome el resto del coñac. — Después de todo lo que me ha pasado en la vida, creo que soy lo bastante fuerte como para enfrentar lo que sea.

— ¿Estás segura? — Rió, sin pizca de humor. — ¿Incluso si te digo que la familia Mészáros desciende de un poderoso linaje de brujas?

— Pensé que íbamos a tener una conversación seria — me reí, un escalofrío recorriéndome la espalda. — Pero veo que ya bebiste demasiado.

— ¿Lo ves? — Se giró para mirarme con el semblante serio. — Te lo dije: aún no estás preparada. Pero al menos quiero contarte la verdad sobre cómo te encontré en Brasil. Luego tú decides si quieres quedarte aquí en busca de más respuestas o si prefieres regresar a casa.

Bebí de un solo trago antes de sentarme en el sillón, cruzando los brazos con una seguridad que no sentía en absoluto.

— Soy toda oídos, señor Moldoveanu.

— Tu padre te entregó a Constanta justo después de nacer. Tu madre murió en el parto. Constanta te llevó a Brasil y ocultó tu identidad. Tras su muerte, Valeriu regresó y se internó en la misma residencia donde vivía Mirela. Estuvieron juntos hasta el año pasado, cuando él enfermó y falleció. Fue él quien le habló a Mirela de tu existencia, Viktória. Ella me pidió que te encontrara y que dejara todo preparado para que heredaras lo que te correspondía.

— ¿Y por qué tanta mentira al principio, Petru? — No tenía ganas de hacer un escándalo. Solo quería entenderlo todo de una vez.

— Ni siquiera tengo una buena explicación por haberlo pospuesto tanto. No quería que sintieras aún más abandono por parte de tu familia biológica, al saber que tu padre y tu bisabuela decidieron no buscarte mientras estaban vivos. Quería que aceptaras la herencia, así que distorsioné la verdad.

Sus palabras me golpearon como una piedra en el pecho.

Y dolió.

— ¿Por qué mi nacimiento tenía que ser un secreto? ¿Por qué dejarme en otro país y, veinte años después, convertirme en heredera de todo esto?

— No sé por qué ocultaron tu existencia — fue categórico. — Pero tu herencia no se limita al dinero o a los bienes materiales, Viktória. La línea Mészáros tiene un origen místico.

— ¿Qué? — ¿Otra vez con ese cuento de brujas?

— Tus antepasadas practicaban magia. — Por su expresión, hablaba totalmente en serio.

— ¿Estás diciéndome que soy una bruja? — Grité, casi desesperada, poniéndome de pie.

— Tú no. Tampoco Constanta. Pero Mirela sí. Y otras antes que ella. — Petru se acercó, con las manos en los bolsillos, deteniéndose a unos pasos.

— No puedo creer en algo así, Petru — me aparté, caminando lentamente hacia las escaleras. — ¡Es demasiado surrealista!

— Te dije que aún no estabas lista para oírlo — se mantuvo inmóvil, dejándome marchar. — Pero las mujeres del clan Mészáros siempre fueron especiales. Su sangre está conectada con las fuerzas de la naturaleza, recibiendo dones y privilegios de espíritus ancestrales. Cuanto más antigua la línea, más poderoso es el clan. Pero hace ya muchos años que tu familia dejó de practicar, y los conocimientos y rituales se fueron perdiendo con el tiempo...

— ¡Basta por hoy! — Lo interrumpí con un tono seco. — Estoy mental y emocionalmente agotada. Mañana espero despertar y

descubrir que todo esto fue una jodida pesadilla provocada por ese coñac asqueroso.

— Viktória...

— ¡Ni una palabra más! — Le di la espalda y comencé a subir las escaleras. — Ahora me toca a mí huir de la conversación. Buenas noches, Petru.



VLAD

— Ya fue suficiente para mí, me bajo de esto — vociferó Petru, adentrándose a pasos largos en el jardín de invierno. —Te quedas solo en esto, de ahora en adelante.

De pie, frente al rosal, meditando si debía ir a Bucarest a cazar, aunque me sintiera débil y enfermo, me giré para encararlo. Sin embargo, pese a mis reflejos sobrehumanos, no logré esquivar el puñetazo que Petru me asestó con furia y resentimiento.

Por instinto, recuperé la compostura y atrapé su cuello con una sola mano, presionándolo contra la viga más cercana, sin importarme las espinas de las rosas que nos herían a ambos.

Escuché el crujido de sus huesos por el impacto, pero sabía que no había fracturas. El corazón latía desenfrenado, la adrenalina recorría sus venas, demostrando que no se intimidaría ante mi fuerza superior.

Petru Moldoveanu exudaba determinación.

— No me grites, no te vuelvas contra mí, y que quede claro: es la primera y última vez que me agredes. Puedo llamarte amigo, Petru, pero tal vez te sorprenda si mis manos te aprietan el cuello hasta que dejes de respirar.

Lo solté, giré sobre mis talones y me dirigí al viejo piano, donde una botella de vino yacía ya descorchada.

— ¿Crees que soy tu marioneta? — replicó él, recomponiéndose. — Si quieres matarme, hazlo ya. Pero ambos sabemos que no puedes andar matando inocentes por puro placer.

Tenía razón. Ese era uno de los límites que no podía traspasar sin sufrir represalias de los espíritus ancestrales. Al fin y al cabo… yo

era la verdadera marioneta.

— Tal vez esté dispuesto a pagar el precio — encogí los hombros, tomando la botella y bebiendo directamente del cuello.

— ¿Escuchaste mi conversación con Viktória hace un rato? — intervino él, quitando la botella de mis manos y bebiendo un trago.

— Como dijiste, solo era cuestión de tiempo hasta que ella descubriera toda la historia — la recuperé. — Mejor así.

— ¿Y si ella decide irse antes de saberlo todo? — Su furia se disipó más rápido de lo que imaginé.

A pesar de nuestras chispas, nuestra amistad nunca se resquebrajó. Compartimos demasiados instantes a lo largo de los siglos. Él me conoce como nadie.

— Cuando Mirela se fue, pensé que era el fin — confesé tras otro trago—. Constanta me odiaba y decidió no tener hijos. Ciprian tuvo a Valeriu por amistad, pero era varón. Cuando la madre de Valeriu murió, creí que los espíritus me castigaban por descuidar el legado de Alexandra Mészáros. Creí que mi castigo sería perder la inmortalidad y con ella la extinción del linaje. Y todo sería culpa mía.

— Pero me hablaste de Viktória… — Él me ofreció la botella casi vacía.

— Sí. Y encendió una chispa de esperanza. Quizás, después de todo, el legado Mészáros podía renacer.

Guardamos silencio. Petru se giró hacia las rosas, pensativo. Yo me apoyé en el piano, extenuado.

No debí beber. No cuando mi sed era de sangre y no de vino.

La debilidad era el castigo por manipular el sueño de Viktória. Mi energía se drenaba, mi sed creció al menos diez veces, y el cuerpo me dolía. Necesitaba vitalidad… y sangre.

— Ahora que te revelaste a Viktória, y le hablé de lo místico en los Mészáros, ¿qué harás ahora? — su voz me sacó del trance.

Un dolor agudo en el pecho y nauseas me golpearon, hice fuerza para no vomitar.

— ¡Aaargh! — caí de rodillas, vomitando sangre negra, mientras sentía mi garganta arder.

— ¡Vlad! — Petru se arrodilló a mi lado, horrorizado—. ¿Qué demonios…?

— No pasa nada — mentí, tragando sangre.

— ¡No digas eso! — chilló—. Nunca te vi así. ¿Qué te ocurre?

La última vez que violé un límite fue demasiado tiempo atrás, y entonces Petru ni siquiera estaba ahí.

— Estoy pagando mi tontería — dije tosiendo.

— No sé si sostenerte o golpearte — murmuró, pero me levantó con cuidado—. ¿Violaste su libre albedrío, no?

— Algo así — limpié mis labios con la manga.

— ¿Y ahora qué? ¿Cómo lo solucionamos?

— Necesito alimentarme — me alejé tembloroso hasta el piano.

— Iré contigo a Bucarest.

— No quiero que te involucres…

— Ya estoy metido hasta el cuello — me interrumpió. — Si no te acompaño yo, ¿quién lo hará?

Pensé en Ioana, pero no lo dije. Ella sí sabía de mi existencia.

— No puedes cazar por mí.

— Pero puedo ir contigo. Ya está decidido.

— ¿Y Viktória?

— Necesita tiempo para asimilar todo. Pondremos a Ioana a cuidarla.

— Bien — me resigné—. Tal vez se dé cuenta de que lo mejor es irse a Brasil.

— ¿De verdad quieres eso?

Lo dudé por un instante.

— Encargarme de que te acerques a ella para que tuvieran un hijo, fue la peor idea en toda la eternidad Draculya. Desde que puso un pie en Zsigmond, mi sangre hierve si pienso en perderla por tu culpa.

— ¡Maldito egoísta! — Me dio un puñetazo en el hombro, tan fuerte que dolió—. Y sí, estás enamorado de Viktória Mészáros.

— No sentí esto por ninguna otra… ¿será amor?

— Pensé que amabas a Mirela.

— Y la amaba, pero como una hija, no como mujer.

— Ahora todo tiene sentido — suspiró.

— No te culpo. Créeme, sé que no soy un buen amigo. Soy exigente, ingrato, pretencioso… pero confío en ti con los ojos cerrados. Así que por favor…, quédate conmigo.

— Esperaba un "gracias"…

— Preferiría verte tostarte bajo el sol pidiéndome que me comporte de día.

Petru rió y juntos rompimos el silencio del jardín de invierno.



CAPÍTULO 16

VIKTÓRIA

Ese vestido no era mío, ni siquiera correspondía a la época a la que yo pertenecía.

Algo iba mal, algo estaba fuera de lugar.

¿Sería otro sueño, tal vez?

Miré a mi alrededor y no reconocí dónde estaba. Se trataba de un bosque.

Al principio, sentí que no era yo, aunque estaba plenamente consciente de mí misma. Como si mi alma estuviera visitando otro cuerpo que, curiosamente, se parecía al mío.

¿Qué locura es esta?

Rodeada por árboles centenarios, observaba boquiabierta las lianas colgando de las ramas, y me di cuenta de que estaba indefensa, pues en cualquier momento una fiera salvaje podría salir a mi paso y atacarme.

Sin saber cómo actuar, seguí avanzando por la vereda cubierta de hojas secas, sin obstáculos aparentes.

De repente, un ruido muy cercano me hizo detenerme de golpe. Me tapé la boca con ambas manos para evitar que un grito de pánico se escapara involuntariamente.

¿Qué hago? ¿A dónde voy?

Impulsada por la adrenalina, decidí arriesgarme y continuar con pasos cuidadosos, tratando de no hacer ruido.

—¿Viktória? Soy yo... Estoy aquí — susurró una voz.

¡Esa voz! Sabía perfectamente de quién era.

¿Cómo podía ser?

El timbre sonaba como un eco espectral, pero no sentí miedo.

Extrañamente, siempre que se trataba de Vlad, lo que me invadía era una mezcla de curiosidad y atracción irresistible que me empujaba hacia él, ignorando cualquier peligro.

Cuando por fin lo vi, de pie en medio del sendero, frente a mí, noté que su ropa era completamente distinta. Estaba claro que no estábamos en el siglo XXI.

Aquello era otro tiempo, otro lugar… quizá, otra vida.

— Ven a mí, dulce Viktória — extendió la mano hacia mí, con una sonrisa pícara que me destrozó el corazón, mientras sus ojos, llenos de lujuria, hicieron que me humedeciera al instante. — ¿No me echaste de menos?

— ¿Y si no quiero ir? — le desafié, insolente.

— Entonces iré a por ti — dio un paso hacia mí, y yo retrocedí. — Ambos sabemos que al final voy a conseguir lo que tanto deseo, y tú vas a disfrutar cada segundo.

— ¿Ah, sí? Entonces ven y atrápame — le di la espalda y eché a correr por el sendero, pero Vlad me alcanzó como un depredador, lanzándose sobre mí y atrapándome entre sus brazos.

— No puedes huir de mí, porque tu destino está en mis manos — murmuró al oído, mordisqueando mi lóbulo mientras una de sus manos se deslizaba por el escote de mi vestido, tirando de él hasta liberar uno de mis pechos. — Eres toda mía, y haré contigo lo que me plazca.

Mientras pellizcaba mi pezón con picardía, aproveché para liberar su erección, bajando con dificultad la cremallera de su pantalón, ya que su cuerpo aplastaba el mío.

— ¿Quién te crees para hablarme así? — seguí provocándole, adorando aquel juego del gato y el ratón.

Sentía como si no fuera la primera vez que nos comportábamos así.

Estar en los brazos de Vlad se sentía... natural.

Él rió, mordisqueando mi barbilla antes de alzar mi vestido, rasgando mi ropa interior con fuerza hasta dejarme completamente expuesta.

— Soy Vlad Drakulya, el hijo del dragón. ¡El último Drácula! — selló mis labios con un beso abrasador y se hundió en mí de golpe, sin rastro de ternura.

El placer que me recorrió al sentirlo dentro de mí con tanta intensidad me hizo morderle el labio, olvidando todo pudor. Pero Vlad no se inmutó, continuó embistiéndome con fuerza, jadeando mi nombre una y otra vez, como si quisiera grabarlo en su memoria para siempre.

El sabor de su sangre en mi boca me enloquecía de deseo. Debería resultarme extraño… pero no lo era.

Él era mío. Y siempre lo sería.

— Te amo, dulce Viktória…

Vlad Drakulya me pertenecía, cuerpo y alma.

Y yo… a él.

*****

Abrí los ojos de golpe y, en un instante, tomé conciencia de que había despertado.

— Fue tan real... — murmuré con la voz temblorosa, notando mi cuerpo empapado en sudor y... las bragas arruinadas tras un orgasmo en mitad del sueño.

La sensación de que algo fuera de mi control estaba ocurriendo me llenó de irritación, pero también de miedo.

Después de haber dejado a Petru plantado tras aquella revelación demencial sobre mi supuesto linaje místico, aún intentaba asimilar el impacto de haber visto en persona al hombre que hasta

entonces solo existía como un retrato en la pared… y como el protagonista de mis sueños más íntimos.

Aunque Vladimir Grigore aseguraba ser el bisnieto de Vlad Drakulya, la impresión que tuve fue que era él. La misma persona.

Lo sé, es incluso más absurdo que lo de pertenecer a una familia de brujas, sobre todo teniendo en cuenta lo que él mismo dijo sobre los rumores del Conde Drácula.

Y si sumaba todo eso al sueño que acababa de tener, sentía que mi cabeza iba a estallar.

— ¡Siento que voy a volverme loca!

Dominada por una inquietud insoportable, me levanté de la cama, me calcé unas zapatillas y cogí el móvil para usarlo como linterna. Comencé a caminar lentamente por el inmenso pasillo de la mansión. No tenía ni idea de adónde me dirigía, había tantas puertas cerradas… y no sabía qué podía encontrar tras cada una. Ni siquiera sabía dónde estaba la habitación de Petru.

Me detuve frente a una puerta que, por algún motivo inexplicable, me llamó la atención.

Como si una especie de campo energético hiciera que la atmósfera se volviera más densa justo allí, reteniéndome.

Sí, debería haber sido aterrador, y en parte lo era. Pero la curiosidad gritaba más fuerte que cualquier temor que pudiera sentir en ese instante.

¿Será así como se sienten los personajes de las pelis de terror cuando, en plena madrugada, en una casa encantada, bajan a la cocina a por un vaso de leche?

Ignorando todo sentido común, toqué el pomo, lo giré con expectación… temiendo que estuviera cerrado. Pero no.

— ¡Coraje, Viktória! — susurré para mí misma, abriendo la puerta con cautela. — Porque lo que es sentido común, desde luego que no tienes.

Nada más dar el primer paso dentro, levanté el móvil para iluminar el espacio y comprobé que se trataba de un estudio de pintura. Recordé lo que Petru había mencionado: Mirela era una artista talentosa.

— Así que aquí es donde pintaba...

Buscando el interruptor para encender la luz, moví el móvil para alumbrar una de las paredes y, en cuanto mis ojos se posaron sobre uno de los cuadros colgados, sentí que el aire me faltaba.

Al observar las demás pinturas, una al lado de la otra, mi cuerpo se paralizó, como hipnotizado.

Todos los retratos mostraban al mismo hombre: Vlad Drakulya.

Vestido con atuendos distintos, de épocas diferentes, con cortes de pelo y barba variados, y expresiones que iban desde la más amable hasta la más seductora… de la más triste a la más feroz.

"Yo soy Vlad Drakulya, el hijo del dragón. ¡El último Drácula!"

Poco a poco, mi vista se fue nublando.

Y todo se tornó oscuridad absoluta.



VLAD

Estábamos en el garaje subterráneo, preparándonos para ir a Bucarest, cuando sentí el pánico de Viktória invadirme en una ráfaga energética que me hizo tambalear hacia atrás. Estaba cada vez más debilitado.

— ¡Viktória! — Miré a Petru con urgencia, pero antes de que pudiera reaccionar, utilicé mi velocidad sobrehumana para ir en su busca.

La encontré inconsciente en el estudio de Mirela. Dudé un instante antes de dar el primer paso hacia dentro. Aquel lugar, donde ella solía volcar sus lágrimas de tristeza por mí, siempre fue un santuario que me resultaba incómodo, incluso mucho después de que se marchara de la mansión Zsigmond.

Pero por Viktória... rompí la barrera emocional que me retenía y entré. Tan rápido como había llegado, la tomé entre mis brazos para llevarla de vuelta a su habitación.

— Todo va a estar bien — murmuré, caminando con ella sin prisas, observándola con atención, notando su respiración serena y comprobando que simplemente dormía, agotada.

Abrí la puerta de su cuarto y, con cuidado, la deposité sobre la cama, cubriéndola con la sábana, aunque noté que estaba empapada de sudor.

Había soñado conmigo de nuevo... sin ninguna interferencia por mi parte.

Podía oler su placer, y mi lado egoísta esbozó una sonrisa de satisfacción: era a mí a quien deseaba, a quien pensaba con tanta

intensidad, aunque aún no hubiésemos tenido una interacción... convencional.

— Descansa, dulce Viktória. — Acaricié su rostro delicado, sintiendo una emoción desconocida apoderarse de mí por completo, como si el corazón quisiera salirse del pecho, eufórico.

Me incliné y apoyé mi frente contra la suya, con una necesidad incontrolable de conectar con ella. Pero en cuanto lo hice, imágenes inconexas invadieron mi mente junto a un destello cegador: flashes de escenas que iban y venían, mostrando momentos entre Viktória y yo...

Pero no era esta Viktória la que aparecía.

¡No era una visión del futuro... eran recuerdos del pasado!

— Vlad, ¿qué ha pasado? — La voz de Petru me sobresaltó. Me aparté de la cama de inmediato y me puse en pie. — ¿Está bien?

Asentí, sin apartar la vista de Viktória, aún intentando entender lo que acababa de suceder.

— Pídele a Ioana que la vigile — logré decir, alejándome para salir de la habitación, aturdido. — Necesito recuperarme cuanto antes.

¿Quién es ella?



CAPÍTULO 17

VIKTÓRIA

Abrí los ojos con dificultad, porque lo que realmente quería era seguir durmiendo.

La noche estuvo llena de sueños que me desorientaron, robándome la paz interior. Era como si las imágenes proyectadas por mi subconsciente intentaran transmitirme algún mensaje.

El recuerdo de haber visitado el estudio de mi bisabuela volvió a mi mente en cuanto me senté en la cama, aún somnolienta.

— ¡Los cuadros! — Cerré los ojos con fuerza, un escalofrío recorriéndome la espalda al recordar a Vlad Drakulya retratado en tantas pinturas distintas. — Creo que me desmayé...

¿Cómo llegué hasta aquí?

Decidida a obtener respuestas, me levanté y me aseé, preparándome para encontrarme con Petru en la mesa del desayuno. Quería entender mejor eso de pertenecer a una familia mística, y sabía que, para ello, tendría que mantener la mente abierta.

Con todo lo que había sucedido desde que puse un pie en la mansión Zsigmond, ya no me parecía tan imposible que fuera cierto.

Nada más bajar las escaleras, fui directa al salón donde el retrato de Vlad seguía en su sitio.

— Tengo que pensar qué preguntarle a su bisnieto — dije en voz alta, dirigiéndome al cuadro como si realmente pudiera escucharme.

— Buenos días, señorita Mészáros. — La voz de Ioana me sobresaltó desde atrás, haciéndome girar para saludarla. — ¿Se siente mejor?

— Buenos días... — parpadeé, algo confundida. — ¿Cómo dice? No entiendo.

— Se desmayó anoche, ¿no lo recuerda? — Se acercó, visiblemente preocupada. — El joven Petru la llevó a su habitación y me pidió que cuidara de usted. Tenía fiebre...

— No recuerdo nada, Ioana. ¿Dónde está Petru?

— Ha tenido que ausentarse unos días. Fue a Bucarest a resolver unos asuntos. ¿Desea que le sirva el desayuno?

Asentí.

— No quiero desayunar sola en el comedor, ¿le parece si vamos a la cocina? Me encantaría conocer mejor la casa, ya que tengo pensado quedarme aquí un tiempo.

— Por supuesto, como desee la señorita. Sígame, por favor. — Se dio la vuelta para guiarme. — ¿Le importaría desayunar conmigo y con mi nieta? Acaba de llegar para ayudarme unos días. Se llama Lana.

— Me encantará conocer a su nieta. ¿Qué edad tiene?

— Diecinueve. Casi veinte. Dentro de unos días es su cumpleaños.

La mansión Zsigmond estaba llena de pasillos y sabía que me llevaría un tiempo aprender el camino hasta la cocina, a pesar de que me esforzaba por memorizarlo.

— ¿Por casualidad ha llamado Vladimir Grigore? — recordé preguntar, ya que habíamos quedado en que confirmaría si vendría a almorzar.

— ¿Quién? — Me miró por encima del hombro, algo confundida, aunque enseguida pareció recordar. — Ah, sí. El caballero que estuvo ayer para conocerla.

— El hombre idéntico al del cuadro sobre la chimenea — recalqué, porque no podía ser que solo a mí me pareciera tan surrealista.

— Es verdad. Son igualitos. — Ioana rió con ligereza. — ¿Qué haría si descubriera que es el mismo hombre?

— Le preguntaría qué productos de cuidado facial usa para tener esa piel impecable — bromeé, porque pensar más allá de eso me ponía de los nervios.

— Tiene usted sentido del humor — comentó en tono amable. — Ya hemos llegado.

Ioana se detuvo junto a una puerta, indicándome con un gesto que pasara primero. Y me quedé boquiabierta al ver la cocina de mis sueños.

— ¡Madre mía! — Me tapé la boca con las manos, admirando cada detalle de aquella decoración moderna, equipada con todo lo que siempre había deseado.

— Nunca había visto a alguien tan deslumbrada por una cocina — bromeó una chica que se levantó para acercarse a mí, haciéndome sonreír, algo avergonzada. — Tú debes de ser Viktória. Encantada, soy Lana Constantin.

— ¡Hola, Lana! Bienvenida. El gusto es mío. — Acepté su saludo con cordialidad, estrechando nuestras manos mientras nos sonreíamos.

De repente, tuve la extraña sensación de que ya la conocía, lo cual no tenía sentido alguno, considerando que yo acababa de llegar a la mansión.

Lana Constantin era una chica guapa. Su melena castaña ondulada, mucho más larga que la mía, y sus ojos del mismo color transmitían dulzura y juventud, igual que su sonrisa amable.

— Venga, desayunemos antes de que se nos haga tarde — propuso Ioana, sentándose a la mesa.

— ¿Vladimir vendrá a almorzar con nosotras? — le pregunté mientras tomaba asiento junto a Lana.

— Aún no ha llamado, señorita.

— ¿Dormiréis en la casa, verdad? Al menos hasta que Petru regrese.

— Sí. Estaré aquí para lo que necesite.

— ¿Intercambiamos números y organizamos alguna salida? ¿Qué te parece, Viktória? — sugirió Lana, entusiasmada, y su energía resultaba contagiosa.

— ¡No seas tan atrevida, hija! — Ioana la reprendió.

— Por supuesto, me encantará tener una nueva amiga.

Lana dio unas palmaditas emocionada mientras yo me servía café. Durante el desayuno, decidí dejar a un lado todas las dudas y temores sobre lo ocurrido la noche anterior.

*****

— ¿Es la primera vez que entras aquí? — preguntó Lana en cuanto cruzamos la puerta de cristal que daba acceso al invernadero, en la parte trasera de la propiedad.

— Sí, llegué hace pocos días. Aún no he tenido tiempo de explorar mucho.

Aprovechando la ausencia de Petru y la falta de noticias de Vladimir Grigore, acepté de inmediato la propuesta de Lana para recorrer la mansión Zsigmond y así familiarizarme un poco más con el lugar.

Numerosos rosales adornaban todo el jardín, cubierto por una estructura de hierro y vidrio. No había otro tipo de plantas, sólo rosas rojas, y un antiguo piano bajo una pérgola en el centro captaba la atención de inmediato.

— Por la noche debe de ser precioso aquí — murmuró Lana, observando cada detalle a su alrededor. — Tal vez era el lugar donde Mirela Mészáros practicaba su magia.

— ¿Perdona? — parpadeé, mirándola con asombro.

Lana me observó en silencio, entornando los ojos como si intentara descifrarme, sin éxito.

— ¡Pintura! — se encogió de hombros, dándome la espalda, quizás para disimular la mentira. — Mi abuela me dijo que era artista...

— ¿Tú sabes algo sobre mi familia y su supuesta descendencia de brujas? — la interrumpí, acercándome a ella y sujetándola por la muñeca para obligarla a mirarme de nuevo. — Por favor, Lana. No me mientas.

La chica asintió, tomándome las manos. Y de nuevo, sentí esa conexión extraña, desconocida pero curiosamente familiar.

— Mi abuela me comentó que, por tu edad, no fuiste iniciada en los rituales místicos. Aun así, pensé que sabías que Mirela fue practicante de magia. Una bruja, como mencionaste antes.

— Entonces... Ioana también lo sabe — murmuré más para mí que para ella. — ¿No te parece demasiado surrealista?

— ¿Y por qué lo sería? — rió, negando con firmeza. — Oh, claro, tú tampoco lo sabes aún...

— ¿El qué?

— Que tanto mi abuela como yo pertenecemos a un aquelarre que practica magia. De hecho, mi abuela es la Suma Sacerdotisa de nuestro Coven.



VLAD

— Hora de despertarse, guapetón. — Petru me dio una patada en los botines, solo para provocarme, porque sabía que, aunque tuviera los ojos cerrados, en realidad no dormía. — ¡Es momento de cazar!

Llegamos a Bucarest antes del amanecer, pero ya era tarde para aventurarme por las calles de la ciudad en busca de quienes me servirían de alimento, así que fuimos directamente a la residencia que utilizo como escondite durante mis temporadas de caza. Pasé todo el día tumbado, reuniendo fuerzas.

— ¿Has llamado a Ioana? — Ni me molesté en abrir los ojos. — ¿Cómo ha pasado la noche Viktória?

— ¡Estás enamorado, sin duda! — soltó una risita sarcástica que me hizo apretar los puños. Me contuve para no golpearle por sorpresa. — Está bien. Acaba de hacerse amiga de la nieta de Ioana.

— Había olvidado que la iniciación de Lana estaba próxima... — comenté despreocupadamente, dándome cuenta enseguida de mi metedura de pata.

— ¿Quién es Lana? — Sujetando mis piernas, Petru me giró en el sofá para poder sentarse a mi lado, sin ningún aprecio por su vida. — ¿Qué sabes tú que yo no sepa aún, Vlad?

— Vale, ya va siendo hora de que lo sepas. — Por fin abrí los ojos y me incorporé con agilidad. — Ioana Constantin es la Suma Sacerdotisa del Coven, al que pertenece el Clan Constantin. Lana es su nieta, y está a punto de iniciarse en las artes místicas.

— ¿Y tú sabes eso porque…? — esperó que completara la frase.

— Porque el Clan Constantin conoce mi existencia. Por eso Ioana desempeña el papel de ama de llaves en la mansión Zsigmond.

La expresión de asombro de Petru me hizo soltar una carcajada.

— ¿Qué pasa? — Le di una palmada ligera en la espalda. — ¿Estás celoso de no ser el único?

— Que te den, Vlad. — Se levantó y fue directo al minibar para servirse una copa. — Solo me sorprende que, después de tantas décadas trabajando para mi familia, jamás sospechara que Ioana fuera una bruja. Ni siquiera sabía el nombre de la nieta.

— Eso es porque quedan pocos clanes que todavía preservan las tradiciones de los antiguos ancestros. El Clan Constantin es el único que conozco, aparte del Mészáros, que prácticamente ha desaparecido. Todo se mantiene en secreto, para proteger el legado.

— Aunque el Clan Mészáros esté casi extinto, si Viktória tiene hijas algún día, podrían iniciarse para restaurar...

— Eso no va a ocurrir, Petru — lo interrumpí, levantándome y acercándome. — A diferencia de Mirela, que optó por tener hijos para preservar mi inmortalidad, no quiero que Viktória se entregue a otro hombre que no sea yo.

— ¿Y si se enamora de otro? — me pinchó.

— No creo que sea posible — respondí con firmeza. — Aunque no pueda explicarlo con palabras, sé con certeza que mi destino y el de Viktória están entrelazados de forma irreversible. Todo lo contrario a lo que fue mi historia con Mirela Mészáros.

— Eso significa que tu inmortalidad termina en el momento en que Viktória muera.

— Y para mí, eso es más que suficiente. — Le quité la botella de las manos y bebí un trago antes de prepararme para salir a la noche de Bucarest. — He vivido demasiado. He participado en

guerras, conocido el mundo en distintas épocas, disfrutado de todos los placeres posibles, pero nunca me he sentido realmente completo.

— Pero si acabas de conocerla…

— No siento que haya sido reciente. Es como si, desde siempre, solo hubiese espacio para ella en mi corazón. — Carraspeé, algo avergonzado por haberme expuesto así. — Hora de irme.

Afortunadamente, las horas de descanso me permitirían cazar al menos un alma injusta para reponer mi energía inmortal.

Esta vez, no sería civilizado.

Mi sed no lo permitiría.

Sería brutal. Violento.

Y sin el menor atisbo de remordimiento.

Mataría a cuantos hombres hicieran falta, con tal de regresar cuanto antes a la mansión Zsigmond.

Volver con Viktória... y retomar justo donde lo dejamos. Porque ya lo tenía decidido: ella sería mía de una vez por todas, y que se joda el mundo.



CAPÍTULO 18

VIKTÓRIA

Después de pasar toda la mañana charlando con Lana en el jardín de invierno, necesitaba un tiempo a solas para asimilar la información que me había dado sobre pertenecer a un Clan de brujas.

Ya no me parecía tan surrealista.

No se trataba de nada como la Reina Malvada de Blancanieves, ni de ninguna otra bruja maligna de Disney. En realidad, las practicantes de magia vivían en comunión con las fuerzas de la naturaleza y no hacían daño a nadie.

Incluso me invitaron a presenciar el ritual de iniciación de Lana, el día de su cumpleaños, y movida por la curiosidad, acabé aceptando.

Según Lana, que lo supo a través de su abuela, Mirela fue la última practicante de magia del Clan Mészáros, ya que mi tía Constanta no quiso iniciarse. Con eso, descubrí que dicha iniciación en las artes místicas solo ocurría con las mujeres del Clan, en un ritual de cumpleaños al cumplir los veinte años de edad. Lo que significaba que yo, al no haber estado integrada en la familia ni conocer mis orígenes, ya había pasado la edad de iniciación y, por tanto, no era apta para convertirme en bruja.

¡No es que lo deseara!

— Pero en el futuro, si tienes hijas, ellas podrán elegir si quieren o no recorrer el camino de la magia — me reveló Lana.

Al final, decidí encajar todo aquello como un estilo de vida diferente del convencional. Un estilo de vida que no era el mío, y eso

estaba bien.

Sin embargo, cuando regresé a mi cuarto después del almuerzo, una pregunta se instaló en mi mente.

¿Por qué mi tía no quiso ser iniciada en las artes místicas?

¿Y si la razón por la que mantuvieron mi nacimiento en secreto fue precisamente para evitar que yo también me convirtiera en bruja?

— Cuanto más descubro, más secretos aparecen...

*****

Después de armarme de valor y llamar a mamá Margarida para avisarle que me quedaría más tiempo en Rumanía —escuchando sus lamentos por haber sido seducida por el estilo de vida de los millonarios, hasta que por fin comprendió mis motivos y me dio su total apoyo—, activé mi modo Sherlock Holmes, decidida a explorar más a fondo la mansión.

Por suerte, de día no era tan espeluznante como de noche. Las vidrieras de colores permitían que la luz del sol se filtrase, creando un efecto psicodélico en las paredes del pasillo.

Decidí que mi primera parada sería de nuevo el atelier de Mirela y, al llegar frente a la puerta, a diferencia de la noche anterior, no sentí ningún temor al abrirla.

Gracias a la claridad del pasillo, localicé el interruptor en la pared y encendí la luz, quedando una vez más impactada por los cuadros de Vlad que decoraban toda la sala. Había aún más de los que recordaba haber visto.

Me acerqué, sin miedo, y pasé un buen rato observando cada uno, como si fuera una experta en arte visitando una exposición. Pero no era la técnica de la artista lo que me impresionaba, sino el modelo retratado en las pinturas.

Vlad parecía un príncipe. Los trajes de época le sentaban de maravilla, recordándome a los protagonistas de novelas románticas históricas que solía leer a escondidas en la adolescencia, tomando

prestados sin permiso los libritos de kiosco que las monjas del orfanato ocultaban bajo el colchón.

— ¿Durante cuántos años habrá pintado estos cuadros? — murmuré en voz alta, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Perdí la noción del tiempo y, cuando por fin decidí salir del atelier, noté un caballete junto a la ventana, cubierto por una tela púrpura.

¿Será un lienzo inacabado?

Deslicé la tela hasta el suelo, vencida por la curiosidad, y di un paso atrás, sobresaltada al contemplar la imagen del hombre ya conocido, retratado de una forma distinta a todas las demás.

La mirada de Vlad era perversa, desprovista de cualquier sentimiento benigno. El tono rojizo de sus iris me causó escalofríos, y la palidez del rostro acentuaba las ojeras oscuras. Pero lo que verdaderamente me hizo entender el contexto de aquella obra fueron los labios rojo intenso y las venas negras marcadas en su cuello.

— Quizás realmente fuiste... el verdadero Conde Drácula — susurré, sintiendo cómo el pánico se apoderaba de mí de golpe.

Agachándome para recoger la tela del suelo, volví a cubrir el cuadro lo más rápido que pude y salí del atelier a toda prisa.

¿Hombre o monstruo? ¿Quién fue realmente Vlad Drakulya?

Avancé por el pasillo y, al azar, abrí otra puerta. Me encontré con un precioso y espacioso dormitorio femenino. A diferencia del mío, que era de estilo moderno, este presentaba una decoración clásica impecable, evidentemente antigua.

— El dormitorio de Mirela Mészáros... — Lo supe sin dudar.

Deambulé por la habitación, absorbiendo cada detalle de su decoración victoriana. Toqué el papel pintado, acaricié la colcha suave del dosel y percibí el aroma del ambientador, cortesía del equipo de limpieza.

Me entretuve abriendo armarios en busca de algo significativo. Habían pasado muchos años desde que Mirela habitó aquella estancia, y no sabía dónde se guardaron sus pertenencias personales. Ni se me ocurrió preguntar a Ioana, por miedo a que detuviese mi investigación mientras Petru estaba fuera.

Finalmente, al abrir el último cajón del tocador, me encontré con una caja de madera antigua, con el apellido Mészáros elegantemente grabado en la tapa.

Movida por la curiosidad, saqué la caja del cajón y la llevé conmigo hasta la cama, donde me senté. Permanecí un momento observando el objeto, debatiendo si debía o no abrirlo.

Decidida, retiré la tapa y la dejé a un lado sobre el colchón. En su interior, había lo que parecía un diario antiguo, además de fotografías y algunos objetos personales.

Volví a dudar, temiendo invadir la privacidad de mi antepasada, pero deseando intensamente descubrir algo más sobre ella.

— Está bien, Viktória, Petru dijo que eres la única heredera. Así que esta caja te pertenece ahora — me dije en voz alta, buscando la aprobación que me hubiese gustado escuchar de otra persona.

Empecé por las fotografías, de impresión precaria y desgastadas por el tiempo. Observé con asombro la imagen de mi bisabuela, Mirela Mészáros.

— Impresionante… — No cabía duda de que éramos idénticas.

Al ser una foto en blanco y negro, no podía distinguir el color de los ojos ni del cabello, pero los rasgos eran los mismos. Podría apostar cada céntimo de mi herencia a que, si fuera una imagen a color, cualquiera nos confundiría fácilmente, de no ser por la ropa de época.

En otra foto, la joven pintora sostenía en brazos a dos bebés gemelos. Al dar vuelta la imagen, vi una bonita caligrafía con los nombres de Constanta y Ciprian, confirmando lo que ya había deducido.

Seguí mirando las fotos: madre e hijos sonriendo en distintas etapas de sus vidas, hasta la adolescencia de los gemelos. Parecían felices.

Dejando las fotografías a un lado, me dejé llevar por la curiosidad y abrí el antiguo diario en una página al azar, admirando la impecable caligrafía de Mirela.

Emocionada, mis ojos se llenaron de lágrimas sin entender muy bien por qué. Sentí una conexión profunda con mi bisabuela, a pesar de no haberla conocido.

"Le amo, pero al mismo tiempo le odio.

He pasado la mitad de mi vida soñando con el momento en que, por fin, estaríamos juntos. Conté cada día en el calendario, me despedí de cada año con la esperanza de convertirme en mujer y que él dejara de usar la excusa de que era demasiado joven.

Pero me equivoqué. Vlad nunca tuvo la intención de hacerme suya.

Dice que me ama, pero sus palabras no se corresponden con sus actos.

Mi corazón se rompe cada vez que me da la espalda, que me evita, que huye de lo que sentimos el uno por el otro.

No lo entiendo. Si amar significa querer estar cerca, ¿por qué se empeña en alejarse de mí? ¿Por qué se niega a reconocer lo que siente?

Debo ser fuerte, valiente.

Debo enfrentarlo, obligarle a decidir.

Sé que me oculta algo, siempre lo he sabido. Pero estoy dispuesta a comprenderlo y a pagar el precio que sea necesario para quedarme a su lado hasta el último día de nuestras vidas.

Le amo más de lo que me amo a mí misma. Y puedo amar por los dos, si él no me ama lo suficiente.

Mientras se quede conmigo, haré lo que haga falta para que Vlad permanezca en Zsigmond, pero sobre todo... en mi vida.”



VLAD

Hoia Baciu, Cluj, Transilvania.
HACE MÁS DE 500 AÑOS…

— ¿Muma Pădurii[1]? — susurré, observando con mirada audaz y curtida en el arte de la guerra a la esbelta figura femenina de espaldas frente a mí.

El Bosque de Hoia Baciu era legendario y temido, uno de esos lugares donde antiguos dácios se reunían para celebrar rituales y honrar a los dioses de la naturaleza. Se decía que los espíritus ancestrales, tan antiguos como la misma tierra, habitaban en lo profundo del bosque, protegiéndolo de intrusos y curiosos.

Bajo las copas de gigantescas y entrelazadas ramas que impedían el paso del sol, la vegetación dejaba el suelo en penumbra; la brisa nocturna apenas susurraba y un misterio tangible impregnaba el aire. Incluso mis ojos, acostumbrados a la batalla más cruel, se veían incapaces de descifrar sus secretos. Al descender, llegué finalmente al lugar que se conoce como "la Clara del Silencio Eterno", donde el sonido desaparece y el silencio se vuelve profundo.

Se dice que quien lo cruza, entra en un estado de calma infinita, casi rozando los misterios del universo. Yo, maldito con un propósito, había entrado con la intención de descubrir el sentido real de mi existencia… o acabar con ella para siempre.

— ¿Quién osa adentrarse en Hoia Baciu y, al llegar a la Clara del Silencio Eterno, perturbarla con una pregunta irrespetuosa? — la voz femenina retumbó cuando ella giró para mirarme.

En esa noche, aún iba por el mundo como Vlad Drácula, el temido y despiadado. Pero al cruzar miradas con aquella bruja, algo en mí se quebró. Me encontré cautivo de su presencia.

Cascada eran sus cabellos castaños; sus ojos, de un azul profundo, parecían encerrar los secretos de los siglos; su piel, pálida como la luna que nos iluminaba; sus labios, rojos como las rosas salvajes. Vestía un manto hecho de sombras nocturnas, y sostenía en sus manos un pequeño ramo de hiedra y flores silvestres. Una esencia primigenia de aquel suelo sagrado.

Al encontrarnos, el tiempo se detuvo. No existían bosque ni luna: solo ella y yo, unidos por un vínculo invisible.

— Me llamo Vlad — dije, al fin.

Bajo la luz de luna filtrada por las ramas espiraladas de Hoia Baciu, mi existencia cambió. Aquella bruja no me encadenó con hechizos, sino con su sola presencia y una silenciosa promesa de redención.

— Yo no soy una Muma Pădurii — dijo ella, alargando una mano elegante que parecía hecha de bruma—. Me llamo Alexandra.

*****

Bucarest, Rumanía.

TIEMPOS ACTUALES…

— ¿Estás bien? —preguntó Petru en cuanto salí del baño, poco antes de que amaneciera.

Llevábamos tres días en Bucarest y aún no me había alimentado lo suficiente, lo que, por supuesto, no hacía más que agravar mi ya habitual mal humor.

Sin embargo, lo que realmente me tenía inquieto eran los recuerdos del pasado que emergían cada vez que cerraba los ojos e intentaba desconectar la mente para descansar durante las horas en que el sol me condenaba al encierro.

Quizá fuese la brutalidad de la caza —tan cruda últimamente— que me arrastraba a los tiempos en los que torturar enemigos me parecía casi un juego, aunque ahora ni siquiera había hecho una mínima fracción de las atrocidades que cometí en mi época de príncipe, cegado por el odio y la sed de venganza.

— Estoy pensando en ir a Cluj-Napoca antes de regresar a Bran —ignoré su pregunta y fui directo al asunto que me interesaba.

— ¿Por qué? —alzó las cejas—. ¿Ya te has cargado a todos los que había que matar por aquí?

Petru no conocía la historia completa de mi existencia inmortal, así que para él no tenía el más mínimo sentido que yo quisiera trasladarme de ciudad, cuando llevaba años utilizando Bucarest como base principal de caza.

Y, en parte, no le faltaba razón. Con cada regreso, se volvía más difícil encontrar presas. Había hecho prácticamente una limpieza a fondo, erradicando la escoria injusta que se ocultaba entre las sombras de la capital.

Pero esta vez, necesitaba más que sangre.

Mucho más.

Además, cazar no era mi verdadero objetivo en Cluj-Napoca. Solo aprovecharía la ocasión para cubrir ambos frentes.

— Quiero visitar Hoia Baciu.

— ¿El bosque embrujado?

— Sí —respondí sin rodeos.

No pensaba perder mi tiempo explicándole lo que ese bosque significaba en realidad.

— ¿Sabías que lo llaman el Triángulo de las Bermudas de Transilvania? —dijo con un tono entre la incredulidad y el miedo.

— Lo sé —contesté mientras desanudaba la toalla de mi cintura para secarme el cabello, aún húmedo por el baño.

— ¡Joder, Vlad! —Petru se giró dándome la espalda—. Mira que soy un tío seguro de mi masculinidad, pero tampoco hace falta que me pasees la polla delante como si fuera lo más natural del mundo.

— Estás en mi habitación. El intruso aquí eres tú —repliqué con calma, abriendo el armario para coger ropa.

— Si conoces la reputación de ese bosque, ¿por qué demonios querrías volver allí?

— Porque fue allí donde Alexandra Mészáros me convirtió en vampiro.



CAPÍTULO 19

VIKTÓRIA

"Retratarle en un lienzo es mi manera de eternizarlo para el mundo, pero también en mis recuerdos.

Sé que un día dejaré de ser joven y atractiva, que mi coordinación fallará y mi talento para la pintura ya no será tan esplendoroso como ahora. Que mi memoria empezará a debilitarse y no quiero ni imaginar que, por alguna enfermedad, llegue a olvidarle.

Por eso esparzo sus imágenes por las estancias de Zsigmond, en distintas expresiones y épocas, para demostrar que, aunque yo cambie y envejezca, siempre le veré igual que el día en que lo conocí.

Vlad es mi fuente de inspiración inagotable".

— Veo que al fin ha encontrado el diario de su bisabuela —la voz de Ioana me sobresaltó, haciéndome brincar en el sillón.

Desde que visité el taller de pintura y el dormitorio de mi bisabuela unos días atrás, me había vuelto introspectiva y bastante retraída.

Le dije a Ioana que no era necesario que me llamara para las comidas, que ya iría a la cocina cuando sintiera hambre.

También rechacé las invitaciones de Lana para ir a la ciudadela de compras, aunque me sentía mal por haberla dejado de lado, después de que había sido tan amable al contarme todo lo relacionado con la práctica de la magia.

Yo quería respuestas. Y, aprovechando la ausencia de Petru, me dediqué por completo a obtenerlas, rebuscando en cada rincón del cuarto de Mirela y su taller. Entre fotografías, objetos personales, ropa antigua y óleos sobre lienzo, fue su diario el que me dio una perspectiva real de cómo se sentía respecto a su amor no correspondido.

Finalmente, asumí que todo ese tiempo no había estado buscando saber más sobre mi familia biológica. En realidad, lo que quería descubrir era qué había ocurrido entre mi bisabuela y Vlad.

¿Quizás era la curiosidad de una lectora empedernida, enamorada de las historias de amor?

Aún intentaba entender cuál era la verdadera motivación detrás de todo esto, pero una parte consciente de mí admitía —aunque con vergüenza— que Vlad Drakulya era el auténtico responsable de mi obsesión reciente.

Obsesión con él, para ser exactos.

¿Tal vez esta era la maldición contra la que mi padre intentó protegerme al dejarme con tía Constanta? ¿Que no me obsesionara con Vlad, como lo hizo Mirela?

No tenía ningún sentido. Al fin y al cabo… él estaba muerto.

— ¿Sabía usted del diario? —Me acomodé en el sillón, cerrando el cuaderno de mi bisabuela, mientras Ioana se sentaba en la butaca de al lado.

Después de pasar tantos días encerrada en mi habitación, me sentía claustrofóbica, así que decidí terminar la lectura en la sala, frente al retrato de Vlad.

— Cuando Mirela falleció, fui yo quien volvió a colocar sus pertenencias en su dormitorio —explicó la ama de llaves, con tono sereno—. Siempre le gustó escribir, pero antes de marcharse al asilo, quemó todos sus diarios menos este.

— ¿Lo leyó usted?

— ¡No! —Llevó la mano al pecho, indignada—. Habría sido una invasión a su intimidad, y yo no tenía ningún lazo de sangre con la difunta.

— Es como me siento cada vez que lo leo —dije, abrazando el diario contra mi pecho, con la cabeza gacha—. Pero no pude resistirme…

— No se culpe, querida. Entiendo su necesidad de respuestas. De un día para otro se ha convertido en la heredera de todo, y no solo en lo material. También está el legado místico que su apellido conlleva.

Ioana me miraba con empatía, y su sonrisa cálida me reconfortó profundamente, al tiempo que me hizo echar muchísimo de menos a mamá Margarida.

— Lana me habló del Clan Constantin… y de que usted es una Suma-Sacerdotisa —revelé, aunque suponía que su nieta ya se lo habría contado—. ¿Conocía bien a mi bisabuela?

— Sí. Mirela fue miembro de nuestro aquelarre. Fue iniciada por mi abuela, que era la Suma-Sacerdotisa en aquel entonces.

— Guau… —Todavía me sorprendía todo aquello.

— ¿Por qué cree que vivió más de cien años? —rio suavemente, como si fuera algo obvio—. Las mujeres como nosotras tenemos conocimientos que la ciencia moderna aún desconoce. Por eso, con setenta y cinco años, parezco de cincuenta. Sin retoques ni cirugía.

Se me abrió la boca del asombro.

— ¿Y no van por ahí vendiendo pócimas de belleza y juventud? —bromeé, haciéndola reír—. ¡Me interesa!

— Nuestro pueblo no habría perdurado tanto si se dejara seducir por la codicia. Hay muchas brujas y gitanas en Rumanía que viven con lujos a base de adivinaciones, hechizos y pócimas, distorsionando el verdadero propósito de la tradición mística. Por eso nos mantenemos en el anonimato. Solo pasamos el conocimiento a

las descendientes mujeres de nuestra línea, si ellas eligen ser iniciadas.

— Tiene todo el sentido...

— Es una pena que Constanta no quisiera continuar con el legado del Clan Mészáros. Y su bisabuela, al marcharse a la residencia, abandonó el aquelarre y dejó de practicar.

— ¿Y eso qué implica, exactamente, Ioana?

Aunque sabía que ya no estaba en edad de iniciarme en la magia, y ni siquiera sabía si me interesaría formar parte de un aquelarre, comprendía el valor y la gravedad de un legado ancestral que estaba al borde de desaparecer.

— Exactamente lo que está pensando ahora mismo.

Abrí los ojos, soltando una risita incómoda.

Si era bruja, seguro tenía algún don…

— No leo la mente —aclaró, justo como si lo hiciera—. Pero sé leer muy bien las expresiones y los gestos.

— Entiendo. Lana me dijo que, si algún día tengo hijas, ellas aún podrían iniciarse en la cultura mística.

— Así es. Si las educa desde pequeñas, haciéndoles ver que es una elección libre, no una obligación, entonces hay esperanza de que el Clan Mészáros renazca algún día.

— Es una responsabilidad inmensa, ahora que entiendo que no se trata solo de una herencia material de una bisabuela desconocida. —Me puse de pie, de repente inquieta—. ¡Si ni siquiera tengo novio!

Ioana también se levantó, acercándose a mí con una caricia en el hombro, como gesto de apoyo.

— Todo llega cuando tiene que llegar, querida.

— Gracias, Ioana. —Suspiré profundamente, sintiéndome mucho mejor—. ¿Dónde está Lana?

— En el jardín de invierno —dijo, algo exasperada—. Esa niña me va a volver loca antes del ritual de iniciación.

— ¿Qué está tramando ahora?

— No lo sé, y la verdad… prefiero no saberlo —se alejó hacia la puerta—. ¡Podrías ayudarme a que se le pase alguna idea sensata por la cabeza, ¿eh?!

— ¿Yo? ¡Si apenas tengo veintitrés años!

— Pero tienes un alma vieja dentro de ti —dijo, antes de marcharse, dejándome sola.

Volví a sentarme en la butaca y miré el cuadro de Vlad, dudando si debía o no terminar la lectura del diario. Quedaban pocas páginas.

Cuanto antes lo termine, mejor.

— Estoy pensando seriamente en redecorar esta casa —murmuré como amenaza, como si el hombre del cuadro pudiera realmente oírme—. ¡Te voy a llevar al taller, con tus otras versiones!

Me reí sola, dándome cuenta de lo ridícula que sonaba.

Abrí el diario por las últimas páginas y me di cuenta de que ya lo había terminado. Las hojas amarillentas que creí que me faltaban por leer... estaban en blanco.

— Así que esto es todo. Lectura finalizada con éxito. Tenía todo para ser una gran historia de amor, pero la autora se perdió al final.

La autora, en este caso, era mi bisabuela, que vivió enamorada platónicamente durante años.

Vlad nunca la amó... Entonces, ¿por qué le dejó esta mansión y toda su fortuna?

— Si fueras un libro —dije, mirando el diario con desdén—, te pondría una estrella en Goodreads.

De pronto, una hoja doblada cayó entre las páginas finales, deslizándose al suelo.

— ¡Uy! —me agaché para recogerla, con la curiosidad desbordándome—. ¿Será una carta?

Mira que has creado expectativas, eh, bisa Mirela... pensé mientras desplegaba el papel.

"En esta tierra consagrada con la sangre de mis ancestros

Te consagro con la mía

Por el alma que será entregada como ofrenda

Ruego a los antiguos dioses que me devuelvan la tuya

Agradecida a los espíritus superiores que iluminan mi camino

Les pido que iluminen el tuyo cuando despiertes a una nueva vida

Así como yo soy sierva de mi naturaleza mágica

Tú serás siervo de tu naturaleza inmortal

Como tributo a tu renuncia al inframundo

La sangre de los injustos será tu alimento

Y el alma de los perversos será entregada como moneda de cambio

Para que tu corazón siga latiendo

Despertarás del sueño de la muerte con la noche

Y a ella pertenecerás para siempre

La estrella de la mañana irradia la luz de la vida

Pero esta vida ya no te pertenece

Serás fiel a mis descendientes

Protegerás mi Legado, pues también será el tuyo

No serás herido, ni enfermarás

Porque la sangre del último dragón corre por tus venas

Y mientras mi sangre mística exista en este mundo

Tú también existirás

Bienvenido de nuevo, Drácula"

— ¿Pero qué coño es esto?



VLAD

Cluj-Napoca, Rumanía.

TIEMPOS ACTUALES…

— ¿Y si pierdes la noción del tiempo ahí dentro? ¿Qué se supone que haga yo? — Petru estaba visiblemente alterado. — ¡No puedo llamar a la policía para buscar a un vampiro de quinientos años que se metió en un bosque maldito!

— Puedes volver al hotel en cuanto yo baje del coche — le indiqué con indiferencia. — Estás preocupándote por nada, Petru. He estado en Hoia Baciu muchas, muchísimas veces. Sé salir tan bien como sé entrar.

— ¿Y si amanece?

— Apenas llega la luz del sol al suelo. Pero volveré antes de que eso ocurra. — Me desabroché el cinturón de seguridad, dedicándole una sonrisa burlona antes de salir del vehículo. — Tu preocupación por mí es adorable. Realmente conmovedora, gracias.

— Eres un idiota — murmuró por lo bajo.

— Volveremos a Bran en cuanto termine aquí. Deja todo listo para nuestra partida y descansa. — Cerré la puerta, caminando hacia el bosque.

Pasaban de las ocho y, por su fama como el bosque más aterrador del mundo, con tres kilómetros cuadrados de puro misterio y fenómenos paranormales, no era precisamente el lugar preferido de los lugareños ni de los turistas.

Petru olvidaba que, a diferencia de la gente común, yo poseía una velocidad sobrehumana, lo cual me permitió adentrarme rápidamente en la espesura en busca del claro ovalado, situado en el centro del bosque, donde ningún árbol había crecido en siglos.

Muchos creían que aquello se debía a que era una especie de punto de aterrizaje para ovnis. Pero la verdad que nadie conocía era que ese era el lugar donde regresé del inframundo.

*****

Hoia Baciu, Cluj, Transilvania.

HACE MÁS DE 500 AÑOS…

— ¿La Orden del Dragón? — murmuró Alexandra, observando con fascinación el blasón incrustado en mi armadura de guerra. — Fue creada hace más de cinco mil años, originalmente por los egipcios, en una época en la que los estudios místicos abarcaban la vida después de la muerte. Para los pueblos antiguos, los dragones simbolizaban la inmortalidad.

Esa conexión entre los dragones y el conocimiento místico fue lo que dio origen a la verdadera Orden del Dragón, convirtiéndolos en guardianes de la sabiduría ancestral.

— ¿Cómo sabes todo eso? — Nunca había escuchado tal versión, pero la forma en que pronunciaba cada palabra, con tanta convicción, me hizo desear seguir escuchando.

Alexandra Mészáros era una joven campesina que se había refugiado en el bosque, aprovechando la fama oscura del lugar para mantenerse a salvo de soldados otomanos, húngaros, mercenarios e incluso comerciantes.

En realidad, no sabía absolutamente nada sobre ella, salvo que era una practicante de magia.

Sí, una bruja.

Y quizá por ser tan distinta a todo lo que yo conocía, me sentía increíblemente cómodo a su lado desde aquella noche en que nos

conocimos allí mismo, en el Claro del Silencio Eterno.

Fue ella quien me dio refugio al internarme en el bosque tras mi derrota, cuando mi hermano menor, Radu, tomó el trono de Valaquia con el apoyo de mi enemigo más odiado. Ninguno de mis aliados envió tropas en mi auxilio durante las batallas que libré.

Había perdido una guerra, soldados leales, mi principado, el trono y... a mi esposa Anastasia, que se quitó la vida para no convertirse en prisionera del sultán.

Ya no me quedaba nada más que el deseo ardiente de venganza que carcomía mi alma desde que mi padre nos entregó a Radu y a mí como rehenes del Imperio Otomano, cuando yo tenía apenas once años.

Nada tenía sentido ya para mí.

Quizás lo único que me quedaba era entregar mi alma al diablo... o acabar con mi vida de una vez por todas.

Ese fue mi pensamiento constante desde la derrota.

Hasta que entré en ese bosque.

Y la conocí a ella.

La joven que no decía nada coherente, pero me acogió en su cabaña y curó mis heridas con una dedicación desconcertante.

— Después de veintitrés dinastías, la Orden del Dragón ganó notoriedad y, con el paso de los siglos, cuando Egipto pasó a manos de los persas y luego de reyes extranjeros, la organización secreta se dispersó por otros países y acabó convirtiéndose en una orden monárquica de caballería, compuesta por miembros de la aristocracia, con la misión de defender los intereses de la Iglesia Católica, especialmente contra el avance del Imperio Otomano. Un propósito muy diferente del original.

— ¿Eres una espía? — fruncí el ceño, mirando alrededor en busca de mi espada, aunque con mi tamaño y fuerza bastaba una mano para someterla.

— Solo soy una mujer inteligente — respondió con una sonrisa. — Y estudiosa.

— Para ser campesina, sabes demasiado — me incorporé, cuidando de no golpear la cabeza en aquella cabaña ruinosa, demasiado baja para mi estatura.

Le quité la armadura de las manos y salí hacia la hoguera.

— No soy solo una campesina. Tengo un alma antigua.

La ignoré y lancé mi armadura al fuego sin un ápice de remordimiento.

— Un caballero de la Orden del Dragón debería comportarse como un guardián de los secretos enterrados en las profundidades del tiempo — dijo Alexandra, que se había situado a mi lado.

— Mi padre fue miembro y estaba tan orgulloso de ello que adoptó el apellido Dracul. Cuando heredé la Casa Drăculești y el principado de Valaquia, me uní a la Orden para afianzar alianzas políticas. Nunca tuve un gran propósito, más allá de mi propia venganza. Y ahora... nada de eso importa.

En cualquier otro lugar, habría escuchado sus pasos acercarse, pero no en ese claro. Alexandra se colocó junto a mí, apoyando la mano sobre mi brazo.

Guardamos silencio mientras el fuego consumía por completo la armadura, derritiendo el blasón.

— Los dragones representan la lucha eterna entre la creación y la destrucción, la luz y la oscuridad, el orden y el caos — murmuró la campesina de alma antigua. — La dualidad de estas criaturas mitológicas nos recuerda que la vida es una danza constante entre fuerzas opuestas, y que solo en su equilibrio se alcanza la verdadera armonía.

*****

Cluj-Napoca, Rumanía.

TIEMPOS ACTUALES...

Abrí los ojos, regresando al presente, y fijé la mirada en la luna llena que brillaba en el cielo estrellado. Me había tumbado en el centro del claro, en el mismo lugar exacto donde desperté a la inmortalidad.

— Alexandra... casi me había olvidado de ti.



CAPÍTULO 20

VIKTÓRIA

Aún sentía un escalofrío recorriéndome el cuerpo al salir de la habitación de mi difunta bisabuela, tras haber devuelto el diario al cajón de donde lo había sacado.

El poema en aquella hoja suelta me había tocado profundamente, y estaba segura de que hablaba de Vlad. Todo en ese diario giraba en torno a él.

El dolor y la tristeza que Mirela sentía por no haber sido correspondida del modo en que esperaba, los años que dedicó al único hombre del que estuvo realmente enamorada, guardándose toda su angustia para que él no supiera cuánto se consumía por dentro, por no tenerlo como deseaba... porque si lo supiera, se marcharía de Zsigmond para que ella pudiera olvidarle. Todo eso estaba allí, plasmado página tras página.

Sin embargo, aunque comprendía su sufrimiento y trataba de ponerme en su lugar, sabía que solo se trataba de una parte de la historia.

El Vlad que conocí a través de las pinturas y las páginas de aquel diario era el Vlad que Mirela Mészáros veía. Pero ¿era ese realmente quien él fue?

— ¿Por qué será que Vladimir Grigore ha desaparecido?

No tenía noticias suyas desde la noche en que visitó la mansión, hacía ya algunos días. Y por lo que recordaba, no parecía estar bien de salud.

¿Estará enfermo? ¿Será que...?

— ¡Quita esa idea de la cabeza, Viktória! Seguro que el hombre está de turismo por ahí y tú ya pensando en desgracias.

******

— ¿Qué estás tramando aquí sola? — anuncié mi llegada al invernadero en cuanto vi a Lana sentada en el suelo, sobre una manta de punto.

Dudé en acercarme, pensando que quizás quería privacidad para algún ritual… o lo que fuera.

Aunque aún no había sido iniciada, Lana ya tenía un amplio conocimiento sobre la cultura mística, pues estudiaba desde pequeña y se atrevía con algunos experimentos que no requerían el título oficial de practicante.

Lo sabía porque ella misma me lo había contado.

Una bruja iniciada se convertía en miembro oficial del aquelarre, con derecho a participar en rituales grupales, ceremonias especiales y acceder a los grimorios ancestrales de su Clan.

Sin embargo, antes de la iniciación podía practicar su conocimiento en rituales más sencillos, además de preparar elixires, infusiones y cocina curativa.

— ¡No se lo digas a la abuela! — me rogó con los ojos muy abiertos.

— ¿Es algo ilegal o inmoral? — avancé unos pasos, aún recelosa.

— No exactamente. Pero…

— ¡Vamos, suéltalo ya, que me muero de curiosidad! — me acerqué más, fijándome en los objetos a su alrededor. — ¿Manualidades?

— No deja de serlo. — Lana rió, asintiendo. — Estoy haciendo una pulsera especial. ¡Siéntate!

— ¿Y qué tiene de especial? — En vez de sentarme, me agaché a su lado.

— Es una pulsera reconocedora de almas… — observó la tira de cuero trenzado entre sus manos con semblante serio. — Según nuestras ancestras del Clan Constantin, esta pulsera quema la piel de quien la lleva cuando está frente a su alma gemela.

— ¿Y eso funciona de verdad?

— ¿Cómo voy a saberlo? Acabo de hacer la mía. — Se encogió de hombros con una sonrisa enorme. — Pero espero que sí, así me ahorra tiempo y disgustos.

— ¿Qué estás diciendo, chica? — me puse de pie.

— Mira, Viktória, para ti, que no eres practicante de magia, salir con varios chicos y tener relaciones antes de encontrar al ideal no cambia nada en tu vida. Es lo más común hoy día. — Lana también se levantó, con el semblante más serio. — Pero para chicas como yo, que queremos seguir el camino de la magia, solo podemos tener un compañero en toda la vida.

— ¿Cómo dices?

— Las brujas iniciadas no pueden tener más de una pareja sexual. Si lo hacen, pierden sus dones.

— ¿Quieres decir que solo puedes acostarte con un hombre en toda tu vida? — Sí, me quedé boquiabierta.

Ella rió, pero asintió sin dudar.

— Después de iniciada, sí. Pero en nuestra cultura se espera que lleguemos vírgenes al matrimonio. Así, al elegir a nuestro compañero de vida, será el único con quien tengamos comunión sexual y espiritual.

— ¿Las brujas no se divorcian? — seguía en shock.

— No es lo habitual, pero puede pasar.

— ¿Y si pasa?

— No se vuelve a casar. Porque si te involucras sexualmente con otro hombre, incluso si es tu alma gemela que llegó tarde, pierdes tus dones. Quedas inhabilitada para practicar magia y, por lo tanto, te invitan a abandonar el aquelarre.

— ¿Quién inventó esas normas tan anticuadas?

— ¡El pueblo antiguo, por supuesto! — rió de nuevo, guiñándome un ojo. — Por eso se llama tradición cultural.

Solté una carcajada.

— Me río solo porque no soy bruja.

— ¿Pero sigues siendo virgen?

Tragué saliva. El silencio me delató.

— ¡Yo también lo soy! — confesó sin un atisbo de vergüenza. — Podría probar antes de la iniciación, como hacen algunas chicas, pero soy una romántica empedernida, ¿sabes? Quiero que mi primera vez sea con quien vaya a ser mi compañero de vida.

— ¿Y si es un desastre en la cama? — la provoqué con ironía. — Deberías hacer un test drive primero.

Pareció pensarlo por un segundo.

— El sexo es una conexión entre cuerpo y alma. Por eso, en nuestra cultura, solo tenemos un compañero después de la iniciación. Ese vínculo íntimo va mucho más allá del deseo o la atracción física. Es algo trascendental.

— Diciéndolo así, hasta tiene algo de sentido. Aunque me sigue pareciendo raro.

— Claro que solo me casaría con alguien de quien estuviera enamorada. — Lana se agachó para recoger la manta, envolviendo con ella sus cosas. — Por eso hice la pulsera, ¿sabes? No quiero perder el tiempo con quien no sea mi destinado.

— De corazón, Lana, espero que funcione. Deseo que encuentres a tu alma gemela y seas muy feliz.

La chica volvió a incorporarse y, sonriendo de oreja a oreja, vino a abrazarme.

— ¡Gracias, Vik! — Al soltarse, me miró con cierta expectativa. — ¿Qué te parece si te hago una también?

— No hace falta, yo…

— ¡Anda, anímate! ¿Qué puedes perder? Como mucho, que no funcione.

Lo pensé unos instantes antes de responder:

— ¿Y cuánto quema exactamente cuando se activa?

*****

— Gracias por acompañarme hasta aquí, Ioana. Ya puede volver, quiero quedarme un rato sola.

Cuando le pregunté a Ioana por las tumbas de mi bisabuela y de mi padre, me reveló algo que Petru no había mencionado en ningún momento: la familia Mészáros tenía un panteón al fondo de la propiedad, donde las cenizas de los fallecidos eran conservadas en urnas.

— Está bien, señorita. Tómese su tiempo.

El panteón, construido en piedra gris, se alzaba como una sombra imponente bajo el cielo. Su arquitectura gótica evocaba un aire de misterio, con detalles tallados en las piedras que parecían contar historias olvidadas. Cruces de hierro forjado custodiaban la entrada, como guardianas silenciosas.

Mientras me acercaba, el silencio del lugar daba la sensación de que el tiempo se había detenido, esperando a que yo, la última descendiente, me uniera a mis antepasados.

Los miembros de mi familia, a quienes nunca conocí en vida —salvo la tía Constanta—, descansaban ahora reducidos a cenizas en ese espacio de aura melancólica.

Sus vidas siempre serían un enigma para mí, pero mi mente no dejaba de llenarse con preguntas sin respuesta, de historias que jamás me serían contadas.

Visitar ese lugar era una forma de emprender un viaje hacia mis raíces, un acto de reconexión con un pasado que apenas comprendía. Aunque nunca los hubiera conocido en vida, sentía que una parte de ellos vivía en mí.

Yo era la última mujer de una línea mística, y mis decisiones en el futuro determinarían el fin o el renacimiento de un legado que ahora me correspondía preservar.

— Veo que has estado husmeando bastante mientras yo no estaba.

Por un segundo, sentí que el alma se me salió del cuerpo, fue a visitar a Jesús en el cielo, y luego volvió de un empujón.

— ¡Joder, Petru! — Me giré hacia ese idiota de abogado, llevándome la mano al pecho, sin aliento. — ¡Por muy poco no extinguías tú solito al Clan Mészáros, capullo! ¡Qué susto!

— ¿Clan Mészáros? — Su carcajada despreocupada me dio ganas de estamparle algo en la cabeza. — Parece que alguien por fin ha aceptado su linaje místico.

— Exactamente. — Crucé los brazos, porque si no lo hacía, le habría soltado un par de bofetadas. — Ioana y su nieta han sido más útiles que tú.

— En mi defensa, no tenía ni idea de que Ioana fuera una Suma Sacerdotisa.

— ¿Ah, no? — Entrecerré los ojos. — ¿Y cómo te enteraste, de repente?

Él abrió mucho los ojos, pero enseguida esbozó una sonrisa confiada.

— Justo ahora, cuando me la encontré en la cocina y le pregunté dónde estabas.

— Claaaaro. ¿Y ya conociste a Lana?

— ¿La niñita? — asintió. — Sí, la vi al llegar.

— No es ninguna niñita. — Fruncí el ceño. — Cumple veinte este mes.

Se encogió de hombros.

— Eso no importa. — Se dio la vuelta y caminó hacia la verja. — Vamos, ahora que ya sabes lo del legado místico, tengo otra parte

de tu herencia que darte.



PETRU

POCO ANTES...

Aparqué el coche en la entrada de la propiedad y le entregué las llaves a Claudiu para que lo guardara en el garaje subterráneo.

— Buenos días, Claudiu.

— Bienvenido de nuevo, señor Moldoveanu.

Cuando regresamos de Cluj-Napoca de madrugada, le pedí a Vlad que me dejara en Braşov para poder dormir un poco y visitar a mis padres unas horas. No los veía desde antes del viaje a Brasil, y solo hablaba con mi madre por teléfono.

Vlad siguió solo hacia Zsigmond antes de que saliera el sol, y yo tomé prestado uno de los coches de mi padre para volver a Bran tras un desayuno en familia.

Aunque al principio creí que Ioana no tenía ni idea de la existencia de Vlad en la mansión, resultó que todo el equipo de seguridad —incluso Claudiu— estaba al tanto de ese huésped misterioso cuya identidad nunca debía mencionarse públicamente.

Incluso había una cláusula de confidencialidad en los contratos de trabajo para proteger la identidad de Vladimir Grigore, permitiéndole entrar y salir cuando quisiera sin problemas con la seguridad.

Subía los escalones hacia la casa cuando una figura femenina captó mi atención. Pensé que era Viktória, sentada bajo la sombra de un árbol.

— ¿Qué hace esta chica aquí? — murmuré, deteniéndome al darme cuenta de que no era la señorita Mészáros.

Estaba absorta en la lectura de un libro. Sus rasgos delicados me resultaban familiares, aunque no lograba ubicar a quién me recordaba.

Movido por la curiosidad, bajé los escalones y me dirigí hacia ella. Después de todo, estaba en una propiedad privada y quería entender cómo había entrado sin que la seguridad lo notara.

No pretendía intimidarla, pero no dudaba en reprenderla si era necesario.

Llevaba el cabello castaño recogido en un moño desordenado y un vestido de algodón con estampado floral. Nada de alta costura.

Se había quitado las sandalias para sentarse y no pude evitar notar lo delicados y femeninos que eran sus pies. La distancia y los mechones sueltos me impedían ver el color de sus ojos, y al estar tan concentrada en la lectura, ni siquiera notó mi presencia. Lo cual fue una ventaja para observarla unos segundos más.

— Buenos días, señorita. ¿Cómo se llama?

— ¡Aaaay, joder! — se sobresaltó al oír mi voz, mirándome con los ojos como platos justo cuando cubrió su muñeca con la mano, como si sintiera dolor.

— ¿Se ha hecho daño? — me acerqué para mirar su muñeca, pero retrocedió, apoyando la espalda contra el árbol y dejándome congelado en el sitio.

— ¡No me toque! Estoy bien. — Su expresión se suavizó y esbozó una sonrisa tranquila mientras miraba la pulsera trenzada de cuero que llevaba puesta. — Vaya, sí que ha funcionado...

— ¿Cómo dice? — No entendí a qué se refería, ni siquiera si me estaba hablando a mí.

Recogiendo el libro que se le había caído, se puso en pie y se calzó las sandalias, dándose unos golpecitos en el vestido para quitarse restos de hierba.

Entonces sí, me miró fijamente y me sonrió con descarada curiosidad.

— Hola. — Me tendió la mano libre. — Me llamo Lana Constantin, y mi abuela es la ama de llaves de esta casa.

¡Ah, claro! Vlad me había mencionado que la nieta de Ioana vendría.

— Es un placer conocerla, señorita. — Le estreché la mano, notando su ligera vacilación cuando quise soltarla, lo cual resultó... un poco extraño. — Soy Petru Moldoveanu, el abogado de Viktória Mészáros.

— Sé perfectamente quién es. — Finalmente soltó mi mano, aunque no pareció muy contenta por hacerlo.

— ¿Ah, sí?

— Mi abuela tiene fotos suyas en casa, de cuando era un niño adorable. — Se mordió el labio inferior y vi que estaba a punto de reírse. — No me imaginaba que el pequeño Petru del que tanto habla ya no es tan pequeño.

Tragué saliva, sintiéndome un tanto avergonzado por la audacia de la chica.

— Bienvenida, Lana. — Di un paso atrás, metiendo las manos en los bolsillos, sin saber bien cómo comportarme delante de ella. — ¿Sabe dónde está su abuela?

— Fue a acompañar a Vik al panteón de la familia Mészáros. Pero debería haber vuelto ya.

— ¿Vik? — Parpadeé, sintiéndome idiota por tardar en darme cuenta de que era un apodo. — Ah, sí. Viktória.

— La misma.

— Me retiro entonces, con permiso. — Hice una leve reverencia con la cabeza, todavía algo descolocado.

— Está en su casa. — Me saludó con la mano antes de volver a sentarse y abrir su libro.

Bueno... eso sí que fue inesperado.



CAPÍTULO 21

VIKTÓRIA

— ¿Un collar? — pregunté, aunque la respuesta me parecía retórica.

Petru me acababa de mostrar la inmensa biblioteca de la mansión, y la cantidad de libros y la decoración me dejaban boquiabierta.

Mientras exploraba cada nuevo espacio en Zsigmond, entendía cada vez mejor por qué su valor arquitectónico era incalculable y su valor histórico, inconmensurable.

— Es una reliquia familiar — explicó, cuando lo obvio se hizo evidente. — Pero no es solo un collar. Es también una llave.

Saqué el colgante de oro envejecido de la caja de madera antigua, sosteniendo la rosa con mis dedos. Lo observé con atención, sintiendo que algo en mi interior reconocía ese símbolo.

¿Lo habría visto en un sueño?

— No se parece a una llave — lo miré desde el sillón victoriano donde estaba sentado él, detrás de su escritorio de estilo clásico. — ¿Qué abre?

Si llevara un atuendo de época, parecería uno de esos nobles ilustrados.

La biblioteca albergaba no solo los tomos heredados generación tras generación, sino también servía como centro administrativo para gestionar mis nuevas posesiones.

Entre la decoración vintage, un laptop, una impresora y un teléfono interno conectaban cada rincón de la mansión: entrada,

guarita, cocina...

En tan solo unos días, ya había captado el funcionamiento del lugar. Aunque no planeaba morar permanentemente en Zsigmond, era importante entender cada detalle de mi patrimonio.

Hace apenas una semana, jamás habría imaginado ser una heredera multimillonaria.

Hoy, ya comprendo que bajo mi nombre no solo hay fortuna, sino una historia, un propósito y un legado por proteger.

— Esta llave abre un tesoro, Viktória — su voz me sacó de mi reflexión. — Un tesoro muy particular.

— ¿Qué tesoro?

Podría haber soltado un suspiro de exasperación, reírme o decirle que no tenía cara de pirata, pero después de todo lo que descubrí, la propuesta no me pareció tan descabellada.

Zsigmond era un tesoro en sí misma. Y mi cuenta bancaria lo confirmaba.

— Has cambiado — dijo él con una sonrisa cálida. — No eres la misma que me llamó estafador cuando toqué tu puerta en Brasil.

— ¿Qué quieres decir?

Sabía a qué se refería.

— Estás más abierta a recibir y entender lo nuevo que te presenta la vida. Eso es maravilloso. Estoy orgulloso de ti.

— Gracias — no pude ocultar una sonrisa. — Aunque creo que mis neuronas aún están intentando entenderlo todo. Pero cuéntame: ¿qué es ese tesoro?

— Ya recibiste toda la herencia material y financiera que Mirela te dejó. Estuve a cargo de eso desde el principio — sus manos se entrelazaron sobre el escritorio y su mirada se volvió seria. — Este tesoro, en cambio, está relacionado con el legado místico. Solo puede pasar a un descendiente de sangre... y a su protector.

— ¿Descendiente de sangre? ¿Y por qué tienes que envolverme en tanto misterio? — fruncí el ceño, conteniendo la impaciencia. — ¡Habla claro, Petru!

— Significa que era mi deber entregarte la llave de ese tesoro — continuó—. Pero como no soy de sangre Mészáros, no sé ni qué tipo de tesoro es, ni dónde está.

— ¿Qué es esto, una película? — Solté una carcajada de incredulidad— ¿Ahora voy a tener que ser la versión romántica de Indiana Jones? ¿O la Dora Exploradora?

— ¡Cálmate, Viktória! — se llevó las manos al rostro, exasperado—. ¿De qué forma habría sido mejor? ¿Que Mirela hubiera escrito una carta reveladora y todo se solucionara?

— Eso mismo digo — respondí volviendo hacia él—. ¡Solo esperaba una carta clara con la llave incluida!

Me giré, cansada del misterio.

— Mirela no quiso correr riesgos — justificó antes de que abandonara la biblioteca.

— ¡Espera! — lo frené apenas di unos pasos—. Si soy la heredera, y tú eres mi representante... ¿no eres tú mi protector?

Petru se movió con fluidez hasta su escritorio, abrió un cajón y sacó una carpeta. Luego se acercó y me la ofreció.

— Aquí tienes: tus tarjetas, contraseñas, accesos a cuentas y todo lo relativo a tus propiedades e inversiones.

¿Por qué el cambio de tema tan repentino?

— ¿Te vas a jubilar? — mi voz tembló con un dejo de miedo.

— ¿Qué? — frunció el ceño descansadamente—. No, nada de eso. Estuve en Bucarest resolviendo unos papeles y me di cuenta de que no te lo había entregado aún.

Tomé el sobre con cuidado. Mientras lo abría, él se giró hacia la puerta, indicándome que saldría.

— Por cierto — agregó antes de marcharse—, tu protector es Vladimir Grigore.



VLAD

— Permítame ajustarle la corbata, mi señor.

Ioana Constantin llevaba muchos años trabajando para mí.

Aunque Petru creía ser el único al tanto de los secretos escondidos en la mansión Zsigmond, la ama de llaves sabía mucho más que él y, además, me servía con la misma lealtad que lo hizo su madre en vida.

— Me mima demasiado, ¿lo sabía? — le dediqué una sonrisa, permitiéndole rehacer el nudo de la corbata. — Pero a partir de ahora, vamos a invertir los papeles. Soy yo quien debería llamarla señora, no al revés.

— Su alma es mucho más antigua que la mía — replicó entre risas, negando con la cabeza.

— Mi alma es bastante más vieja que su cuerpo — corregí con un guiño —. Y ambos sabemos que, antes de este cuerpo, su alma ya había caminado por este mundo en otras vidas.

— Le conozco desde que era una niña. Pero no se preocupe, frente a la señorita Mészáros, seré discreta. — Terminó de arreglarme la corbata. — Permítame decirle... está usted muy elegante.

Hacía mucho tiempo que no me vestía con tanta sofisticación, aunque siempre me gustó asistir, en distintas épocas, a eventos de la alta sociedad, especialmente en las cortes imperiales que tuve el privilegio de conocer por todo el mundo.

Pero desde que la tecnología y, más aún, Internet conquistaron el planeta, me volví reservado y lo bastante discreto como para evitar levantar sospechas.

Que los internautas sigan con sus teorías de inmortalidad sobre Cher o Avril Lavigne… ¡y me dejen a mí fuera de eso!

— Gracias, Ioana — le sujeté el hombro y me incliné para dejar un beso casto en su frente. — Me han dicho que su nieta, Lana, ya se ha instalado con usted. ¿Sabe que ha llegado el momento de ser iniciada en las tradiciones de su clan?

— Sí, mi señor. Lana siempre supo que pertenecía a un clan de practicantes. Está ilusionada por ingresar oficialmente en el Coven y yo me siento dichosa por tener el honor de ser la Suma Sacerdotisa que iniciará a su propia nieta. Es una gran bendición otorgada por nuestros ancestros.

— ¡Felicidades! — La abracé. — Me alegro mucho por su familia.

— Lo sé, mi señor — retrocedió un paso y me observó con una expresión de auténtica admiración —. Hacía mucho que no le veía tan...

— ¿Apuesto? — le guiñé un ojo, riendo después.

Estábamos en mi vestidor, en el amplio apartamento que acondicioné en el desván de la mansión Zsigmond, donde pasaba todas las horas del día, a resguardo del sol.

Desde que regresé de los días de caza, no hacía más que contar las horas para volver a estar frente a Viktória.

— Vivo. Hay un brillo distinto en sus ojos. Nunca lo vi así antes.

— Estoy nervioso, Ioana. Nunca me había sentido así por una mujer… — tragué saliva, ligeramente incómodo. — Es algo extraño.

— No debería serlo. Usted ha estado solo durante demasiado tiempo. Eso significa que la señorita Viktória es especial.

— Lo es — admití, aunque mi lado racional aún intentaba entender por qué, si apenas la conocía.

Sin embargo, estos días lejos de Zsigmond me hicieron comprender que mi necesidad de ella no requería explicación

alguna. De la misma forma en que mi inmortalidad desafía cualquier lógica.

— Sea usted mismo, muchacho Vlad — rompió su propio protocolo al llamarme por mi nombre de pila por primera vez. — Si Viktória es su redención, agárrese a ella y no la deje escapar. Nadie nació para estar solo, ni siquiera usted, que lleva demasiado tiempo en este mundo.

— No es tan fácil…

Por primera vez desde mi despertar a esta vida eterna, deseaba experimentar el amor. Pero, aunque estuviese dispuesto a intentarlo, no dependía solo de mí. Había otra persona involucrada.

Y precisamente por eso, me sentía tan inquieto.

Siempre existía la posibilidad del rechazo.

— La señorita Mészáros me parece una mujer fuerte y decidida. No creo que se eche atrás con facilidad, sea cual sea la circunstancia. A pesar de sus nervios, usted lo sabe mejor que yo. Si no, no se arriesgaría como lo está haciendo ahora. ¿Me equivoco?

— Es usted la mejor consejera del mundo, Ioana — la sorprendí al alzarla del suelo para abrazarla con cariño y dejarle un último beso en la frente antes de volver a dejarla en pie.

— Buena suerte, mi señor.

— La voy a necesitar, Ioana… La voy a necesitar de verdad.



CAPÍTULO 22

VIKTÓRIA

Después de que Petru me soltó, como quien no quiere la cosa, que Vladimir Grigore era el tal protector con permiso para conocer el tesoro del Clan Mészáros, todo pasó muy rápido.

Ioana vino a buscarme con una caja elegante, adornada con un gran lazo dorado, diciendo que era un obsequio de parte de Vladimir.

¿El hombre que había desaparecido sin dar explicaciones desde aquella noche misteriosa, de repente me mandaba un regalo? ¡Obviamente me picó la curiosidad!

Más aún cuando abrí la caja y vi que se trataba de un vestido largo de gasa, de un rojo vibrante, con un corte tan perfecto que irradiaba sensualidad y sofisticación.

Además del vestido, había una tarjeta. Al leerla, mi desconcierto aumentó:

"Parece que esta noche tenemos una especie de cita. Me avisaron a última hora sobre la cena en tu residencia, pero tuve tiempo suficiente para elegir este precioso vestido, que estoy seguro de que solo es superado por tu propia belleza.

Juntos, seréis la perfección.

Anhelo estar en tu presencia y espero que el sentimiento sea recíproco.

Aquel que te admira desde el instante en que te vio por primera vez,

Vladimir."

Releí la tarjeta varias veces, solo para asegurarme de no estar alucinando.

— ¡Guau! — Lana abrió los ojos como platos al entrar en mi habitación y ver lo que tenía entre manos. — ¿Pero qué es esto? ¿Acabas de conquistar un corazón rumano nada más llegar? ¿Quién es él?

— ¡No es nada de eso! — intenté defenderme. — Estoy tan confundida como tú.

La verdad es que el momento que compartimos aquella noche fue breve, y no nos dio ni tiempo a conocernos de verdad. Todo giró en torno a mi bisabuela y su bisabuelo, además de algunas teorías sobre el mismísimo Conde Drácula.

¿Qué significaba todo esto?

¿Estaría malinterpretando la situación o realmente estaba flirteando conmigo?

Para ser sincera, conocía mucho más al Vlad Drakulya a través de los retratos, del diario de Mirela... y de los sueños que había tenido con ese hombre del pasado. Aunque pareciera una locura, había estado obsesionada con alguien que ya no pertenecía a este mundo.

Aun así, no podía dejarme llevar por la ilusión de la apariencia. Que Vladimir Grigore fuese idéntico al antiguo amor de Mirela Mészáros no significaba que fueran la misma persona.

— Tal vez sea el destino cumpliendo su papel — sugirió Lana después de que le conté la historia de nuestros bisabuelos. — Anda, vete a darte una ducha. ¡Ahora vuelvo!

— ¿A dónde vas?

— A por mi neceser de maquillaje. — Me lanzó una mirada pícara. — Confía en mí. Ese tal Vladimir Grigore no sabrá ni lo que le ha golpeado cuando te vea esta noche.

— ¡Lana! — Noté cómo se me encendían las mejillas. — No lo romanticemos tanto. Es solo una cena.

— ¡Yo no estoy romanticando nada! — respondió, quitándole importancia. — Pero por si acaso... ponte la pulsera.

Fruncí el ceño hasta que recordé la pulsera de macramé que había hecho para mí. Según ella, servía como detector de almas gemelas. No es que creyera en esas cosas... pero acepté el regalo solo por no arruinar su entusiasmo.

— No combina con el vestido... — intenté poner una excusa.

— ¡Déjalo todo en mis manos! — me guiñó un ojo. — ¡Ya vuelvo!

Intentando no pensar demasiado, entré en la ducha y me permití, al menos por unos minutos, relajarme bajo el agua caliente.

Al salir, envuelta en una toalla, ya tenía las ideas más organizadas: no vería esa cena como una cita romántica, sino como una oportunidad para obtener más información sobre el famoso tesoro.

Vladimir podía ser guapísimo y absolutamente cautivador, pero yo no era una ilusa.

Tampoco tan ingenua como para caer rendida ante su supuesto interés por mí. Del mismo modo que yo estaba buscando conocer más sobre el legado místico de mi familia, él también podría tener ese mismo interés.

Y no olvidemos que su bisabuelo le dejó toda su fortuna a Mirela.

¿Y si lo que quería era una especie de compensación histórica?

— No puedo darme el lujo de caer en un engaño justo ahora, que el Universo por fin ha sonreído para mí y he pasado de humillada a gloriosa.

Ahora soy heredera, sí, pero antes fui guerrera, y aprendí a luchar por lo que quiero.

Con eso en mente, comencé a arreglarme, justo cuando Lana regresó.

— ¡Estás deslumbrante! — dio palmaditas emocionada tras maquillarme. — Ese vestido te queda como un guante. Realza tu belleza de forma espectacular.

— ¿No estaré demasiado arreglada para una simple cena? — Me miré en el espejo del tocador, impresionada por mi propio reflejo, pero aún insegura sobre la ocasión.

— ¿Y quién dijo que es una cena simple? ¡La abuela está como loca en la cocina organizándolo todo con el equipo!

— ¿No es raro? — fruncí el ceño, confundida. — Él escribió en la tarjeta que le avisaron a última hora sobre la cena en Zsigmond… pero yo no tenía ni idea.

— Seguro que fue cosa de Petru — opinó Lana sin darle demasiada importancia. — Al fin y al cabo, fue él quien te contó que Vladimir es el protector del tesoro, ¿no?

También le conté a Lana esa parte, y su teoría era que el tesoro se refería a la colección de grimorios escritos por nuestras antepasadas. Como Mirela fue la última practicante del clan, todo el legado místico estaba en su poder.

Tenía mucho sentido. Lo que me dejaba aún más intrigada con la aparición repentina de Vladimir.

¿Y si estaba tras los grimorios?

— Se me pasó preguntarlo, pero seguro que fue él — respondí con un suspiro, calzándome los zapatos que también me había prestado Lana. — Al menos cenamos en la mansión. Si hubiese sido en otro sitio, lo habría rechazado sin dudar.

— Vik, intenta relajarte un poco y disfruta del momento — me aconsejó con dulzura —. Estás siendo demasiado racional...

— Tienes razón — asentí con un largo suspiro.

Mi mente no dejaba de crear mil teorías, anticipando cada posibilidad y consecuencia.

— Toma — me ofreció una pulsera dorada. — Puedes ponértela encima de la pulsera reconocedora de almas.

— No es que crea en esas cosas... — dudé. — Al menos no con este hombre.

— Si pudieras reconocer a tu alma gemela con solo mirarla, no necesitarías la pulsera — se rió, acercándose para ayudarme a colocar la de macramé, seguida del brazalete dorado.

— ¿No crees en el amor a primera vista? — pregunté, sorprendida, sabiendo lo romántica que decía ser.

— ¡Claro que sí! Pero no siempre la persona de la que te enamoras a primera vista es la que ha nacido para ti.

— Visto así... tiene sentido — parpadeé.

— Además, créeme — me regaló una sonrisa enigmática —. La pulsera funciona.

Se me quedó la boca abierta mientras asimilaba sus palabras.

— Tú...

Asintió, tapándose la boca con ambas manos.

— ¿No vas a contarme cómo pasó?

Negó con la cabeza.

— ¡¿Lana, en serio?!

— Tengo que irme — salió corriendo hacia la puerta —. ¡La abuela me pidió ayuda en la cocina! ¡Que tengas una noche mágica, Vik!

Antes de que pudiera decir nada, Lana cerró la puerta tras de sí, dejándome sola... y tremendamente curiosa.



LANA

Salí corriendo del cuarto de Viktória y recorrí el pasillo de la mansión a toda prisa, luchando contra el tiempo.

Cuando fui a buscar el maquillaje, los zapatos y los accesorios para prestarle a mi nueva amiga, pasé rápidamente por la cocina y escuché la risa de Petru, probablemente divirtiéndose con algo que mi abuela le había contado.

Quería verle un poquito antes de retirarme a mi habitación, pero temía que ya se hubiese marchado.

Desde esa mañana, cuando lo vi por primera vez y me llevé la sorpresa con la revelación de la pulsera que había confeccionado, no conseguí sacarlo de mi cabeza.

¡Ese hombre había nacido para ser mío!

El corazón casi se me salió por la boca en cuanto su mirada de príncipe encantado se cruzó con la mía. Y, sinceramente, antes incluso de sentir la quemazón en mi muñeca, creo que ya me había enamorado a primera vista.

No tenía ni idea de cómo iba a conquistarle, teniendo en cuenta que acabábamos de conocernos, y no podía simplemente soltarle que éramos almas gemelas porque había hecho un hechizo antiguo sacado de un grimorio... robado.

Sí, lo había cogido sin permiso. Y mucho menos después de haber pasado por la iniciación.

No debería estar practicando ese tipo de magia tan poderosa antes del momento establecido por nuestra tradición.

Del mismo modo que no debería estar bajando las escaleras con tanta imprudencia...

— ¡Aaaaaaah! — Cerré los ojos con fuerza, preparándome mentalmente para una caída dolorosa, en cuanto sentí cómo se me torcía el tobillo.

Todo ocurrió tan deprisa.

Un momento antes, bajaba las escaleras como una ciempiés corriendo una maratón con obstáculos, y al siguiente... me estampaba contra el pecho del hombre destinado a ser mi compañero de vida.

Los brazos de Petru me sujetaron justo a tiempo para evitar la caída, y cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo, olvidé el dolor del tobillo y cualquier tipo de vergüenza que habría sentido con otra persona que no fuera él.

— Mi héroe... — susurré, casi inaudible, mientras mis manos se aferraban a sus brazos, temiendo que todo aquello no fuera más que un sueño del que despertaría en cualquier momento.

— ¿Te has hecho daño?

El tono grave y áspero de su voz encendió mi libido, y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, erizando los vellos de los brazos y haciendo que mis pezones se endurecieran bajo el vestido —algo que sin duda sería visible a simple vista, teniendo en cuenta que no llevaba sujetador.

— Gracias a ti, estoy bien — logré reunir las pocas neuronas que me quedaban, después de que mi cerebro se derritiera en el acto bajo esa mirada azul tan intensa.

— Deberías tener más cuidado. — Me sorprendió levantándome en brazos y bajando conmigo los últimos escalones, para luego dejarme suavemente en el suelo. — Ya no eres una niña, señorita Constantin.

Ese tono de reprimenda no pasó desapercibido y cayó sobre mí como un cubo de agua fría.

Ignorando el dolor de la torcedura, me puse de puntillas y me incliné lo más cerca posible de su rostro perfecto, mirándole con intensidad.

— Tiene usted razón, tío. Ya no soy una niña... como bien puede comprobar. — Le guiñé un ojo, conteniendo las ganas de sonreír.

— ¿Qué...?

Esa expresión de desconcierto fue mi victoria sellada.

Me di media vuelta, interrumpiendo lo que fuera que iba a decir.

— Que tenga usted una buena noche, señor Moldoveanu.



CAPÍTULO 23

VIKTÓRIA

Bajé las escaleras con extrema cautela, paso a paso. El vestido me quedaba como un guante, pero temía tropezar con el dobladillo de la falda.

Vamos, chica, ya casi llegas. Un pasito más.

— Permítame ayudarla, Viktória.

Estaba tan pendiente de mis pies que no percibí la presencia del visitante.

— G-gracias. — Al oír su voz, vacilé, casi perdiendo el equilibrio, pero Vladimir me sujetó la mano a tiempo, acompañándome hasta el último escalón.

Estaba increíble con aquel traje negro impecable. Parecía sacado de una novela romántica: un CEO poderoso, seguro de sí mismo, con esa actitud de quien ya ha conquistado todo en la vida. Perfecto.

No es el hombre del retrato, Viktória. Solo una réplica perfecta, nada más.

— Estás deslumbrante — elogió, regalándome una sonrisa de genuina admiración.

Lo miré con intensidad, intentando descifrar qué pasaba por su mente. Obviamente, sin éxito.

No soy bruja, ni vidente, ni mucho menos telépata.

— Gracias por el vestido. Confieso que me sorprendió bastante. Tanto el regalo, como su reaparición inesperada.

Vladimir entornó los ojos y me observó en silencio durante unos segundos, como si también intentara leer mis pensamientos.

— Siento si le di una mala impresión por no haberme comunicado. — Tomó mis manos entre las suyas, mirándome con seriedad. — Estuve muy enfermo estos días. Le pido disculpas por no haber llamado.

Recordé aquella noche en que nos conocimos y lo pálido y débil que se le veía.

— ¿Ya está mejor? — Retiré mis manos, sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba a su contacto.

Había olvidado lo que sentí la primera vez que nos tocamos.

Pura intensidad...

— Sí. — Sonrió. — No se preocupe. Me siento completamente renovado.

Tragué saliva, aspirando su perfume amaderado que me resultaba extrañamente familiar. Y no solo por haberlo olido antes…

¡No, Viktória! Es tu subconsciente jugándote una mala pasada.

No hay forma de que el hombre de tu sueño y este que tienes delante huelan igual. ¿Desde cuándo los sueños tienen aroma?

— ¿Petru le obligó a venir? — Fui directa al punto que más me incomodaba. — Me refiero a esta cena de última hora.

Vladimir rió y me indicó con un gesto que caminara delante de él hacia el comedor.

Hasta entonces, seguíamos al pie de la escalera.

— "Obligar" no sería la palabra... pero sí puedo decir que Petru Moldoveanu insistió mucho en que nos viéramos esta noche. Confieso que me siento halagado por tener el placer de su compañía en privado, Viktória. La otra vez, él no fue precisamente cordial.

— ¿Petru no cenará con nosotros? — pregunté, realmente sorprendida.

— Me crucé con él saliendo de la propiedad justo al llegar.

— Qué raro… — se me escapó.

— ¿Por qué lo dice, señorita? — Se detuvo frente a la entrada del salón, donde colgaba el retrato de su bisabuelo. — ¿Le incomoda mi compañía?

— ¡No es eso! — Me apresuré a aclarar, sintiéndome de repente algo nerviosa. — Es solo que... como bien dijo, Petru no fue muy amable aquella vez.

— Acompáñeme, por favor. — Me hizo otro gesto para que continuáramos hacia el comedor.

Al retomar el paso, apoyó una de sus manos en mi espalda, apenas un roce, pero suficiente para que mi piel ardiera bajo su presencia imponente.

Aceptando su guía, caminamos en silencio hasta la mesa, donde Vladimir, caballeroso, me retiró la silla para que me sentara.

— ¿Le apetece vino? — Señaló la botella frente a mí. — Lo traje especialmente para esta noche.

No me pasó desapercibido que, aunque no era precisamente parco en palabras, sabía exactamente cómo esquivar los temas que no quería tratar, así como evitar cualquier pregunta que pudiera ponerle en aprietos.

— Acepto, gracias. — Preferí no presionarlo de inmediato, pero me mantendría atenta a cada detalle.

Me impresionó, aunque fuera levemente, la destreza con la que abrió la botella y su conocimiento al hablar del tipo de vino, el año de la cosecha, cómo fue cultivado y cuánto tiempo había tardado en llegar hasta la mesa de los verdaderos aficionados.

No es que yo entendiera algo del tema, pero saliendo de aquellos labios tentadores, con esa voz grave y sensual... cualquier cosa que dijera sonaba mucho más interesante de lo que probablemente era.

Cuando Ioana anunció que la cena estaba servida y el personal de cocina comenzó a moverse, me descubrí observando a Vladimir al

otro lado de la mesa.

— Parece que el verdadero anfitrión de esta noche eres tú — solté, notando lo cómodo que se mostraba con los empleados. — Es como si tú mismo hubieras organizado todo esto.

Vladimir sonrió con amplitud y alzó su copa, inclinándose levemente hacia mí en un brindis a distancia.

— Confieso que estuve en la cocina mientras te arreglabas, curioseando el menú con la señora Constantin.

Asentí, bebiendo un sorbo del vino que, aunque no tuviera referencias para juzgar, fue bien recibido por mi paladar simple, más acostumbrado a dulces y pasteles que a experiencias gourmet.

— En Rumanía no hay comida sin sopa para empezar — explicó, levantándose para destapar la sopera. — Fasole cu carne.

Impresionada por su desenvoltura al presentar los platos típicos de su país, bajé todas mis defensas y, por fin, me permití disfrutar de su compañía.

La sopa de alubias blancas con carne, servida dentro de un pan muy similar al italiano, era sabrosa, especiada, y aunque solo fuera la entrada, terminó siendo mi plato principal. Comí como si no hubiera mañana y acabé completamente saciada.

— Pareces cansada — comentó Vladimir, interrumpiendo la charla sobre la gastronomía rumana al escucharme suspirar. — ¿Te estoy aburriendo?

En ese momento, ya estábamos con el postre y me prometí pedirle a Ioana la receta del delicioso Papanaşi, una especie de bolita frita hecha con queso cottage, servida con crema agria y mermelada. Me había enamorado perdidamente de aquella delicia.

No era cansancio, ni mucho menos aburrimiento. Era una mujer glotona empachada de tanto comer.

— Al contrario, me encanta conocer un poco más de la cocina rumana — admití con sinceridad. — Aunque me da un poco de

vergüenza, porque se suponía que yo debía ser la anfitriona, y has sido tú quien me recibió, incluso sirviendo nuestra comida.

— Tu ama de llaves es una excelente profesora — respondió con desenfado. — Le pedí que me enseñara todo lo necesario para agradar e impresionar a mi anfitriona brasileña.

— Pues no me siento anfitriona. Pero prometo preparar una cena con comida típica de mi país. Así podré hablarte un poco de la cocina que sí domino.

— Será un enorme placer — sonrió ampliamente. — ¿Cómo es tu vida en Brasil, Viktória?

— Buena — respondí sin dudar. — Siempre estoy ocupada con mi trabajo y ayudando a mi madre, pero amo lo que hago. No salgo mucho, la verdad. Mi madre insiste en que debería socializar más y aprovechar la juventud, pero soy de las que prefiere un buen libro o un balde de palomitas viendo una película. Nada impresionante.

— Todo en ti es impresionante — soltó con firmeza, clavando su mirada hipnótica en la mía.

Tragué saliva, humedeciéndome los labios sin pensar. De pronto, la atmósfera ligera y relajada había cambiado ligeramente.

— ¿Y tú, Vladimir? — Empecé a reconstruir mis defensas. — ¿Cómo es tu vida?

Si él quería saber más de mí, yo también podía querer saber más de él.

Lo curioso de Vladimir Grigore era que, la noche en que lo conocí, tenía un aire desenfadado, un humor sarcástico, sonrisa traviesa y mirada provocadora.

Totalmente distinto al hombre elegante, de porte aristocrático, gestos caballerosos, humor suave y mirada apreciativa que tenía frente a mí durante aquella cena.

¿Cuál de esas versiones era la real?

— Por favor, llámame Vlad — dijo, guiñándome un ojo. — Soy un hombre bastante reservado. Me gusta el aislamiento, lo confieso.

No tengo muchos amigos, los puedo contar con los dedos de una mano. En los últimos años he intentado seguir el ritmo del mundo moderno para no quedarme atrás ni caer en el olvido. También disfruto mucho del cine, pero tengo un gran aprecio por la lectura... y me encanta escribir.

— ¿En serio? — Asintió. — ¿Y sobre qué te gusta escribir?

— Sobre los viajes que he hecho por el mundo y cómo cambian las personas según el lugar o la época.

— ¡Eso sí que es impresionante!

No podía negarlo. Estaba disfrutando conocerle.

Vladimir era, sin duda, un hombre muy interesante.

— ¿Qué planes tienes ahora que eres millonaria? — Su pregunta, directa como un dardo, volvió a ponerme en guardia.

¿Por qué mencionar la herencia justo cuando la conversación iba tan bien?

— Es curioso que me lo preguntes, porque aún no termino de asimilar eso de ser heredera, ¿sabes? — Hice un esfuerzo por no mostrar mi incomodidad. — Lo único que quiero es darle una buena vida a mi madre Margarida y cumplir mi sueño de tener mi propio negocio.

— Ahora puedes hacerlo. Con el dinero que recibiste, ya no tendrás que volver a trabajar.

— ¡Pero no voy a quedarme de brazos cruzados! — Hice una mueca instintiva. — Siempre he trabajado para sobrevivir, y no voy a parar ahora. Puede que ahora tenga dinero, pero sigo siendo esa huérfana que fue adoptada siendo adulta por una mujer con un corazón de oro. Soy alguien que no le teme al trabajo y que quiere salir adelante con dignidad. ¡Aunque haya recibido esta herencia caída del cielo!

Ya no logré ocultar cuánto me había incomodado el tema.

— Lo siento mucho — se levantó, rodeando la mesa para acortar la distancia entre nosotros. — No quise ofenderte, querida

Viktória.

Escucharlo decirlo así... me removió por dentro de un modo inexplicable.

Me levanté antes de que me alcanzara, alzando una mano para que no se acercara más, haciéndolo detenerse a medio camino.

— Nuestra cena ha terminado, señor Grigore. — Retrocedí hacia la puerta del corredor. — Me retiraré ahora. Usted ya conoce la salida, ¿verdad?

— Viktória...

— Buenas noches.

Él me miró sorprendido, asintió apenas con la cabeza y no insistió.

Le di la espalda y caminé hacia las escaleras, controlando el impulso de salir corriendo, temerosa de que me siguiera. Pero no lo hizo.

Ya en mi habitación, segura, cerré con llave, me quité los zapatos y me dejé caer de espaldas sobre la cama, exhalando hondo, inspirando y expirando con lentitud.

¿Qué demonios fue eso?

Cubriendo el rostro con una mano, me di suaves golpecitos sobre el pecho, justo donde el corazón me latía desbocado. Permanecí así un rato, dejando que la adrenalina se dispersara, mezclada con rabia, angustia y algo más que no sabía definir.

Pero tenía claro que no se trataba simplemente del comentario sobre la herencia.

— ¡Necesito quitarme este maquillaje y darme otra ducha! — Me incorporé, decidida a no dejarme arrastrar por esa inquietud.

Entonces escuché el zumbido del móvil. Estaba justo al lado, sobre el colchón.

¿Sería él? Dudé, recordando que ni siquiera habíamos intercambiado números. Era una notificación de mensajes.

LANA: ¿Y entonces? ¿Funcionó la pulsera?

Me quedé mirando el brazalete que ella me había prestado, recordando el momento en que, justo antes de salir del cuarto para bajar a cenar, el miedo me ganó y terminé quitándome la pulsera reconocedora de almas, guardándola en el cajón de la cómoda junto a la cama.

VIKTÓRIA: No funcionó.

LANA: Todavía. Eso solo significa que no es el chico adecuado.



PETRU

— ¿Qué? ¿De verdad pensabas que iba a lanzarse a tus brazos solo porque te duchaste y te pusiste un traje caro? — me burlé por teléfono en cuanto Vlad me contó lo desastrosa que había sido su cita con Viktória. — Bienvenido al mundo de los mortales, Vladimir Grigore.

— Que te jodan, Petru — gruñó, cabreado, y colgó sin molestarse en despedirse.

Solté una carcajada, dejando el móvil a un lado mientras terminaba de secarme tras la ducha. Ya estaba preparándome para dormir cuando al vampiro enamorado se le ocurrió llamarme.

Menos mal que esta noche decidí dormir en mi loft; de lo contrario, habría subido a mi habitación en la mansión y exigido mi compañía durante toda la madrugada.

A veces Vlad se olvidaba de que yo era un simple humano, uno que necesitaba dormir para recargar energías.

Dejando la toalla sobre una silla, me tiré de bruces en la cama, sin ninguna ceremonia. Me gustaba dormir desnudo.

— ¡Esos dos van a volverte loco! — Estiré los brazos, dispuesto a dejarme arrastrar por el cansancio.

Ahora que Vlad por fin había admitido lo que sentía por Viktória, dejándome fuera del juego, me sentía aliviado. Aun así, sabía que hasta que toda la verdad sobre su inmortalidad saliera a la luz, debía seguir andándome con cuidado.

Y por si no bastara con la señorita Mészáros y un vampiro de casi seiscientos años poniendo a prueba la poca paciencia que me

quedaba… va y aparece una maldita niñata en mi camino, convertida en una tentación salida del infierno.

Lana Constantin. ¡Su pequeña brujita seductora!

— ¿Tío? — Solo recordarlo me revolvía el estómago. — ¡Si tampoco soy tan mayor...!

*****

Abrí los ojos al presentir que no estaba solo en la habitación… y la vi, vestida con una bata de satén blanca, increíblemente sexy.

Codicié sus piernas al descubierto y, en un gesto involuntario, toqué mi polla por debajo de la sábana. Me mordí el labio inferior mientras la observaba sonreírme de forma enigmática. Estaba preciosa, con el pelo suelto cayéndole sobre el generoso escote de aquella diminuta prenda.

Comenzó a mover el cuerpo con lentitud, en una danza lenta y provocadora. No había música, solo el sonido de mi respiración, que empezaba a acelerarse. Sin decir una sola palabra, Lana comenzó a recorrer su propio cuerpo con las manos, acariciándose sin apartar sus ojos de los míos ni un segundo.

Quiero a esta chica. ¡La quiero con toda mi alma!

Desde que la vi más temprano, no he dejado de preguntarme por qué me atrae tanto. Si es por esa sensualidad innata que irradia con solo una sonrisa, o por esa mirada curiosa que parece desnudarme por completo.

— Escucha tu deseo —susurró, bajando uno de los tirantes de la bata—. Libera tu voluntad. — Dejó caer el otro tirante, y la prenda resbaló hasta el suelo.

Vestía solo una diminuta braguita blanca, con los pechos al descubierto, firmes y erguidos, y todo lo que más deseaba en ese instante era chupárselos, morderlos, pellizcarle los pezones hasta oírla gemir mi nombre.

Presioné mi polla con más fuerza, empezando a masturbarme en busca de alivio para mi desesperación.

— Abraza tu lujuria —dijo, moviendo las caderas mientras deslizaba ambas manos hacia abajo, quitándose las braguitas—. Haz realidad tu fantasía, Petru.

— Esto es una locura...

Lana estaba completamente desnuda frente a mí, y yo la contemplaba con verdadera adoración.

Dando un paso hacia adelante, la pequeña ninfa se arrodilló sobre mi cama, metiéndose bajo la sábana y avanzando lentamente hacia mí.

Solté mi polla al intuir lo que pensaba hacer, echando la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, dejándome llevar por el placer inminente.

— Toma lo que deseas…

Lana empezó a acariciarme la erección, con lentitud y firmeza, con una destreza que dejaba claro cuánto sabía complacer a un hombre.

— ¡Joder! — gemí, atrapando un puñado de su pelo justo cuando sentí su lengua húmeda explorándome por completo, mi polla enloquecida de deseo por ella.

Su boca caliente me envolvió con avidez, succionando con maestría, llevándome al borde del abismo entre la razón y el puro deseo.

Mi subconsciente sabía que aquello estaba mal. Aunque fuese mayor de edad, era la nieta de Ioana, la mujer que prácticamente me crió… y además una joven descendiente de un linaje místico, a punto de ser iniciada.

Aun así, no pude resistirme a la tentación.

Con una mano, Lana apretó mi polla con más fuerza, aumentando el ritmo de las succiones, decidida a noquearme sin piedad hasta hacerme rendirme, derramando todo mi placer en su boca pequeña y deliciosa, que me acogía con una hospitalidad que jamás había experimentado.

Derrotado en mi intento de resistirme, exploté en un orgasmo brutal, llenando su boca ansiosa con mi semen, fascinado al verla tragar cada gota.

— Joder… qué delicia… — solté con la respiración entrecortada.

Con sutileza y precisión, Lana continuó lamiéndome con lentitud, paseando su lengua provocadora por mi miembro aún duro, saboreando el resultado del placer que acababa de darme.

Pasó un rato antes de que se incorporara. Finalmente se alejó de la cama, quedándose de pie, desnuda, preciosa, con esa sonrisa traviesa de quien acaba de cometer una rebeldía.

Sin decir palabra, empezó a ponerse la bata. Y yo, aún en trance, intentaba asimilar la marea de placer que me había invadido hacía apenas unos minutos.

¿Qué demonios acaba de pasar aquí? Quiero decir… ¿cómo lo ha hecho?

Ya vestida, Lana se dio la vuelta, pero antes de marcharse —sigilosa y silenciosa, igual que cuando llegó— me miró por encima del hombro y me lanzó su braguita blanca.

— ¿Cómo has entrado aquí, pequeña? — pregunté, confuso, cayendo en la cuenta de que no estaba en la mansión Zsigmond —. ¿Cómo sabes dónde vivo?

— ¿Quién te ha dicho que estoy aquí? — Su carcajada resonó por todo el loft.

De pronto, Lana volvió a colocarse frente a mí, acercándose al borde de la cama. Se inclinó hacia delante, sujetando las puntas de la sábana y la sacudió, cubriéndome por completo, de la cabeza a los pies, haciéndome perderla de vista por un instante.

Cuando logré liberarme de la tela... ya había desaparecido.

— ¡Maldita ninfómana! ¿Pero qué coño ha sido eso?



CAPÍTULO 24

VIKTÓRIA

Estaba completamente desnuda, bailando alrededor de una hoguera en plena noche, otra vez en aquel bosque. El mismo que ya había visitado en un sueño anterior.

De alguna forma inexplicable, sabía que aquella Viktória también era yo, aunque no en el mismo cuerpo ni en la misma realidad que vivía ahora. Sin embargo, en ese instante, dentro del contexto del sueño, mi alma habitaba su cuerpo, y compartía con ella ciertos recuerdos de su pasado.

No había música, solo el crepitar del fuego devorando los troncos que había pasado todo el día apilando para aquel ritual.

Ningún sonido del exterior se colaba en el claro, porque aquel no era un bosque común. Y había acabado convirtiéndose en mi hogar precisamente por eso.

Seguí bailando, invocando mentalmente mi súplica a los ancestros, rogando que me concedieran el privilegio de dar continuidad a mi linaje, trayendo al mundo el fruto del amor por el guerrero que se había convertido en mi compañero de vida. El único al que entregué cuerpo y alma.

— No puedes.

El susurro traído por el viento me recorrió la piel, erizándome por completo.

Los ancestros estaban respondiendo.

— No puedes concebir.

Sentí que las lágrimas afloraban, pero seguí danzando alrededor de la hoguera, bajo la luna llena, persistiendo en mi ritual de fertilidad.

— No puedes concebir el hijo de un hombre cuya alma está rota.

Caí de rodillas, con un nudo en el pecho tan fuerte que apenas podía respirar.

Un dolor emocional que sacudía las entrañas de mi ser.

— No puedes concebir el hijo de un hombre cuya alma está rota —volví a escuchar, justo antes de que el viento apagara las llamas, dejando solo las brasas y la luna iluminándome en aquel claro solitario.

— Vlad... — murmuré, las lágrimas cálidas corriendo por mis mejillas mientras apoyaba las manos en el suelo, sintiéndome derrotada.

— Estoy aquí, Viktória —escuché la voz de mi amado, tan desolada como la mía, que por un momento creí estar alucinando—. ¿Qué ocurre, mi amor?

Los brazos del guerrero me envolvieron, levantándome del suelo y acunándome contra su pecho protector.

Vlad, por fin, había regresado tras meses sin dar señales de vida.

— No estoy soñando, ¿verdad? — rodeé su cuello con mis brazos, hundiendo el rostro en su larga melena.

— No es un sueño, dulce Viktória —su voz cargada de dolor y tristeza—. Vamos a la cabaña, necesitas vestirte.

— Aún no —dije, mirándolo entre sombras—. Por favor, ponme de pie.

Sin decir nada, obedeció. Lo observé con atención.

— Esa sangre... —Pasé las manos por su atuendo de batalla—. Hueles a muerte.

— No es mía —me sujetó por las muñecas—. Es sangre enemiga. De todos los que he matado con mi espada.

— Ah, Vlad... —me lancé a sus brazos para abrazarlo.

— Radu ha muerto —confesó, estrechándome con fuerza, dejándose llevar por sus propias lágrimas—. Mi hermano...

— Lo siento tanto... —lloré con él, compartiendo su dolor.

A pesar de haberlo traicionado y usurpado el trono, Radu era el último familiar vivo de Vlad, y aunque les separaban rencores y conflictos políticos, lo amaba.

Aunque aquella sangre no fuera suya, mi guerrero estaba herido de formas que no podía imaginar. Y por más que me doliera no haber recibido la bendición de los ancestros, entendía el porqué.

Por desgracia, aunque Vlad Drácula hubiese nacido para ser mío, nuestros destinos tardaron demasiado en cruzarse.

Fue corrompido cuando aún era un niño. Creció lleno de odio y sed de venganza. Sufrió humillaciones, violencia. Derramó sangre, mató a miles en las guerras que libró durante años.

Vlad lo perdió todo mucho antes de conocerme.

Su alma ya estaba rota, incluso antes de amarme.

— Ahora solo te tengo a ti, mi dulce Viktória —se apartó del abrazo, sosteniendo mi barbilla con firmeza, y acercó su rostro para besarme con ternura.

De pronto, el viento sopló con fuerza, avivando de nuevo las llamas de la hoguera, que nos envolvieron en luz y calor en aquella noche de dolor.

Vlad profundizó el beso, sus manos ansiosas empezando a deshacerse del atuendo de guerra, y yo, comprendiendo cuánto me necesitaba, me aparté para ayudarle a desnudarse. Llevó su tiempo, pero no teníamos prisa.

En silencio, aún entre lágrimas, lo desnudé por completo, acariciando sus cicatrices y besando cada herida de su última batalla.

Él siempre sería un guerrero, con o sin armadura, con o sin espada. Y yo siempre sería aquella a la que volvería, en la tristeza o en la alegría.

Haciéndolo sentarse en el suelo, me coloqué sobre él, mi cuerpo deseando esa unión íntima, el suyo listo para acogerme.

Sin pronunciar palabra, los ojos azules del hombre que amaba me hicieron promesas silenciosas.

Toqué sus hombros mientras descendía lentamente para fundir nuestros cuerpos. Las manos temblorosas de Vlad recorrieron mi espalda hasta detenerse en mi cintura.

Apoyando las rodillas en el suelo, bajé una mano para sujetar su virilidad tensa, guiándola hacia mi interior, dejándome llenar por completo.

— ¡Mía! — rugió, aferrándose a mis caderas.

Comencé a moverme, sin apartar los ojos de los suyos, grabando en el alma y la memoria el rostro del hombre que nació para ser mío.

— Tuya —susurré, depositando un beso casto en su frente sudorosa y manchada aún con la sangre de sus enemigos—. En esta y en todas las vidas, siempre seré tuya.

*****

Abrí los ojos de golpe, con una angustia profunda oprimiéndome el pecho y la extraña sensación de que mi alma había viajado a otro tiempo y lugar antes de regresar a mi cuerpo.

Me incorporé en la cama, respirando hondo, notando que, además de estar empapada en sudor, tenía el rostro cubierto de lágrimas... y que aún seguía llorando.

— Ah, Vlad...



VLAD

Hoia Baciu, Cluj, Transilvania.
HACE MÁS DE 500 AÑOS…

— Es preciosa. Enhorabuena. — Asentí con la cabeza mientras la heredera recién nacida de Alexandra dormía plácidamente en el cesto de mimbre que habíamos improvisado como cuna. — Estaréis seguras aquí. No te preocupes. Os protegeré.

— Gracias, Vlad. — Intentó sonreír, pero yo sabía que estaba sufriendo.

Acababa de dar a luz en cautiverio, donde su esposo la había mantenido encerrada hasta que naciera la criatura.

Necesitaba que fuese un varón. Un heredero legítimo.

Conociendo el origen místico de Alexandra Mészáros, aquel noble, temeroso de Dios y fiel al Papa y a la Iglesia, temía que una niña, en el futuro, sucumbiera a los ritos considerados herejes y deshonrara su apellido al ser acusada de bruja.

Pensaba matar a su propia hija y a su esposa, alegando que ambas habían muerto en el parto. Pero impedí su plan e irrumpí en la propiedad para rescatarlas.

El lugar más seguro para ellas por ahora era el Claro del Silencio Eterno, donde nos conocimos años atrás y que, desde entonces, se había convertido en mi refugio, incluso tras su marcha a Sighișoara al casarse.

El mayor sueño de Alexandra siempre fue formar una familia, ya que no le quedaba nadie en el mundo. Todos sus parientes

habían muerto en la guerra.

— ¿Crees que me odiará en el futuro? — pregunté, refiriéndome a la criatura. — Por haber matado a su padre.

— Nos salvaste a las dos —se levantó y vino hacia mí—. No habría tenido futuro si no hubieras hecho lo que hiciste.

— Te dije que te protegería con mi vida, y que haría lo mismo con toda tu descendencia. — Me arrodillé frente a ella, posando la mano derecha sobre el corazón. — Por eso me devolviste la vida aquella noche, ¿verdad? Cumpliré mi promesa.

— ¡Levántate! — suplicó con angustia, sujetándome por los brazos. — ¿Por qué un príncipe se arrodillaría ante una mujer como yo?

— Hace tiempo que dejé de ser un príncipe, Alexandra. — Me puse en pie de nuevo, mirándola con convicción—. Ahora soy el guerrero inmortal que garantizará la supervivencia del linaje Mészáros por generaciones. Ese se convirtió en mi propósito desde que te conocí en este bosque.

Desvió la mirada, dándome la espalda mientras salía de la cabaña y se detenía ante la hoguera que iluminaba el claro por la noche.

— ¿Qué ocurre? — De repente, sentí que me ocultaba algo.

— Estoy enferma, Vlad —reveló con tono desolado—. Siento que me queda poco tiempo de vida, ahora que ya no poseo el don de la magia.

— ¿Qué? — Pensé que había oído mal.

— Moriré pronto —se giró para mirarme de nuevo, permitiéndome ver toda su tristeza y sus lágrimas—. Lo siento...

Sin palabras, la atraje por los hombros y la abracé con fuerza, consolándola mientras lloraba, lamentando el futuro incierto.

La culpa me invadió como una lanza, corroiéndome por dentro.

Si no hubiese resultado herido de gravedad en aquel último intento por recuperar el trono de Valaquia, tras la muerte de Radu…

si no hubiese muerto dejándome consumir otra vez por la sed de venganza… ella no habría sacrificado sus dones místicos para devolverme la vida.

Yo no pedí convertirme en vampiro. Pero al dejar sola a Alexandra en Hoia Baciu, rompí mi promesa de protegerla al morir en combate.

Sin una descendiente mujer para continuar con su legado, Alexandra era la última bruja Mészáros viva. Pero no sobreviviría mucho sin mi protección, pues con cada día que pasaba, la cultura mística se volvía más peligrosa a ojos de la Iglesia.

Traerme de vuelta fue su último ritual.

El precio que Alexandra pagó a los ancestros por mi inmortalidad fue perder el derecho a ejercer su magia.

A cambio, me convertí en el guardián de su linaje.

— Quiero que seas tú quien le ponga nombre… — pidió Alexandra en un susurro débil, cuando por fin cesaron sus lágrimas.

Alejándose de mí, volvió a entrar en la cabaña y, como si la niña adivinara la cercanía de su madre, comenzó a llorar.

Observando a madre e hija en silencio, no supe cómo interpretar la repentina nostalgia que me invadió.

Era como si una parte de mí supiera que algo me faltaba.

Desde que regresé de la muerte, me sentía incompleto.

— Viktória... — Sonreí con cierta melancolía, aún confundido por el sentimiento repentino.

— ¿Cómo la has llamado? — parpadeó Alexandra, mirándome con asombro.

— El nombre de tu hija, que me pediste elegir. — Acorté la distancia entre nosotros y extendí los brazos para que me la entregara—. Se llamará Viktória.

— ¿Tiene algún significado especial? — me la pasó con cuidado.

— Después de todo lo que has soportado para traerla a este mundo, creo que es el nombre perfecto para ella. — Deposité un beso casto en la diminuta frente de aquel pequeño ser humano entre mis brazos. — Bienvenida al mundo, Viktória Mészáros. Mi nombre es Vlad Drácula, y yo seré tu protector.

*****

Hoia Baciu, Cluj-Napoca, Rumanía.

TIEMPOS ACTUALES…

Recordar aquel momento me dejó emocionalmente destrozado en cuanto abrí los ojos, contemplando el cielo sobre Hoia Baciu.

Viajé solo, conduciendo hasta el antiguo bosque una vez más, sintiendo la necesidad de reconectar con los recuerdos de una vida que parecía desvanecerse poco a poco en mi memoria.

La promesa que hice a Alexandra de proteger su legado quedó relegada durante años, hasta que finalmente regresé a Transilvania cuando Mirela Mészáros perdió a sus padres y se convirtió en la última descendiente viva. Ahora, el mismo dilema se repetía, siendo su bisnieta la última mujer del linaje.

La diferencia entre la pequeña Viktória y la heredera actual era que la hija de Alexandra se convirtió en practicante de magia y perpetuó las tradiciones místicas en su estirpe. Mientras que la Viktória de hoy, permaneció ajena durante años y ni siquiera fue iniciada.

Una vez más, el legado de Alexandra corría peligro de extinguirse. Y mi dulce Viktória era la única capaz de revertir ese destino.

— ¿Cómo pude ser tan egoísta, deseando que fuera mía y de ningún otro hombre? — Me levanté de golpe.

Usando mi velocidad sobrehumana, abandoné el bosque rápidamente y tomé el control del vehículo, regresando a la mansión Zsigmond antes de que saliera el sol.

Durante el trayecto, una duda rondaba mi mente, y por más que intentara evitarla, volvía una y otra vez:

¿Y si la Viktória Mészáros actual fuera la reencarnación de la hija de Alexandra?

— No tiene sentido. Jamás amé a aquella Viktória como a una mujer. Siempre la vi como a una hija.

¿Qué otra explicación podría haber para justificar esta conexión tan profunda que siento hacia ella?



CAPÍTULO 25

PETRU

Al pasar por el comedor, vi la mesa puesta para tres personas.

¿Será que Vlad se atrevería a salir del sótano durante el día para almorzar con nosotras?

Aunque la luz del sol lo dañara, el vampiro aún podía moverse por las habitaciones de la mansión donde no le alcanzaban los rayos, y todas las cortinas de Zsigmond eran opacas precisamente para protegerlo.

Desde que me reí de él ayer, Vlad había decidido ignorarme deliberadamente.

¡Allá él! No es ningún adolescente.

Acababa de llegar a Zsigmond tras una noche agitada. El sueño que tuve con la nieta de Ioana me pareció tan real que me dejó inquieto durante horas. Cuando me di cuenta, ya había amanecido y no había pegado ojo.

Antes de ir a buscar a Viktória, pasé por la cocina para saludar a Ioana… solo que no esperaba encontrarme con un par de piernas preciosas, estirándose sobre una escalerita doméstica, intentando alcanzar un bote metálico en lo alto del armario.

— ¡Casi...! — Lana se mantenía en equilibrio en la punta de los pies, y toda la escena delante de mí gritaba: desastre.

Me acerqué sin anunciarme, conteniendo la respiración al ver asomar un pedacito de su braguita —una diminuta prenda de encaje rosa—, cubriendo aquel culo redondo y deliciosamente provocador.

¡Maldito vestido corto!

Sin poder evitarlo, las imágenes del sueño invadieron mi mente, atormentándome a plena luz del día, y mi polla comenzó a dar señales de vida, apretando contra los calzoncillos.

Cuanto más miraba, más me sumergía en la fantasía erótica con Lana como protagonista, y el bulto ya se notaba bajo mis vaqueros ajustados.

Culpa de la maldita excitación que esa ninfa había empezado a despertarme... sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

— Oh, tú... — Lana sonrió al notar mi presencia. — Hola, Petru.

Al perder la concentración, la chica se desequilibró en la escalerita y cerró los ojos, preparándose para la caída.

Por suerte, estaba lo bastante cerca como para atraparla a tiempo, y mi reflejo fue rápido: la sujeté en brazos justo antes de que se hiciera daño.

— Tienes una pésima relación con las escaleras —murmuré, nervioso, sin soltarla.

— Pero tengo la suerte de que siempre estás tú cerca para evitar el desastre. — Me rodeó el cuello con los brazos, una de sus manos acariciando mi nuca con suavidad, lo justo para hacer reaccionar todo mi cuerpo—. Mi héroe...

Escuché un suspiro, quizá suyo. Un gemido, probablemente mío. Y nuestras respiraciones agitadas nos envolvieron en una burbuja cargada de tensión sexual.

¡Joder! ¿Qué estoy haciendo?

La dejé en el suelo, aunque mantuve las manos en su cintura.

Ella tampoco parecía dispuesta a soltarme, y estábamos demasiado cerca para dos personas que apenas se conocían.

Antes de poder reaccionar, Lana Constantin rozó su cuerpo contra el mío.

— ¿Es por mi culpa que estás así? — preguntó, satisfecha al notar mi erección.

— Por favor, señorita… ¡perdóneme! — respondí, irritado y avergonzado al ser sorprendido en esa situación. Me alejé de ella tan rápido como pude. — Le prometo que esto no volverá a ocurrir.

Jamás me había comportado de forma tan frívola delante de una mujer. Siempre fui un caballero, alguien que sabía controlar sus impulsos. Pero con Lana era distinto… y ni siquiera sabía por qué.

— ¡No te disculpes! — Su sonrisa desapareció al instante, y adoptó un gesto… ¿herido? — Y no me hagas ese tipo de promesas. No pienso aceptar ninguna de las dos.

— ¿Cómo dices? — parpadeé, sin comprender su actitud ni lo que quería decir con aquello.

— No sirve de nada huir de lo que sientes, Petru Moldoveanu —dijo, dándome la espalda mientras salía de la cocina—. Más temprano que tarde, acabarás siendo mío.



VIKTÓRIA

Pasé toda la mañana en mi habitación, intentando recuperar el sueño perdido tras el extraño sueño que tuve. Me sentía agotada, como si hubiese hecho un largo viaje en el tiempo.

Al bajar para almorzar, me crucé por casualidad con Petru, que salía apresurado del comedor justo cuando yo entraba. Casi chocamos.

— ¡Eh! Buenos días para ti también...

Al verme, Petru se quedó sorprendido, incluso algo confundido, pero pareció aliviado al reconocerme.

— Viktória, buenos días. — Forzó una sonrisa, aunque se notaba nervioso. — Tengo que salir un momento, no puedo quedarme ahora.

— ¿Pero no acabas de llegar? — Me había escrito esta mañana diciendo que estaba en su loft, pero que llegaría a tiempo para almorzar juntos.

— Voy al pueblo, pero volveré a última hora de la tarde.

— ¡Petru, espera! — Lo sujeté del brazo para impedir que se marchara. — ¿Qué ha pasado?

— Lo siento, no quiero preocuparte… Solo tengo que resolver unas cosas, pero vuelvo hoy mismo...

— Eso ya lo has dicho —lo corté, empezando a molestarme—. Y suena a excusa poco creíble, la verdad. ¿Está todo bien?

— Es algo personal, nada grave. — Se encogió de hombros.

— ¿Dónde está Ioana? — cambié de tema, decidiendo no presionarlo más.

— No la he visto desde que llegué.

— ¿Y Lana?

— ¿Qué pasa con ella? — frunció el ceño, volviendo a mostrarse inquieto.

— ¿La has visto en la cocina?

Asintió, soltando un suspiro de fastidio.

— Sí, la vi. ¿Por qué?

— Había dicho que comería con nosotros, y como tú te vas... solo era una pregunta.

— Ya. — Se alejó—. Tengo que irme.

— ¡Espera! — Dudé un momento, pero no perdía nada por intentarlo. — ¿Hay alguna forma de que consigas el contacto de Vladimir Grigore?

— Te lo enviaré por mensaje. — Me dio la espalda y se marchó apresuradamente.

— Gracias... — murmuré, aunque seguramente ni me oyó.

¿Qué demonios le habrá picado? ¡Menudo humorcito!

*****

— ¿Por qué estás tan callada? — le pregunté a Lana durante nuestro almuerzo.

Ioana no estaba en Zsigmond, pero había dejado todo preparado con el equipo de cocina. Nunca me aprendía los nombres de nadie, porque cada día venía alguien distinto. Lana me explicó que se trataba de una empresa externa y que los trabajadores rotaban constantemente.

— Pensé que Petru comería con nosotras —murmuró, cabizbaja.

Primero, Petru actuaba rarísimo cuando lo vi. Ahora, Lana parecía triste...

— Yo también lo creía, pero dijo que tenía que resolver unos asuntos personales —fruncí el ceño, intentando entender qué estaba pasando ahí.

— Ya veo —volvió a sonreír, pero noté que no era una sonrisa sincera—. Cuéntame, ¿cómo fue lo de ayer con el señor Grigore? Dijiste que la pulsera no funcionó y...

— Lo siento, Lana. Te mentí —la interrumpí, avergonzada—. En realidad, me la quité antes de bajar a cenar.

— ¿Por qué?

— No sé... Creo que me dio miedo. — Bebí un sorbo de agua antes de continuar—. Está el hecho de que es idéntico al hombre del que mi bisabuela se enamoró, y...

— Por lo que me contó la abuela, tú también eres idéntica a tu bisabuela cuando era joven.

— ¿Eso no te parece raro?

— ¿Más raro que nacer en un linaje de brujas? —rió, negando con la cabeza—. Es más común de lo que imaginas, entre los nuestros.

— ¿Cómo así?

— Nacemos y renacemos muchas veces, Viktória. Así es como perpetuamos el legado místico. Como humanos, nuestros cuerpos envejecen y mueren, pero nuestras almas solo cambian de envoltorio.

— Eso todavía es muy complejo para mí —Así que... ¿podría haber sido otra Viktória en otra vida?

— No te preocupes. Para ti todo esto es muy reciente. Yo estoy familiarizada porque crecí entre los nuestros y me educaron dentro de esa cultura. Pero para alguien ajeno, es completamente distinto.

— Tienes razón.

— Entonces... —me miró con expectación—. Ese miedo tuyo a usar la pulsera durante la cena con Vladimir...

— Sí —admití de una vez, dejando el temor a un lado—. Me dio miedo que, igual que Mirela y Vlad, yo tuviera algún vínculo profundo con Vladimir.

— No se puede saber si Vlad y Mirela eran almas gemelas — dijo Lana, intentando suavizarlo.

— Pero lo natural sería que yo tampoco pudiera descubrir tan fácilmente quién es mi otra mitad —repliqué, dejándola sin palabras —. Esa pulsera es como hacer trampa, ¿no crees?

— Pues no lo creo, pero entiendo tu miedo. Puedes tirarla si te asusta. No me enfadaré.

Asentí con la cabeza, aunque después del sueño de la otra noche, sabía que había algún tipo de conexión entre las mujeres del linaje Mészáros y los hombres de la estirpe Drakulya, ahora llamados Grigore.

Tal vez si le contara a Lana los sueños que había tenido... podría ayudarme a entender qué estaba ocurriendo.

¡No! Mejor no. —reflexioné—. Lana sigue siendo una chica joven y ni siquiera ha sido iniciada. Pero... quizá Ioana pueda aclararme algo.

— ¿A qué hora dijo Ioana que volvería del pueblo? —cambié de tema.

— No lo dijo. Solo sé que tenía que ir sí o sí hoy.

— Qué raro, Petru también tuvo que ir de repente. ¿Será por la misma razón?

— Lo dudo —respondió con una sonrisa amplia, y esa vez sí fue genuina—. Sospecho que fue por mi culpa.

— ¿Cómo dices? —abrí los ojos de par en par, sin entender nada.

Lana soltó una carcajada antes de confesar:

— Petru se puso súper incómodo porque noté que estaba muy excitado y le pregunté si era por mi culpa.

Se me abrió la boca de la sorpresa y no pude evitar echarme a reír.

— ¿¡Cómo demonios llegó la situación a ese punto!?



CAPÍTULO 26

VLAD

Me quedé mirando el móvil en mi mano, sin terminar de creer que Viktória realmente me estaba llamando.

Petru debió de haberle pasado mi contacto.

Nuestro último encuentro no terminó como me habría gustado y, desde que regresé de Cluj-Napoca, estuve perdido en mis propios pensamientos, sin saber qué hacer a partir de ahora.

Una parte de mí deseaba con desesperación conquistar a Viktória Mészáros y hacerla mi compañera, ignorando todas las consecuencias... incluso la promesa que le hice a Alexandra.

Pero la parte racional y coherente sabía que debía contarle toda la verdad y dejar que Viktória decidiera su propio destino.

— Hola — contesté, conteniendo la respiración, de pronto nervioso.

— Soy yo, Viktória... — su tono denotaba cierta inseguridad.

— Lo sé. Reconocí tu voz. ¿Cómo estás?

No respondió de inmediato, pero podía oír su respiración al otro lado.

— Necesito verte. — Dudó unos segundos—. ¿Podrías venir hoy?

Aunque estaba en el desván de Zsigmond, había optado por no acceder a las cámaras de vigilancia alrededor de la propiedad con la esperanza de no caer en la tentación de espiarla. Y estaba siendo toda una prueba de fuego, considerando mi necesidad de tenerla cerca.

Y de repente, Viktória llama para decir que quiere verme, y al instante me sentí como un adolescente ansioso.

— Quisiera disculparme por lo de anoche...

— No te disculpes —me interrumpió con nerviosismo—. Ni siquiera sé por qué monté aquel espectáculo ayer... tu pregunta no me ofendió en absoluto y...

— ¿Entonces estamos bien? — la interrumpí.

— Ven a verme esta noche y lo sabremos. Estaré en el invernadero, en la parte trasera de la mansión.

— Iré en cuanto se ponga el sol.

— Hasta luego entonces. — Colgó antes de que pudiera despedirme.

Volví a mirar el móvil, preguntándome si esa llamada había ocurrido de verdad o si era mi obsesión por ella proyectando ilusiones en mi mente.

Revisé el registro de llamadas... y ahí estaba su número.

— No me reconozco cuando se trata de esta mujer —murmuré, con una sonrisa estúpida dibujada en la cara.



VIKTÓRIA

Cuando llamé a Vladimir para invitarlo a venir de nuevo a Zsigmond, me sentía nerviosa por haber tomado la iniciativa.

Aunque aún no sabía con certeza lo que quería decirle cuando lo tuviera delante, una parte de mí tenía muy claro lo que deseaba hacer.

— Sigue a tu corazón, Viktória —me dije a mí misma, observándome en el espejo mientras me peinaba, optando por dejar el cabello suelto.

Elegí ponerme el mismo vestido de la noche anterior, ante la falta de algo más elegante.

Creo que llevaré a Lana conmigo a pasar un "día de princesa" como regalo de cumpleaños... y de paso hago algunas compras para mí también. ¡Al fin y al cabo, ahora soy millonaria!

Petru aún no había regresado a la mansión y ya le había avisado a Ioana que no era necesario preparar la cena esa noche. La ama de llaves había estado fuera todo el día, ocupada con los preparativos para la ceremonia de iniciación de otra chica del aquelarre, aunque regresó al final de la tarde.

— ¡Vamos allá! — Dejé de divagar y decidí bajar.

Antes de salir de la habitación, sin embargo, recordé la pulsera que no tuve valor de usar la noche anterior.

— Es solo una pulsera, no te hagas tantas ilusiones —me hice la indiferente mientras me la colocaba en la muñeca derecha—. No es como si pensases casarte y tener hijos con él...

¡Cállate, Viktória!

Caminar por la mansión de noche no era tan agradable como durante el día, pero después de mi desmayo en el atelier de Mirela, Petru se aseguró de que las luces del pasillo se encendieran con sensores de movimiento.

Bajé las escaleras, recordando el momento en que vi a Vladimir Grigore esperándome en el último peldaño. Estaba ansiosa por volver a verlo.

El camino hasta el invernadero, en la parte trasera de la propiedad, por suerte estaba bien iluminado y, hasta ese instante, no me había preguntado si habría luz funcionando dentro. Al llegar, comprobé que sí.

¿No es un poco extraño que esté todo encendido así, de repente?, pensé, con un escalofrío erizándome los brazos. Pero solté una risa al recordar la realidad: ¿Qué no es extraño en Zsigmond, Viktória?

Sin embargo, al abrir la puerta de cristal, entendí de inmediato por qué las luces estaban encendidas: Vladimir ya estaba allí, esperándome.

Aunque de espaldas, sabía que era él. Y debía de haber sido mutuo, porque bastó con que yo diera el primer paso dentro del invernadero para que Vladimir comenzara a tocar el viejo piano.

No sabía nada de música clásica, ni tenía idea de qué pieza tocaba, pero aun así, una emoción profunda me invadió, completamente absorta en aquella melodía dramática y melancólica.

Tras avanzar unos pasos, me detuve al sentir una ligera quemazón en la muñeca. Al instante recordé la pulsera que Lana me había regalado.

No puede ser... Toqué el accesorio con la mano izquierda, mientras observaba a Vladimir concentrado en el piano. ¡Esto es una locura!

Me asustaba la posibilidad, pero seguí adelante, con las imágenes de mis sueños pasando como un torbellino en mi mente.

— Vlad...

La música se detuvo en cuanto lo llamé.

Vladimir se levantó, se giró hacia mí, pero permaneció frente al piano, observándome como si estuviera hipnotizado.

Tragué saliva y apuré el paso para llegar hasta él lo más rápido posible.

Mi corazón parecía dispuesto a salirse del pecho.

— Viktór... —No le permití terminar mi nombre, sellando su boca con mis labios.

Sí. Fui yo quien lo besó.

Abandoné todas mis reservas, todas mis barreras emocionales, dejándome llevar por la emoción pura.

Ignorando la quemazón en mi muñeca, causada por la pulsera reconocedora de almas, me impulsé sobre la punta de los pies y rodeé con los brazos el cuello de Vladimir, que para entonces ya se había rendido por completo al momento, igual que yo.

Su lengua buscó la mía con urgencia y experiencia, mientras sus manos me sujetaban el rostro con una posesividad casi temerosa de que el beso se acabara demasiado pronto.

Con los ojos cerrados, mantuve mi cuerpo pegado al suyo, embriagada por su perfume intenso y el sabor delicioso de su boca, que me provocaba sensaciones indescriptibles.

Temblaba, y no era de frío.

De pronto, Vladimir soltó mi rostro, sus manos descendiendo hasta mi cintura y luego un poco más abajo, tomándome con fuerza por el trasero y levantándome del suelo, incitándome a enroscar las piernas alrededor de su cintura.

— Vamos demasiado rápido... —dijo entrecortado, apoyando su frente contra la mía.

— Lo sé —inhalé con fuerza mientras acariciaba su hermoso rostro, obligándolo a mirarme de nuevo—. Pero aun así, lo deseo.

— Es solo que...

— ¡No podemos evitarlo!

Por un instante pensé que iba a rechazarme, pero con una rapidez inhumana, Vladimir cerró la tapa del piano y me sentó sobre ella, inclinándose para volver a besarme.

Mantuve mis piernas rodeándolo, dejando atrás toda timidez al animarlo a quitarse la chaqueta. Quería tocarlo con más libertad, y él lo entendió al instante, dejándola caer al suelo con agilidad, sin apartar los labios de los míos ni un segundo.

Dejé escapar un gemido al sentir la caricia suave sobre mi pecho, a través del delicado tejido del vestido, mientras sus labios bajaban hacia mi cuello, lamiendo, mordisqueando y succionando con suavidad, obligándome a apretarlo contra mí, con mi sexo palpitando de deseo, necesitando más.

No quería ir despacio.

Aquella noche, iba a entregarme sin reservas.

— Eres perfecta para mí —susurró con voz ronca—. Tu sabor, tu olor... todo en ti está hecho para mi deleite...

Mi braguita quedó arruinada con esas palabras. Y cuando, con una leve caricia de su pulgar, hizo que el tirante del vestido resbalara, dejando uno de mis pechos al descubierto, supe que aquello era solo el comienzo de una deliciosa tortura.

— Mi dulce Viktória... —murmuró casi como un gruñido, y acto seguido atrapó mi pecho entre sus labios, haciéndome olvidar hasta cómo me llamaba.

— Vlad... —Pero no olvidé el suyo.

Echando la cabeza hacia atrás, gemí alto, sin el menor pudor.

Más que nada en el mundo... quería pertenecerle.



CAPÍTULO 27

VLAD

Nada me había preparado para ese momento.

Tenerla completamente entregada a su deseo por mí destruyó cualquier resquicio de sensatez que pudiera quedarme, en esa batalla interna en la que el egoísmo venció al honor.

Antes de ir a su encuentro, había llegado a la conclusión de que lo mejor sería alejarme para siempre, permitiéndole retomar su vida sin cargar con ninguna obligación hacia el linaje místico del Clan Mészáros.

Mi intención era contarle toda la verdad a Viktória, antes de finalmente decirle adiós.

Entonces, me besó.

Y aquel beso hizo trizas todo mi mundo.

Por más que ya la hubiese besado en un sueño inducido, nada se comparaba con el acto real. Piel contra piel, su lengua buscando la mía, nuestras respiraciones entrelazadas, y su cuerpo calentando el mío, que ya ardía por dentro en un deseo desatado.

— Mi dulce Viktória...

— Vlad... — Escucharla decir mi nombre avivó aún más la necesidad de tenerla.

Abandonando todo autocontrol, aparté sus piernas, aún enroscadas en mí, y usé mi fuerza sobrehumana para desgarrar el vestido que yo mismo le había regalado, dejándola semidesnuda ante mis ojos.

— Oh... — Su boca se abrió en un gesto de sorpresa, pero su mirada... su mirada era puro deseo.

Ahora Viktória solo llevaba una diminuta braguita de encaje en un tono púrpura que gritaba pecado.

Me arrodillé ante ella, sin apartar los ojos de los suyos, acomodando sus piernas sobre mis hombros, y empecé a cubrir el interior de sus muslos con besos suaves, sintiendo la textura sedosa de su piel y el aroma del deseo, cada vez más intenso, hechizándome como una magia afrodisíaca.

— Voy a poseerte por completo —murmuré, rozando mi nariz contra el encaje húmedo de su ropa interior—. Cada rincón de tu cuerpo, hasta que olvides cómo es vivir sin mi toque...

Tomándola por sorpresa de nuevo, desgarré la braguita como si fuera papel, dejándola completamente expuesta y abierta para mí.

— Cada rincón de tu alma —añadí, agarrando sus caderas con fuerza—. Para que nunca olvides lo vacía que es tu vida sin mí.

Viktória se humedeció los labios con la lengua, su respiración agitada revelando la expectativa. Su mirada, intensa y conectada a la mía, dejaba claro que estaba dispuesta... y rendida al momento.

Ignorando el dolor punzante de mi erección, me concentré únicamente en darle placer, sin pensar en mi propia necesidad.

Porque para mí, no había mayor recompensa... que hacerla correrse.



VIKTÓRIA

Si el beso de Vladimir había sido una muestra gratuita del paraíso, su lengua jugando con mi clítoris fue el billete directo al infierno… sin posibilidad de reembolso.

Me sentí flotar cuando lo besé, pero ahora, mi cuerpo ardía en sensaciones electrizantes mientras me derretía en su boca experta, que me devoraba como si fuera el manjar más delicioso que hubiese probado jamás.

Aunque era mi primera vez —y con un hombre al que prácticamente acababa de conocer— me sentía completamente cómoda con Vladimir, sin ni una pizca de vergüenza.

Era como si nuestros cuerpos se reconocieran, pero no quería pensar en algo tan profundo en ese momento. Por eso, intenté quitarme la pulsera que seguía haciendo arder mi piel cada vez que mi mirada se cruzaba con la de aquel hombre enigmático.

Ya reflexionaría sobre eso más adelante.

Cerrando los ojos, me olvidé del mundo y, agarrando el cabello del hombre que me daba placer con la lengua, sentí el orgasmo apoderarse de mí con una intensidad arrolladora.

— ¡Vlad! — grité sin pudor, cerrando las piernas y presionando su cabeza, que seguía entre ellas como si no le importara en absoluto el riesgo de asfixia.

Vladimir seguía lamiéndome, como si quisiera saborear hasta la última gota del placer que acababa de darme.

— Podría hacer esto durante horas... —susurró, mordisqueando el interior de mis muslos mientras sus manos acariciaban todo mi cuerpo—. Maravillosa...

Cuando levantó el rostro de entre mis piernas y alzó los ojos para encontrarse con los míos, la imagen del sueño en el que pensé que él era el hombre del retrato —aunque al final resultó ser Petru— regresó a mi mente con fuerza.

— No puede ser... —susurré, mirándolo con desconfianza.

— Claro que puede —apoyó las manos en mis rodillas y se puso en pie, sin apartar la mirada de la mía.

— ¿Cómo...? —No sabía si había leído mis pensamientos o si él mismo había llegado a la conclusión.

Acercándose con lentitud, Vladimir mordisqueó mi labio inferior antes de responder con una sonrisa enigmática:

— El mundo está lleno de misterios y posibilidades, dulce Viktória. — Me tomó por la nuca y me besó con intensidad, sin encontrar resistencia alguna en mí.

Mis manos recorrieron su espalda, metiéndose bajo la camiseta para sentir su piel caliente, deseando conocer cada rincón de su cuerpo, igual que él había hecho con el mío.

Vladimir me rodeó por la cintura y me levantó del piano, sentándose en el banco para colocarme en su regazo. Con las piernas abiertas a cada lado, mi sexo rozó su cremallera, presionando contra su erección, haciéndome humedecer otra vez, deseando tenerlo dentro de mí.

— Lo quiero todo —interrumpí el beso, necesitando recuperar el aliento—. Quiero todo lo que estés dispuesto a darme esta noche...

Sin decir nada, deslizó una mano entre mis nalgas, sus dedos jugueteando con mis labios íntimos mientras yo movía las caderas, buscando su dureza con desesperación.

— Estoy dispuesto a darte el mundo entero, si me lo pides — murmuró contra mi piel, clavando dos dedos en mi interior, provocando escalofríos por todo mi cuerpo.

Apoyando las manos en sus hombros, comencé a moverme al ritmo de su mano, buscando mi segundo orgasmo.

Mis pechos rozaban su camiseta, y él se inclinó para besarme el cuello, rozando los dientes sobre mi piel, lamiendo, mordiendo y gimiendo mientras sus dedos aceleraban el ritmo sobre mi clítoris.

— Grita mi nombre cuando vuelvas a correrte... me encanta escucharte.

— Sí... —cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás, dándole libre acceso a mi cuello mientras me movía sobre él.

Como escenas de una película proyectadas en mi mente, las fantasías eróticas que había tenido con el hombre del retrato desde que llegué a la mansión Zsigmond, regresaron con fuerza, mezclándose con el momento actual con Vladimir, intensificando las olas de placer que me recorrían.

La fragancia que había sentido aquella primera noche en la ducha... era la misma que él llevaba ahora.

La reacción de mi cuerpo a su toque, el deseo que me devoraba por dentro… eran inconfundibles.

La forma en que me llamaba "dulce Viktória"... era única.

— ¡Vlad! —grité su nombre justo cuando mi cuerpo se rindió una vez más a una nueva oleada de éxtasis.

Apoyando la frente en su hombro, mantuve los ojos cerrados mientras recuperaba el aliento, inspirando y exhalando lentamente.

Aquello fue… surrealista. Y no, no fue un sueño.

Vladimir retiró la mano de entre mis piernas justo cuando empecé a relajarme, dejándome boquiabierta al ver cómo se lamía los dedos cubiertos de mis fluidos, para luego robarme un beso sonoro, como si fuera lo más natural del mundo.

— Sabes deliciosa —dijo con una sonrisa descarada.

La misma apariencia.

La misma voz.

El mismo nombre.

Parecía imposible, si pensaba de forma lógica y racional. Pero después de todo lo que había descubierto desde que llegué... era más que probable que mi sospecha tuviera sentido.

— Eres él —solté de pronto, viendo cómo su sonrisa desaparecía poco a poco—. Eres Vlad Drakulya.

Su expresión se volvió seria, y un escalofrío recorrió mi espalda.

— ¿Tienes miedo de mí?

— Ni un poco.



CAPÍTULO 28

VIKTÓRIA

— ¿Cómo…? — parpadeé, mirando a mi alrededor, algo mareada, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. — ¿Cómo hemos llegado aquí?

En un instante, estaba sentada en su regazo, completamente desnuda, en el invernadero. Al siguiente, Vlad me sostenía en brazos, ya vestida con su enorme chaqueta, que por suerte cubría mis partes íntimas.

Solo recordaba haber sentido un poco de frío.

¿Teletransporte? ¿Abducción extraterrestre? ¿Qué coño había pasado?

— ¿De verdad quieres saber eso ahora? — me dejó de pie, mirándome con expectación.

— ¿Dónde estamos?

Era un loft moderno y lujoso, con una decoración minimalista, refinada y de muy buen gusto. Un espacio claramente pensado para un hombre soltero, aunque sorprendentemente acogedor.

— En el desván de Zsigmond —respondió, ampliando la sonrisa al ver mi cara de asombro—. ¿Sorpresa?

¡Obviamente! No entendía nada de nada.

— Impresionada —me encogí de hombros, fingiendo naturalidad—. Pero antes de que sigamos con… lo que sea que estemos haciendo, necesito una ducha y ropa cómoda.

— Puedes usar mi baño —señaló la puerta justo detrás de mí, servicial—. Voy a buscar lo que necesites. Estás en tu casa.

— Gracias —dejé escapar una sonrisa ante su hospitalidad.

Era extraño… pero al mismo tiempo familiar. Como si ya hubiésemos compartido momentos así antes. Aunque sabía con certeza que eso nunca había pasado.

¡Al menos no en esta vida!

*****

Aproveché el momento a solas en el baño para poner en orden mis pensamientos y sentimientos.

Todo entre Vlad y yo estaba ocurriendo demasiado rápido, y aún me sentía confundida en muchos aspectos.

Lo primero, necesitaba saber exactamente quién era él.

Después, qué era.

Y para que todo tuviera aún más sentido, tendría que descubrir qué tipo de vínculo tenía con las mujeres de mi familia.

Si Vladimir Grigore era realmente Vlad Drakulya, el del retrato, significaba que había sido el gran amor de mi bisabuela, lo cual sonaba bastante raro, la verdad… porque aunque joven, guapo y tremendamente sexy, tenía más de cien años encima.

Sumado a eso, estaba toda aquella locura de los sueños en el bosque, donde existía en el pasado una Viktória que era yo, pero al mismo tiempo no era yo.

Y por si todo eso no fuese ya suficientemente delirante, no podía olvidarme de la pulsera reconocedora de almas, que reaccionó con fuerza a la presencia de Vladimir.

Si hubiese conseguido controlar mis impulsos en aquel momento, probablemente ya tendría la mayoría de las respuestas que tanto buscaba… pero en lugar de hablar con él, me lancé a sus brazos y casi pierdo la virginidad sobre un piano.

Y ahora aquí estaba, dejándome llevar por la ducha, ganando tiempo mientras reunía el valor necesario para volver a enfrentar a Vladimir… sin toda esa atmósfera cargada de tensión sexual envolviéndonos.

Fue más fuerte que yo… no pude resistirme.

*****

— Aquí tienes. — Me extendió unas prendas que enseguida reconocí como mías. — Me tomé la libertad de cogerlas de tu habitación.

— Gracias. — Las acepté encantada, porque no quería tener esa conversación con él envuelta en una toalla. — Ahora vuelvo...

— ¿Te da vergüenza estar desnuda delante de mí? — preguntó justo cuando me daba la vuelta para volver al baño —. Un poco tarde para eso, ¿no crees? Ya lo he visto todo.

— ¡Vlad! — Me giré para encararlo, pillándolo con los brazos cruzados y una sonrisa burlona.

— ¿Lo ves? — Me guiñó un ojo —. Ya me llamas Vlad… ya somos íntimos.

Entrecerré los ojos, dispuesta a soltarle una respuesta bien impertinente, pero lo reconsideré a tiempo.

— Está bien. — Me acerqué a él y le tendí la ropa para que la sujetara.

Desenrollé la toalla con total intención, dejándola caer al suelo y quedándome completamente desnuda frente a él.

— La braguita, por favor —pedí, extendiendo la mano.

— Aunque estás tentadora con encaje rojo, tenía muchas ganas de verte con esta blanca —me entregó la prenda—. Me encantará romperla después.

No dije nada. Me había dejado sin palabras. Simplemente me puse la braguita y volví a extender la mano, pidiendo la siguiente prenda.

— ¿No trajiste sujetador? — fruncí el ceño al aceptar la camiseta que me ofrecía.

— Por mí seguirías desnuda. — Se encogió de hombros.

Me la puse sin apartar la mirada de la suya, que me observaba con un deseo desinhibido.

— Eras tú, en mis sueños —afirmé, atenta a su reacción—. No tengo ni idea de cómo lo hiciste, pero no fue solo producto de mi imaginación.

— No, no lo fue —confirmó, entregándome la última prenda: unos shorts de satén—. Lo asumo con toda responsabilidad.

— Eres... — dudé un instante, agachándome para recoger la toalla del suelo —. ¿Algún tipo de brujo también?

Para mi sorpresa, Vlad soltó una carcajada. Pero lo que hizo después me dejó boquiabierta: quitándome la toalla de las manos, se convirtió en un borrón ante mis ojos, desapareciendo de mi vista y reapareciendo segundos después… sin ella.

— No soy un brujo. — Me levantó del suelo, rodeándome por la cintura y, de nuevo, en un parpadeo, nos encontrábamos frente a la encimera de su pequeña cocina, donde me sentó con cuidado. — Déjame darte de cenar primero. Nuestra conversación será larga y tú no has comido nada.

— Espera… — Lo sujeté por los hombros, algo mareada —. ¿Qué coño fue eso que acabas de hacer? ¿Así fue como me trajiste hasta aquí arriba?

— Hipervelocidad —confirmó con un leve gesto de cabeza.

— ¿Qué es eso? — Abrí los ojos como platos —. ¿The Flash, X-men, Sonic?

— Veo que tu cultura pop está bastante nutrida —comentó, riendo de nuevo—. Pero no soy ningún superhéroe, Viktória. Muy lejos de eso.

— Tampoco creo que seas un villano —respondí, segura de mis palabras.

Con esa mirada capaz de derretir bragas, Vlad dio un paso al frente, reduciendo la distancia entre nosotros, apoyando las manos sobre la encimera y encerrándome entre sus brazos.

— Y si te dijera que la historia del conde Drácula como vampiro es completamente cierta… ¿me creerías?

La sonrisa irónica seguía ahí, pero su mirada dejaba claro que hablaba en serio.

— Dijiste que los vampiros no existían… —Mordí mi labio inferior, dudando antes de preguntar—. ¿Mentiste?

— Los vampiros no existen. — Rozó la punta de su nariz con la mía. — Al menos… no en plural.

— ¿Cómo dices? — La pregunta salió en un susurro. Pero no le tenía miedo. Solo estaba sorprendida por el rumbo que había tomado aquella conversación.

Había leído demasiadas novelas sobrenaturales como para actuar como una fanática más frente al guapo misterioso que por fin revelaba su gran secreto.

— Yo soy el único.



VLAD

— Eres un vampiro. — No fue una pregunta.

— Sí.

Ella no tenía miedo, y esa constatación me dio un poco más de confianza respecto a la posibilidad de un futuro juntos.

— ¿Duermes?

— Acabo de decirte que soy un vampiro y tu siguiente pregunta es si duermo… — Hice una mueca involuntaria —. Y yo preocupado, pensando que ibas a entrar en pánico con la verdad.

— Agradece a mi buen repertorio de cultura pop. — Me dio una palmadita en el hombro con una sonrisa traviesa —. ¿Qué esperabas que dijera? ¿Algo tipo: quien me conoce sabe que no tengo prejuicios con los vampiros, incluso tengo un amigo que lo es?

— No quiero ser una maldita amistad tuya —murmuré al oído, mordisqueándole el lóbulo en tono provocador—. Quiero ser el nombre que gimes cuando te corres.

— Ya lo eres. — Me rodeó con las piernas, girando el rostro para robarme un beso rápido —. Además, vengo de un linaje de brujas. Me estoy adaptando muy bien a lo sobrenatural.

— Eso parece. — Sostuve su rostro entre mis manos, deseando besarla, consciente de que mi autocontrol pendía de un hilo —. No duermo.

Desde que Viktória llegó a la mansión, sentía mi sangre hervir por tenerla cerca. Era una necesidad dolorosa, casi insoportable.

Incluso temí hacerle daño… porque en algunos momentos, sentí un deseo repentino de probar su sangre.

Pero ahora, frente a ella, ya no sentía ese impulso.

Era como si, de alguna forma inexplicable, mi organismo supiera que ella me había aceptado sin reservas, y que podía tenerla cerca sin miedo.

Esa sensación me daba paz… y consuelo.

— Entonces, ¿por qué tienes una cama? — continuó con el interrogatorio, aún manteniéndome atrapado entre sus piernas.

— Soy inmortal. No necesito comer ni dormir, pero me gusta conservar ciertos hábitos humanos. No siento hambre, pero tengo paladar. No tengo sueño, pero me canso, y a veces me gusta tumbarme a descansar. Llevo mucho tiempo en este mundo. Mi mente no se detiene ni un segundo… he tenido que aprender a manejarlo, y desconectar de vez en cuando me ayuda.

— ¿Cuántos años tienes?

El sonido de mi móvil hizo que Viktória diera un respingo sobre la encimera y soltara mis caderas.

— Quinientos noventa y dos… con carita de treinta y cinco. — Le guiñé un ojo, alejándome en un parpadeo para coger el móvil de la cama —. ¿Qué ocurre, Petru?

Volví caminando con normalidad, observando la expresión de asombro en su rostro tras revelarle mi edad.

Moldoveanu quería saber de Viktória. Acababa de regresar a la mansión y no la encontraba por ningún lado. Por un instante, pensó que se había marchado de vuelta a Brasil, lo que me hizo soltar una carcajada.

— Tranquilo. Está conmigo, en el desván. — Colgué a propósito para dejarlo intrigado. Me dirigí a la nevera, abriéndola para ver qué había dejado Ioana —. Voy a prepararte algo. Ya es bastante tarde.

— Me parece bien. Tengo hambre —dijo con naturalidad, bajando de la encimera.

— ¿Qué te parece una tortilla? — sugerí, girándome para pillarla observándome atentamente —. ¿Y ahora qué?

— Nada. — Intentó no reírse —. Es solo que… eres muy viejo. Quiero decir, más viejo de lo que pensaba.



CAPÍTULO 29

LANA

Estaba sentada en la alfombra del salón, cerca de las escaleras que conducen al segundo piso de la mansión, tranquila y en la penumbra, husmeando mi móvil mientras esperaba que Petru Moldoveanu regresara.

No me quedaban dudas de que había encontrado a aquel que sería compañero para toda la vida. Ahora que lo sabía, no podía dejar de pensar en él, de desear que nos acercáramos lo antes posible.

Desde hace tiempo estudiaba, a escondidas, los grimorios ancestrales de nuestro Clan para familiarizarme con el lenguaje y costumbres de mi gente. Mi iniciación se acercaba, por lo que no veía mal adelantarme, aunque sabía que la abuela se enfadaría si lo descubría.

Por casualidad, encontré el hechizo "reconocedor de almas gemelas", con raíces en la cultura mística china, inspirado en la antigua leyenda del hilo rojo.

Tenía solo dieciséis años cuando lo hice por primera vez, deseando con todas mis fuerzas reconocer a mi alma gemela en cuanto la viera. Pero pasó el tiempo y la pulsera nunca funcionó. Llegué a pensar que había fallado en el ritual o que era demasiado joven para un hechizo tan potente.

Lo que no sabía es que mi destino aún no había cruzado con la persona adecuada. Por suerte decidí probarlo otra vez, y confeccioné una nueva pulsera.

Cuando escuché la voz de Petru esa mañana, sentí el ardor en mi muñeca y supe al instante que lo que esperaba había ocurrido

finalmente… aunque ya había perdido la esperanza.

Usar el hechizo de la seducción en sueños para comprobar si él se sentía atraído por mí fue mi forma de acercarme. Solo no imaginé que sería tan… intenso.

Nuestro encuentro fortuito en la cocina pareció asustarle un poco, de hecho. Practicamente salió corriendo de Zsigmond y aún no había vuelto.

Quizá no debería apresurar las cosas. Pero no podía evitarlo. Deseaba estar con él, conocerle más, sentir el calor de sus abrazos, el sabor de sus besos...

— ¿Qué haces aquí, sola y a oscuras, a estas horas? — La voz profunda e imponente de Petru me sobresaltó, y dejé caer el móvil.

— ¡Joder! ¡Qué susto, Petru!

— ¿Qué pasa? — Se acercó con tono irónico —. ¿Hoy tampoco me vas a llamar "tío"?

— Perdóname si te ofendí —me levanté, sintiendo un subidón de adrenalina que me recorrió de pies a cabeza.

— No eres mi sobrina —respondió en tono autoritario—. No me llames así nunca más.

Tragué saliva, con el corazón acelerado y las piernas flojas.

— ¿Cómo quieres que te llame? — Sonreí, agradecida porque la luz del móvil no dejaba ver el brillo apasionado de mis ojos.

Petru estaba impresionante… en serio. Solo él bastaba para embellecer cualquier instante, especialmente cuando estaba excitado y me observaba desvestirme frente a él.

Si en sueños era intenso… imagínate cuando sea realidad.

— Ya sabes mi nombre. — Se dio la vuelta—. Buenas noches, Lana.

Con una sonrisa de tonta, lo vi subir las escaleras con prisa.

¿Se habrá encontrado mi braguita entre las sábanas?

— Que sueñes bonito, Petru.

Corrí a mi habitación, preparada para otra noche increíble.

*****

Sentí el momento exacto en que una mano masculina rodeó mi tobillo y comenzó a subir lentamente por mi pierna.

Contuve la respiración, mi cuerpo empezando a despertar de deseo, suplicando por el pecado.

Lenta y firme, la mano continuó su caricia hasta alcanzar el interior de mi muslo, rozando suavemente mi intimidad.

Me estremecí, arqueando las caderas de forma instintiva.

No quise abrir los ojos, porque sabía muy bien de quién era esa mano descarada.

Petru estaba tan cerca de mí… su otra mano delineaba los contornos de mi rostro con la yema del pulgar, y ya podía imaginar su mirada hambrienta deseando mi cuerpo, imaginando todo lo que le gustaría hacerme.

La mano exploradora se detuvo, e intenté cerrar las piernas para aliviar la excitación, pero él no me lo permitió.

— No tienes ni idea del puto deseo que me está consumiendo, Lana.

Sí que la tenía, porque yo sentía lo mismo.

No respondí en voz alta, porque sabía que, por desgracia, aún no era real… solo era otro hechizo de seducción onírica.

Mientras dormía sola en mi cama, delirando por el hombre que tanto deseaba, él estaba en su habitación, fantaseando obscenidades conmigo.

Dejé escapar un gemido alto, sin saber si fue solo en el sueño o también en la realidad, cuando uno de sus dedos entró en mí, deslizándose hasta encontrar el clítoris, mientras su otra mano se apartaba de mi rostro y descendía hasta uno de mis pechos, provocándome con un pellizco en el pezón, haciendo que soltara otro gemido justo cuando me enterró un segundo dedo, en una caricia lenta que poco a poco se volvió más rápida y profunda.

— ¡Más! — supliqué, exigente y necesitada.

El orgasmo me golpeó de lleno, como nunca antes me había pasado ni siquiera dándome placer yo sola.

Abrí los ojos y encontré sus iris azules observándome con admiración, una mirada traviesa y tierna al mismo tiempo, cómplice de mi placer.

Petru estaba completamente desnudo, inclinado sobre mí, con su polla despierta y deseosa de recibir el mismo placer que acababa de darme.

Le sonreí, sabiendo que, así como mi noche había estado cargada de lujuria a través del subconsciente, la suya había sido exactamente igual.

— Buenas noches, Lana. — Mi visión se volvió borrosa de repente, y supe que estaba despertando del sueño.

Y eso fue exactamente lo que pasó.

Sentándome en la cama, me llevé las manos al rostro y respiré hondo.

— ¡No veo la hora de poder vivir todo esto de verdad!



PETRU

Me desperté con los calzoncillos empapados, sintiéndome despreciable por comportarme como un adolescente incapaz de controlar sus propias hormonas.

El sueño que tuve con la nieta de la ama de llaves fue tan vívido que habría sido prácticamente imposible que cualquier hombre, en semejantes condiciones, no terminase con una eyaculación.

Para empeorar las cosas, mi polla seguía tan dura como una piedra, clamando por alivio.

Me levanté irritado y me metí directamente bajo la ducha, arriesgando una buena ducha fría con la esperanza de que todo volviera a la normalidad.

Me negué a recurrir a la masturbación. Necesitaba sentir que aún tenía el control sobre mi propia libido.

Tras vestirme con un chándal, recordé la braguita que había dejado en el bolsillo de otro pantalón y volví al baño para buscarla en el cesto de ropa sucia.

Allí estaba. Pero ¿cómo era posible?

¿Cuál era la explicación lógica para que hubiese encontrado la braguita que Lana arrojó sobre mi cama durante aquel maldito sueño?

¡No tenía ningún sentido!

— No fue real… — murmuraba, observando la diminuta prenda, sintiendo cómo mi polla volvía a endurecerse solo al recordar a esa ninfa desnudándose delante de mí.

¿Qué hago ahora?

¿Voy y se la devuelvo?

¡Va a pensar que soy un pervertido!

Frustrado, me guardé la braguita en el bolsillo y me puse las zapatillas. Cogí el móvil y los auriculares antes de salir de la habitación.

Una carrera por el sendero del bosque me ayudaría a poner mis pensamientos en orden...

Había un mensaje de Vlad, informando que Viktória seguía con él en el desván, que tenían mucho de lo que hablar, pero que todo estaba bien entre ellos.

Perfecto. Una preocupación menos.

Encontré a Ioana en la cocina, concentrada en los preparativos del desayuno.

— ¡Buenos días, mi niño! — me saludó con su típica sonrisa maternal. — Ya está listo el café, solo que no sabía que estabas por aquí y...

— Buenos días, Ioana. — Me acerqué y le di un beso sonoro en la mejilla. — No te preocupes, desayunaré aquí mismo. ¿Me haces compañía?

— Por supuesto, querido. — Me sirvió una taza y me indicó que me sentara en la barra, donde ya me esperaba un bizcocho recién horneado.

— Sigo un poco molesto contigo — mencioné mientras la veía cortar generosas porciones. — Sabías sobre Vlad todo este tiempo...

Ella rió, negando con la cabeza como si aquello no tuviera importancia.

— No me hagas eso, Petru. Podría decir lo mismo de ti, que has guardado silencio toda una vida. Pero ambos queremos lo mejor para él, y eso es lo que importa. Mi familia es leal al señor Drakulya desde hace tres generaciones y, salvo mi hija, que decidió no seguir el camino de la magia, en cuanto inicien a mi nieta, se lo contaré todo, para que ella continúe con...

— ¿Por qué Lana tendría alguna obligación con Vlad? — la interrumpí, sintiéndome algo incómodo con la idea.

Ella rió, sirviéndose también una taza de café, mientras yo probaba el bizcocho, que estaba delicioso, por cierto.

— No es una obligación, sino una alianza. Él es un ser único en este mundo, creado por una practicante de magia. Y nuestro clan es de los pocos que aún se mantienen fieles a las tradiciones. El señor Drakulya nos ha ayudado muchas veces, y nosotros le retribuimos con lealtad.

— Ah, sí... También está eso de que tú eres la Suma Sacerdotisa de un aquelarre.

— Perdón por guardar el secreto, hijo. Pero los tiempos han cambiado, y hablar de magia y clanes de brujas en un mundo lleno de internet y mentiras disfrazadas de fantasía... no es tan sencillo.

Terminé mi café antes de retomar la conversación.

— Tienes razón. — Me levanté del taburete, rodeé la barra y me acerqué a ella. — Pero no me ocultes nada más, ¿sí? Aquí somos una familia. Vlad es como un hermano para mí. Y ahora tenemos a Viktória.

— Está bien. — Me envolvió en un abrazo cálido. — Sin secretos, lo prometo.

— ¿La iniciación se realiza a los veinte, cierto? — Recordé algo que me contó Mirela Mészáros. — ¿Cuándo es el cumpleaños de Lana?

— El viernes de la próxima semana... — Frunció el ceño. — ¿Cuándo conociste a mi niña? Seguro que ya ha curioseado cada rincón de Zsigmond, con lo curiosa que es.

— La vi en el jardín cuando regresé de Bucarest. Por cierto, ¿dónde está?

— En el bosque, detrás de la finca.

Quería preguntar más, saber qué hacía Lana allí. Pero no quería parecer demasiado interesado y despertar sospechas en

Ioana.

Eso se llama remordimiento, Petru. Por tener pensamientos mundanos con la nieta de la mujer que te crió como a un hijo.

De pronto, me vino un pequeño destello.

— Mirela me dijo una vez que una bruja no necesita estar iniciada para hacer magia… ¿es cierto?

— Sí. — Me miró con curiosidad. — ¿Por qué lo preguntas?

Afortunadamente, tenía la excusa perfecta.

— Porque Viktória no fue iniciada. Pero si quisiera, ¿podría aún practicar magia?

Yo sabía que no.

— Por desgracia, no. Ya pasó la edad. Si hubiese sido antes de los veinte y tuviera conocimientos místicos, quizás podría realizar algunos conjuros. Aunque no sería lo ideal.

— Entiendo. — Me encogí de hombros, disimulando mi incomodidad. — Es una pena que le quitaran esa opción.

— De verdad que sí.

— Ahora salgo a correr antes de ocuparme del trabajo. — Le di un beso en la frente antes de marcharme, ajustándome los auriculares.

¿Y si Lana había hecho algún hechizo?

Seguí por el sendero habitual hacia el bosque, que ya formaba parte de mi rutina, pero al saber que ella estaba allí, secretamente deseaba encontrarla.

Lo que no imaginé fue encontrarla completamente desnuda, llevando solo una corona de flores en la cabeza, con su larga melena cubriéndole los pechos y nada más.

— ¿Por qué estás desnuda en medio del bosque? — solté, más irritado de lo que pretendía.

Bailaba alrededor de una hoguera cuando la sorprendí, pronunciando palabras en un idioma incomprensible para mí, pero

que sabía que pertenecía a su cultura mística.

— Es un ritual... — murmuró, algo aturdida por mi grito.

Aun así, Lana no mostró la menor vergüenza por estar desnuda ante mí. Lo cual, en el fondo, me gustó. Pero mi lado racional fue más fuerte.

— ¿Y si alguno de los guardias te encuentra? — Fruncí el ceño, odiando la sola idea.

— Son guardias, ¿no? Entonces se supone que debo sentirme segura. — Dio unos pasos para alejarse de la hoguera, plantándose con las manos en la cintura, en actitud desafiante.

No podía apartar la vista, y a ella no parecía importarle que la mirase.

Era exactamente como la recordaba del sueño. Pechos medianos, caderas perfectas, y esas piernas que ya conocía muy bien...

Me humedecí los labios cuando mi atención se centró en su...

— ¡Vístete, Lana! — grité, dándome la vuelta, reprendiéndome por no poder ocultar el deseo.

— ¿Por qué, Petru? — su voz era un susurro provocador. — ¿No te gustó lo que viste? ¿O tienes miedo de no resistirte?

Estaba tan excitado que sentía que mis cojones iban a explotar.

Fue precisamente porque me gustó que me di la vuelta. No quería que notara mi erección por segunda vez.

— Jamás haría nada en contra de tu voluntad — le aseguré, con firmeza.

— ¿Y quién ha dicho que estoy en contra?

— ¿Por qué haces esto conmigo? — Me giré para enfrentarla.

Lana sonreía, y su mirada era tan intensa que me sentí desnudo ante ella.

— Porque tú has nacido para ser mi hombre — soltó, directa.

— ¿Cómo puedes decir eso? — fruncí el ceño, confundido. — ¡Acabamos de conocernos!

— Tonterías, y lo sabes muy bien. — Dio unos pasos más, quedando a escasos centímetros de mí.

Cerré los ojos, apretando los puños con fuerza, intentando controlar el deseo de tomarla allí mismo.

Pero cuando sus labios rozaron los míos, no pude alejarla.

La rodeé por la cintura y profundicé el beso, invadiéndola con la lengua, perdiéndome en las sensaciones.

Su perfume era un afrodisíaco. Incliné el cuerpo, mis manos descendieron con ansias hasta sus caderas, y luego entre sus piernas, donde encontré su coño empapado.

Hundí los dedos en ella, jugando con el clítoris.

Lana arqueó el cuerpo y gimió alto, aún unida al beso.

Nuestros cuerpos se reconocían. Yo había perdido el control. Estaba enloquecido de deseo por esa ninfa.

No había otra explicación:

Lana probablemente me había hechizado.

Me aparté de golpe, como si hubiese recibido una descarga. Ella me observaba con los ojos muy abiertos, jadeando.

— ¿Qué demonios has hecho, bruja? — Saqué la braguita del bolsillo y se la mostré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se dejó vencer.

— Nada ocurrió contra tu voluntad. Solo fue posible porque tú lo deseabas tanto como yo.

— Sea lo que sea, deja de hacer esta mierda ahora mismo. — Guardé de nuevo la prenda.

— ¿Y si no quiero?

— Entonces se lo diré a tu abuela. Que estás haciendo hechizos antes de tu iniciación. ¡Ahora vístete! — Le di la espalda y

retomé mi carrera por el sendero.

Lana no era una chica cualquiera.

Era la nieta de la mujer que ayudó a criar a mi madre y por quien siento un enorme cariño.

Yo no iba a ser un cabrón.

Por más atraído que me sintiera por ella, no iba a traicionar los principios con los que me criaron.

Solo estaba jugando conmigo.

Y yo no era ese tipo de hombre.



CAPÍTULO 30

VIKTÓRIA

— Buenos días, señorita Mészáros — escuché la voz de Vlad en cuanto recobré la consciencia.

Abrí los ojos perezosamente y lo vi tumbado a mi lado, mirándome con una sonrisa en los labios.

— Ser tan guapo por la mañana debería estar prohibido. Es totalmente injusto para una simple mortal como yo.

Me había quedado dormida antes de que pudiésemos retomar la parte importante de la conversación y, por increíble que pareciera, dormí de maravilla a su lado, sin ninguna pesadilla ni sueño inquietante.

Tal vez porque el protagonista de todos ellos estaba, por fin, a mi lado.

— Ioana ha traído tu desayuno — cambió de tema, atrayéndome hacia sus brazos. — ¿Has dormido bien?

Cada vez que Vlad me tocaba, sentía un cosquilleo recorrerme el cuerpo entero. Aún me costaba asimilar que él estuviera realmente allí conmigo, de verdad, de carne y hueso, y no solo como un producto de mi imaginación.

La noche anterior había sido una montaña rusa de emociones y revelaciones, y todavía tenía miedo de despertarme de pronto y descubrir que todo había sido un sueño.

— Más que bien — me acurruqué en su pecho, inspirando su aroma, que se había convertido en mi nueva adicción. — ¿Y tú? ¡Ah, casi olvido que tú no duermes!

Él rió, mordisqueándome la barbilla con picardía.

— Me pasé la noche observándote dormir, así que fue una velada estupenda.

Abrí los ojos de par en par y me aparté bruscamente.

— ¡Qué vergüenza! — Me senté en la cama, cubriéndome el rostro con las manos.

Probablemente dormí con la boca abierta, babeando toda la almohada… o algo peor.

— No le des tantas vueltas, Viktória — se levantó y me tendió la mano. — De hecho, aproveché la madrugada para trabajar un poco.

— ¿Tienes trabajo? — Acepté su mano y me incorporé.

Este hombre no dejaba de sorprenderme.

— Soy historiador, investigador, escritor, profesor, mentor… y dirijo algunas empresas virtuales — me lanzó una sonrisa presumida. — ¿Qué? ¿Pensabas que Drácula, en plena era digital, se pasaba el día metido en un ataúd?

— No exactamente, pero me has dejado flipando. Con permiso, necesito ir al baño.

Solo le faltaba decir que también era Iron Man.

*****

Después de aprovechar mi momento de higiene matutina para, una vez más, poner mis pensamientos en orden, salí del baño, pero no encontré a Vlad.

A pesar de ser ya de día, ninguna de las ventanas estaba abierta. Me fijé en las cortinas opacas que bloqueaban por completo el paso del sol a través de las vidrieras. Anoche pude ver el exterior desde allí, pero ahora todo estaba cerrado.

Tal vez sea cierto eso de que un vampiro no puede exponerse a la luz del día...

El desván no estaba dividido en habitaciones. Todo estaba distribuido estratégicamente como un loft. Un enorme sofá presidía el centro, orientado hacia una pantalla que parecía más bien un cine en casa, fijada a una pared pintada de negro. Sobre una alfombra mullida, también negra, descansaba una mesa de cristal con algunos libros y un portátil que evidenciaban que Vlad había estado trabajando durante la madrugada.

En una esquina, cerca del televisor, había un minibar surtido con una variada colección de bebidas caras y una selección de copas y vasos de cristal.

Seguí paseando por el espacio, prestando atención a los detalles que había pasado por alto la noche anterior, por razones más que comprensibles.

Una preciosa estantería de gran tamaño, repleta de libros protegidos por una puerta de cristal, destacaba al fondo, donde una imponente mesa de caoba transmitía la clara idea de ser un despacho en casa.

El desván estaba completamente en silencio, salvo por el leve zumbido del frigorífico en la parte de la cocina moderna y bien equipada, situada al extremo opuesto.

Vlad me comentó anoche que el acceso a ese lugar era a través de un ascensor que bajaba hasta el garaje subterráneo de la mansión.

Aunque no había fotografías ni objetos personales que evocaran recuerdos íntimos, podía imaginar perfectamente a Vlad pasando allí su tiempo, leyendo un libro, viendo una película o navegando por internet.

— Debieron de ser años bastante solitarios — susurré, sintiendo una punzada de compasión.

— Y lo fueron — su voz sonó justo detrás de mí, haciendo que mi alma saliera del cuerpo y volviera en cuestión de segundos.

— ¡Joder, qué susto! — exclamé, llevándome la mano al pecho, girándome para enfrentar al desgraciado que sonreía al ver mi

sobresalto.

— Lo siento, Viktória — su expresión se volvió seria mientras me tomaba el rostro entre las manos —. Aún me estoy acostumbrando a tener a alguien cerca de forma constante. No era mi intención asustarte.

— Está bien... solo necesito café en vena, urgentemente.

Antes de alejarse, Vlad me dio un beso rápido y fue hasta la encimera de la cocina para prepararme el desayuno.

¡Ioana había mandado porciones de bizcocho!

— Tienes que prometerme que no volverás a hacer eso de la hipervelocidad delante de mí, ¿vale? Hasta ahora, es lo más terrorífico de todo el asunto de que seas un vampiro con más de quinientos años.

— ¿En serio? — parpadeó, ofreciéndome una taza de café que acepté con gusto. — Recuerdas de qué se alimenta un vampiro, ¿verdad?

Bebí un trago generoso mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decir.

Realmente lo había olvidado. Tal vez porque, a pesar de que casi nos acostamos anoche y Vlad había jugueteado con mi cuello sin hacerme daño en ningún momento, eso me llevó a obviar ese detalle esencial.

— Sangre... — un escalofrío recorrió mi espalda, aunque no sentía miedo de él.

— Sangre humana.



VLAD

De pie, observé a Viktória sentada en el sofá.

Había llegado por fin la hora de la verdad, y aunque me sentía algo inseguro respecto a cómo reaccionaría, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Comencé hablando sobre mi origen humano. Mi padre y mis hermanos, los años que pasé como rehén del Imperio Otomano hasta mi regreso a Valaquia con el apoyo del sultán, que me permitió reclamar el trono y convertirme en príncipe.

Le hablé sobre la Orden del Dragón y cómo adopté el apellido Drácula. Mi matrimonio concertado con Anastasia. El rencor que sentía hacia Radu por haber preferido quedarse en Turquía y jurar lealtad a Mehmed, en lugar de ayudarme a recuperar el poder.

Toda mi trayectoria como guerrero sediento de venganza era parte de lo que me había convertido en el hombre que era, hasta que terminé en Hoia Baciu y conocí a Alexandra Mészáros.

— Más que un príncipe, me volví un guerrero cruel, lleno de odio, ansioso de venganza. Torturaba y mataba a mis enemigos con brutalidad. Protagonizaba verdaderas masacres en una guerra despiadada.

Viktória me escuchaba atenta, sin disimular lo mucho que mis palabras la afectaban.

No me esforcé por endulzar nada. Quería que supiera todos mis pecados, porque como ya le dije aquella noche, estaba muy lejos de ser un héroe.

— Estaba tan cegado por mi propósito, que no me di cuenta de que para mis aliados, me había convertido en una simple pieza de

ajedrez, una máquina de matar que sería descartada en cuanto dejase de ser útil.

Hice una pausa, dándole tiempo para asimilar lo que acababa de contar, o por si quería preguntarme algo.

Había perdido la noción del tiempo que llevábamos allí, reviviendo mi pasado. Ni siquiera con Mirela fui tan sincero. Viktória era la primera persona a quien le contaba toda mi historia, sin omitir ningún detalle.

— Sigue, por favor — dijo.

Asentí, sentándome en el otro extremo del sofá.

— Cuando conocí a tu antepasada, Alexandra Mészáros, ya no tenía ninguna perspectiva de vida. Ella vivía recluida en Hoia Baciu, un bosque en la ciudad de Cluj-Napoca, a pocas horas de aquí. Es conocido mundialmente como un bosque encantado.

— ¿Y es verdad? — preguntó con interés.

— No lo llamaría embrujado, pero sí está lleno de misterio y misticismo. No hay fantasmas ni monstruos como en las películas, pero es una tierra sagrada para el pueblo místico, con una fuerte influencia de los espíritus ancestrales que la habitaron.

— Es mágica.

— Exacto — sonreí, satisfecho de que lo hubiera entendido.

— Alexandra. ¿Fue ella quien te convirtió en vampiro?

— Sí — esperé algún comentario, pero al no oír nada, proseguí —. Me acogió en el bosque, curó mis heridas, y desde esa noche, nos hicimos amigos.

— ¿Solo amigos? — entornó los ojos, claramente incrédula —. ¿En serio?

— A pesar de que Alexandra era una mujer hermosa y atractiva —y tú eres una réplica exacta de ella—, nunca tuvimos una relación romántica.

— ¿Nunca? ¿Ni una sola vez? — Viktória claramente no me creía.

— Vivíamos juntos en el bosque, pero siempre como amigos. Como hermanos.

— No me pondré celosa de una mujer de tu pasado, Vlad — dijo cruzándose de brazos, pero estaba claramente molesta —. Puedes ser sincero conmigo.

— Lo soy — afirmé con convicción —. De hecho, después de transformarme, Alexandra se marchó del bosque para casarse con un noble de Sighișoara.

— Si no eran pareja, ¿por qué te convirtió? ¿Cuál fue el motivo?

— Alexandra era la última descendiente del Clan Mészáros y la cultura mística estaba desapareciendo poco a poco. Ese fue uno de los motivos por los que se aisló en Hoia Baciu: proteger el legado de sus antepasados. En cuanto a mí, después de la muerte de mi hermano Radu, me dejé llevar por la sed de venganza una última vez, intentando recuperar el principado de Valaquia. Fracasé. Morí en combate.

— ¿Cuántos años tenías?

— Cuarenta y cinco — dudé un instante, pero decidí contarlo —. Me decapitaron.

— Oh... — se llevó la mano a la boca, horrorizada.

Ni siquiera Petru o Ioana sabían eso. Mirela tampoco lo supo.

— Alexandra recuperó mi cuerpo y lo llevó de vuelta al bosque. Cosió mi cabeza, y me consagró con su sangre mística, vinculándome a su linaje ancestral mediante un antiguo ritual prohibido, nunca antes intentado.

— Eso es... surrealista.

— Tras ser aceptado por los espíritus ancestrales, regresé de entre los muertos, pero ya no era un ser humano. Por fuera seguía igual. Mis heridas sanaron, las cicatrices desaparecieron, me sentía

fuerte y sano. Pero por dentro, mi organismo ya no funcionaba como el de una persona normal. Dejé de sentir hambre, sed, sueño. Mis sentidos se agudizaron, mis músculos se fortalecieron, mis pasos se volvieron más rápidos.

— Mencionaste un sacrificio — se acurrucó en el sofá, abrazando las piernas y apoyando la barbilla sobre las rodillas —. ¿Qué tuvo que sacrificar Alexandra Mészáros para devolverte la vida?

— Sus dones. Perdió la capacidad de practicar magia. Todos los poderes místicos que había perfeccionado desde su iniciación desaparecieron, como si nunca los hubiera tenido.

— Un precio demasiado alto para alguien que era la última de su linaje... — comentó, con toda la razón —. Y por alguien que la había abandonado para buscar venganza.

Sus palabras fueron duras, pero justas.

— Tienes razón — admitirlo fue doloroso, pero necesario —. Aunque le prometí a Alexandra que la protegería, no dudé en abandonarla para ir a esa última batalla.

— ¿Alguna vez pensaste en qué habrías hecho si hubieras vencido y recuperado tu trono? ¿Qué lugar habría ocupado Alexandra en tu vida?

— Nunca me lo había planteado — me pasé las manos por el cabello, soltando un largo suspiro frustrado.

— ¿Tampoco se te ocurrió pensar que Alexandra Mészáros hizo lo que hizo porque te amaba y no quería perderte? Lo más valioso que poseía eran sus dones. Y los sacrificó por traerte de vuelta.

De repente, todo lo que decía Viktória empezaba a tener más y más sentido.

¿Por qué resucitar a un guerrero protector... si ya no quedaba una bruja a la que proteger?



CAPÍTULO 31

VIKTÓRIA

Quería creer en la historia que Vlad me estaba contando. Y, en su mayor parte, lo hacía.

Sin embargo, había algo que no encajaba. Como si existiera una laguna… una pieza de ese puzle que simplemente no terminaba de encajar.

Si su versión era realmente cierta, ¿qué sentido tenían entonces mis sueños? ¿No eran recuerdos de otra vida en la que él y yo fuimos amantes?

No le juzgaba por su pasado oscuro.

Su vida no había sido nada fácil.

Vlad fue moldeado desde niño para ser lo que se esperaba de él, y todas sus decisiones trajeron consecuencias. Ganó, sí, pero también perdió. Quitó muchas vidas, pero también le arrebataron mucho a él.

No estaba allí para ser su juez.

Estaba allí para comprender cuál era el vínculo que me unía a él. La razón por la que me sentí tan intensamente atraída por su imagen en aquel retrato. El deseo incontrolable que me invadió desde el primer momento. Los sueños que parecían recuerdos demasiado vívidos para ser simples productos de mi subconsciente. La reacción de la pulsera reconocedora de almas, que lo señaló como mi alma gemela.

Si nuestros destinos realmente estaban entrelazados, tenía que ayudarlo a desenredar los nudos de su pasado, para averiguar si era

posible construir un futuro juntos.

— Alexandra nunca me habló de sus sentimientos. Ni antes de que me transformara, ni después. Estoy seguro de que lo recordaría si al menos me hubiera dado alguna señal. No creo que su decisión haya tenido motivos románticos.

Estaba desolado, y me sentí culpable por ser yo quien lo había llevado a ese estado. Pero aún así, necesitaba respuestas. Necesitaba que él también las encontrara.

— Mencionaste que soy una copia exacta de Alexandra. ¿Significa eso que mi bisabuela, Mirela, también lo era?

— Sí.

— Mirela estaba enamorada de ti... — aparté la mirada, temiendo ver en sus ojos alguna señal de que él también hubiese sentido algo por ella.

Quería conocer la verdad, aunque me aterrara.

— Mi amor por Mirela siempre fue fraternal, Viktória — sentí su mano en mi rostro, haciéndome mirarle. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado —. La crié desde que era una niña. Mirela fue como una hija para mí. Perdió a sus padres en un accidente, y cuando me enteré, regresé a Rumanía y la adopté.

— Pero ella...

— Primero fui su padre, luego su tío, después su hermano. A medida que ella crecía y yo seguía igual, tuvimos que ir cambiando el parentesco. Por eso nos mudamos varias veces.

— Leí su diario — creí que debía decirlo.

— Uno de ellos, querrás decir — sonrió con melancolía —. Mirela adoraba escribir, tenía varios diarios. Pero los quemó todos antes de marcharse de Zsigmond.

Asentí, recordando que Ioana había comentado algo al respecto.

— Poco antes de que Mirela fuera iniciada en la cultura mística, me llegó el rumor de que algunos la veían como una posible

pretendienta mía. Fue entonces cuando noté un cambio en su comportamiento y descubrí que ya no me veía como a un padre.

— Eso es... bastante inquietante — no pude evitar mostrar cierta incomodidad.

Vlad también lo parecía.

— Desde pequeña, sabía que no éramos familia por sangre. Cuando cumplió quince años y mostró interés por la magia, le conté sobre mi inmortalidad y la conexión con el Clan Mészáros. Yo era su protector, y ella sabía que jamás la abandonaría. Pero nunca alimenté la idea de que pudiera haber algo más. Fue ella quien se creó esa ilusión. Por eso decidí alejarme, por su bien.

— ¿Y ahí fue cuando le cediste la fortuna de Vlad Drakulya? — deduje, y él asintió.

— Los rumores sobre el auténtico Conde Drácula no cesaban, y supe que era momento de desaparecer. Usé eso como excusa para marcharme. No quería hacerle daño. Mirela no tenía a nadie más. Después, pasamos casi veinte años sin vernos. Se unió a un aquelarre, tuvo a sus hijos, Constanta y Ciprian, y se hizo amiga de la familia Moldoveanu.

— ¿Y tú, adónde fuiste?

— Al mundo — sonrió con nostalgia —. Cuando volví a Zsigmond, me recluí en el desván para evitar nuevas especulaciones. Pero nunca dejé de formar parte de la vida de Mirela y sus hijos. Éramos una familia.

— ¿Sabes quién era el padre de los gemelos?

— Ella nunca lo dijo, y yo nunca lo pregunté.

Tomé su mano, que aún acariciaba mi rostro, y lo observé en silencio durante unos segundos.

Quinientos noventa y dos años.

Había vivido muchas vidas en un solo cuerpo. Su alma recordaba cada una.

Había sido hijo, hermano, marido y padre.

Amigo y enemigo.

Rehén, prisionero, asesino.

Víctima y verdugo.

Príncipe y soldado.

Guerrero y protector.

Un hombre inmortal.

Un vampiro.

Vlad era muchos en uno solo.

— Parece que el destino de las mujeres del Clan Mészáros siempre acaba cruzándose con el tuyo, de un modo u otro, sin importar cuántos años pasen.

Asintió, envolviendo mis manos entre las suyas.

— Porque le hice una promesa a Alexandra, antes de ir a mi última batalla — confesó —. Le prometí que la protegería, para que pudiera restaurar el Clan y continuar el legado místico de su familia. Su mayor deseo era ser madre.

"No puedes".

"No puedes concebir".

"No puedes concebir el hijo de un hombre cuya alma está rota".

De repente, escuché aquellas voces susurradas por los espíritus ancestrales, igual que en mi sueño.

Aunque me sobresalté, intenté disimular. Vlad no pareció notar nada, así que deduje que solo me había pasado a mí.

Un fenómeno más para la lista de rarezas de esa mansión...

— Alexandra sacrificó sus dones para traerme de vuelta, para que pudiera cumplir mi promesa — prosiguió —. Aunque ya no podía practicar magia, seguía siendo la guardiana de los grimorios de sus ancestros, y conocía profundamente la cultura mística. Mientras

tuviera hijas, el legado del Clan Mészáros podía sobrevivir. Pero sola, no tenía cómo asegurarlo.

— Por eso te convertiste en su protector — comprendí al fin el verdadero sentido de su decisión.

— Exacto.

Intenté ponerme en el lugar de Alexandra. En aquella época, ser mujer y bruja era prácticamente una condena de muerte. Tener a su lado un guerrero leal, dispuesto a protegerla a ella y a sus descendientes, era lógico dadas las circunstancias.

— Entonces, Alexandra dejó el bosque, se casó y tuvo hijos — concluí, ya que yo misma era su descendiente.

— Una hija — precisó Vlad —. Alexandra solo tuvo una hija antes de morir, aún joven. A petición suya, fui yo quien eligió su nombre.

— ¿Cuál? — contuve la respiración, mirándole con expectación.

Y aunque no entendía cómo ni por qué, supe la respuesta antes de que él la dijera en voz alta:

— Viktória.



VLAD

Se apartó de mí y se levantó del sofá, claramente alterada.

Durante unos segundos, no dije nada. Me limité a observarla, sabiendo que Viktória necesitaba tiempo para asimilar todo lo que habíamos hablado.

Resumir casi seiscientos años de existencia en unas pocas horas era demasiada información. Como si alguien viera una saga entera de películas o varias temporadas de una serie en un solo fin de semana.

Pero nada de lo que le había contado era ficción. Todo formaba parte de su propia historia, porque, como ella misma dijo, el destino de las mujeres de su Clan siempre acababa cruzándose con el mío. Y ahora, ella era la última descendiente viva.

— Esa Viktória… ¿estabas enamorado de ella? — rompió el silencio de repente, con una mirada cargada de ansiedad.

Exhalé lentamente, levantándome para enfrentarla.

— Déjame dejar una cosa muy clara — dije, sujetándola con firmeza por los hombros, sin hacerle daño, pero impidiéndole alejarse antes de que me escuchara por completo —. Nunca me enamoré de ninguna Mészáros antes de ti. Ni de Mirela, ni de Alexandra, ni de su hija, ni de ninguna otra descendiente. ¡Nunca! Eres la primera y la única mujer por la que me he enamorado en toda mi vida, Viktória.

— Pero...

— Fui marido cuando era humano. Y he tenido muchas amantes a lo largo de mis siglos como inmortal — confesé, tomando su rostro entre mis manos, la voz cargada de urgencia —. Pero

jamás he sentido por ninguna mujer lo que estoy sintiendo por ti. Esta es la primera vez que experimento algo así. Un torbellino de emociones que no sé cómo controlar, pero que son tuyas. Solo tuyas.



CAPÍTULO 32

VIKTÓRIA

El primer roce de sus labios sobre los míos fue tímido, como si Vlad necesitara asegurarse de no precipitarse, dejándome a mí la decisión de apartarme.

Sabía que aún quedaban muchas preguntas sin respuesta entre nosotros, pero tras lo que acababa de decirme, sumado a lo que yo misma había empezado a sentir desde el instante en que vi su retrato sobre la chimenea, todas las dudas quedaron momentáneamente en pausa.

Me entregué a su beso, rodeando su cuello con los brazos, atrayéndolo hacia mí, deseando con desesperación que nos fundiéramos en uno solo.

Sus manos recorrieron mi espalda, alzando la camiseta poco a poco, hasta que me aparté solo lo justo para dejar que me la quitara. Luego fue mi turno: le retiré la suya y lo abracé de nuevo, mis pechos rozando su torso desnudo mientras nuestras bocas se buscaban con ansiedad renovada.

Entre besos entrecortados, logré desabrochar su pantalón vaquero, caminando juntos con pasos lentos hacia la cama. Vlad, más ágil, deslizó mi short y la braguita de encaje de una sola vez antes de hacerme inclinar sobre el colchón.

No me sentía cohibida frente a él —al fin y al cabo, ya me había expuesto bastante la noche anterior—, pero no quería ser la única completamente desnuda.

Tomando la iniciativa, me senté en la cama y lo miré de frente, su mirada ardiente provocando un estremecimiento delicioso en mi

cuerpo.

— ¿Estás segura?

Asentí, humedeciéndome los labios sin dudar, ayudándole a deshacerse del vaquero y de la boxer.

Desnudo, Vlad era aún más impresionante.

No había cicatrices en su piel, pero su musculatura perfectamente definida daba pistas de ese guerrero temerario que, en otro tiempo, no temía a la batalla.

Sin apartar los ojos de los míos, se inclinó sobre mí, apoyando las rodillas sobre el colchón. Su erección rozó mi vientre bajo, desatando un escalofrío de expectación.

— ¿De verdad quieres entregarte a mí? — Su voz ronca y grave me envolvía. Me sostuvo por la nuca con una mano firme, mientras con la otra acariciaba mi barbilla. Su mirada intensa me prometía el mundo entero.

— Más que cualquier otra cosa que haya deseado en mi vida — confesé, sin miedo.

Jamás había deseado tanto a un hombre. Esa fue la verdadera razón por la que seguía siendo virgen, a pesar de haber tenido algún que otro escarceo con turistas en la Isla del Sol. Ninguno había logrado derribar mis barreras emocionales como lo había hecho Vlad.

Pero no se trataba solo de sexo. Los fantasmas del pasado — abandono, rechazo, desconfianza— siempre habían sido un freno. Y ahora, él los había hecho desaparecer con sus palabras, una por una. Había sembrado en mí una esperanza que estaba dispuesta a cuidar, regar y ver florecer cuando llegase el momento.

— Después de hacerte mía, ya no habrá vuelta atrás.

— Entonces prepárate, porque también vas a ser mío — le susurré, atrayéndolo hacia mí para sellar esa promesa con un beso.

Piel contra piel, el deseo crepitaba entre nosotros. La necesidad de tenernos se convirtió en una fuerza incontrolable entre

jadeos, besos y caricias.

Sin inhibiciones, rodeé su erección con la mano, sintiendo lo duro que estaba por mí. Me encantaba tocarlo, escucharlo gemir bajo mi contacto.

— Estoy desesperado por estar dentro de ti, Viktória...

Vlad dejó una estela de besos por mi cuello mientras sus manos masajeaban mis pechos. Una de ellas descendió hasta mi entrepierna, donde la humedad era ya incontenible. Hundió dos dedos dentro de mí, encontrando mi punto más sensible y arrancándome un grito de puro placer.

— ¡Vlad! — Estaba más que preparada para recibirlo.

Pero él continuó torturándome dulcemente con esa deliciosa agonía, llevándome al borde del éxtasis con cada caricia profunda.

Cuando finalmente me hizo alcanzar el orgasmo, grité su nombre otra vez, sintiendo cómo me derretía como un volcán en plena erupción, incapaz de controlar lo que mi cuerpo hacía.

Sin previo aviso, retiró los dedos y, mientras mi cuerpo aún vibraba, separó mis piernas y me penetró de una sola estocada.

— ¡Ah! — El grito no fue de dolor, sino una mezcla explosiva de sorpresa y deseo.

Su gemido gutural se impuso al mío, y apoyó la frente contra la mía sin moverse, mientras mis uñas se clavaban en su espalda.

— ¿Te he hecho daño? — preguntó, preocupado.

— No... pero ha sido intenso — admití con una sonrisa, acariciando los arañazos que le había dejado. — Era mi primera vez.

— Lo siento...

— Shhh... Estoy bien — le aseguré, dándole un beso suave. — Sigue.

Vlad combinaba la dulzura de la seducción con la crudeza del deseo. Sus embestidas, al principio lentas, fueron guiándonos en

una danza íntima que se fue intensificando hasta llegar a un nivel de conexión que nunca antes había experimentado.

No podía reprimir los gemidos, sería negar todo el placer que me estaba dando. Estar con Vlad en la realidad era incluso mejor que en mis sueños. Quería más. Necesitaba más.

Poco a poco, sus besos se volvieron más salvajes, sus movimientos más intensos, hasta que el orgasmo nos golpeó con la fuerza de una ola imparable.

Nos fundimos. El mundo dejó de existir a nuestro alrededor.

Fue... trascendental.

Exhausta, aún atrapada en ese estado de trance sexual, intentaba comprender lo que acababa de suceder entre nosotros, pero solo una certeza se mantenía firme:

Jamás olvidaría ese momento.

— Espero que esto no haya sido otro de esos sueños...



VLAD

Observar a Viktória dormida a mi lado en la cama era algo que había descubierto que me gustaba hacer. Su rostro sereno, sus facciones delicadas, el cuerpo completamente relajado tras entregarse a mí sin reservas. No me había sentido tan humano desde que fui transformado, como en esas horas que pasamos juntos en el desván.

Era una mujer inteligente, interesante, y me sorprendía la forma en que estaba lidiando con tantas revelaciones recientes. Aunque me inundara de preguntas, sabía que lo hacía por querer comprender el mundo al que ahora pertenecía —uno en el que fue arrojada sin previo aviso. Me costaba poner en palabras cuánto admiraba su valentía.

Hasta ese momento, no hubo reproches. Y eso era lo que más temía. Sin embargo, aún era pronto para relajarme del todo.

Pensando en cómo, hasta hace unos días, mi vida parecía totalmente estancada, y cómo desde la llegada de Viktória a Zsigmond me sentía más vivo que nunca, cerré los ojos e intenté vaciar la mente, dejándome llevar.

— Así que es a ella a quien amas de verdad.

Reconocí la voz y aquel rostro melancólico, a pesar de su belleza. No era Viktória. Tampoco era un sueño. Yo no soñaba. Solo revivía recuerdos del pasado.

Entonces, ¿por qué una Mirela joven estaba de pie frente a mí?

— ¿Cómo es posible esto? — pregunté, levantándome de la cama solo para notar que no estábamos en el desván, sino en el antiguo cuarto de Mirela Mészáros.

Por suerte, no estaba desnudo, sino vestido con vaqueros y camiseta.

— Eres un ser inmortal, Vlad. ¿Por qué sigues dudando del poder de las fuerzas que rigen este mundo?

Desde que se fue de Zsigmond tras la muerte de Ciprian, Mirela y yo no volvimos a hablarnos. Y ahora, sin previo aviso, estaba allí de nuevo, con su vestido favorito manchado de pintura, como solía pasarle porque detestaba usar delantal cuando pintaba.

— ¿Esto es un sueño?

— Vengo a darte un mensaje, pero no tengo mucho tiempo — dio un paso hacia mí, lo bastante cerca como para acariciar mi rostro. No se lo impedí. — Lamento que no nos hayamos despedido antes de mi partida. Fue una decisión mía. También lamento que Constanta te odiase tanto como para negarse a continuar con nuestro linaje, y ocultase la existencia de Viktória como forma de vengarse de ti por lo que sucedió con Ciprian.

— No fue culpa mía... — musité, recordando lo dolorosa que fue su pérdida para todos.

— Ahora comprendo por qué lo hiciste. Y te perdono por no habérnoslo contado. En aquel entonces, lo único que deseaba era que mi hijo viviese, porque ninguna madre está preparada para enterrar a su hijo.

— Lo siento... Pero simplemente no podía hacerlo — mi voz temblaba, revelando unas ganas contenidas de llorar que no sentía desde el día en que supe que había muerto.

— Solo prepárate, porque se acerca el momento en que esa decisión deberá tomarse en común acuerdo.

— ¿Qué decisión? ¿Qué va a pasar?

Mirela dio algunos pasos atrás y mi visión comenzó a desdibujarse.

— Cuando llegue el momento, entrega estas palabras a la joven Mészáros:

"Como humilde sierva de los espíritus ancestrales

Te consagro con mi sangre mística

Y por la sangre del último dragón que a ti fue ofrecida

Ruego a los dioses antiguos que me concedan este intercambio

Agradecida a los espíritus superiores que iluminan mi camino

Les pido que iluminen el tuyo al despertar a tu Legado

Así como yo sirvo a mi naturaleza mágica

Tú servirás a tu naturaleza inmortal

Como tributo de tu renuncia al inframundo

La sangre de los injustos será tu alimento

Y el alma de los perversos se entregará como moneda de cambio

Para que tu corazón siga latiendo

Despertarás del sueño de la muerte durante la noche

Y a la noche pertenecerás para siempre

La estrella de la mañana irradia la luz de la vida

Pero esta vida ya no te pertenece

Serás fiel a mis descendientes

Protegerás mi Legado, pues también será el tuyo

No serás herido ni enfermarás

Porque la sangre del último dragón corre ahora por tus venas

Y mientras mi sangre mística exista en este mundo

Tú también existirás

Bienvenido de nuevo, Drácula"

Mirela desapareció en una bruma repentina, con el rostro ahora libre de tristeza.

— Cuéntaselo todo a Viktória. Está lista para conocer la verdad.

Y al despedirse por última vez, supe con certeza que, por fin, Mirela había encontrado la paz.



CAPÍTULO 33

PETRU

Sin noticias de Vlad y Viktória durante todo el día, me centré en trabajar en la biblioteca, manteniéndome lo más lejos posible de la nieta de Ioana, después del episodio durante mi carrera matutina por el bosque.

La chica era atrevida y me sacaba de quicio en proporciones peligrosas, lo cual, para alguien como yo, acostumbrado a tener todo bajo control, suponía un desafío considerable. Lo mejor sería evitarla hasta que Lana superara esa obsesión que creía sentir por mí.

Tras darme una ducha al final de la tarde, acabé cenando solo. Todo indicaba que las cosas entre Vlad y Viktória marchaban bien, y no iba a ser tan estúpido como para interrumpirles ahora que por fin estaban empezando a entenderse.

El silencio nocturno en Zsigmond me hizo consciente de lo solitaria que podía llegar a ser aquella mansión. Sentí lástima por Vlad, que pasó años encerrado en la propiedad en lugar de viajar por el mundo como solía hacer en el pasado. Pero tenía la esperanza de que, con la llegada de Viktória, todo empezara a tomar otro rumbo.

Antes de retirarme a mi cuarto, pasé por la sala común para coger una bebida del minibar y llevármela conmigo. La idea era leer un poco para distraerme y beber unas copas de whisky que me ayudaran a dormir profundamente y evitar que esa brujita descarada volviera a colarse en mis sueños.

¡No vas a ganar este jueguecito de seducción barata, Lana!

*****

Unos golpecitos suaves en la puerta me despertaron de un breve sueño. Me levanté con desgana y abrí la puerta sin pensar que solo llevaba puesta una boxer.

Pero al encontrarme con Lana vestida con un camisón blanco de satén —exactamente como en los sueños anteriores— supe que de nada había servido beberme la botella entera de whisky.

— Voy a tener una charla muy seria con tu abuela —murmuré, irritado al darme cuenta de cuánto me afectaba su presencia.

Lana brillaba. El cabello suelto, esa sonrisa delicada que iluminaba su rostro y esos ojos intensos clavados en los míos, buscando una conexión inmediata.

— He venido a buscar mis bragas.

Tirando de su cintura, la atraje hacia dentro del cuarto, cerré la puerta y la empujé suavemente contra ella, con la espalda pegada a la madera.

— Mentirosa...

Llevaba todo el día intentando no pensar en ella. Y casi lo había conseguido. Pero la jodida no me lo ponía fácil.

Se reía en mi cara, y como no pensaba dejar que volviera a dominar mi sueño, decidí ser yo quien tomara el control esta vez.

Sujetando un puñado de su melena por la nuca, me incliné y la besé. No fui suave. Estaba cabreado por cómo se había colado otra vez en mi cabeza usando sus hechizos de bruja.

Quería asustarla, hacer que se echara atrás.

Pero el hechizo se volvió contra el hechicero, porque Lana no mostraba la más mínima intención de escapar.

Se aferró a mí, tirándome del pelo mientras se entregaba al beso, despertando mi deseo al instante, mi polla endureciéndose bajo la presión del momento.

La levanté del suelo y la llevé hasta la cama, arrojándola al colchón, observando su sonrisa traviesa mientras abría las piernas descaradamente, haciendo que el camisón se subiera lo suficiente para dejarme ver que no llevaba nada debajo.

— No mentías cuando dijiste que venías a por las bragas. Pero lamento informarte que un regalo no se devuelve.

— Me alegra saberlo, porque he venido a darte otro regalo — sonrió perezosamente.

— ¿Estás segura, Lana? — Sabía perfectamente cuál era ese regalo. — ¿No crees que esta tontería está yendo demasiado lejos?

— No soy una niña, Petru —su expresión se volvió seria—. No estoy jugando.

— Sabes que no hay vuelta atrás —insistí. Porque aunque fuera un sueño, todo lo que ocurría en él se sentía demasiado real, aunque cada uno estuviera dormido en su cama.

— Eres el hombre que nació para ser mío.

Lana ya me lo había dicho más de una vez, y no tenía ni idea de dónde sacaba semejante idea. Pero en ese momento, estaba dispuesto a darle lo que tanto deseaba. Y por la mañana hablaríamos en serio.

Si era necesario, acudiría a Ioana para que interviniera.

Tal vez no entendiera mucho sobre el mundo de las practicantes de magia, pero por lo poco que Mirela me había contado, existían reglas en el aquelarre. Lana estaba a punto de ser iniciada. No debería estar haciendo hechizos ni entrando en la mente de los demás sin permiso.

Tenía que comprender que algunos límites no podían cruzarse.

Me deshice de la ropa interior con rapidez y me posicioné sobre ella, quitándole el camisón para dejarla completamente desnuda.

La chica sabía perfectamente lo que quería, sin nervios ni titubeos.

Cualquier intento por asustarla había sido completamente inútil.

La besé de nuevo y ella me rodeó con las piernas, presionando nuestros cuerpos. Entonces rodé por el colchón, dejándola encima, para que guiara el momento según su voluntad.

Quería que tuviera la libertad de cambiar de idea si se arrepentía.

— ¿Hiciste algún ritual con esas bragas?

— El hechizo de seducción en sueños solo despierta un deseo que ya está ahí, en secreto —se acomodó sobre mí, mi polla rozando la entrada de su coño—. No puedo violar tu libre albedrío, pero arriesgué para saber si me deseabas tanto como yo a ti.

Su mirada me atravesaba, y tuve que admitir para mí mismo que me había atraído desde el primer momento, por más que intentara convencerme de que no era correcto, por su edad y por ser la nieta de Ioana.

— Sé que me deseas —insistió, moviendo las caderas para confirmarlo. Mi erección no mentía. — Deja de negarlo.

Estaba tan mojada, tan lista para mí.

Sin responder con palabras, tomé uno de sus pezones con la boca, y Lana gimió alto, derretida sobre mí mientras alternaba mi lengua entre sus pechos perfectos.

— Quiero que me beses ahí abajo —jadeó, sin una pizca de vergüenza—. Hazme correrte en la boca.

— ¿Y cómo voy a negarte un regalo?

Volví a girarnos, ubicando sus piernas sobre mis hombros antes de lamer lentamente sus labios vaginales, provocándola con ternura mientras ella susurraba mi nombre entre gemidos roncos.

— Petru... no pares.

Y no paré. No hasta hacerla retorcerse de placer, con los dedos enredados en mi pelo, gritando su orgasmo sin inhibiciones.

— Qué deliciosa eres... — Extendí su humedad sobre mi polla, preparándome para entrar en ella —. Te prometo que seré suave.

Busqué su mirada una vez más, esperando su permiso para continuar.

— No quiero suavidad. Quiero pasión.

Acomodándome sobre ella, que me recibió abriéndose aún más, apoyé los brazos en el colchón y no aparté mis ojos de los suyos.

— ¿Lo has hecho antes? — Quería saber si tenía por costumbre colarse en los sueños de otros hombres para tener sexo sin compromiso.

Lana era joven y atrevida, explorando su magia y su sexualidad.

Sabía que tras la iniciación, una bruja no podía tener amantes. Solo un compañero de alma para toda la vida. Mirela me lo explicó cuando me contó por qué no quiso estar con nadie después de dar a luz a los gemelos. Perdería sus dones si lo hacía.

Tal vez por eso Lana quisiera vivir su sexualidad antes de la iniciación. Y aunque me estuviera usando para eso, no era como si yo me estuviera sacrificando.

La deseaba. Me permití, al menos por una vez, tener esa experiencia extracorporal con ella y saciar, aunque fuese de forma onírica, el deseo que llevaba conteniendo desde que la conocí.

— Eres mi primero.

— Pues que también sea el último —entrelacé nuestras manos y, con un solo movimiento, la llené, enterrando mi polla en su coño apretado.

— Ah... — Su gemido fue una mezcla entre dolor y placer.

Era tan delicada. No debería haber sido tan brusco.

— ¿Estás bien?

— Perfectamente —sonrió, rodeándome con las piernas para animarme a continuar.

Gemí al empezar a moverme dentro de ella, buscando su boca con un beso desesperado.

Lana cerró los ojos y se entregó por completo, moviéndose conmigo al ritmo perfecto.

Cada segundo se sentía tan real... No como un sueño. Podía olerla, saborear su boca deliciosa y perderme en el placer indescriptible de estar dentro de ella sin barreras.

Por un momento, desee que no fuera un sueño.

Nunca me había sentido tan conectado a una mujer.

Dejé atrás ese pensamiento y me permití sumergirme en el placer compartido, hasta correrme dentro de ella con un orgasmo demoledor.

Lana también se vino conmigo, arañando mi espalda, sus piernas negándose a soltarme.

— Ha sido perfecto... —susurró, con la respiración entrecortada.

— Tú eres perfecta —acaricié su rostro, sonriendo, aún envuelto en la burbuja sexual que habíamos creado.

No quería despertar. Pero sabía que pronto ocurriría.

Y, de repente, me encontré imaginando cómo sería estar con Lana de verdad.

Sin hechizos ni juegos.

Solo nosotros dos.



LANA

Abrí los ojos mientras me desperezaba en la cama, sintiendo el cuerpo pesado de Petru abrazado al mío. Su brazo rodeaba mi cintura con fuerza, posesivo.

Sonreí perezosamente al observarlo dormir. Tan guapo como me lo había imaginado. La noche anterior había sido maravillosa y no podía sentirme más feliz ni más plena.

No tenía ni idea de qué hora era, pero un rayo de luz colándose por la cortina delataba que ya era de mañana. Aunque deseaba quedarme un poco más a su lado y repetir todo lo que habíamos hecho, tenía que volver a mi habitación antes de que la abuela notara mi ausencia.

Intenté moverme con cuidado para no despertarlo, deslizándome hasta el borde del colchón. Pero antes siquiera de levantarme, sentí su mano aferrarse con firmeza a mi muñeca.

— Tengo que irme... —susurré, justo cuando él abría los ojos y, de repente, se incorporaba bruscamente en la cama, con expresión de susto.

— ¿Qué coño haces aquí? —se tapó la boca con una mano, dándose cuenta de que había hablado más alto de lo que pretendía.

Fruncí el ceño, sin entender su reacción.

— ¿Cómo que qué hago aquí? —me puse en pie, mirándole con cierto enfado—. ¿Has olvidado lo que pasó anoche?

Una angustia me invadió de inmediato, porque por la expresión confundida de Petru, parecía de verdad no recordar lo que habíamos hecho.

— ¿No fue uno de esos sueños hechizados? —su rostro mostraba puro pavor, y entonces entendí lo que estaba pensando.

Tragué saliva, intentando ordenar mis ideas para saber cómo manejar aquella situación tan absurda.

— No fue un sueño, Petru —dije con firmeza, colocando las manos en la cintura, ignorando por completo mi desnudez—. ¡Realmente hicimos el amor! No puedo creer que tú pensaste que…

— ¿Y de quién es la culpa? —se levantó rápidamente, cubriéndose con la sábana desde la cintura—. Si los otros sueños eran tan reales, ¿por qué este último iba a ser diferente?

Solté el aire con fuerza.

— Está bien. Asumo toda la responsabilidad —me aparté de la cama para recoger el camisón del suelo y empecé a vestirme—. Puedes seguir fingiendo que todo fue solo un sueño.

— ¡No estoy fingiendo!

— Ya no importa —me encogí de hombros, caminando hacia la puerta—. Olvidemos que esta noche ocurrió. Y no te preocupes, no volveré a lanzarte ningún hechizo.

— ¡Lana, espera!

Pero lo ignoré y salí de allí tan rápido como pude, antes de que viera las lágrimas que se escapaban sin permiso, fruto de un corazón roto.



CAPÍTULO 34

VIKTÓRIA

— ¿Ya es de día? —sabía que me estaba observando incluso antes de abrir los ojos, así que simplemente esbocé una sonrisa perezosa.

Días atrás, jamás habría imaginado vivir un romance en tierras extranjeras, mucho menos cuando el objetivo principal era descubrir la verdad sobre mi historia familiar. Si hubiese seguido el plan inicial, ya debería haber regresado a Brasil.

Pero mi vida tomó un rumbo completamente inesperado, diferente a todo lo que alguna vez imaginé experimentar. No sentía miedo, aunque aún estaba lejos de entenderlo todo.

Era algo que escapaba por completo a lo que había creído durante toda mi vida. Sin embargo, no podía negar lo mucho que Vlad me tenía atrapada. Desde que me llevó al desván, parecía que habitábamos un universo paralelo, solo nuestro.

Pero sabía que no podía quedarme allí para siempre.

Tarde o temprano, el mundo fuera de esas paredes volvería a llamarme.

— Sí —respondió, dándome un beso suave mientras me rodeaba con los brazos, atrayéndome hacia él para que me acurrucara en su pecho—. ¿Cómo te sientes?

Finalmente abrí los ojos, encontrándome con la intensidad de esos iris azules que parecían leer hasta mis pensamientos más profundos.

Me sentía una mujer nueva. Y parecía una tontería asociar eso al hecho de haber hecho el amor con él, porque no se trataba solo del sexo, sino de todo lo que habíamos vivido hasta llegar a ese momento de entrega.

Aun así, no me sentía preparada para abrir mi corazón con Vlad al respecto.

— Estoy genial —le devolví un beso sonoro—. Y hambrienta.

— Yo también me muero de hambre —rodó sobre el colchón, atrapándome bajo su cuerpo—. Con muchas ganas de devorarte entera...

Aunque el tono de sus palabras era claramente sexual, no pude evitar recordar el tema que había iniciado nuestra conversación el día anterior.

Después de todo, Vlad era un vampiro.

Un vampiro que se alimentaba de sangre humana.

Acordarme de eso me sacó de inmediato del hechizo erótico en el que estaba envuelta.

— ¿Podrías transformarme? —pregunté de repente, sentándome en la cama y tomándolo por sorpresa—. ¿Convertirme en inmortal, como tú?

No tenía ninguna intención real de convertirme en vampira. Solo era el gancho que usé para entender mejor cómo funcionaba su inmortalidad. Sobre todo, quería comprender mejor la cadena alimentaria.

En algunas novelas de ficción, los vampiros encontraban formas menos crueles de alimentarse, bebiendo sangre de conejos o ciervos... pero yo estaba en el mundo real, y no pensaba poner mi cuello en juego de forma tan ingenua.

— No puedo —respondió con firmeza—. Como ya te dije, soy el único. No existen otros vampiros. En realidad, Drácula no es una especie, es un Legado.

— ¿Y no se puede transmitir ese Legado?

Vlad no respondió de inmediato. Se levantó de la cama, ya vestido con un pantalón de chándal, y me di cuenta de que yo era la única que realmente necesitaba una ducha para recomponerme, porque él ya estaba impecable.

Al notar mi desnudez, tiré del edredón para cubrirme el pecho.

— ¿Por qué me haces esa pregunta? —parecía preocupado—. ¿Querrías que te transformara, si pudiese?

— ¡No! —puse una mueca, horrorizada por la idea, y me arrepentí al instante de haber reaccionado así—. Lo siento... Es solo que no me imagino viviendo siglos y viendo envejecer y morir a todas las personas que amo. Suena demasiado solitario.

— No me has ofendido —esbozó una sonrisa débil—. Y tienes razón, Viktória. Es una soledad inmensa. Pero yo no pedí regresar de entre los muertos. Me volví inmortal por decisión de otra persona.

Cierto. Alexandra Mészáros lo transformó para que protegiera a su linaje. Ni siquiera le dio la opción de elegir.

Dejando el edredón a un lado, me levanté y fui hacia él. Me detuve frente a Vlad, observándolo con atención para captar su reacción ante mi siguiente pregunta:

— Si pudieras volver atrás y elegir no ser transformado, ¿lo harías?

Ni siquiera dudó.

— Si retroceder en el tiempo significara no cruzarme contigo... entonces no lo haría.

— Vlad... —sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, embargada por una emoción profunda.

— El hecho de no haber elegido ser transformado no significa que odie lo que soy —me tomó el rostro entre las manos—. Pero si reformulas la pregunta y me dices: ¿si pudieras volver a ser humano, lo harías? Entonces sí. Sin dudarlo, lo haría.

— ¿Por qué? —contenía la respiración.

— Porque podría pasear contigo bajo el sol y envejecer a tu lado, año tras año, viviendo una vida juntos.

— Apenas nos conocemos —dije, aunque sabía que sonaba ridículo—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que envejeceríamos juntos?

— ¿No crees en las almas gemelas? —sonrió—. Yo no creía... hasta que te conocí.

Almas gemelas...

— Yo sí creo que no fue casualidad que nuestros caminos se cruzaran —me puse de puntillas para rozar sus labios con los míos.

En el instante siguiente, Vlad me alzó del suelo como si no pesara nada, sujetándome con una facilidad asombrosa.

— Necesito una ducha —logré decir, sabiendo perfectamente adónde nos llevaría todo ese tonteo.

— Pues vamos allá —me cargó hasta el baño.

Entre besos y caricias, ni siquiera noté en qué momento Vlad se deshizo de su ropa y encendió la ducha. Cuando me di cuenta, el agua templada ya caía sobre nuestras cabezas, resbalando por los cuerpos que ardían de deseo.

Me cuidó con una ternura que me conmovió. Aplicó el gel por mi piel con delicadeza, frotó la esponja suavemente y hasta me lavó el pelo con una paciencia asombrosa.

Nadie me había mimado así antes.

Era tan reconfortante sentirme especial.

Ser la prioridad de alguien, aunque fuera una vez en la vida.

— Mi dulce Viktória... —gimió al oído, penetrándome sin previo aviso, presionándome contra la pared del box mientras alzaba mis piernas, sujetándome por la cintura—. Estoy tan enganchado a ti...

Agarróndome a sus hombros, clavé las uñas en su piel mientras apoyaba la cabeza contra la pared, entregándome por completo a aquel momento sin inhibiciones.

Vlad embestía con fuerza, en estocadas rápidas y profundas, alcanzando cada vez mi punto más sensible, haciéndome suplicar por más.

Pese a mi inexperiencia, me sentía libre, sin ninguna vergüenza. Era delicioso tenerlo dentro de mí, poseyéndome con tanta pasión, saciando el deseo que yo le provocaba. Buscando su propio clímax mientras me llevaba al mío de una forma brutalmente placentera.

El orgasmo fue aún más intenso en esa posición. Todo mi cuerpo temblaba mientras él seguía embistiendo con más fuerza, más profundo, hasta correrse dentro de mí, gritando mi nombre como si fuera una invocación divina.

— Mía... —jadeó, con la respiración agitada, sellando nuestros labios con un beso suave que me hizo derretirme un poco más en sus brazos—. Entera mía.

Sonreí, satisfecha.

Toda suya.

Y en ese instante, supe con certeza, aunque no lo dijese en voz alta, que me había enamorado perdidamente de él.

Vlad Drakulya.

Un vampiro.

¿Qué será de mí?

¿De nosotros?



VLAD

— No usamos preservativo, Vlad —dijo Viktória al salir del baño con el pelo mojado y los pies descalzos, completamente cómoda.

Había traído sus productos de higiene personal y su maleta desde su habitación, con la intención de que se quedara más tiempo en el desván. No obstante, sabía que no permanecería aislada conmigo para siempre. También tenía claro que no había salido de allí aún porque seguía buscando respuestas.

Y yo estaba dispuesto a dárselas todas.

— Soy inmune a cualquier enfermedad —revelé, ofreciéndole una taza de café en cuanto se acercó a la encimera—. Y tampoco puedo tener hijos. Forma parte del "pack inmortal".

Frunció el ceño, pero asintió y dio un sorbo a la taza.

Había preparado una tortilla y unas tostadas para que desayunara.

— ¿Y lo de no poder exponerte al sol también viene en ese paquete?

Asentí mientras le servía el plato. Aproveché que comía para contarle un poco más sobre mí.

— En la mitología egipcia, el dragón Apep, también conocido como Apofis, era una criatura que personificaba el caos y la oscuridad. Se le representaba como una serpiente gigantesca que amenazaba con interrumpir el ciclo del día y la noche. Cada noche, el dios del sol, Ra, descendía al Duat —el inframundo— a bordo de su barca. Al final de la travesía, Apep lo enfrentaba, tratando de impedir que el sol volviera a salir.

— Interesante... —murmuró mientras masticaba una tostada—. Nunca había oído hablar de eso.

— Los antiguos egipcios creían que los dragones poseían conocimientos y secretos ocultos que se podían acceder mediante rituales y prácticas místicas. Se les llamaba "Hijos de las Estrellas".

— ¿Tiene algo que ver con esa Orden del Dragón que mencionaste antes?

— En parte. Mi padre tomó el apellido Dracul por la Orden. Yo adopté Draculea, por ser hijo de Dracul.

— El dragón, y el hijo del dragón.

Asentí con la cabeza.

— En cambio, Bram Stoker usó otro significado del término para su novela. Uno más oscuro: diablo.

— ¿Adónde quieres llegar con todo esto? —parpadeó, confusa, lo que me hizo reír.

— A que no me convertí en vampiro por hacer un pacto oscuro con el diablo, ni estoy atado a la oscuridad por no poder caminar bajo el sol. Olvida al Conde Drácula del libro, porque no somos la misma persona.

— Eso ya lo tengo claro, Vlad —puso los ojos en blanco—. ¿De verdad crees que estaría aquí sola contigo si creyera que eres el monstruo de esa novela?

— Me alegra que pienses así —le guiñé un ojo—. No tengo ningún problema con cruces, ajo, agua bendita, espejos, estacas de madera ni con la Biblia.

— Tomo nota. Pero... ¿y lo de beber sangre humana? —Aunque intentaba disimularlo, sabía que esa parte le inquietaba.

Esperé a que terminara de desayunar para tener toda su atención.

— El ritual con el que fui creado tiene raíces muy antiguas, de una civilización que veneraba al sol como el creador del mundo. Al morir, mi alma debía haber permanecido en el inframundo. Pero

rompí el orden natural al volver a la vida y convertirme en inmortal. Tal vez, para compensar ese desequilibrio, los espíritus ancestrales que me otorgaron la inmortalidad impusieron ciertas condiciones. No hay una explicación lógica. Simplemente... es así.

Hice una pausa, dándole tiempo para digerir la información.

— Tengo fuerza y velocidad sobrehumanas, no enfermo, no envejezco ni puedo morir. Pero a cambio, no puedo caminar bajo el sol, no puedo tener descendencia, no tengo hambre ni sed. Sin embargo, como tributo recurrente a esos espíritus, necesito alimentarme con la sangre de los injustos.

— ¿Sangre de los injustos? —No pudo ocultar su expresión de repulsión, y no la culpé por ello.

— Cualquiera que corrompa un alma inocente se convierte en un injusto. Asesinos, violadores, pedófilos, terroristas. Hay miles de ellos en el mundo. El mal se fortalece cada día.

— ¿Y cómo funciona ese tributo? —preguntó con recelo.

— Es como si los espíritus ancestrales hicieran una especie de fotosíntesis espiritual. Absorben esas almas perversas y las transforman en energía natural. Las brujas trabajan en armonía con esa fuerza, canalizándola para sus prácticas místicas. Mi deber es entregar esas almas como ofrenda.

— ¿Y lo haces...?

— Drenándoles la sangre hasta que mueren.

— ¡Joder! —Se tapó la boca con las manos, dando unos pasos hacia atrás y girándose.

Respeté su momento. Era demasiada información. Demasiado macabro.

— ¿Y qué... qué pasa si no lo haces? —seguía de espaldas.

— Duele. Mucho —exhalé hondo—. Una barbaridad. Créeme, lo he intentado. Es una tortura, porque no puedo morir. Solo queda convivir con el dolor.

— Madre mía... —se giró para mirarme, la angustia en sus ojos me atravesó por dentro—. ¿Y va a ser así siempre? ¿Nunca se acaba?

Me olvidé por completo de su petición de no usar mi hipervelocidad delante de ella. En cuanto empezó a llorar, mi impulso fue abrazarla.

— No llores —besé su cabeza—. No lo merezco.

En toda mi existencia, jamás temí a mis enemigos. Pero en ese instante, temí que Viktória no soportara el peso de toda mi verdad.

Aun así, era necesario.

— Soy inmortal, pero no eterno, Viktória —me aparté para mirarla a los ojos, sujetándola por los hombros—. Cuando Alexandra me consagró con su sangre, vinculó mi existencia a la de su linaje. Mientras respire un Mészáros en este mundo, yo también estaré aquí para protegerlo.

— ¿Eso es lo que has hecho durante todos estos siglos?

Suspiré antes de responder:

— Debería haberlo hecho mejor. Mira, tú eres la última Mészáros con vida.

— ¿Y eso qué significa, Vlad?

— Que si tú murieras hoy, yo perdería mi inmortalidad... y moriría también —acaricié su rostro, secando con el pulgar la última lágrima—. Pero a diferencia de lo que Constanta creía, y quizá Mirela también llegó a creer, yo nunca he temido a la muerte. Ser inmortal solo tiene sentido para mí si puedo cumplir la promesa que le hice a Alexandra.

— Reconstruir el Legado místico de la familia —Viktória se fue alejando a medida que asimilaba el peso de mis palabras—. Pero si estamos juntos... estarías fallando a ese propósito.

— Es una elección que estoy dispuesto a hacer —di un paso hacia ella, pero me detuve al ver cómo alzaba la mano, pidiéndome que no me acercara.

— Necesito estar sola un rato.



CAPÍTULO 35

VIKTÓRIA

Las puertas del ascensor se abrieron y salí al pasillo de la mansión sin tener claro a dónde ir. Caminando sin rumbo, repasaba en mi mente todo lo que Vlad me había contado.

Aunque aún quedaba una Mészáros con vida, el Legado místico del Clan se había perdido con Mirela. A no ser que tuviera hijas, y que pudieran ser iniciadas en la cultura mística.

Pero Vlad no podía ser el padre, porque era un vampiro.

Si nos quedábamos juntos, sería el fin del Legado místico de los Mészáros, y Vlad fallaría en la promesa que le hizo a Alexandra.

Sin contar que no podía salir a la luz del día, y que tenía que matar personas para alimentarse. Aunque fueran personas malvadas, seguían siendo humanos. Y ni siquiera tenía opción: las consecuencias de no hacerlo eran insoportables.

¿Cómo le explicaría a mamá Margarida que mi marido solo podía salir por la noche?

Si optábamos por adoptar, ¿cómo explicaríamos a nuestros hijos que su padre no envejecía?

¿Y si me sometiera a una inseminación artificial? ¿El bebé formaría parte de una línea mística?

¿Dónde viviríamos? ¿En Rumanía o en Brasil?

Había tantas preguntas y sentimientos contradictorios que realmente pensé que me estaba volviendo loca.

— No debería haber venido a este lugar... —me apoyé contra la pared, sintiéndome de repente mareada.

— ¡Viktória! —escuché la voz de Lana resonar en el pasillo—. ¿Qué te pasa?

— Estoy perdida...

*****

— ¿Dónde estoy? —pregunté al abrir los ojos, sin reconocer aquella habitación de la mansión.

— En mi cuarto —sonrió Lana, acostada a mi lado—. Vlad te trajo aquí. Estaba muy preocupado por ti.

— ¿Tú sabes lo de él? —fruncí el ceño.

— Me lo contó hace poco. Me llevé un susto cuando apareció de repente, en cuanto te desmayaste en el pasillo.

Intenté recordar qué había pasado, pero estaba mentalmente agotada.

Sin embargo, había algo que sí recordaba.

— La luz del sol a través de los vitrales del pasillo...

— Estará bien —dijo desviando la mirada.

— ¡Necesito verlo! —me incorporé de golpe, dispuesta a ir al desván, pero Lana me detuvo, abrazándome por la espalda.

— ¡No está en el desván! Petru se lo llevó a Bucarest en cuanto cayó la noche.

— ¿A Bucarest? —me solté de su abrazo y la miré—. ¿Qué le pasó exactamente a Vlad?

— La luz del sol le provocó quemaduras en el cuerpo y en la cara, pero no se expuso mucho tiempo. Te cogió en brazos y usó su hipervelocidad para traerte aquí.

— Fue culpa mía —no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas—. Vino a por mí y se hizo daño...

— Petru lo llevó a cazar a Bucarest. En cuanto se alimente, su piel se regenerará como si nada hubiese pasado.

— ¿Y cómo sabes eso? —todo me parecía demasiado irreal para digerirlo.

Cazar... significaba alimentarse de la sangre de los injustos y ofrecer sus almas como tributo a los espíritus ancestrales.

— Estuviste inconsciente unas horas, Vik. Tiempo suficiente para que mi abuela me diera un seminario sobre Vlad y el Legado Drácula.

— Quiero hablar con él —miré hacia la mesilla de noche—. Necesito mi móvil.

— No lo tenías contigo cuando te encontré.

Desde que me había encerrado con Vlad en el desván, había perdido totalmente la noción del tiempo y ni siquiera me di cuenta de que no tenía el móvil.

— Debe de estar en mi habitación —me levanté, fingiendo tranquilidad para que Lana no intentara detenerme—. Seguro que está sin batería.

— Voy contigo.

No la rechacé.

— ¿Dónde está tu abuela? —dejé que Lana me guiara, ya que nunca había estado por esa parte de la casa y seguramente me habría perdido.

— Preparando la cena. Y ni se te ocurra decir que no tienes hambre —me agarró de la mano con gesto tierno—. Tienes que cuidarte, así Vlad podrá centrarse en recuperarse.

— ¿Y cómo reaccionaste tú al enterarte de que es un vampiro inmortal? —me sorprendía la naturalidad con la que hablaba de él.

— ¿La verdad? Ya sospechaba que había algo sobrenatural en Zsigmond, además de que la propiedad pertenece a una familia de linaje místico. En los Coven siempre ha habido rumores, y Mirela Mészáros ha sido un tema habitual.

— ¿Por qué?

— Porque el Clan Mészáros es, con diferencia, el más rico. Y el hecho de que Mirela heredara todo de un hombre que desapareció misteriosamente, justo después de que empezaran los rumores de que era el famoso Conde Drácula... era imposible de ignorar.

— ¡Vlad no es el Conde Drácula de las novelas! —me escuché decir, defendiéndolo instintivamente.

— ¡Eh, relájate, Vik! Solo te cuento lo que se dice por ahí.

Le apreté la mano para que me mirara.

— Mi pulsera detectora de almas reaccionó cuando estuve delante de Vlad.

*****

— ¡Aquí están mis zapatos! —celebró Lana al entrar en la habitación—. Me había olvidado de que te los presté.

Y yo me había olvidado por completo de que los había dejado en el invernadero. Igual que el vestido y las bragas que Vlad había rasgado y...

— ¿Qué ha pasado con tu ropa? —me miraba con una sonrisa pícara.

Ambas prendas estaban sobre la cama.

¡Qué vergüenza!

Me cubrí la cara con las manos, sin saber dónde meterme.

— ¡Oh, venga ya! ¡Ya somos mejores amigas, Vik! —me abrazó —. ¿Cómo fue?

— ¡Lana!

— En serio, ¿cómo fue? —La curiosidad era claramente su segundo nombre—. Si me lo cuentas, yo también te cuento...

— ¿Contarme qué? —retiré las manos del rostro y la miré con intriga.

Mordió su labio inferior, dudando.

— La mayor locura que he hecho.

En ese momento, mi segundo nombre también se convirtió en Curiosidad. Éramos hermanas.

— Fue maravilloso —admití, aún avergonzada de compartir algo tan íntimo con alguien que no fuera mi madre—. Cada vez, cada momento. Nunca imaginé que fuera así...

— ¡Estás coladita por él! —se apartó dando palmaditas, eufórica—. Vale, no digas nada más.

— Ahora te toca. ¿Qué locura has...?

Ni me dejó terminar la frase antes de soltar la bomba:

— ¡Perdí la virginidad con Petru Moldoveanu!



VLAD

Cazar en las condiciones en que me encontraba no fue nada fácil, ni mucho menos agradable, pero sí necesario. Al menos, no necesitaba más que un solo hombre para alimentarme.

Cuando sentí que Viktória no estaba bien, reaccioné por puro instinto protector, ignorando por completo la prohibición de exponerme a la luz del sol. Por suerte, seguíamos dentro de la mansión y no me expuse el tiempo suficiente como para que mi piel quedara reducida a carne viva.

No tenía el mejor aspecto, desde luego, pero pronto me recuperaría.

Normalmente sanaba rápido de cualquier herida ocasional. Sin embargo, cuando se trataba de quebrantar las restricciones impuestas por los espíritus ancestrales, la recuperación era mucho más lenta, como castigo por haber transgredido. La necesidad de alimentarme y ofrecer el tributo era inapelable.

— Ahora sí, este es el Vlad que yo conozco —comentó Petru en cuanto regresé de la caza.

— Pensé que estarías dormido. Iba a despertarte para volver.

— ¿Estás en condiciones de conducir? —Se levantó del sofá, tambaleándose ligeramente—. Porque me he terminado una botella entera de whisky y no puedo ponerme al volante.

Me acerqué a él y le ofrecí apoyo con el hombro, preocupado.

— ¿Qué demonios te pasa, chaval? —Recordé aquellos tiempos en que Petru era un adolescente y solía beber a escondidas en mi desván—. Pensé que esa fase rebelde ya la habías superado.

— Creo que estoy enamorado de la nieta de Ioana —confesó, con la voz algo pastosa, pero lo entendí claramente.

— ¿Lana? ¿Cómo ha pasado eso? La chica acaba de llegar a Zsigmond.

— ¡Mira quién habla! —soltó una carcajada—. Tú te enamoraste de Viktória el primer día.

— Tienes razón. No tengo una justificación —reí también, resignado.

— Lana me ha hechizado —negó con la cabeza, claramente alterado—. Esa brujita descarada ha estado jugueteando con los grimorios del Clan Constantin y me ha descolocado por completo.

No me esperaba eso.

— ¿Estás diciendo que Lana te obligó a tener sentimientos por ella? Porque eso sería una violación directa de tu libre albedrío, y Ioana necesita saber lo que su nieta ha hecho antes de que sea iniciada.

— No me obligó a nada. Todo lo que hice fue por elección propia.

— ¿Qué coño ha pasado entre vosotros dos, Petru?

Después de un suspiro profundo, su respuesta me dejó sin palabras:

— Exactamente lo que estás pensando. Y no debería haber pasado.



CAPÍTULO 36

VIKTÓRIA

Después de contarme toda la historia con Petru, Lana me dejó sola para que pudiera llamar a Vlad.

Ya me sentía mucho mejor, tanto física como mentalmente. Dormir unas horas era justo lo que necesitaba, y distraerme un rato con el romance inesperado entre mi abogado y mi nueva amiga también me vino de perlas.

Sin embargo, en cuanto conecté el móvil al cargador y lo encendí, las notificaciones de mensajes de mamá Margarida me hicieron darme cuenta de lo negligente que había sido en los últimos días, dejándola preocupada sin saber nada de mí.

MAMÁ: ¿Todo bien por ahí? Ya no me mandas vídeos.

MAMÁ: ¿Cómo fue tu día, mi amor? ¿Estás de turismo?

MAMÁ: Viktória, ¿por qué me ignoras? ¿Qué ha pasado?

MAMÁ: ¡Voy a llamar a la policía!

— ¡Madre mía! A este paso, ¡hasta la Interpol debe de estar buscándome!

La llamé sin pensar en el cambio horario, porque sabía que no le importaría con tal de tener noticias mías.

— Espero que no seas un secuestrador extranjero, porque apenas hablo portugués y no tengo ni un duro, ¿me entiendes bien? —contestó al segundo tono, hablando atropelladamente, dejando claro que estaba tan preocupada como cabreada conmigo.

— Hola, mamá… soy yo.

— ¡¿Niña, quieres que me dé un infarto?! —chilló con la voz entrecortada—. He estado al borde del colapso, ¡hasta Rita vino a dormir conmigo hoy para que no hiciera una locura y…

— ¡Mamá, perdóname! —mi voz salió temblorosa—. El móvil se me quedó sin batería y han pasado tantas cosas aquí que...

— ¿Qué ha pasado? —interrumpió angustiada—. ¿Estás herida? ¿Estás enferma? ¿Alguien te ha hecho algo...?

— Cálmate, doña Margarida. Estoy bien. Pero descubrí muchas cosas sobre esta familia que me dejaron un poco descolocada.

Se quedó en silencio unos segundos, recomponiéndose para no echarme la bronca y poder apoyarme como siempre lo hacía cuando lo necesitaba.

— ¿Quieres contármelo?

Tragué saliva. Escuchar su voz me hizo darme cuenta de lo metida que estaba en una especie de realidad paralela desde que llegué a Zsigmond.

— Por teléfono es complicado, y vas a pensar que estoy inventando cosas —intenté usar un tono ligero para disimular la tristeza que me inundaba—. Parece una de esas telenovelas turcas que te gustan tanto, llena de dramas familiares y líos que no se acaban nunca.

— ¿Ah, sí?

— Mhm. Pero estoy bien, sólo necesito procesarlo todo.

— ¿Cuándo piensas volver a casa? Te echo tanto de menos… y me tienes preocupadísima. Estoy aún más canosa, ya verás cuando te mande una foto. ¡Y será tu culpa, que lo sepas!

Solo doña Margarida conseguía hacerme reír en un momento como aquel.

— ¿Te conté que conocí a una chica que se llama Lana, verdad? Es la nieta de la mujer que cuida de la mansión.

— Sí, sí. Me mandaste una foto con ella. ¡Muy guapa la muchacha! Hasta os parecéis un poco...

Ese comentario me sacó una carcajada, porque era cierto que teníamos algunos rasgos similares.

— Lana se gradúa la semana que viene y me ha invitado a la ceremonia —le dije, odiando tener que mentirle, pero sin poder revelarle que en realidad era un ritual de iniciación para brujas—. Me gustaría mucho ir.

Durante un momento pensé que la llamada se había cortado, porque mamá Margarida no dijo ni una palabra.

— ¿Mamá?

Oí un suspiro largo antes de que respondiera.

— No me digas que te has enamorado de ese abogado...

— ¿Qué? ¡No! —mi reacción fue claramente de sorpresa—. ¿De dónde sacas eso?

— No me parece tan imposible. Recuerdo bien que era guapísimo y muy simpático...

— ¡Que no estoy con él, ¿vale?! De hecho, la que está con él es Lana.

— ¿En serio? —adoptó su tono de cotilla de inmediato—. ¡Menudo bombazo! Me alegro entonces, porque ya me estaba haciendo a la idea de tener que ir allí a buscarte y meterte en cintura.

— No tienes remedio —me reí, sintiéndome tan reconfortada de poder hablar con ella, como hacíamos cada noche después de cerrar la tienda—. Te echo tanto de menos, mamá. Daría lo que fuera por un abrazo tuyo ahora mismo...

— Pues vuelve pronto, a nuestra casita, a nuestra vida sencilla pero tranquila. Sé que no quieres preocuparme, pero sea lo que sea que esté pasando ahí, recuerda que tu madre te quiere mucho y que está deseando abrazarte. Aunque sea para que me digas que has decidido quedarte a vivir fuera de Brasil, ¿eh, mocosa? Ten al menos la decencia de decírmelo cara a cara. Me lo merezco.

Dicen que la intuición de una madre nunca falla. Y aunque no fuese mi madre biológica, el amor que mamá Margarida sentía por mí era el más genuino que podía recibir.

Me conocía lo bastante bien como para saber que estaba atravesando un torbellino emocional, por más que intentara ocultarlo.

— No quiero vivir fuera de Brasil, ni estar lejos de ti —me escuché decir, con toda la certeza del mundo—. Sólo necesito cerrar algunos capítulos aquí antes de volver a casa.

— Las decisiones no son cadenas, Viktória —dijo con dulzura—. Está bien si tus prioridades cambian. Sólo quiero que sepas que estaré siempre aquí para ti. Eres, y siempre serás, mi hija.

Contener las lágrimas fue imposible.

— Te quiero, mamá.

— Yo también te quiero, mi niña bonita.

*****

En plena noche, sentí una presencia junto a mí en la cama y me removí para encender la lámpara, pero una mano masculina me sujetó por la muñeca.

— Shhhh... no digas nada. Sólo déjame quedarme aquí mirándote. Vuelve a dormir.

Era Vlad.

No tardé en reconocer su fragancia, y su toque sobre mi piel siempre me provocaba un tipo de escalofrío distinto.

Le había llamado varias veces, pero las llamadas iban directas al buzón. Preocupada, intenté hablar con Petru, pero tampoco obtuve respuesta.

Apenas pude cenar, y sólo logré dormir después de mucho esfuerzo.

— Está oscuro —justifiqué, deseando verle. Saber si estaba bien tras haberse expuesto al sol por mi culpa.

— ¿Se me olvidó contarte que tengo visión nocturna? —bromeó con tono divertido—. Veo perfectamente en la oscuridad.

— Pero yo no. —Me acurruqué contra él, sintiendo la necesidad de su contacto—. Te quemaste por...

— Porque quise —me interrumpió, envolviéndome entre sus brazos—. Fue decisión mía, y lo haría otra vez si hiciera falta. Así que ni se te ocurra sentirte culpable.

— Demasiado tarde para eso.

— Estoy como nuevo, señorita Mészáros. Pero me alegra saber que te has preocupado por mí.

Aunque no podía verlo, sí podía tocarlo.

Y eso fue lo que hice.

Sosteniendo su rostro entre mis manos, noté su piel suave, sin rastro alguno de quemaduras o cicatrices.

— ¿Quieres que esta noche te haga ver las estrellas? —susurró con un tono pícaro que me hizo reír.

La verdad, lo que más deseaba era estar con Vlad sin todo el peso del pasado que condicionaba nuestras decisiones.

Pero, lamentablemente, querer y poder eran verbos con significados muy distintos.

No me quedaba otra que aprovechar los momentos que aún podíamos compartir.

— Me encantaría.

*****

— Ya puedes abrir los ojos —dijo en cuanto se detuvo.

Sostenida entre sus brazos, y con mi consentimiento, Vlad usó su hipervelocidad para llevarme al exterior de la mansión.

— No era exactamente lo que tenía en mente, pero me ha encantado —le besé en la mejilla, aliviada por verle al fin y comprobar que no tenía heridas—. Ya puedes bajarme.

— ¿Tienes frío? —me preguntó mientras me dejaba de pie y acomodaba la manta sobre mis hombros.

Negué con la cabeza.

Cuando me preguntó si quería ver las estrellas, no imaginé que lo decía en sentido literal. Pero al contemplar el cielo de madrugada, cubierto de puntos brillantes, fue imposible no emocionarme.

— Eres un hijo de las estrellas… como los dragones en los que creían los antiguos egipcios.



VLAD

Sentado en el césped de Zsigmond, mantenía a Viktória acurrucada entre mis piernas, rodeándola con los brazos para que se mantuviera abrigada bajo la manta que le obligué a ponerse.

No podía llevarla a ver el amanecer o el atardecer, pero nada me impedía pasar tiempo con ella contemplando el cielo nocturno. La temperatura era agradable, aunque, al estar Zsigmond en lo alto de una colina, el viento era siempre frío, especialmente de madrugada.

— Solía tumbarme justo aquí y pasar horas mirando las estrellas —le conté, solo para romper el silencio—. Pero hacía mucho que no venía.

En cuanto me alimenté, mi cuerpo sanó rápido de las quemaduras, y no quise quedarme en Bucarest más tiempo del necesario. Con Petru completamente borracho, acabé conduciendo yo mismo, y seguramente me gané una o dos multas por exceso de velocidad.

No quería estar lejos de Viktória justo cuando más vulnerable se sentía. Tenía esa necesidad de cuidarla. De protegerla.

— ¿Cómo era Zsigmond cuando mi bisabuela y mis tíos vivían aquí? —me sorprendió con la pregunta—. Dijiste que, aunque mantenías tu presencia en secreto, convivíais como una familia.

Después de todo lo que ya le había revelado, hablarle sobre los Mészáros con quienes más conviví desde el inicio de mi Legado no me resultaba difícil. Solo... nostálgico.

— Yo fui el "tío Vlad" —sonreí, recordando a Ciprian y Constanta de pequeños, corriendo por la mansión, invitándome a

jugar al pilla-pilla—. Vi a los gemelos decir sus primeras palabras, dar sus primeros pasos, caerse una y otra vez. Eran inseparables. Siempre lo fueron, incluso en la adolescencia.

— ¿Y tu relación con Mirela?

— Después de regresar a Zsigmond tras el nacimiento de los niños, nuestra relación fue más tranquila. Mirela parecía haber comprendido que no buscaba ningún vínculo romántico, y nos hicimos buenos amigos. Convivimos en paz durante décadas, incluso después de que Constanta, ya de adulta, empezara a odiarme.

Era extrañamente reconfortante poder hablar con alguien de aquella época, abrirme con sinceridad. Darle a Viktória todas las respuestas que buscaba no solo me resultaba fácil... era liberador. Haber guardado tanto dentro de mí por tanto tiempo fue, probablemente, lo que me hizo tan hermético.

— ¿Por qué te odiaba? —se acomodó para mirarme directamente a los ojos.

Le besé la coronilla antes de responder:

— Tu tía Constanta creía que Mirela se había quedado embarazada para prolongar mi inmortalidad. Como no sabía quién era el padre, y sospechaba que tu madre y yo manteníamos una relación en secreto, se negó a ser iniciada en la cultura mística como forma de protesta.

— Pero mi tío no pensaba lo mismo —concluyó.

— Ciprian sabía lo importante que era el Legado para tu madre, así que asumió la responsabilidad de asegurar una descendencia. Pero Mirela, al no conocer sus intenciones, nunca le habló sobre la maldición que afecta a los hombres con sangre mística.

— Petru me mencionó algo sobre esa maldición, pero pensé que era una tontería. ¿Qué les pasa a los descendientes masculinos?

— Solo las mujeres del Clan nacen con el don de la magia, lo que las hace especiales. Sin embargo, los hombres también forman

parte de esa línea. Cuando un descendiente masculino engendra un hijo con una mujer no practicante, ella no sobrevive al parto. Eso le pasó a la madre de Valeriu, y a la tuya. Al no tener conexión mágica, su energía vital se consume por completo durante la gestación.

— Entonces no era una tontería… Pero por lo visto, mi padre lo descubrió demasiado tarde.

— Eso no lo sé, nunca conviví con Valeriu. Ciprian lo mantuvo en un internado durante años. En cuanto a la maldición… no hay una explicación lógica. Es simplemente así. Por eso los Covens defienden que tanto hombres como mujeres de linaje místico deben unirse solo entre ellos.

— ¿Está prohibido?

De repente, pensé en Petru y Lana. Si seguían adelante con su relación, podrían enfrentarse a la oposición de Ioana o de otros miembros del Coven.

— No exactamente. Una practicante de magia puede tener hijos con un hombre no místico. Eso hizo Alexandra para asegurar la continuidad del Legado. Su esposo no era de linaje mágico. Pero en el caso de los hombres...

— ...No pueden tener hijos sin perder a su pareja.

— Y para las mujeres, unirse con alguien fuera de su mundo puede dificultar la transmisión de las tradiciones. Ese fue el mayor reto para la descendencia de Alexandra. Con los años, la cultura mística fue debilitándose. Hoy, las pocas brujas que aún existen prefieren mantenerse ocultas, por miedo a ser perseguidas por quienes no están preparados para aceptar lo que escapa a su realidad.

— ¿Y tú cómo sabes todo eso? —entrecerró los ojos, divertida —. ¿Acaso tienes un doctorado en culturas místicas?

Solté una carcajada y le besé la punta de la nariz.

— Te dije que soy historiador, investigador y escritor… Pasé años estudiando la cultura mística mientras viajaba por el mundo.

Tal vez por eso fui tan negligente con el Clan Mészáros.

— Vaya… —me rodeó el cuello con los brazos, mirándome con admiración—. De guerrero medieval a inmortal erudito… quién lo diría.

— Ya ves —le regalé una sonrisa presumida—. Y eso que me leí todos los clásicos cuando aún ni siquiera eran considerados clásicos.



CAPÍTULO 37

VIKTÓRIA

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, estaba sola en mi habitación. No recordaba en qué momento me había quedado dormida, ni cómo Vlad me había llevado de vuelta al interior de la mansión.

Habíamos pasado horas hablando de todo y de nada, mientras observábamos cómo el cielo iba cambiando hasta que los primeros indicios del amanecer se asomaron en el horizonte.

En sus brazos, me sentí protegida y amada.

Durante un rato, me permití soñar cómo sería una vida a su lado, sin Legado místico, ni Legado Drácula, sin maldiciones de linaje, ni tributos a los espíritus ancestrales, ni promesas antiguas.

Sin ningún elemento sobrenatural interfiriendo en nuestras decisiones.

Y, en ese instante, todo pareció perfecto.

Le presentaría a mamá Margarida como mi novio extranjero.

Le enseñaría a Vlad todo lo que me fascinaba de la Isla del Sol.

Le haría probar todos los pasteles y dulces que me habían hecho tan solicitada por los clientes, además de las delicias que preparaba mi madre.

Viajaríamos por el mundo juntos y, en uno de esos viajes, me pediría matrimonio con el típico cliché de rodillas, sosteniendo una cajita con un bonito anillo.

Yo diría que sí.

Nuestra boda sería en la playa, al atardecer. Reuniríamos a las personas importantes para nosotros, para que fueran testigos de nuestros votos.

Me emocionaría hasta las lágrimas y, con algo de miedo, cuando viera las dos rayitas en el test de embarazo. Pero Vlad me abrazaría y susurraría al oído que habíamos sido bendecidos por poder ampliar nuestra familia.

Toda esa fanfic ya estaba escrita en mi cabeza, pero, por desgracia, la realidad no encajaba con nada de eso.

Tal vez lloré un poco en brazos de Vlad antes de quedarme dormida y que él me trajera de vuelta a mi cuarto.

— ¡Vik! — La voz de Lana, seguida de golpes insistentes en la puerta, me hizo dar un respingo en la cama.

¡Menudo susto, por Dios!

— ¡Ya voy! — Me levanté sin tener muy claro qué hora era.

Desbloqueé la puerta y, aún medio dormida, la abrí. Lana entró con prisas, tan entusiasmada que sin un buen chute de café, yo aún estaba a años luz de alcanzarla.

— ¡Tengo que enseñarte algo! ¡En serio!

— ¡Buenos días para ti también, Lana! — El bostezo me salió sin querer. — ¿Qué cosa?

— ¡Es sorpresa! Quiero ver tu cara cuando lo veas — dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, prácticamente saltando de la emoción.

Rodé los ojos, bostezando otra vez.

— ¿Puedo al menos darme una ducha y vestirme?

*****

— Una trampilla... — Me quedé mirando la puerta de madera que Lana acababa de abrir, aún sin creérmelo. — ¿Cómo la encontraste?

Escondida entre los rosales, la trampilla de poco más de un metro de ancho daba paso a una escalera de madera, pero ni Lana

ni yo habíamos bajado para comprobar adónde conducía aquel acceso.

— Estaba enfadada y lancé mi pulsera reconocedora de almas, pero me arrepentí enseguida y tuve que meterme entre las espinas para buscarla.

— ¿Fuiste a hablar con Petru? — Después de nuestra conversación el día anterior, le había aconsejado a Lana que hablara con el abogado, al menos para aclarar en qué punto estaban después de lo que había pasado.

— Me muero de la vergüenza, pero aún no he tenido la oportunidad de verlo. Por lo menos encontré la pulsera y, como regalo extra, ¡este lugar secreto! — Sonrió ampliamente. — ¿Tienes idea de lo que puede ser? Al fin y al cabo, heredaste la propiedad.

— Petru no me dijo nada sobre este sitio. — Fruncí el ceño, pensativa. — Espera... Tal vez... Me habló de un tesoro familiar.

— ¿Y qué esperas para bajar ahí, mujer? — Los ojos de Lana se agrandaron y señaló la escalera.

— ¿Por qué yo? — Crucé los brazos, desafiándola. — ¡La curiosa por saber lo que hay ahí abajo eres tú, señorita Constantin!

— ¿Yo? — Negó con la cabeza rápidamente. — ¡Soy una bruja, por si lo has olvidado! ¡De otro Clan!

— ¿Y qué? — Me encogí de hombros, sin entender su razonamiento.

— Y que Zsigmond pertenece al Clan Mészáros, y si hay un lugar secreto, es muy probable que esté protegido con un hechizo de sangre. Solo una descendiente puede abrirlo, y seguramente se necesita una reliquia familiar como llave.

— ¿Y tú cómo sabes todo eso? — sospeché.

Lana no parecía sospechosa, solo entusiasmada.

— Porque es una tradición mística. Mi familia también tiene un lugar secreto al que solo las mujeres del Clan pueden acceder. Así

fue como conseguí el grimorio con los hechizos que usé para fabricar nuestras pulseras y aparecer en los sueños de Petru.

— ¿Qué estáis haciendo ahí? — La voz de Petru nos pilló desprevenidas.

Lana desvió la mirada, sin atreverse a mirarle de frente, y no pude evitar sonreír, porque su reacción me pareció de lo más tierna.

— Hablando de ti, ¿no lo has oído? — solté, con tono burlón.

La expresión de Petru dejaba claro que sí lo había oído.

— Lana, tenemos que hablar — ignoró mi provocación. — Ven conmigo, por favor.

Ella se giró para mirarlo y luego buscó mi mirada en busca de apoyo.

Con un leve gesto de cabeza y una sonrisa cómplice, le di a entender: debía aprovechar la oportunidad e ir con él.

— Está bien. — Me saludó con la mano, alejándose por el sendero donde los rosales estaban más dispersos, aunque aún tenía que tener cuidado con las espinas para no pincharse.

— Ten cuidado. — Petru se metió entre los arbustos a zancadas, ignorando las espinas mientras apartaba las ramas para que Lana pudiera pasar sin problemas.

¡Son tan monos juntos!

Era el momento perfecto para que una shipper del par se derritiera de amor con la escena.

Olvidándose completamente de mi presencia, Lana y Petru se alejaron, él con la mano en su hombro, guiándola fuera del jardín de invierno.

— ¡Yo también estoy bien, por si os interesa! — subí el tono, lo bastante alto como para que Petru me oyera, sin ahorrarme el sarcasmo. — No necesito ayuda ni me voy a pinchar con estas espinas. Pero gracias por preocuparte, ¡todo un caballero!

Justo entonces sonó mi móvil y lo saqué del bolsillo trasero de mis vaqueros.

Era Vlad.

— ¿En qué parte de Zsigmond estás? — Su tono era de preocupación, igual que el de Petru con Lana. — ¿Y por qué ese idiota de Petru no te ha ayudado?

Solté una risa, pero en seguida recordé que, además de su oído agudo, Vlad tenía el don de la hipervelocidad.

— ¡Ni se te ocurra salir del desván hasta que se ponga el sol, ¿me oyes?! — grité, enfadada y nerviosa solo de imaginar que pudiera volver a lastimarse por mi culpa. — ¡Quédate ahí mismo!

— Respóndeme.

— Estoy bien, solo me estaba burlando de Petru por lo de Lana, ¡cotilla! — La última parte la solté en portugués. — Estoy en el jardín de invierno. Lana encontró por casualidad una trampilla...

— Es una cámara acorazada — me interrumpió, revelando justo lo que Lana y yo queríamos saber. — Ahí están guardados los grimorios del Clan Mészáros, protegidos con hechizos de restauración para que no se deterioren con el tiempo.

— Guau...

— Tú tienes la llave. Petru ya te la entregó. Pero yo también tengo una copia de seguridad.

¡Claro!

— El collar.

— Exacto.

Volví a mirar la puerta de la trampilla una última vez.

— ¿Qué te parece si espero a que se ponga el sol, y la abrimos juntos?



PETRU

— ¿Qué fue esa conversación sobre pulseras y qué otros hechizos usaste conmigo?

No quería sonar brusco, pero el hecho de no poder quitarme a Lana de la cabeza, ni por un segundo, me tenía inquieto e irritable por no tener el control de mis propias emociones.

Verla tan guapa con ese vestido largo morado, de mangas largas y escote en V —una mezcla curiosa entre recatado y provocador— tampoco ayudaba a que pensara con claridad.

— Te has arañado... — Fue directa a mis manos, tomándolas entre las suyas para ver las heridas que me dejaron las espinas de los rosales.

Llevaba puesto un traje, así que no me había arañado el cuerpo, pero al abrir camino para que pudiera pasar sin pincharse, había dejado mis manos completamente expuestas.

— No es nada. — Retiré las manos, ocultándolas a mi espalda, intentando mantenerme indiferente. Probablemente sin éxito. — Respóndeme, por favor.

Estábamos en la entrada del bosque, en la parte trasera de la finca, justo en el lado opuesto al mausoleo de los Mészáros. No quería correr el riesgo de que Ioana nos viera, y el equipo de seguridad tampoco interferiría allí.

— No te lancé ningún hechizo para que te enamoraras de mí — murmuró con la cabeza gacha, subiendo la manga del vestido y dejando al descubierto en su muñeca una tira de cuero negro trenzado con un hilo rojo. — Lo que hice fue fabricar una pulsera reveladora de alma.

Sosteniendo su mano, toqué la dichosa pulsera y, al mismo tiempo que noté las marcas en su piel, sentí una quemazón en los dedos, como si el cuero me abrasara.

— ¿Qué mierda es esto? — Arranqué la pulsera con fuerza, desatando el nudo para quitársela. — ¿Por qué llevas algo que te hace daño?

— Porque soy idiota — gritó, al borde del llanto. — ¡Claro que me está haciendo daño, esta mierda! Porque reacciona cuando estás delante... ¡Debería haberla tirado a la basura hace tiempo!

— Lana... — La maldita quemazón seguía ardiendo en la palma de la mano, pero no solté la pulsera, impidiendo que ella la recuperara.

— Esta pulsera solo reacciona cuando reconoce el alma gemela de quien la lleva puesta. — Se giró, cubriéndose el rostro con las manos. — La hice porque no quería involucrarme con la persona equivocada. Para saber quién estaba destinado a ser mi compañero en esta vida.

Tragué saliva, mirando la tira de cuero que no tenía pinta de ser mágica.

— ¿Por eso te metiste en mis sueños? — Aún estaba digiriendo todo lo que me acababa de confesar.

— Quería acercarme a ti... saber si sentirías algo por mí. — Se encogió de hombros. — No necesariamente amor, pero...

— Dijiste que no me obligaste a nada — la interrumpí, esforzándome por mantener la compostura. — Que el hechizo de seducción en sueños solo revela lo que el subconsciente de la persona ya estaba alimentando.

— Así es. — Se volvió a mirarme, ahora más tranquila. — ¿Por qué usaría magia para obligar a alguien a enamorarse de mí? Quiero ser amada de verdad, por alguien que me valore y que quiera estar conmigo con el corazón abierto, sin condiciones. Violar el libre albedrío de alguien no me haría feliz, porque siempre quedaría la duda de si el sentimiento es auténtico o efecto de un hechizo.

Además, está prohibido. Los espíritus ancestrales me castigarían. Puedo ser joven, pero no soy estúpida y...

— ¡Ya lo he entendido! — Acorté la distancia entre nosotros, rodeándola con los brazos mientras me inclinaba para besarla, rindiéndome al deseo que me consumía por dentro.

Lana se aferró a mí, rodeándome el cuello con los brazos y devolviéndome el beso sin reservas ni timidez.

Tenerla en mis brazos, sabiendo que no era un sueño, era aún más intenso de lo que había imaginado.

No era un hombre especialmente experimentado, teniendo en cuenta que desde que salí de la universidad, me volqué por completo en el trabajo, descuidando mi vida personal.

Pero los sentimientos contradictorios que me invadieron desde el primer instante en que vi a Lana, me hicieron entender que había algo distinto en ella. Y tras todo lo que había pasado entre nosotros en los últimos días, elegí creer en cada palabra que me dijo.

Porque quería que fuera verdad.

— Esperaré hasta tu ceremonia de iniciación — le dije, mirándola con firmeza para que entendiera el peso de mis palabras. — Tienes hasta entonces para decidir si de verdad quieres estar conmigo. Después, hablaré seriamente con tu abuela y tu madre.

Una sonrisa iluminó su rostro, volviéndola aún más deslumbrante.

— No van a ponértelo fácil, Petru Moldoveanu.

La abracé de nuevo, inundado por una única certeza: ¡Lana era mía!

— Estoy preparado, y tengo argumentos bastante convincentes.



CAPÍTULO 38

VIKTÓRIA

Caminando de la mano, Vlad avanzaba a mi lado como una persona normal, sin hacer uso de su velocidad sobrehumana, para que llegáramos juntos al invernadero.

— Cuando Petru me dio el collar, tuve la sensación de haber visto antes ese colgante en forma de rosa — comenté durante el trayecto. — Ahora me acuerdo. Fue la noche en que te presentaste por primera vez como Vladimir Grigore. Llevabas un collar con un colgante idéntico.

— Fue un regalo de Alexandra — confesó, abriendo la puerta de cristal para que pasara. Después, la cerró desde dentro. — El collar debía pasar siempre a una descendiente femenina, pero para evitar que se perdiera, me convertí en el guardián de una copia de seguridad.

— Estoy un poco nerviosa — confesé al llegar a la hilera de rosales que daba acceso a la trampilla. — Parece que las sorpresas y revelaciones no se acaban nunca. Me da algo de miedo lo que pueda encontrar ahí abajo.

Vlad dio un paso al frente y me sostuvo el rostro entre sus manos. Con un beso lento, me transmitió calma. Al abrazarme, me envolvió en una sensación de consuelo y, con una sonrisa serena, me dio fuerzas.

— Soy tu protector, ¿recuerdas? Ahora cierra los ojos. — Me sorprendió al alzarme en brazos para cruzar el pasadizo entre las rosas. — ¡Será un segundo!

Solté un grito, mezcla de queja y risa, pero apenas tuve tiempo de fingir un drama, porque enseguida estábamos frente a la trampilla.

— Siempre a tu servicio, señorita Mészáros. — Hizo una reverencia teatral.

— Muchas gracias, señor Grigore.

Dejando las bromas, Vlad abrió la trampilla y bajó los primeros escalones. En cuanto lo hizo, unas luces se encendieron automáticamente a lo largo del pasillo, revelando un sistema de seguridad moderno con sensor de movimiento.

— No todo se soluciona con hechizos — dijo, extendiéndome la mano para que lo siguiera. — La tecnología también es una gran aliada.

— Ya veo...

Sin embargo, la puerta del supuesto cofre no tenía nada de moderno ni tecnológico.

Tallada en madera sin tratar, estaba cubierta de símbolos que no reconocía. Al preguntarle a Vlad, tampoco supo decirme qué significaban.

Solo el dibujo de una rosa en el centro indicaba que debía encajar ahí el colgante del collar.

— ¿Solo eso? — Lo miré, escéptica. — ¿No hace falta una gotita de sangre o una frase mágica?

— Esto no es una película, Viktória — respondió, riendo mientras negaba con la cabeza.

— Pero sería una buena — murmuré mientras encajaba el colgante en el hueco. — ¡Netflix se lo está perdiendo!

El ruido de la puerta abriéndose me hizo dar un salto hacia atrás, con Vlad sujetándome por la cintura, riéndose de mi sobresalto.

— Tranquila, solo es un cofre lleno de libros viejos. — Besó mi mejilla mientras esperábamos que se abriera del todo.

No.

No era solo un cofre lleno de libros viejos.

ERA EL COFRE.

Debía tener unos tres metros cuadrados y sus paredes, pintadas de blanco impoluto, no se correspondían en absoluto con la imagen de un lugar cerrado en un sótano que llevaba años sin abrirse.

— Aquí no solo usaron un hechizo de conservación, sino también uno de limpieza — ironicé al entrar, aún con cierta cautela. — No hay ni una pizca de polvo, ni una sola telaraña para asustar.

En el centro había una mesa antigua y robusta. Encima, un libro grande con tapa de cuero negro. A su lado, una estilográfica con forma de pluma.

— Debe de ser el grimorio de Mirela — murmuré, sin atreverme a abrirlo.

Si fuese una practicante de magia, tal vez me animaría. Pero al no serlo, sentía que estaría profanando un lugar que no me pertenecía.

Yo era solo la nueva guardiana de aquellas reliquias. La encargada de proteger el Legado del Clan Mészáros y pasarlo a la siguiente generación.

Una generación que debía nacer de mí, siendo yo la última de la línea.

De nuevo, el peso de esa responsabilidad me golpeó con fuerza, enfrentándome a mis sentimientos.

Intentando no dejarme abrumar, observé las estanterías de cristal, donde filas de grimorios antiguos estaban organizadas por fechas y nombres de mis antepasadas.

— Andreea, Georgeta, Ileana, Mihaela, Ruxandra, Stela, Ofelia... — leí en voz alta algunos nombres.

Era, sin duda, un tesoro...

— Qué raro... no encuentro el nombre de Alexandra... — miré a Vlad, que permanecía junto a la puerta, con los brazos cruzados.

— ¿Y eso? — frunció el ceño, señalando una caja de madera solitaria en una de las estanterías. — Aunque tengo la llave, nunca entré aquí antes. Mirela lo construyó mientras yo estaba fuera.

— ¿Y antes de Mirela? ¿Nunca tuviste acceso a estos grimorios? — Me acerqué y noté que la caja tenía el mismo símbolo de rosa tallado que la puerta del cofre.

— Yo construí el primer arcón donde se guardaron los grimorios, antes de que Alexandra se marchara a casarse. Antes de eso, estaban desperdigados por su cabaña en Hoia Baciu. Fue ella quien creó el hechizo de conservación para protegerlos. Pero nunca los leí.

— ¿Por qué no? — Tomé la caja con ambas manos, algo pesada. — ¿Ni por curiosidad?

— Con tu permiso — dijo con una reverencia formal antes de dar un paso dentro del cofre. — Permíteme ayudarte.

No me hice la difícil y dejé que llevara la caja a la mesa central.

— Respondiendo a tu pregunta: no tengo el menor interés por los hechizos — afirmó con firmeza. — Ya he estudiado lo suficiente sobre la cultura mística como para entender que, si no soy practicante, no debo entrometerme.

— Es justo lo que pensé al ver el grimorio de Mirela — admití. — Pero ahora tengo mucha curiosidad por saber qué hay en esta caja... y por qué falta el grimorio de tu... eh...

— ¿Creadora? — sonrió con sarcasmo.

— Exacto.

Saqué el colgante del bolsillo trasero del vaquero y no dudé en abrir la caja.

Estaba impaciente por descubrir su contenido.

— ¿Viktória? — Vlad y yo leímos al mismo tiempo, intercambiando una mirada perpleja.

El nombre estaba grabado en la tapa de cuero marrón del libro antiguo guardado en la caja.

— Debe de ser el grimorio de la hija de Alexandra — recordé lo que Vlad me había contado.

— No tiene ningún sentido. — Con manos temblorosas, sacó el libro y lo colocó sobre la mesa, hojeando varias páginas. — Viktória no fue iniciada en la cultura mística. No consiguió convertirse en bruja, aunque transmitió el Legado a sus hijas. Y las fechas tampoco cuadran. Ni siquiera había nacido cuando se escribió este libro.

— ¿Cómo? ¿Hubo otra Viktória?

— Este grimorio fue escrito antes de que yo fuera transformado. — Al abrir el libro en la última página, Vlad retrocedió, visiblemente alterado.

Ya sin reservas, centré mi atención en el texto y reconocí el poema:

"En esta tierra consagrada con la sangre de mis ancestros

Te consagro con la mía

Por el alma que será entregada como ofrenda

Ruego a los antiguos dioses que me devuelvan la tuya

Agradecida a los espíritus superiores que iluminan mi camino

Pido que iluminen el tuyo cuando despiertes a una nueva vida

Así como yo soy sierva de mi naturaleza mágica

Serás siervo de tu naturaleza inmortal

Como tributo por tu renuncia al inframundo

La sangre de los injustos será tu alimento

Y el alma de los perversos será entregada como moneda de cambio

Para que tu corazón siga latiendo

Despertarás del sueño de la muerte por la noche

Y a ella pertenecerás para siempre

La estrella de la mañana irradia la luz de la vida

Pero esa vida ya no te pertenece

Serás fiel a mis descendientes

Protegerás mi Legado, pues también será el tuyo

No serás herido, ni enfermarás

Porque la sangre del último dragón corre por tus venas

Y mientras mi sangre mística exista en este mundo

Tú también existirás

Bienvenido de nuevo, Drácula."

— Ya he leído este poema antes... — le dije a Vlad. — En el diario de Mirela.



VLAD

— No es un poema — confesé, aturdido —. Es el hechizo que me convirtió en inmortal.

Sin entender del todo lo que estaba ocurriendo, abrí el grimorio de Mirela y pasé las páginas hasta dar con la última que había escrito.

— Tal y como me temía — murmuré para mí mismo, cerrando el libro con más fuerza de la necesaria.

En su momento, no le di demasiada importancia porque Ciprian ya me había dejado bien claro que no tenía ninguna intención de ocupar mi lugar. Pero conociendo la naturaleza obsesiva de Mirela, era de esperar que hubiera ido hasta el final con aquel hechizo.

— Vlad, ¿qué pasa? — Viktória me miraba asustada, y lamenté haberla preocupado.

— Lo siento — solté un largo suspiro, pasándome las manos por el pelo en un intento de ordenar mis pensamientos —. Me he acordado del motivo por el cual Constanta llegó a odiarme aún más, y de por qué Mirela rompió todo vínculo conmigo tras la muerte de Ciprian, abandonando Zsigmond y al aquelarre.

— ¿Piensas contármelo? — Me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi pecho.

— ¿Podemos salir de aquí?

— ¿Qué tal un baño en la bañera? — Sonrió, y supe que estaba intentando animarme, aliviar el peso de mi estado de ánimo.

— He soñado con eso desde el primer día que nos conocimos. — Besé la cima de su cabeza y me aparté para guardar el grimorio

misterioso en su caja, devolviéndolo a su sitio en la estantería.

Nunca conocí a ninguna Viktória antes de ser transformado.

La única practicante de magia con la que conviví en aquella época fue Alexandra.

¿Por qué demonios su grimorio no está en el cofre?

Lamentablemente, no tenía respuestas para esas preguntas.

— Espera un momento... — Viktória me miraba con desconfianza. — Aquello en el baño...

— No fue un sueño.

*****

Nada más entrar en el dormitorio de Viktória, cerré la puerta con llave y, al darme la vuelta, me encontré con ella quitándose la camisa mientras intentaba descalzarse con los propios pies.

—¿Por qué tanta prisa? —bromeé, descalzándome con facilidad los botines y los calcetines—. ¿Quieres ayuda?

—Concéntrate en quedarte desnudo cuanto antes, yo me las arreglo por aquí —rió, deshaciéndose de los calcetines y dejando la camisa tirada en el suelo.

Aunque seguía intranquilo por no tener respuestas sobre el grimorio de Alexandra, ver a Viktória desnudándose ante mí captó toda mi atención.

Me quité la camiseta y la dejé caer sin más, centrado en esa mujer que había despertado en mí un lado que creía perdido. Un lado humano, despreocupado, capaz de disfrutar de los pequeños placeres de la vida y de la compañía de alguien que hacía que todo mereciera la pena.

Completamente desnuda, vino hacia mí sin esperar a que me quitara el pantalón, y se lanzó a mis brazos, besándome con urgencia.

Los besos pronto se tornaron caricias íntimas. Mis dedos jugueteaban con su coño ya empapado, y sus gemidos me confirmaban cuánto lo estaba disfrutando.

En un gesto de pura entrega, metió la mano bajo mi ropa interior y empezó a masturbarme, haciéndome arder de deseo.

—A la cama —murmuré entre mordiscos en su labio inferior, alzándola por los muslos y haciendo que se aferrara a mis hombros con las piernas rodeando mi cintura.

La deposité sobre el colchón y me incliné sobre ella, deteniendo el beso solo para contemplarla en silencio, dejándome atrapar por la emoción que me atenazaba la garganta.

¿Qué será de mí si llego a perderte?

—¿Qué pasa?

—Solo estoy grabando esta imagen en mi memoria —respondí, intentando ahuyentar pensamientos inoportunos—. Eres preciosa. Y aún más cuando estás así, tan excitada, deseando que te haga mía.

—¿Y a qué esperas entonces? —sonrió con picardía, mordisqueando mi barbilla.

—Estoy esperando que me susurres al oído, rogándome que te folle —la provoqué—. Porque la iniciativa, aunque sea mínima, lo hace todo aún más intenso. ¿No crees, dulce Viktória?

—¡Quítate el pantalón ya! —ordenó, apretando con fuerza mi erección.

Me deshice de los pantalones y los calzoncillos con rapidez, y al separar sus piernas y colocarlas sobre mis hombros, me lancé entre sus muslos. Lamí, saboreé, chupé su coño con entrega, ansiando cada gemido, cada estremecimiento.

Sus manos se aferraban a las sábanas, sus piernas temblaban mientras me empujaba más y más hacia ella. Y cuando encontré el punto exacto, ese que tanto ansiaba, su cuerpo se sacudió con un orgasmo devastador, prolongado e intenso.

—Voy a morir... —susurró, sin darse cuenta.

Pasándome la lengua por los labios, sonreí con satisfacción. Estaba tan dura por ella, y ella tan lista para mí…

Me situé sobre su cuerpo, mordisqueé su barbilla y luego su labio inferior.

—Ya puedes empezar a suplicar... —dije, acercando mi oído a sus labios.

Aún estremecida, negó con la cabeza sin decir nada.

—¿Vas a hacerte la difícil?

Viktória rió, pero seguía sin contestar. Entonces decidí torturarla un poco. Besé su cuello, bajé hasta su pecho y me centré en uno de sus pezones, succionándolo con intensidad. Ella gimió bajo mi cuerpo.

—Vlad... por favor... —su voz era entrecortada—. Hazme tuya, una vez y otra y otra más...

Era todo lo que necesitaba oír.

Encajando nuestros cuerpos, me deslicé dentro de ella con lentitud. Gemimos al unísono, moviéndonos en perfecta sincronía, con los dedos entrelazados y los ojos cerrados, completamente entregados al deseo… y al amor que ya no podíamos negar.

Era mucho más que sexo.

Y ambos lo sabíamos.

******

—¿Qué fue lo que te afectó del grimorio de Mirela, cuando estábamos en la cámara secreta? —Viktória por fin se atrevió a preguntar.

Juntos en la bañera, nos permitimos un momento de relax, disfrutando simplemente de la presencia del otro.

—Cuando Ciprian cayó enfermo y los médicos lo desahuciaron, Mirela quiso usar magia para curarle. Aunque las brujas pueden tratar algunas enfermedades con infusiones, rituales y otros remedios, la muerte es inevitable y debe seguir su curso natural.

La abracé por detrás, y Viktória apoyó la cabeza en mi hombro mientras acariciaba sus brazos suavemente con los pulgares.

—Lo que me ocurrió fue más que un simple ritual. Fue un pacto con los espíritus ancestrales que exigía una ofrenda para mantener el equilibrio, además de aceptar una serie de condiciones y restricciones.

—Como no poder caminar bajo la luz del sol y alimentarte de la sangre de los injustos...

—Exactamente.

—¿Y qué hizo Mirela?

—Utilizó el hechizo que me convirtió en inmortal como base para crear otro que permitiera transferir el Legado Drácula a otra persona. Así, yo volvería a ser humano, y esa persona, unida a la estirpe Mészáros, se convertiría en el nuevo protector del Clan.

—Esa persona... sería mi tío, ¿no?

—Pero Ciprian no quería la inmortalidad. Estaba en paz con la idea de morir. Aun así, Mirela quería saber si yo estaba dispuesto a cederle el Legado Drácula a su hijo.

—¿Te negaste? ¿Por eso Mirela y Constanta se fueron?

Respiré hondo antes de contestar.

—Sí, me habría deshecho de mi inmortalidad por alguien más, pero no puedo imponer esa carga. Ser inmortal puede parecer un regalo, pero también puede convertirse en una condena. Quien me sustituya debe hacerlo por decisión propia. El libre albedrío es sagrado.

—Entonces, si Ciprian eligió rechazar el Legado, ¿por qué ellas te odiaron?

—Porque para proteger su decisión, para evitar que Mirela o Constanta intentasen convencerle de cambiar de opinión, asumí toda la culpa. A sus ojos, fui yo quien me negó a traspasar el Legado Drácula.

—Ahora todo encaja...

—Al negarme, pensé que Mirela no seguiría adelante con su investigación. No sabía que había perfeccionado el hechizo —hice una pausa antes de concluir—. Y quizá esa fue la razón por la que Constanta ocultó tu existencia, Viktória.

—¿Qué estás diciendo, Vlad? —Se tensó de inmediato y salió de la bañera, claramente alterada.

Esperé a que saliera antes de hacer lo mismo.

Viktória cogió su toalla y comenzó a secarse, visiblemente nerviosa. Odiaba ser el portador de verdades dolorosas, pero sabía que ella necesitaba esas respuestas.

Conocer sus orígenes la ayudaría a trazar su destino.

—Solo una bruja de la estirpe Mészáros puede realizar el ritual que transfiere el Legado Drácula a otro.

—O sea que Constanta se salió con la suya. —Se envolvió en la toalla—. Al no poder convertirme en practicante de magia, tampoco puedo devolverte tu humanidad.

Salí de la bañera y la alcancé antes de que me diera la espalda.

—¡Nunca fue tu responsabilidad, Viktória! —Le sujeté los hombros, pero desvió la mirada, bajando la cabeza—. Incluso si fuese posible, no confiaría el Legado a cualquiera. Llevo más de quinientos años en este mundo y aún no he conocido a nadie en quien confiar tanto como para cederle ese peso.

—¿Ni siquiera Ciprian? —murmuró, sin levantar la vista.

—Él no fue una elección mía —respondí con sinceridad—. Habría sido una decisión circunstancial. Amaba a esa familia, y por eso estaba dispuesto a hacerlo por Ciprian. Pero no sucedió así.

—Haberse enamorado de ti solo hace que la venganza de Constanta sea aún más efectiva...

—¡No digas tonterías! —Tomé la toalla que ella había preparado para mí y la usé para secar su cabello.

Entonces sonó su móvil.

—Debe de ser mi madre. Si no respondo otra vez, se va a volver loca.

Asentí, dándole espacio. Mientras se secaba, yo también me vestí con la ropa que habíamos dejado en el suelo, aunque pensaba ir al desván a cambiarme.

Quería que durmiese conmigo esa noche, pero pronto entendí que no sería posible.

Cuando colgó, su rostro lo decía todo. Corrí hacia ella para abrazarla.

Había oído la conversación, aunque no fue mi intención. Mi oído agudo no me dio elección.

—Mi madre... ha tenido un accidente —dijo con voz quebrada. No sabía qué decir para calmarla.

La abracé por detrás, sabiendo que su angustia solo cesaría cuando estuviera de vuelta a su lado.

—¡Tengo que volver a Brasil! —Exhaló como si liberara algo que llevaba días rumiando.

—No podemos ser egoístas, Vlad —añadió, separándose de mí, con los ojos vidriosos y los labios temblorosos—. Por mucho que nos duela, sabemos lo que implica nuestra decisión. El mismo destino que nos unió, también hizo imposible este amor.

—Viktória... —Sentí sus palabras como una puñalada.

—El amor no es suficiente —retrocedió—. Y aunque me cueste admitirlo, ya entendí que debemos seguir caminos distintos si queremos un futuro sin remordimientos.

—¿Un futuro mejor cómo? —No veía esa claridad que ella parecía tener.

—Siempre he soñado con una familia grande. Darle nietos a mi madre —las lágrimas empezaron a correr por su rostro—. Y aunque Constanta me haya impedido practicar magia, mis hijas o mis nietas podrán retomarla algún día.

No pude evitar llorar. La amaba profundamente, pero jamás podría darle esa familia que tanto anhelaba.

—Ese Legado pertenece a quienes te abandonaron —di un paso hacia ella, sujetando su rostro—. Tu padre te negó, y tu tía te arrebató la oportunidad de tener una familia que te hubiese amado de verdad. ¡No les debes nada, Viktória! ¡Nada!

Sabía lo doloroso que era oír eso, pero era necesario.

—Pero sí le debo a mamá Margarida —se apartó—. Me cuidó y me amó como si fuera su hija. ¿Y cómo le pagué? Huyendo al primer indicio sobre esta familia que me rechazó. Ahora que más me necesita, estoy lejos.

—No te estoy pidiendo que elijas —dije con calma—. Nunca querría separarte de ella...

—Lo sé. Pero ser un vampiro no facilita las cosas logísticamente —intentó sonreír, sin éxito—. Mi sitio no está aquí, Vlad. Zsigmond no es mi hogar. Ya había decidido volver tras la iniciación de Lana. Solo quería pasar un poco más de tiempo contigo antes de...

—¡Mi lugar puede ser donde tú estés! —quise acercarme, pero me contuve—. Puedo adaptarme.

Ella negó con la cabeza.

—Si continúo la estirpe mística... —hizo una pausa—. Tal vez algún día encuentres a alguien dispuesto a heredar el Legado Drácula. Con el hechizo de Mirela, y lanzado por una verdadera Mészáros, podrías volver a ser humano y por fin liberarte del peso de la inmortalidad, sin romper la promesa que le hiciste a Alexandra.

—Estás pensando solo en mí. En esa promesa. —Reí con amargura—. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? —frunció el ceño.

—¿Vas a ser feliz? —exhalé hondo—. ¿De verdad vas a estar con otro solo para tener hijos y perpetuar este maldito Legado?

Odiaba imaginarla con otro. Me consumía. No quería renunciar a ella. No podía.

—Vaya ego el tuyo, ¿no? —me miró con altivez—. Nos conocemos desde hace nada, Vlad. Me dejé llevar por tu encanto sobrenatural, por esta pasión que parecía de otro mundo... Pero, ¿quién dice que no me enamoraré de otro cuando me marche?

—Sabes que lo nuestro no es algo pasajero.

Sabía que mentía. Que solo quería alejarme.

—No sé nada —rió sin emoción.

Cerré los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas me invadieran.

Viktória ya había tomado una decisión. Y aunque lograra retenerla un poco más, tarde o temprano, volvería a dudar. Tenía razón. No podíamos ser egoístas.

Amé a Mirela, pero nunca como ella me amó a mí. Acepté su decisión cuando eligió seguir con el Legado, incluso teniendo hijos con otro. La respeté.

Con Viktória... su elección dolía más. Porque la amaba como a mi alma gemela.

Pero si de verdad la amaba, debía dejarla libre. Aun sabiendo que eso me partiría en dos.

Que me duela a mí, pero no a ti, mi dulce Viktória…



CAPÍTULO 39

VIKTÓRIA

Me desperté intranquila, tras un sueño muy extraño.

El hombre del cuadro...

—Fue tan real... ¡Qué locura! —murmuré, negando con la cabeza mientras me sentía algo mareada, pero tenía que levantarme y bajar con la maleta.

Después de recibir la llamada de Rita, una de nuestras vecinas en Brasil, avisando que mi madre se había caído trabajando en la tienda y se había roto el fémur, acudí a Petru para que me ayudara a adelantar mi regreso.

Aunque mi intención era quedarme hasta la ceremonia de iniciación de Lana y aprovechar para hacer algo de turismo por Transilvania, ya había resuelto todo lo relacionado con la herencia y la administración de mis bienes. Nada me ataba ya a aquella mansión siniestra, y no veía la hora de pisar suelo brasileño de nuevo.

Cuando hablé con mamá Margarida por teléfono, insistió en que no me preocupara y me quedara el tiempo que necesitara. Pero de ninguna manera iba a dejarla sola en plena recuperación.

—¡Vik! ¿Estás despierta? —Lana llamó mientras golpeaba suavemente la puerta—. Es la hora.

—Puedes pasar, ya estoy lista —respondí. Había hecho la maleta justo después de que Petru confirmara el vuelo privado.

Ser multimillonaria tenía sus ventajas, después de todo.

Lana entró en la habitación y enseguida noté que estaba decaída.

—Lo siento por no quedarme... —me acerqué para abrazarla.

—Lo entiendo, no te preocupes por mí —me abrazó aún más fuerte—. Te voy a echar muchísimo de menos, amiga.

—Yo también —me aparté antes de que se me saltaran las lágrimas—. Pero seguiremos en contacto. ¿Me prometes que me contarás todo sobre tu historia con Petru?

Finalmente habían aclarado sus sentimientos, aunque seguía en secreto, porque Petru quería esperar a que Lana pasara su iniciación antes de hablar con Ioana y con Alina, su madre.

—Lo prometo —intentó sonreír, sin mucho éxito—. Quién sabe, igual vuelves para nuestra boda.

—¡Pero qué visionaria! —di unas palmaditas, fingiendo entusiasmo—. Así me gusta. ¡Quiero ser tu madrina! Sería un honor presenciar esa unión.

Los ojos de Lana se llenaron de lágrimas, y aunque hice todo lo posible por contenerme, acabé llorando con ella.

—Ay, Vik... deseo que seas muy feliz. Y que algún día... encuentres a un hombre que te ame con todo el corazón.

Sus palabras me tocaron el alma.

Nunca me había enamorado antes y, después de tantos años en un orfanato, abrir mi corazón seguía siendo una de mis mayores dificultades. Mamá Margarida fue la primera que logró conquistarlo, tras la pérdida de mi tía Constanta que, después de descubrir toda la verdad sobre mis orígenes, ya no era alguien que mereciera mi nostalgia.

—Gracias, cariño —me aparté para coger la maleta y el bolso de mano—. ¿Vamos?

Caminamos por el pasillo en silencio y, al llegar a la escalera, Claudiu ya nos esperaba y subió los peldaños para recoger mi equipaje.

—¿Dónde está Petru? —pregunté, ya que él me acompañaría hasta el aeropuerto, aunque habíamos pedido que el chófer nos llevase.

—En la cocina, con la abuela —respondió Lana mientras Claudiu se alejaba—. Ella insistió en prepararnos un desayuno para despedirnos como es debido.

—El sol aún no ha salido —dije, con los ojos nublados por las lágrimas—. No quiero dar molestias...

—¡Ni se te ocurra decir eso delante de ella o te regañará! —me interrumpió, abrazándose a mi brazo.

Camino de la cocina, pasamos por el salón donde solía colgar el retrato de Vlad Drakulya sobre la chimenea.

Pero me detuve en seco al ver que ya no estaba.

—¿Qué pasa? —Lana me miró, preocupada.

—¿Qué ha pasado con el cuadro? ¿Por qué lo quitaron?

—Petru le comentó a la abuela que fue el último deseo de Mirela. Que el retrato se trasladara al atelier, junto con los demás. Lo habían ido posponiendo porque estaba muy alto y el marco era pesado, pero finalmente el equipo de limpieza se encargó de retirarlo.

—Ya veo...

Aun así, me quedé un buen rato mirando aquella pared vacía, intentando recordar su rostro, pero no pude.

Creo que mi obsesión por el cuadro, por fin, se había desvanecido.



VLAD

—¿Por qué lo hiciste, Vlad? —Petru se arrodilló a mi lado, intentando ayudarme a incorporarme, pero fue inútil.

El dolor insoportable que me atravesaba el cuerpo me impedía moverme. Aunque pudiera ponerme en pie, no serviría de nada. En cuestión de segundos volvería a escupir esa sangre negra como alquitrán y acabaría de rodillas otra vez.

Nunca antes había dolido tanto.

No solo por la sensación de miles de agujas atravesando cada centímetro de mi cuerpo, el vómito de la sangre que mi organismo rechazaba o la impresión de tener ácido fluyendo por mis venas.

El dolor más devastador era el que desgarraba mi alma.

El de saber que la única mujer a la que amé de verdad en toda mi existencia... me había olvidado.

El de saber que fui yo mismo quien borró de su memoria cada recuerdo de lo que compartimos.

El de saber que, mientras ella seguiría adelante con su vida normal, yo permanecería aquí, siglo tras siglo, amándola en secreto.

—Viktória tiene que marcharse, Petru. Y es mejor que no recuerde nada de mí. Le será más fácil así.

Tuve otro espasmo y Petru no se movió de mi lado, sujetándome para que no tuviera que pasar por aquello solo.

—Tengo que acompañar a Viktória hasta el aeropuerto, pero en cuanto salgamos, Lana e Ioana te llevarán a Bucarest.

—No hace falta... —gruñí de dolor, sintiendo cómo el martilleo en mi cabeza se volvía insoportable.

—¡Y una mierda que no hace falta! —espetó, furioso—. Estás mucho peor que la otra vez, cuando solo manipulaste un sueño. ¡Esta vez violaste su libre albedrío!

—¡Y no me arrepiento! —grité, con toda la fuerza que me quedaba—. ¡No merezco tenerla en mi vida!

—¡Pues aprende a vivir sin ella! —me dio la espalda y se marchó sin mirar atrás.

Soy un hombre maldito...

*****

CUATRO MESES DESPUÉS...

Atravesé el jardín de invierno con cuidado al pasar junto al rosal, tal y como sospechaba, encontrando la trampilla ya levantada.

Bajé las escaleras con el mayor sigilo posible y, al ver la puerta de la cámara entreabierta, entré sin molestarme en anunciarme.

—Eres persistente. ¿Has encontrado algo? —me acerqué directamente a la mesa central, ignorando la mirada fulminante que Lana me lanzó.

—¡Joder, Vlad, qué susto! —soltó un largo suspiro, llevándose la mano al pecho—. ¿Necesitas que te recuerde mi estado actual? ¿O prefieres que se lo pida a Petru?

Puse los ojos en blanco, detestando que me regañara, aunque, en el fondo, ya me estaba arrepintiendo de haber sido tan sigiloso al llegar.

—Estáis los dos cada día más insoportables —murmuré, tirando de la silla junto a la suya y sujetándola suavemente por los hombros para que se sentase—. No le digas a Petru que te he asustado, y yo no le diré que llevas horas encerrada en esta cámara sin descansar.

—¡Trato hecho! —aceptó, sentándose a regañadientes—. Y en cuanto a tu pregunta: ¡sí! He encontrado lo que buscábamos.

Cuando le entregué a Lana la llave del cofre para que tuviera acceso a todos los grimorios del linaje Mészáros, hicimos un trato. Y todo indicaba que ella, por fin, había cumplido su parte.

—¿Y bien? —la miré con expectación.

Le encantaba hacerse de rogar y mi paciencia ya colgaba de un hilo.

—¡Hechizo de memoria! —señaló la página del grimorio misterioso—. Si queda aunque sea un retazo de tu pasado escondido en ese subconsciente casi sexagenario, lo vamos a recuperar.

—¿Cuándo? —crucé los brazos, inquieto.

—En cuanto se ponga el sol —se levantó, cerrando el libro antiguo y abrazándolo como si fuera un tesoro—. Vamos a Cluj-Napoca. Si realizamos el ritual en Hoia Baciu, el hechizo surtirá efecto más rápido.

—Voy a prepararme para el viaje —asentí con una leve reverencia—. Gracias por tu ayuda.

—No me des las gracias —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Te debo la vida, Vlad. Nunca olvidaré lo que hiciste por Petru.

—Ni tú ni Petru me debéis nada.

Seguir hablando de aquello seguía siendo difícil, tanto para ellos como para mí. Pero estábamos adaptándonos a nuestra nueva realidad.

Con el tiempo, todo estaría bien.

—¿Cuándo irás a buscarla? —Lana no dejaba de insistir con esa pregunta.

Al salir de la cámara, me volví para responderle antes de irme:

—Cuando el pasado ya no sea una mancha borrosa en mis recuerdos.

*****

Hoia Baciu, Cluj, Transilvania

HACE MÁS DE 500 AÑOS…

—¿Por qué vas vestida con esa ropa? —observé a Alexandra de pies a cabeza en cuanto nos cruzamos en el sendero del bosque: yo entrando en Hoia Baciu y ella saliendo.

Hacía semanas que no nos veíamos, desde aquella noche en que nos conocimos en ese mismo bosque. Tras curar mis heridas y alimentarme durante días hasta que recuperé las fuerzas, la bruja simplemente me había despedido, diciendo que ya era hora de seguir mi camino.

Y lo seguí… pero al marcharme, ya no sabía cuál era mi destino.

¿Qué rumbo tomar, si ya no tenía nada que perder ni que ganar?

Alexandra estaba deslumbrante con aquel vestido en tonos azul y rojo vibrante, hecho de un tejido noble y bordado con tanto detalle que solo mujeres de familias adineradas podrían permitirse algo así.

Llevaba el cabello recogido en una trenza impecable y unos adornos de oro envejecido con piedras preciosas, como el collar y los pendientes, que no encajaban en absoluto con el estatus de una joven sin familia que vivía reclusa en una vieja cabaña en el bosque.

Cualquiera que la viese pensaría que era una joven dama de la corte imperial, lo cual podría ser peligroso para ella en esa región, al ir sola, sin dama de compañía ni guardián que la protegiera de bandidos o mercenarios.

—¿Quién eres tú? —el miedo en sus ojos me tomó por sorpresa.

—¿No te acuerdas de mí? —aunque me había afeitado y recortado el pelo, no creía haber cambiado tanto desde que nos conocimos.

—¡Nunca te he visto antes! —retrocedió un par de pasos, asustada—. Puedes quedarte mis joyas si quieres, pero no llevo dinero encima. Por favor...

—¡No soy un ladrón! —interrumpí, irritado—. He venido a verte, pero...

—Deja de asustarla, Vlad —la voz tranquila de la bruja me hizo callar al instante. Sin embargo, no fue la mujer que tenía delante

quien habló—. Alexandra es mi hermana.

Me giré y me encontré con la misma mujer, esta vez vestida con ropas sencillas de campesina, el cabello suelto y sin adornos caros, pero igual de encantadora como la recordaba.

Me miraba con aquella expresión decidida y esa mirada sabia que me cautivó cuando nos conocimos, y que me había mantenido pensando en ella todo el tiempo que estuve lejos de aquel bosque.

—¿Qué brujería es esta? —pregunté, confundido.

—No es brujería —rió, acercándose con una cesta de mimbre repleta de hierbas—. ¡Somos gemelas!

—¿Y con el mismo nombre? —seguía sin fiarme del todo.

—¡Te dije que no hicieras esto, Viktória! —protestó la otra mujer, acercándose a su... hermana—. ¡Mira la confusión que has montado! ¿Cómo voy a encontrar marido si arruinas mi reputación?

Jamás en mi vida había visto gemelas tan idénticas. Si no fuera por la ropa y el comportamiento, no habría manera de distinguirlas.

—No pensé que volvería a verte —se justificó la bruja, sin mostrar el menor remordimiento—. Y mucho menos que vendrías a buscarme. ¿Qué ha pasado? Pensé que estabas en Hungría.

—Como puedes ver, ya no estoy —era cómico verlas discutir—. Quise visitarte antes de instalarme en Sighișoara.

—¿Por fin encontraste un marido rico? —su tono no era precisamente entusiasta.

—Aún no.

—¿Te llamas Viktória? —me volví hacia la bruja, interrumpiendo la conversación.

—Sí —seguía sonriendo.

—¿Por qué mentiste?

—Porque me dio la gana —cerró la distancia entre nosotros y me tendió la cesta—. Sujétala, por favor. Vamos a mi cabaña. Estoy cansada, pero puedo preparar una infusión para los dos.

—No puedo quedarme —intervino la verdadera Alexandra—. Está anocheciendo y no quiero pasar la noche aquí.

Viktória suspiró teatralmente, se acercó a su hermana y la abrazó.

—Siento no haber estado cuando llegaste —la rodeó con fuerza —. ¿Estás bien?

—Sí, solo echaba de menos verte. Pero ahora tengo que irme.

—¿Puedo visitarte en Sighișoara pronto?

—Mejor no, Viktória.

—Está bien, querida —al separarse del abrazo, trató de disimular la decepción, pero yo lo noté—. Será mejor que vayas ya, para no perderte.

—Lo haré. Cuídate, ¿sí?

Esperé en silencio mientras se despedían, y me quedé junto a Viktória observando cómo Alexandra se alejaba por el sendero que llevaba fuera de Hoia Baciu.

—No parece una bruja —comenté una vez que desapareció de nuestra vista.

—Porque no lo es —se giró en dirección a su cabaña en el Claro del Silencio Eterno—. El gran sueño de Alexandra es casarse y formar una familia, sin ningún vínculo con la cultura mística.

—¿Y el tuyo? —seguí caminando a su lado.

—Yo también deseo tener una familia algún día, pero mi mayor sueño es que el Legado místico del linaje Mészáros perdure a lo largo de los siglos, a través de mis descendientes.

—¿Por qué?

Me regaló una sonrisa enigmática.

—Para que mis ancestros y yo seamos eternos a través de nuestra cultura. Así fue con mi madre, mi abuela, mi bisabuela y todas las que vinieron antes.

Caminamos en silencio hasta llegar, por fin, al claro.

—¿Qué te ha traído de vuelta, hijo del dragón? —preguntó al coger la cesta de mis manos.

—Te echaba de menos.

—¿De verdad? —rió mientras avanzaba hacia la cabaña—. Qué coincidencia. Yo también te echaba de menos.



CAPÍTULO 40

VIKTÓRIA

Isla del Sol, Brasil

Sentada sobre la arena de la playa, contemplaba el horizonte más allá del mar, donde el sol se despedía lentamente para dar paso al crepúsculo y, por fin, a la noche.

Mi madre prácticamente me había echado de casa para que pudiera chismear un rato con doña Rita y doña Lourdes sobre telenovelas turcas y la gente del mercado, mientras tomaban café y se atiborraban de bizcocho de mandioca con coco.

Seguía recuperándose de la fractura de fémur, pero debido a mi exceso de celo —y siendo aún más terca que yo— no soportaba tenerme cerca todo el tiempo, impidiéndole hacer esfuerzos. Siempre que podía, me despachaba con alguna excusa barata.

Por suerte, tanto doña Rita como doña Lourdes me ayudaban a meterle un poco de sensatez en esa cabecita dura, entreteniéndola mientras comentaban la vida ajena y opinaban sobre los enredos de las novelas.

Llevaba poco más de cuatro meses de vuelta en Brasil, después de viajar a Rumanía en busca de respuestas sobre mi origen. Desde entonces, me había mantenido ocupada entre los cuidados de mamá y el trabajo en el mercado.

Aunque ya no necesitábamos esa fuente de ingresos, mamá Margarida aún se resistía a que utilizara el dinero de mi herencia, por más que yo insistiera en que podíamos vivir con más comodidad. Pero era cuestión de tiempo y paciencia. Poco a poco, iba cediendo.

Mientras tanto, mantenía el contacto con Petru Moldoveanu por correo electrónico, a través del cual me enviaba los informes mensuales sobre la gestión de mi patrimonio.

Con Lana hablé algunas veces por mensaje, pero con el paso de las semanas empezó a tardar cada vez más en responder, hasta que dejé de insistir.

Quizás estaba demasiado ocupada tras su iniciación, y aunque me moría de ganas de compartir todo lo que estaba ocurriendo conmigo últimamente, decidí guardármelo.

Aún no era el momento de afrontar la verdad.

Y si ni ella ni Petru me mencionaron nada, ni siquiera para tantear, entendí que probablemente no esperaban que llegase a recordarlo todo.

"Eres un hijo de las estrellas, como los dragones en los que creían los antiguos egipcios."

Los recuerdos seguían surgiendo, uno tras otro, de forma aleatoria. Y aunque no respetaban ningún orden cronológico, yo lograba organizarlos poco a poco.

"No puedes huir de mí, porque tu destino está en mis manos."

Su voz resonaba con tanta claridad en mis pensamientos… igual que su imagen, que iba tomando forma con cada sueño en el que me visitaba durante mis noches solitarias.

"Soy Vlad Drakulya, el hijo del dragón. ¡El último Drácula!"

Despertar llorando se había vuelto rutina.

Y tuve que aprender a lidiar con todo ese torrente de emociones que invadía mi corazón y mi mente: recuerdos de una vida antigua mezclados con las memorias que me habían sido borradas recientemente.

"Te amo, dulce Viktória…"

"¿Quién osa adentrarse en Hoia Baciu y, al llegar al Claro del Silencio Eterno, perturba el silencio con una pregunta tan insolente?"

“Y no soy una Muma Pădurii. Me llamo Alexandra.”

No fue difícil entender que se trataba de una vida pasada.

Y a medida que se hacían más nítidos los recuerdos de lo que viví en Zsigmond, durante mi estancia en Transilvania, comprendí por fin quién era realmente.

“No soy solo una campesina. Tengo un alma antigua.”

“Los dragones representan la lucha eterna entre la creación y la destrucción, la luz y la oscuridad, el orden y el caos.”

“No puedes concebir al hijo de un hombre cuya alma está hecha pedazos.”

Pero no se trataba solo de quién fui…

“¿Te llamas Viktória?

Sí.

¿Por qué mentiste?

Porque me dio la gana.”

Tenía mucho más que ver con lo que hice cuando viví aquella vida.

“En esta y en todas las demás vidas, siempre seré tuya.”

“No podemos ser egoístas, Vlad.”

“Sabes que lo nuestro no es pasajero.”

“No sé nada.”

—¿Por qué lloras?

Mi cuerpo se estremeció al escuchar esa voz tan cerca, tan vívida, que parecía estar realmente allí… y no solo susurrando en mis recuerdos.

Encogí las piernas contra el pecho, abracé las rodillas y apoyé la frente sobre ellas, dejando que las lágrimas cayeran libremente. En esa posición, nadie lo notaría.

—Porque te echo tanto de menos que me duele hasta el alma… —murmuré para mí misma, como si el hombre que nació para ser

mío pudiera oírme.

—¿Vas a perderte nuestro primer atardecer juntos? —preguntó una voz junto a mí, mientras alguien me cubría con una manta de punto.

Levanté la cabeza para comprobar si no era solo una alucinación.

Y mi cuerpo volvió a estremecerse al ver, justo a mi lado, al hombre que había estado conmigo en todos mis sueños y recuerdos recuperados.

—¿De verdad eres tú… o he perdido la cabeza del todo? —me incliné hacia él, sujetando su bello rostro entre mis manos, y sin poder contenerme, rocé sus labios con los míos, temblorosos.

—Sí… y no —soltó una risa leve—. Sí, soy yo. Y no, no has perdido la cabeza. Pero yo estuve a punto. Estar lejos de ti fue una tortura.

Vlad profundizó el beso, demostrándome que ese momento era real.

Al principio mantuve los ojos abiertos, aún incrédula, temiendo despertar y descubrir que solo había sido otro sueño.

Pero al sentir sus brazos rodeándome, nuestros cuerpos reconociéndose sin esfuerzo, por fin cerré los ojos, consciente de que Vlad estaba allí. En carne, hueso… y alma.

—No me dejes nunca más, Viktória… —me abrazó con fuerza, y yo le devolví el gesto con igual ansia y nostalgia—. Te he echado tanto de menos…

—¿Cómo es posible esto? —me separé un poco, notando que el sol aún no se había puesto.

Vlad sonrió y me tomó las manos, entrelazando los dedos con los míos.

—A través de tu descendencia. ¿No era ese tu mayor sueño?

Yo ya lloraba desconsoladamente otra vez.

Gracias, espíritus ancestrales…

—Ahora tú también tienes un alma vieja —reía y lloraba a la vez—. Y has vivido lo suficiente en este mundo como para ver y sentir más allá del odio y la venganza que antes dominaban tu corazón.

—¿Qué significa eso?

—Que mi sacrificio, aquella vez, valió la pena.

—Que por fin podemos estar juntos.

—¿Por qué me hiciste olvidarte? —su expresión se tornó sombría—. Todos mis recuerdos me llevaban a Alexandra…

—Porque no quería que sufrieras al saber que tuve que morir en aquel ritual, para que los espíritus ancestrales aceptaran el pacto y restauraran tu alma a cambio de la mía. —Besé sus labios de nuevo—. No quería que pasaras siglos y siglos esperándome, sin saber si volvería algún día.

El alma de Vlad estaba demasiado rota como para regresar tras su muerte.

Habría quedado atrapado para siempre en el inframundo… y yo viviría vida tras vida sintiéndome vacía, incompleta, echando de menos a mi alma gemela.

—Fallé al proteger tu Legado —bajó la cabeza, avergonzado.

—Si hubieras fallado, no estaríamos aquí —acaricié su rostro, obligándolo a mirarme de nuevo.

—¿Por qué tardaste tanto, Viktória?

—Mi alma necesitó siglos para sanar y reconstruirse. Solo así pude renacer… y volver a ti.

Vlad apoyó su frente contra la mía, entrelazando nuestras manos una vez más.

—Te amo, mi dulce Viktória.

—Y yo siempre te amaré, Vlad Drácula.

Mi destino siempre fue ser tu compañera. Pero, por desgracia, nuestros caminos se desencontraron.

Ahora, por fin, estábamos donde debíamos estar.



VLAD

Transilvania, Rumanía.

CUATRO MESES ANTES…

Apenas el primer rayo de sol despuntó en el horizonte, ya estaban en medio del bosque de pinos, dentro de los límites de la propiedad Zsigmond. El nombre era un homenaje al tatarabuelo de Mirela, un célebre arquitecto que había diseñado cada detalle de aquella mansión. Tras su muerte, me encargué de que el último proyecto de Zsigmond Mészáros fuera inmortalizado. Tardó sesenta años en construirse el palacete, y con el paso del tiempo, las reformas fueron perfeccionando su estilo clásico, dotándolo de un aire contemporáneo.

La ceremonia duró unas dos horas. Entre cánticos y rituales, Petru, Alina —madre de Lana— y algunos miembros importantes del Coven al que pertenecía el Clan Constantin, fueron testigos de uno de los momentos más especiales en la vida de una joven bruja.

El privilegio de asistir a la iniciación de una practicante de magia estaba reservado a muy pocos. Petru, aunque no perteneciera a una línea mística, pudo estar presente porque Lana insistió tanto con su abuela que finalmente logró convencerla.

En cuanto a mí, seguí la ceremonia a través de una videollamada, desde el móvil del abogado que, con mi apoyo, había conseguido la autorización oficial para estar allí.

Ioana consagró por fin a Lana con la bendición de los antiguos espíritus ancestrales, y una parte de mí lamentó profundamente que Viktória no estuviera presente, como tanto deseaba.

Cada día lejos de ella era más desesperante que el anterior, sobre todo después de haber sido castigado por los espíritus ancestrales por haber violado su libre albedrío y manipulado su memoria para que olvidara sus sentimientos hacia mí.

Fue necesaria una larga serie de tributos hasta que me concedieron la redención, aunque aún me sentía bastante debilitado. Aun así, no quise permanecer más tiempo en Bucarest.

Quería estar en Zsigmond cuando Lana fuera iniciada.

*****

— ¿Sabía usted lo del chico Petru y Lana? —me preguntó Ioana mientras me acompañaba en el salón, donde solía estar mi antiguo retrato, justo encima de la chimenea.

Debería haberlo retirado antes de que llegara a Zsigmond...

— Más o menos —respondí, sin querer mentir, pero tampoco traicionar la confianza de Petru—. Él está realmente enamorado de su nieta.

No estuve presente en la conversación que mantuvieron él y la brujita Constantin con Ioana y Alina, pero por lo visto, todo se resolvió.

— Vi crecer a Petru, confío en su carácter y sus principios —comentó con un tono afectuoso—. Pero Lana es muy joven... y algo impulsiva.

— ¿Teme más que sea Lana quien lo haga sufrir? —Ella asintió, así que continué—: No se preocupe, estarán bien. Petru tiene la paciencia suficiente para lidiar con la personalidad de Lana.

— Eso espero. Solo nos queda desearles lo mejor.

— Hablando de ellos, ¿dónde están?

— En el invernadero. Alina y yo ayudamos al chico Petru a preparar una sorpresa para Lana.

Me descubrí sonriendo, algo que no me pasaba desde... desde que borré su memoria.

— Puede retirarse, Ioana. Su hija seguramente la espera. Disfrute de su compañía mientras Alina esté en Zsigmond.

— Gracias, señor —hizo una reverencia—. Buenas noches.

Me levanté del sillón frente a la chimenea y fui hasta el minibar, apoderándome de una botella de whisky, sin preocuparme por hielo ni vaso.

¿Cómo estará ella?

Petru me contó que Viktória no recordaba nada relacionado conmigo, salvo que era Vlad Drakulya, el hombre del cuadro del que su bisabuela Mirela se había enamorado.

Un hombre que llevaba muerto muchos años.

Mejor que siga siendo así. Si no podemos estar juntos, no hay razón para que sepa de mi existencia...

Permanecí en el salón, deambulando entre los muebles mientras bebía directamente de la botella. Las luces estaban apagadas, pero no es como si las necesitara para ver.

— Va a llover —comenté, sin dirigirme a nadie.

Unos treinta minutos después, la tormenta estalló sin previo aviso. Los truenos retumbaron en la oscuridad del cielo de Bran, mientras el viento sacudía las ramas con una fuerza casi sobrenatural y la lluvia cayó con violencia incesante.

La electricidad seguramente se cortaría pronto, pero Zsigmond contaba con un generador de combustible en el sótano de la mansión, por si acaso.

— ¡Vlad! ¡Socorro!

La voz de Lana, con un tono desesperado, activó todos mis sentidos.

— ¡Vlad! —Lloraba mientras gritaba mi nombre.

Solté la botella en el suelo y corrí hacia ella.

¡Algo muy malo había pasado!



CAPÍTULO 41

PETRU

MOMENTOS ANTES…

Le quité la venda de los ojos a Lana, sonriendo al verla maravillarse con la sorpresa que le había preparado.

Había considerado llevarla a cenar fuera, pero al consultar la previsión del tiempo y ver que se acercaba una tormenta, cambié de idea, temiendo quedarnos atrapados en el pueblo sin poder volver a Zsigmond.

Con la ayuda de Ioana y Alina, preparamos un precioso escenario romántico en el invernadero de la propiedad. Cena a la luz de las velas y música suave, rodeados de rosas rojas.

Una noche especial, para que quedara grabada en su memoria para siempre.

La canción interpretada por BeBe Winans, I Found Love, expresaba exactamente lo que quería que Lana supiera sobre mis sentimientos.

Cuando te encontré… encontré a alguien que se preocupa
Cuando te encontré… encontré mi oración más profunda
Cuando te encontré… encontré el sueño de todo corazón
Cuando te encontré… encontré el amor
Cuando te encontré… encontré el resto de mi vida
Cuando te encontré… le dije adiós a todos los demás
Cuando te encontré… vi volar mis miedos como una paloma
Cuando te encontré… encontré el amor
Sé que el amor verdadero parece una locura

Pero ha merecido la pena esperar
Eres la única… únicamente mía

— ¡Qué bonito! —Sus ojos brillaban de emoción, y en ese momento me sentí el hombre más afortunado del mundo.

Tendiéndole la mano, la invité a bailar.

— Nos saltamos la parte de la primera cita y fuimos directos a la acción —le dije, depositando un beso casto en su frente mientras bailábamos—. Por eso, quería darte este momento.

— Es perfecto, gracias —sus ojos se llenaron de lágrimas y tuve que hacer un esfuerzo para contener mi propia emoción.

— Te quiero, Lana —fui directo, temiendo tartamudear si alargaba más la declaración—. Es reciente, inesperado e intenso, pero es amor. De eso estoy seguro.

Las lágrimas acabaron por derramarse de sus ojos y la envolví en un abrazo tierno, alzándola hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo.

Tomando sus labios en un beso lento, llevé a Lana en brazos hasta la tarima donde estaba el viejo piano de Vlad.

Dejé las luces del invernadero apagadas, ya que había dispuesto un buen número de velas para crear una iluminación más romántica.

Lana estaba aún más hermosa en la penumbra, con su vestido azul destacando entre el rojo de los rosales.

— Yo también te quiero, Petru —confesó en cuanto la dejé de pie sobre la tarima—. Desde el primer instante, y más allá de que la pulsera reconocedora de almas reaccionara contigo. Fue amor a primera vista, y no me avergüenza parecer una tonta por decirlo.

Desde el día en que decidimos estar juntos, cada momento a su lado, conociéndola más, me enamoraba aún más.

— ¿Vamos a cenar? —pregunté, cambiando de tema repentinamente, al comenzar a excitarme con la cercanía de

nuestros cuerpos.

Pero su sonrisa provocadora delató sus verdaderas intenciones:

— ¿Y si nos saltamos la cena y vamos directamente al postre?

******

El ruido del viento contra los árboles y el estruendo de los truenos anunciaban la llegada de la tormenta.

Mientras me vestía a toda prisa, me ocupé de apagar la mayoría de las velas y, acto seguido, recogí el vestido de Lana.

— Cariño, despierta —la ayudé a incorporarse en la tarima, aún adormilada—. Vamos a volver a la mansión, se avecina la tormenta.

La ayudé a vestirse y la conduje hasta la salida del invernadero, pidiéndole que me esperara allí mientras apagaba las últimas velas.

El estallido de un rayo la hizo gritar asustada, lo que me puso aún más nervioso, pues quería llevarla a salvo al interior de la casa, pero no podía arriesgarme a dejar alguna vela encendida.

— No tardo nada —dejé mi móvil en su mano para que pudiera iluminar el ambiente y eché a correr.

Justo al apagar la última vela, otro estruendo me sorprendió, seguido de un nuevo grito de Lana y del sonido de cristales resquebrajándose. Algún árbol debía haberse desplomado sobre el invernadero, y todos mis pensamientos se centraron en ella al instante.

Guiado por un instinto de protección, corrí hacia la luz del móvil, lanzándome sobre Lana en el preciso instante en que escuché el estallido ensordecedor del cristal rompiéndose, con la esperanza de cubrirla por completo y protegerla de los fragmentos.

— ¡No! —oí su grito, mientras rezaba a cualquier deidad que velara por nosotros en ese momento, para que hubiese logrado cubrir todo su cuerpo y evitar que se hiciera daño.

De repente, todo se volvió oscuro a mi alrededor, pero a lo lejos, pude oír la voz desesperada de Lana llamándome por mi

nombre. Sin embargo, no podía responderle.

— ¡Mantente despierto, Petru! ¡Voy a buscar ayuda!



VLAD

No hizo falta que Lana me explicara lo que estaba ocurriendo, porque el fuerte olor a sangre puso todos mis sentidos en alerta.

— ¡No salgas! —le grité—. ¡Voy a por él! Llama a tu madre y a Ioana, vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Usando mi hipervelocidad, llegué al invernadero y, agudizando la vista y el oído, localicé a Petru. Aunque estaba inconsciente, para mi total alivio seguía vivo.

— ¡No, no, no! ¡No puedes morir ahora, ¿me oyes?! —vociferé, retirando con cuidado los trozos de cristal que cubrían su cuerpo, sin mover los que habían perforado su piel, temiendo provocar una hemorragia.

La tormenta arreciaba, y el pánico me atenazaba al no saber cómo moverlo sin causarle aún más daño.

¡Debo sacarlo de aquí cuanto antes!

— Lana… —susurró con apenas un hilo de voz, casi inaudible incluso para mí—. Llévala dentro, cuídala...

— Está bien, Moldoveanu. Está a salvo. ¡Ahora vámonos de aquí!

— No puedo moverme... está todo entumecido... no siento nada...

Impotente, tomé una decisión arriesgada y comencé a actuar lo más rápido que mis dones sobrenaturales permitían.

Cargando a Petru sobre mi hombro, como si no pesara más que una pluma, corrí sin prestar atención a la lluvia, los truenos ni el

viento implacable, deteniéndome solo al cruzar el umbral de la mansión.

— ¡Mi niño! —Ioana se llevó las manos al rostro al verme cubierto con la sangre de Petru.

— Traed sábanas limpias y el botiquín, voy a colocarlo sobre la mesa. —Desaparecí como un susurro, llevándolo a la sala.

La mesa era amplia, nos daría espacio suficiente para limpiar las heridas. Una vez llegara ayuda, sería más fácil trasladarlo.

— ¡El teléfono fijo no da tono y los móviles están sin señal, ni siquiera para emergencias! —Lana se acercó entre sollozos—. ¿Qué vamos a hacer, Vlad?

— Es demasiado arriesgado llevarlo en coche por esta carretera con la tormenta —intervino Alina, preocupada—. ¿Aviso al equipo de seguridad?

— ¡Que no entren! —mi tono fue más duro de lo que pretendía, pero no podía controlar el humor en un momento así—. No serían más útiles que un vampiro y dos brujas.

Y, en cualquier caso, la tormenta impediría que los servicios de emergencia llegasen hasta aquí. Zsigmond está en lo alto de una colina y probablemente los árboles caídos ya habrían bloqueado el camino.

Ioana volvió con lo que había pedido.

— ¿No hay ningún ritual que pueda ayudarle a sanar?

— Está más allá de mis capacidades, señor. Es demasiado grave. Necesita un médico...

Aunque Ioana mostraba serenidad mientras limpiaba las heridas junto a su hija y nieta, presionando para detener la hemorragia, yo sabía que se sentía impotente por no poder hacer más por el chico que había ayudado a criar.

— ¡No puede morir! —Lana sollozaba, entonando un mantra en una lengua que no reconocí—. Petru, ¡no puedes morir después de decirme que me amas!

El abogado mantenía los ojos cerrados, pero emitió un leve gemido, suficiente para demostrar que aún estaba consciente y la había oído.

— ¡Tienes que salvarle, Vlad! —me suplicó.

La miré, desconcertado.

— Si existiera una forma que estuviera a mi alcance, no dudaría en hacerlo.

— Vlad no puede convertir a un humano en vampiro —intervino Ioana, entre lágrimas—. Es solo una leyenda, querida.

— Por desgracia, no puedo —y me odié por ello.

Lana me miró como si implorara por su propia vida.

— ¡Tienes una copia de ese cofre! ¡Tienes acceso a los grimorios del Clan Mészáros! ¡Allí debe haber algún hechizo que...!

— ¡Solo Viktória puede abrir esa puerta! —lamenté, cerrando los ojos con fuerza.

Aún dolía pensar en ella. Decir su nombre era pura tortura.

— No quiero morir —el susurro de Petru hizo que Lana rompiera en llanto nuevamente—. No ahora que te tengo en mi vida...

— ¡No es justo! —La chica se dejó caer de rodillas junto a la mesa, y Alina se agachó a su lado para consolarla—. Es mi alma gemela, mamá... y no puedo hacer nada para salvarle.

El tiempo se agotaba, la tormenta no cesaba y seguíamos sin señal.

A pesar de su estado crítico, Petru seguía consciente, aunque ya deliriaba. La voz de Lana era lo único que lo calmaba.

Ioana y Alina seguían rezando mientras intentaban contener la sangre.

— Mirela escribió un hechizo... —me sorprendí diciéndolo, sabiendo que era inútil—. Quería que transfiriera el Legado Drácula a Ciprian.

— ¿Dónde está? —Lana corrió hacia mí, y me arrepentí al ver el destello de esperanza en sus ojos.

— Debe ser realizado por una bruja descendiente de Alexandra. Es una renegociación con los espíritus ancestrales del Clan Mészáros. Lo siento... no debería haberlo dicho.

— ¡Lo haré! —insistió, desesperada—. Aunque no sea una Mészáros, ¡intentémoslo! Es nuestra última esperanza.

— Lo siento, Lana. —La abracé con fuerza, ignorando sus protestas. Cada lágrima suya era una puñalada en mi pecho—. Sabes que no funcionará...

— Otras brujas lo han intentado, querida —dijo Ioana—. Solo Alexandra lo logró. Es magia de sangre. Tengamos fe en que la lluvia cese pronto y podamos buscar ayuda.

— No va a resistir, abuela… —murmuró, agotada.

— ¡Lana puede hacer el ritual, Vlad! —Las palabras de Alina me dejaron atónito—. Pero, ¿estás dispuesto a renunciar al Legado Drácula?

— Por Petru, sí.

— ¡Lana es una Mészáros!

— ¿Qué? —gritó Ioana.

Aún tenía a Lana entre mis brazos, de lo contrario habría vuelto a caer al suelo.

— Valeriu era el padre de mi hija —afirmó Alina con convicción —. Por tanto, ¡es descendiente de Alexandra!

Y entonces, escuché el susurro de una voz conocida, repitiendo las palabras que me dio en nuestro último encuentro:

Como una humilde sierva de los espíritus ancestrales,

Te consagro con mi sangre mística.

Y por la sangre del último dragón que te fue ofrecida,

Suplico a los antiguos dioses que me concedan este intercambio.

Agradecida a los espíritus superiores que iluminan mi camino,

Ruego que también iluminen el tuyo al despertar a tu Legado.

Así como yo sirvo a mi naturaleza mágica,

Tú servirás a tu naturaleza inmortal.

Como tributo por tu renuncia al inframundo,

La sangre de los injustos será tu sustento,

Y el alma de los perversos será entregada como moneda de cambio,

Para que tu corazón siga latiendo.

Despertarás del sueño de la muerte al caer la noche,

Y a ella pertenecerás para siempre.

La estrella de la mañana irradia la luz de la vida,

Pero esta vida ya no te pertenece.

Serás fiel a mis descendientes,

Protegerás mi Legado, pues también será el tuyo.

No serás herido ni enfermarás,

Porque la sangre del último dragón ahora corre por tus venas.

Y mientras mi sangre mística exista en este mundo,

Tú también existirás.

Bienvenido de nuevo, Drácula.

¡Lana era la niña Mészáros de la que hablaba Mirela!



CAPÍTULO 42

LANA

Petru aceptó recibir el Legado Drácula, pero cada vez estaba más débil. Había perdido demasiada sangre y el tiempo jugaba en nuestra contra. ¡No podía perderlo!

A diferencia del ritual que trajo a Vlad de vuelta a la vida, el hechizo creado por Mirela exigía que ambos estuvieran vivos, ya que se trataba de un intercambio, no de un sacrificio.

Aun así, mi bisabuela materna no había dejado claro en su grimorio cuáles serían las consecuencias para la bruja que realizase el ritual. De todas formas, no me importaba. Aunque corriese el riesgo de perder mis dones mágicos, nada me impediría ejecutar el encantamiento.

El destino me había puesto en el camino de Petru Moldoveanu por alguna razón. Y en ese momento, al borde de perderlo, yo era la única que podía salvarlo.

— Primero, debe beber mi sangre —explicó Vlad, con la mirada fija y seria sobre mí—. Soy el último caballero de la Orden del Dragón. Provengo de un linaje de guerreros que lucharon para que la cultura mística no desapareciera. Por eso ninguna bruja ha logrado replicar este hechizo de inmortalidad. Petru deberá morir con la sangre del dragón en su organismo, para que su cuerpo se convierta en el nuevo portador del Legado Drácula.

Odiaba oírle hablar de su muerte, pero era lo que debía suceder para que el ritual funcionara, si los espíritus ancestrales aceptaban el nuevo pacto.

Moriría como humano, y renacería como inmortal.

¡Eso era lo que todos esperábamos!

— Después, yo lo consagro con mi sangre mientras recito el hechizo —añadí con determinación, dejando clara mi decisión.

¡Era lo único que me quedaba!

— Comencemos.

*****

Me sentía agotada.

Ser una bruja recién iniciada significaba que mis poderes aún estaban en desarrollo, pero logré sorprender no solo a la Suma Sacerdotisa del Coven, mi abuela, sino también a mí misma.

Al fin y al cabo, la vida del hombre que nació para ser mío dependía de ese ritual, y mi fe y esperanza en los espíritus ancestrales no me permitieron fracasar.

En el momento en que los ojos de Petru se abrieron de nuevo, mostrando las pupilas tan dilatadas que casi cubrían el azul de sus iris, no cabía en mí de tanta felicidad.

Aún tendría que cazar y alimentarse, realizando su primer tributo a los espíritus ancestrales, pero ya no corría peligro de muerte.

Vlad lo acompañaría hasta Bucarest y estaría con él durante esa fase de "aprendizaje".

Con todo lo que había ocurrido, apenas tuve tiempo para asimilar la noticia de que era hija de Valeriu Mészáros y, por consiguiente, hermana de Viktória.

Durante una breve conversación conmigo y mi abuela, mamá contó cómo conoció a mi padre y por qué decidió no revelar mi linaje, salvo que fuera estrictamente necesario.

Mamá sabía de la existencia de Viktória y de que Constanta se la había llevado a otro país. Temía que lo mismo me ocurriera a mí si mi padre intentaba separarnos contra su voluntad.

El hecho de que la abuela trabajase en Zsigmond la llevó a ocultarle la verdad incluso a ella, todo para protegerme.

En cuanto a mí, crecí rodeada de amor por mi familia, y cuando mamá me dijo que mi padre ya había fallecido, no insistí en saber más de él, porque intuía que le dolería.

No le guardo ningún rencor. Al contrario, sabiendo todas las tragedias que marcaron al Clan Mészáros, estoy agradecida de haber tenido una madre tan protectora.

Además, cuando fue imprescindible decir la verdad, no falló conmigo.

Gracias a ella, pude salvar a mi alma gemela.



PETRU

El sol brillaba con fuerza y reinaba soberano en el cielo despejado de Bran.

Si no fuera por los árboles caídos y el jardín de invierno destrozado, nadie en Zsigmond diría que el cielo casi se había derrumbado en los últimos días.

En el desván de la mansión, aún me estaba adaptando a mi nueva condición.

Sentidos agudizados, fuerza sobrehumana, hipervelocidad… inmortalidad. Ya no sentía hambre, ni sed, ni sueño o frío. Tampoco volvería a enfermar ni envejecer.

Además, no podría volver a exponerme al sol y tendría que alimentarme con la sangre de los injustos para saciar las necesidades de mi organismo, y matarlos como tributo a los espíritus ancestrales.

Todo lo que había presenciado en Vlad desde que era un niño, se había convertido ahora en mi propia realidad.

Pero no me arrepentía de aquella elección.

Aceptar el Legado Drácula era lo que me permitiría tener más tiempo junto a la mujer de la que me había enamorado y que sabía que era mi alma gemela.

Aunque creyera en la reencarnación, no soportaría tener que esperar a que el destino volviese a alinear nuestras vidas para reencontrarnos en otro tiempo, en otros cuerpos.

Yo quería el ahora, y pagué un precio muy alto por ello.

A cambio, no solo nuestro destino se vio transformado.

Vlad se había vuelto humano, lo que le daba a él y a Viktória una nueva oportunidad.

Deseaba con todo mi corazón que fueran muy felices juntos, del mismo modo que yo planeaba serlo con Lana: agradeciendo cada día la oportunidad que nos fue dada, haciendo que cada momento juntos mereciera la pena.

Fuera lo que fuera que nos deparara el futuro —siendo yo un vampiro inmortal y Lana una bruja con una vida finita—, nuestro amor sería vivido con intensidad.

Acostado a su lado, la observé moverse perezosamente en la cama, abriendo los ojos con lentitud y sonriéndome al verme allí.

— Buenos días, mi amor… — Me acurruqué junto a ella, abrazándola con ternura.

Estuve inconsciente durante varios días y, en cuanto desperté, fue Lana quien cayó en un sueño profundo por el agotamiento.

Aguantó hasta estar segura de que yo estaba bien, solo entonces se permitió descansar.

No quería pensar en que casi nos habíamos perdido el uno al otro.

Estábamos vivos. Eso era lo único que importaba.

— Buenos días... ¿Cuánto he dormido? ¡Me muero de hambre! — Se frotó el rostro, volviendo a acurrucarse entre mis brazos. — Pero estoy tan a gusto aquí, pegadita a ti… no quiero saber de nada más.

— Tienes que alimentarte bien, ahora comes por dos.

— Puedes comer por ti solo, Petru — bromeó, apartándose lo justo para mirarme a los ojos. — Aunque ya sé que la comida normal no te sacia de verdad.

Sentí que algo había cambiado en su cuerpo en cuanto mi conciencia inmortal despertó al Legado Drácula, y desde entonces no dejaba de pensar en cómo decírselo.

Como vampiro, yo no podría engendrar hijos.

Pero Lana y yo estuvimos juntos varias veces antes de mi transformación.

Afortunadamente, el destino pareció querer recompensarnos por habernos puesto tan cerca de perderlo todo.

— No estoy hablando de mí, Lana — sujeté su rostro entre mis manos, besando la punta de su nariz. — Tú, brujita, estás esperando un hijo mío.

— ¿Cómo lo sabes? — Se incorporó de golpe, mirándome con los ojos muy abiertos. — Llevamos tan poco tiempo juntos, y no noto nada distinto en mi cuerpo...

Sentándome en la cama, la atraje hacia mi regazo.

A partir de ahora, nunca más dormiríamos separados.

— No sé cómo explicarlo, pero es verdad. Puedo sentir que estás embarazada.

— Debió de ser nuestra primera vez, porque no usamos protección. — Sonrió, emocionada. — Es una bendición, Petru. ¡Un hijo tuyo, nuestro! Estoy tan feliz…

Lana sabía lo valioso que era ese bebé en su vientre, porque siendo lo que ahora soy, no podría darle una familia numerosa.

— Te quiero, Lana Constantin — acaricié su vientre con ternura, sobre la camisola de satén. — Esto no es más que el comienzo de nuestra vida juntos. Y daré lo mejor de mí para que nuestra pequeña familia sea muy feliz.

— Yo también te quiero, Petru — se aferró a mí, rodeándome el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. — Y sé que seremos muy felices.

Sí.

Lo seríamos.



EPÍLOGO

Nota de la autora:

La narración en tercera persona fue elegida para ofrecer una mejor perspectiva de todos los personajes de la trama, sin necesidad de alternar entre sus puntos de vista.

MESES DESPUÉS...

— ¡Son gemelas! Dos niñas Mészáros.

De regreso a Transilvania, tras pasar unos meses en Brasil, Viktória compartía la noticia con su hermana, que ya lucía una barriga prominente: también esperaba una niña.

— ¡Qué maravilla, Vik! — celebró Lana, abrazándola con entusiasmo. — El clan Mészáros está creciendo. Dentro de unos años, estaremos en la ceremonia de iniciación de nuestras pequeñas.

— Es verdad. Vlad está eufórico. Pensaba que nunca podríamos tener hijos y, ¡mira tú, dos de golpe! Mamá Margarida y él no paran de comprar ropitas, zapatitos y peluches. ¡Me tienen loca!

Desde que le contó a Vlad sobre el embarazo, Viktória descubrió un nuevo lado del hombre que nació para ser suyo.

Creía haber conocido ya lo mejor de él, pero seguía sorprendiéndola cada día.

Incluso estaba aprendiendo a hablar portugués para comunicarse mejor con su suegra. Ambos deseaban que sus hijas hablasen tanto el idioma natal de Brasil como el rumano.

Margarida había adorado a su yerno desde el primer instante, y con la llegada de los bebés, el mimo que ambos le dispensaban a Viktória era abrumador.

Aunque no podía negarlo: le encantaba toda aquella sobreprotección.

Por fin formaba parte de una familia grande y feliz.

— ¿Ya tenéis nombres? — quiso saber Lana.

— Alexandra y Catarina — respondió sonriente. Quería rendir homenaje a su hermana de otra vida y a la madre que nunca llegó a conocer, adaptando Ekatherina al portugués para facilitar la pronunciación.

Las hermanas paseaban por el jardín de Zsigmond al atardecer, tras haber pasado un rato solas en la cámara subterránea, bajo el invernadero restaurado después de la tormenta que había cambiado el rumbo de sus vidas.

Viktória, aunque nunca habría imaginado semejante giro, se sentía profundamente feliz y agradecida por haber descubierto que Lana Constantin era su hermana por parte de padre.

Petru había sido salvado, y Vlad había recibido una nueva oportunidad para rehacer su vida.

El Legado Drácula contaba con un nuevo protector, y con la llegada de una nueva generación —descendientes de Alexandra— el sueño de la joven Viktória del pasado se perpetuaría: aquella que sacrificó su alma para salvar al hombre que, en el futuro, le ayudaría a reconstruir el legado místico del clan Mészáros.

El destino seguía su curso, desenredando los karmas de aquellas almas antiguas que, vida tras vida, volvían a encontrarse.

— ¿Y Mikhaela, cómo está?

— Deseando conocer el mundo exterior — respondió Lana acariciando con dulzura su barriga al oír el nombre de su hija.

Petru quiso homenajear a su madre dándole a la pequeña su nombre.

Los padres del abogado aún desconocían que su hijo se había convertido en vampiro, pero Lana y Petru, con la ayuda de Ioana y Alina, estaban poco a poco introduciendo a los Moldoveanu en la cultura mística.

Todo a su tiempo…

— ¿De verdad piensas hacer ese hechizo de memoria?

Aunque no era una practicante de magia como su hermana, Viktória hablaba mucho con Lana sobre los grimorios de sus antepasadas.

Sobre todo después de que la joven bruja le confesara que había realizado un hechizo para que tanto Vlad como Viktória recuperaran sus recuerdos del pasado juntos.

Lana planeaba recitar el conjuro creado por Viktória más de quinientos años atrás, con el fin de preservar sus memorias de esta vida y, en su próxima reencarnación, poder recordar a Petru y, en el momento adecuado, regresar a Zsigmond para reunirse con él de nuevo.

— Después de que nazca nuestra hija — confesó con determinación. — No quiero cargarme ahora con ese tipo de magia antigua. Pero lo haré, seguro.

— ¿Petru lo sabe?

— Sí. Es nuestra alternativa, ya que él vivirá mucho más tiempo que yo.

— ¿Y cómo sabes que funcionará?

Lana se aferró al brazo de su hermana, y juntas subieron los escalones de acceso a la mansión.

— No lo sabremos… hasta dentro de un siglo o más.

******

— ¿Cómo te ha ido con los tributos? — preguntó Vlad a Petru en cuanto entraron en la biblioteca de Zsigmond, tras zafarse de las señoras que no paraban de parlotear.

Tendrían que acostumbrarse a ello, considerando los planes futuros.

Incluso la madre de Viktória estaba dispuesta a adaptarse al nuevo país, cultura e idioma, para que todos pudieran convivir como una verdadera familia.

— No es precisamente mi parte favorita, pero tengo que alimentarme — respondió con una sonrisa sarcástica. — ¿Qué pasa, ya echas de menos los viejos tiempos?

Tras la boda, Vlad y Viktória se establecerían en Zsigmond, ya que Petru necesitaba a alguien que lo representase durante el día.

Después de años de lealtad por parte del exvampiro, había llegado el momento de que Vlad le devolviese el favor.

Todos habían hecho pequeñas concesiones para restaurar el Legado místico y prosperar juntos.

Se habían convertido en socios en varios negocios, además de colaborar con sus parejas en la gestión de la fortuna del clan Mészáros, y ya empezaban a planear una nueva reforma en la propiedad.

— Ni de lejos. Amo mi nueva vida. Nunca imaginé tener esta oportunidad... — Al darse cuenta de que todo aquello solo había sido posible gracias al accidente de Petru, Vlad se sintió culpable. — Lo siento, yo no...

— ¿Vlad Drakulya pidiendo disculpas? — El humor de Petru parecía haberse agudizado con la inmortalidad. — No lo vuelvas a hacer. Estoy agradecido por haberme entregado tu Legado Drácula; de lo contrario, hoy no estaríamos aquí teniendo esta conversación.

— Yo también te estoy agradecido, Moldoveanu — se acercó para darle un abrazo sincero, algo que no recordaba haber hecho antes. — Un día le comenté a Viktória que, en todos mis años como inmortal, jamás había conocido a alguien en quien confiase lo suficiente como para entregarle el Legado Drácula. Con Ciprian habría sido solo una cuestión de circunstancia.

— Conmigo también lo fue, Vlad. Seamos honestos: si no hubiera estado al borde de la muerte, jamás habría aceptado ocupar tu lugar.

— Y yo también podría haberme reservado el derecho de negarme a entregártelo — rió Vlad, dándole una palmada en la espalda. — Pero lo hice porque eras tú, Petru. Mi amigo, al que estimo profundamente. Un hombre leal, en quien siempre he depositado toda mi confianza.

*****

En una noche de luna llena y cielo estrellado, sobre la tarima del jardín de invierno rodeada de rosales, la Suma Sacerdotisa del Coven bendecía a la pareja recién casada.

Envolviéndolos con una larga cinta de rosas rojas, Ioana entonaba el ritual que había creado especialmente para Vlad y Viktória.

"Dos cuerpos, un solo corazón.
Dos almas que se encontraron y se fundieron en el amor más puro y verdadero.
Dos vidas que el tiempo logró reunir.
Dos caminos que el destino se encargó de cruzar.
El hijo del dragón.
La hija de la naturaleza.
Bendecidos por los antiguos espíritus ancestrales.
Que su futuro y el de sus descendientes sea pleno."

— Te amo, mi dulce Viktória — leyó en los labios de su esposo, la frase que él le susurraba cada mañana al despertar y cada noche antes de dormir.

*****

AÑOS DESPUÉS...

Sintió su erección rozándole el culo, tentándola al pecado nada más despertar.

Aún con los ojos cerrados, fingió seguir dormida y se pegó más a él, escuchando cómo un gemido de deseo se escapaba de sus labios.

—Mi dulce Viktória, ¿a quién crees que engañas? Sé que estás despierta.

—No es cierto. Todavía no he abierto los ojos.

Cuando la mano atrevida de Vlad alcanzó la humedad entre sus piernas, fue ella quien dejó escapar un gemido de excitación.

—¿Estabas teniendo un sueño erótico con tu marido? —susurró junto a su oído para provocarla—. Tan mojada… y apenas amanece.

—La culpa es tuya.

Vlad empezó a explorarla sin prisas, y la señora Grigore movió las caderas al ritmo de su mano, que la torturaba haciendo magia con los dedos.

Le encantaba que la despertara de esa forma. No había mejor manera de empezar el día que con un orgasmo matutino.

—Más fuerte, Vlad.

—No, no, no… No es una recompensa, mi querida esposa. Esto es un castigo.

Viktória estaba a punto de correrse. Solo necesitaba un poco más de presión, justo en el sitio, y se desharía por completo.

—¿Y qué hice yo para merecer castigo? —murmuró sin abrir los ojos.

—Te dormiste y me dejaste con las ganas. Intenté despertarte, pero fue inútil. Me fui a dormir con una erección dolorosa.

No dejaba de penetrarla con dos dedos, conociendo cada rincón de su cuerpo, sabiendo exactamente cómo tocarla… y cómo evitar que alcanzara el clímax.

Saber que le negaba el orgasmo solo aumentaba la excitación de Viktória. Le costaba hablar, embriagada de deseo.

—Estaba agotada, Vlad. Las chicas estaban eufóricas con los preparativos para la iniciación de su prima.

Vlad detuvo el movimiento de sus dedos y los retiró. Se colocó sobre el cuerpo de su esposa y sujetó sus manos por encima de la cabeza. Estaba completamente desnudo, su erección rozándole el vientre a través de la seda arrugada del camisón.

Viktória siempre dormía sin bragas, y él adoraba tener vía libre para saborear la delicia entre sus piernas cuando le apetecía.

—Dentro de poco será su turno, así que es normal que estén impacientes.

—Y además, ser madre de un niño de diez años que insiste en que quiere ser brujo es agotador —se miraron con complicidad y sonrieron.

—Te amo, mi dulce Viktória…

Ella lo sabía. No le quedaba la menor duda. Vlad llevaba veinte años demostrándoselo cada día.

—Si de verdad me amas, vas a dejar que me corra cabalgando sobre tu polla. Me lo merezco. Soy una madre cuarentañera que te ha regalado cuatro hijos preciosos —sonrió con picardía.

—Creo que la mamá cuarentañera no sabe contar… —bromeó.

—Bueno, el cuarto hijo o hija aún no ha nacido, no sé si será tan guapo como los demás. Pero con la genética de nuestra prole, podemos apostar que será otra preciosidad Mészáros Grigore.

—¿Estás embarazada?

—Creo que la edad te está afectando, cariño… tener más de seiscientos años no es moco de pavo —soltó una carcajada al ver la cara de sorpresa de su marido.

—Por eso estás tan radiante últimamente. Siempre estás más guapa cuando llevas un hijo mío en el vientre —sonrió abiertamente, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo—. Y somnolienta, muy somnolienta.

—Y con unas ganas locas de sexo cada mañana.

—Eso lo tengo muy presente, querida —liberó sus manos y se tumbó de espaldas junto a ella—. Ven aquí.

Y ella fue. Se sentó sobre su erección, sintiendo el glande rozarle la entrada húmeda. Le encantaba esa sensación que precedía al acto.

Sujetándole el rostro con ambas manos, Viktória se inclinó para besarlo.

—Eres el amor de todas mis vidas. Te amo a ti y a la familia maravillosa que hemos construido juntos —susurró entre lágrimas de emoción.

Vlad se incorporó en el colchón, manteniéndola sentada sobre él. La sujetó por la cintura con firmeza y acarició su rostro con la otra mano.

—Nada es más importante para mí que nuestra familia.

No había podido pegar ojo esa noche, viéndola dormir con ese camisón provocador. Se negó a tocarse, porque quería guardar toda aquella necesidad para disfrutarla con la única mujer que despertaba en él un deseo salvaje… y merecía cada instante de entrega.

Viktória quizá no fuera una practicante de magia, pero solo ella era capaz de hechizarlo.

Juntos practicaban el ritual más sagrado y satisfactorio que conocían:

El del apareamiento.



UN SIGLO DESPUÉS...

Las reformas en la mansión Zsigmond habían concluido y los preparativos para otro ritual de iniciación avanzaban viento en popa. Para el Legado Drácula, era un motivo de orgullo. El Clan Mészáros se había fortalecido y las chicas estaban ansiosas por su consagración.

Los hombres del Clan se habían reunido en la biblioteca para admirar el trabajo iniciado por Viktória Mészáros, la primera descendiente en digitalizar toda la historia de sus ancestros, con la ayuda de su esposo, Vladimir Grigore.

Gracias a ambos, la base de datos de la cultura mística era la más completa. En un sistema de última generación, todos los clanes podían acceder a los documentos unos de otros, y la comunicación entre las familias se convirtió en un vínculo poderoso.

Una cultura milenaria había resurgido en secreto y seguía cumpliendo su misión en la Tierra.

Aunque el mundo hubiese cambiado, ellos se mantenían firmes para preservar el equilibrio. Cumplían su parte en el ciclo natural de la existencia.

Alexandra se acercó a su bisabuelo, que contemplaba con admiración un hermoso retrato colgado en un gran marco, en el inmenso pasillo de la mansión. Sabía que la echaba de menos; aquella mujer había sido la más importante de su vida.

—Ella debe de estar muy orgullosa de usted —dijo, abrazando a Petru sin apartar la mirada del cuadro.

—Tu bisabuela era maravillosa.

—Y preciosa.

Él sonrió con ternura a su bisnieta.

—Esa belleza de Lana la habéis heredado todas vosotras, mi amor. Al igual que vuestras primas heredaron la belleza de Viktória.

Alexandra Constantin era la actual Suma Sacerdotisa del Coven. A pesar de ser también descendiente Mészáros, como su bisabuela, el apellido materno de Lana había prevalecido.

La hija menor de Valeriu Mészáros nunca llegó a conocer a su padre, pero se sentía honrada de descender de Alexandra Mészáros. Fue esa conexión la que le permitió salvar al hombre que amaba de una muerte prematura.

Aun así, ninguna descendiente de Lana adoptó el apellido del otro Clan, ya que todas se sentían parte de la familia Constantin.

Para el Legado Drácula, eso no suponía ningún problema, mientras siguieran siendo parte de la línea de sangre de Alexandra Mészáros. Y mientras existieran, él estaría allí para protegerlas.

—¡Aquí estáis! —La voz suave de Mirela resonó por el pasillo.

Petru y Alexandra se giraron hacia la matriarca del Clan Mészáros. La señora de cabellos grises y sonrisa amable era el vivo retrato de su antepasada. Petru lo recordaba muy bien y, a veces, tenía la sensación de que eran la misma persona.

Las primas se abrazaron con afecto. Desde pequeñas, siempre habían sido muy unidas. Así fue como ambos clanes prosperaron desde el principio. Lana y Viktória se habían hecho grandes amigas incluso antes de saber que eran hermanas. Criaron a sus hijas juntas para que crecieran tan unidas como ellas, y lo mismo hicieron sus hijos, y luego sus nietos, bisnietos y ahora los tataranietos que comenzaban a formar sus propias familias.

—Bienvenida de nuevo a Zsigmond, Mirela —la saludó el vampiro, abriendo los brazos para su sobrina.

—Mi señor, ¡necesito que me diga el nombre de esa crema antiarrugas que usa! —bromeó, abrazando al tío que más bien

parecía su sobrino—. Cada vez que nos vemos, tengo la sensación de que está más joven y más guapo.

—Confieso que me he hecho algunos retoques estéticos, desde que supe que mi propiedad estaría llena de mujeres hermosas.

Los tres rieron a carcajadas y se fundieron en un abrazo.

Eso era lo que más felicidad le daba al vampiro: ver a su familia unida y llena de amor.

En cada ritual de iniciación, todos los Constantin y Mészáros se reunían en Zsigmond. Eran los días más felices de la vida de Petru.

A pesar del paso del tiempo y de haber sido testigo de muchas despedidas, también tenía el privilegio de presenciar muchos nacimientos.

Todas las descendientes daban a luz en Zsigmond, y todas las jóvenes brujas de la familia pasaban por el ritual de iniciación allí, en esa propiedad. Así se formaba una tradición.

Petru caminaba por el pasillo, abrazando a Mirela y a Alexandra, una a cada lado. Se detuvieron ante los retratos de Vlad y Viktória, admirando la belleza del antiguo matrimonio.

—Me encanta mirarlos a los dos —confesó Mirela con los ojos húmedos—. Lucius se parece tanto a Vlad.

—Pues que sepas que tu hijo tiene el mismo sentido del humor que su tatarabuelo.

—Gracias, mi señor.

—¿Gracias por qué, Mirela? —Petru no entendió; ¿le agradecía por decir que su hijo era malhumorado?

—Por honrar el Legado Drácula y proteger el legado místico de nuestras familias.

Con una sonrisa, él sentenció:

—Hace mucho que ambos legados se convirtieron en uno solo.

*****

Sentado en un peldaño frente a la mansión Zsigmond, Petru Moldoveanu contemplaba el cielo estrellado en otra noche de primavera. Jugando con la pulsera de cuero en su muñeca, recordaba con nostalgia los días felices vividos junto a la mujer que nació para ser suya.

—¿Cuándo vas a volver a mí? —murmuró, sin apartar la vista de la luna.

En ese instante, el timbre del portón principal resonó en la quietud de la madrugada.

—¿Quién será a estas horas? —Ya pasaba de la medianoche.

Se levantó con calma, pues todos en la casa dormían y no quería que el equipo de seguridad despertara a nadie.

Al acercarse al portón, indicó con un gesto a los guardias que le dejaran encargarse personalmente de recibir al visitante.

Un SUV de cristales oscuros estaba estacionado frente al acceso, y no tardó en abrirse la puerta del conductor.

—¡Hola, buenas noches! Perdona la hora, pero mi coche se averió por el camino —dijo una voz suave que hizo que algo se agitara en el interior de Petru—. ¿Esta es la mansión Zsigmond?

—Sí, lo es —respondió él, acercándose a la reja con el corazón latiéndole con fuerza. Observaba a la chica pelirroja con creciente curiosidad. La pulsera que Lana le había regalado ardía intensamente en su muñeca desde el momento en que había avistado a la recién llegada.

—¡Por fin! —rió ella, deteniéndose a pocos centímetros de la verja, con los ojos muy abiertos al reconocer al hombre frente a ella —. Soy Luna. Y tú debes de ser Petru.

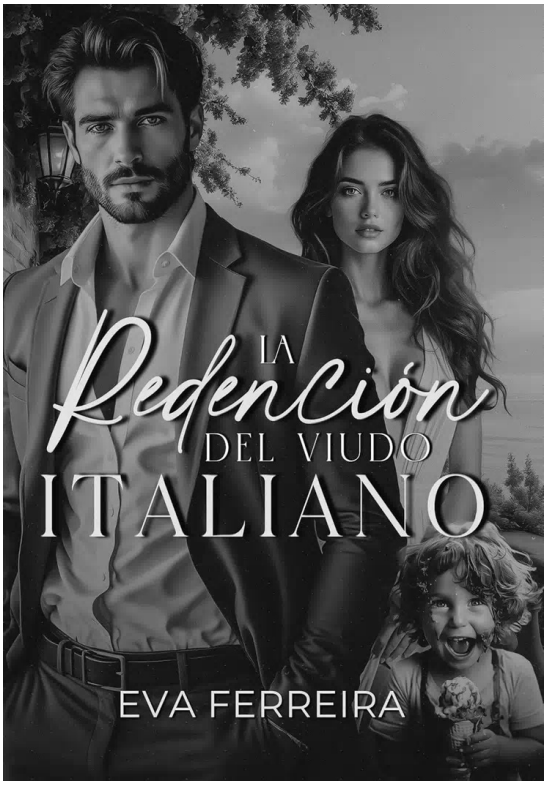
—¿Cómo lo sabes? —preguntó, conteniendo la respiración, sin atreverse aún a creer lo que parecía estar sucediendo.

Te he esperado tanto tiempo… ¿podría ser?

Sonriendo, la joven levantó el brazo y le mostró una pulsera de cuero trenzada con un hilo rojo de lana.

—Porque tú eres el hombre que ha nacido para ser mío.

DESCUBRE MÁS HISTORIAS DE ESTA AUTORA



LEE AQUÍ

Una novela romántica contemporánea ambientada en Italia, con padre soltero gruñón, una mujer libre que transforma todo a su paso, y un niño que roba corazones. Perfecta para quienes creen que hasta el corazón más roto puede volver a amar... cuando encuentra su hogar.

Él juró no volver a amar. Ella llegó con una sonrisa capaz de desarmar hasta el corazón más endurecido.

Ugo Romano no es un hombre de muchas sonrisas. Propietario de una posada frente al mar en Sorrento, padre soltero de un niño que es su mundo y guardián de cicatrices que nadie ve, vive en silencio entre los muros de la responsabilidad… y la culpa por errores del pasado.

Hasta que una huésped luminosa y sin pretensiones llega a su vida sin buscar nada… y acaba encontrando todo.

Con su sensibilidad, su fuerza callada y una luz que incomoda e encanta, Chiara Bianchi comienza a ocupar los espacios que Ugo cerró durante demasiado tiempo. Pero ella también arrastra sus propias sombras. Y cuando el pasado de ambos amenaza con salir a la superficie, lo que parecía un verano inolvidable se convierte en la posibilidad de una vida entera.

Él nunca creyó en nuevos comienzos.

Ella jamás imaginó ser el hogar de alguien.

Pero a veces, hay que mirar más allá de las sonrisas y las cejas fruncidas… para que el corazón decida quedarse.

Una historia intensa sobre cicatrices, promesas y redención. Para quienes creen que incluso el corazón más renuente… puede ser sanado por amor.



LEE AQUÍ

Ella es hija de una empleada doméstica. Él es el hijo de los patrones. Primer Amor. Embarazo Inesperado. Intrigas del Pasado. Reencuentro. Redención. ¡Niños Adorables!

Lo que más desea Miguel Cesarini en la vida es ser un buen padre para su pequeña, que, a pesar de ser el resultado de un embarazo no deseado, se ha convertido en su tesoro más preciado.

Hará todo lo posible para protegerla, incluso dejar su puesto de CEO y mudarse a un pequeño pueblo costero, lejos de todas las personas que hicieron daño a su hija.

Pero la vida está llena de sorpresas, y no solo se reencuentra con la única mujer a la que alguna vez se permitió amar, sino que también se enfrenta a otra niña que, indudablemente, lleva su ADN en sus rasgos.

¿Cómo pudo María Alice ocultarle la verdad? Es lo que él pretende descubrir.

Las consecuencias del pasado chocan con el presente, y el destino está listo para poner todo en su lugar, incluida la pasión que aún enciende sus cuerpos y el amor nunca olvidado en sus corazones.

La Isla del Sol es el refugio perfecto para el encuentro de almas gemelas.



LEE AQUÍ

Una propuesta inesperada. Un intercambio de papeles. Y un jefe multimillonario a punto de perder el control…

Alexander De Vreese fue entrenado para ganar: en los negocios, en los eventos sociales y en la vida. Heredero de White Buffalo y multimillonario antes de los treinta, lleva un apellido que impone respeto y un pasado que nadie se atreve a cuestionar. Frío, metódico e inalcanzable, ha construido muros demasiado altos para que alguien pueda escalarlos.

Excepto ella.

Kimberly Scott es su asistente personal, y durante dos años ha lidiado con el hombre más insoportablemente irresistible de Nueva York. Inteligente, sarcástica y valiente, es la única capaz de decirle "no" a Alexander… y de sacarlo de quicio como nadie. Pero cuando presenta su inesperada y sorprendente renuncia, el multimillonario

blindado se ve completamente vulnerable ante la posibilidad de perder a la única mujer que le ha permitido acercarse tanto.

Para hacerlo cambiar de opinión, Kimberly le propone un reto: intercambiar los papeles durante una semana. Ella quiere ser su jefa, para que pruebe en carne propia lo insoportable que puede llegar a ser trabajar con un arrogante como él.

¿El problema? Lo que parecía un simple juego sin importancia pone en jaque el control absoluto que Alex siempre ha tenido sobre su vida… y todo por culpa de la mujer que solo debería encargarse de su agenda.

Tiene el mundo a sus pies. Pero todo lo que Alexander De Vreese realmente desea... es besar los pies de Kimberly Scott.

Una comedia romántica ardiente, divertida y totalmente adictiva.



LEE AQUÍ

Él la contrató para ser su acompañante de lujo por solo una noche, pero no puede sacarla de su mente. Ella entregó su virginidad a un seductor desconocido que resultó ser un verdadero sinvergüenza al confundirla con una prostituta.

¡Alana Barcelos está aterrorizada!

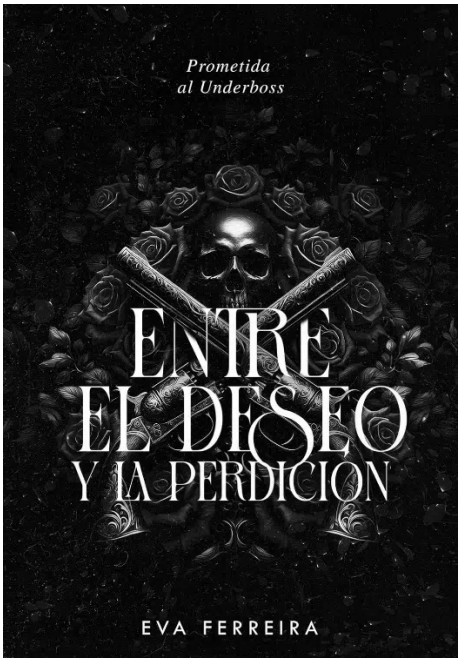
Al descubrir su inesperado embarazo a los 19 años, la joven estudiante debe decidir si le cuenta o no la noticia al padre de su bebé.

El problema es que no es un hombre accesible. El magnate griego, propietario de un equipo de fútbol, siempre está viajando por el mundo por negocios. Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, acaba de anunciar su compromiso con su amiga de la infancia, quien está esperando el primer hijo de la pareja.

¡Orion Galanis está en problemas!

De soltero empedernido y deseado, a los 36 años, el matrimonio no es una palabra frecuente en su vocabulario. Sin embargo, una deuda de honor y un sentimiento de culpa lo hacen asumir una responsabilidad que no le corresponde.

Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, la joven seductora que lo cautivó con tanta pasión en su encuentro aparece embarazada... y hay una enorme posibilidad de que ese bebé sea su legítimo heredero.



LEE AQUÍ

Chica inocente y mafioso. Age Gap. Relación Obsesiva. Amor Peligroso. Hombre Alfa Posesivo.

Tenía solo diez años la primera vez que lo vi… y me asustó tanto que tuve pesadillas durante meses.

A los dieciséis, descubrí que mi padre y el suyo habían sellado un acuerdo matrimonial... y que me convertiría en su esposa al cumplir los veintiuno.

Ettore Lucchesi fue mi primer monstruo.

El hombre del saco que atormentó mi infancia.

Pero crecí.

Y lo que antes era puro terror se transformó en algo mucho más peligroso: fascinación.

Era letal, pero imposible de ignorar.

Y, de algún modo perverso, se convirtió en mi tormento más dulce.

Nunca tuve elección. Mi destino era pertenecerle.

Y lo más oscuro de todo… es que, si pudiera elegir, quizá el final seguiría siendo el mismo.

Porque algo en mí —algo que odiaba, temía y deseaba a partes iguales— sabía que, en el fondo, pertenecerle era la única elección que de verdad haría.

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Lectura recomendada para mayores de 18 años. Esta es una novela dark romance ambientada en el mundo de la mafia y contiene escenas de violencia explícita, alto contenido erótico y lenguaje ofensivo y vulgar. No se romantizan situaciones abusivas ni se incluyen escenas de consentimiento dudoso. Lee solo si es un género con el que te sientes cómoda.



LEE AQUÍ

Bebé secreto. Madre soltera fuerte e independiente. Diferencia de edad. Padre recién descubierto. Hija que une a la pareja. Familia reconstruida.

Si después de la tormenta viene la calma, está claro que, tras un periodo de tranquilidad, llegaría una nueva tempestad... y la mía se llamaba Dominic Leone.

Estaba sentado en el sofá de mi salón, contemplando con fascinación a la bebé adorable y risueña.

Mi hija.

No.

Nuestra hija.

La misma cuya existencia oculté durante más de un año.

Y habría seguido ocultándoselo, de no habernos reencontrado por obra del destino.

Del mismo modo que no sabía que era virgen cuando hizo suyo mi cuerpo, Dominic también ignoraba los motivos que me llevaron a no contarle que, de nuestra imprudencia, nació el mayor tesoro de mi vida.

— ¿Me ocultaste a mi hija? ¿Pensaste que la rechazaría?

La hora de la verdad había llegado, y ya no tenía a dónde escapar.

---

[1] Muma Pădurii, cuyo nombre significa literalmente "Madre del Bosque" en rumano, es una criatura de las leyendas locales: una bruja vieja y espantosa que habita en cabañas oscuras, ocultas entre los árboles de los bosques vírgenes. Según el folclore, es el mal personificado para los niños, pues se dice que los rapta… y se los come.